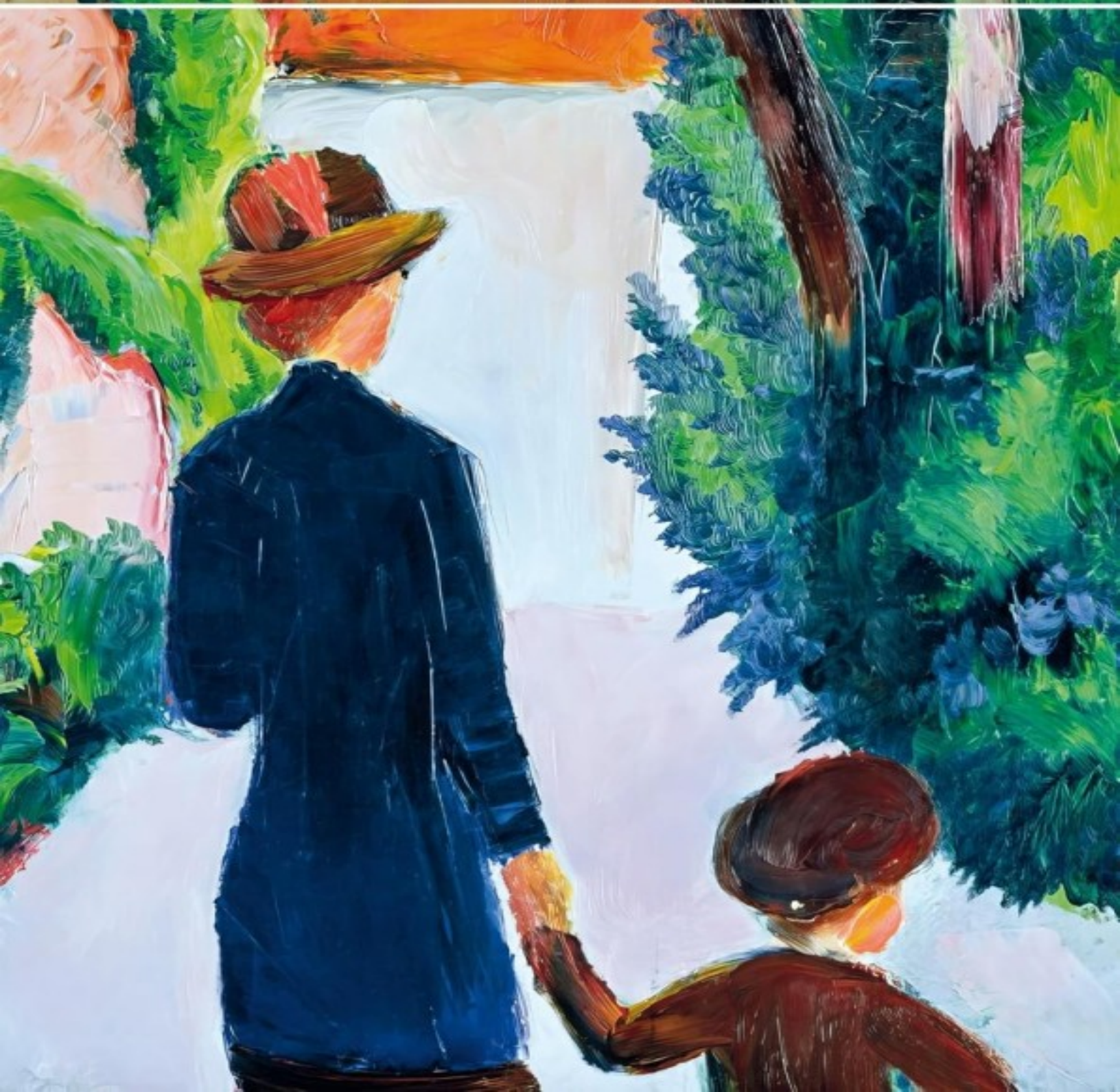
LA OSCURA HISTORIA DE MI MADRE

Ana Rodríguez Fischer

Siruela Nuevos Tiempos



Ana Rodríguez Fischer

LA OSCURA HISTORIA DE MI MADRE

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2026

En cubierta: Auguste Macke, *Madre y niño en el parque* (1914) © Alamy
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ana Rodríguez Fischer, 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88289-57-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Friedrich
Charles
Vincent
Arthur
Virginia
Marina
Irène
Marguerite
Referencias
Agradecimientos

A la memoria de mi madre,
que nos llevó hasta la poesía

Furia color de amor.
Amor color de olvido.

LUIS CERNUDA

FRIEDRICH

Querida, eternamente amada y muy respetabilísima madre mía:

Si no le parece mal, vuelvo a tomarme la libertad de escribirle otra carta, como ya es casi costumbre. El señor y la señora Zimmer han tenido a bien recordarme que no debo descuidar mis atenciones con usted para, mediante estas líneas que le envío, demostrarle la constancia de mi respeto y manifestarle una vez más todo mi afecto y gratitud por las bondades varias con que me ha obsequiado a lo largo de la vida. Y aunque le escribo movido por el respeto y la obediencia y la congoja ante la enorme deuda contraída con usted por los extremos sacrificios y esfuerzos realizados durante tantos años en bien de su pequeño Fritz, no es menos cierto que igualmente lo hago con el corazón regocijado y el ánimo feliz, pues para mí constituye un verdadero deleite hacer uso del permiso que usted me otorga y poder seguir escribiéndole. Solo espero no resultarle pesado con tanta repetición, pues por lo común le transmito los pensamientos y las convicciones que siempre le he manifestado, si bien ahora mis cartas no pueden ser gran cosa porque van escritas con las menos palabras posibles, ya que de momento no tengo otra manera de expresarme. Le ruego, madre querida, que lo entienda y no me juzgue erróneamente. Sin duda tiene usted razón de tomarse algo a mal lo escasas y escuetas que son mis cartas, pues sé del mucho valor que le concede a su frecuencia y extensión, pero yo nunca mediré el cariño según ese rasero. He tenido ocasión de ver redactar muchas cartas a quienes durante largo tiempo vivían muy lejos de sus seres queridos y, sin embargo, tales misivas casi siempre eran breves. Mi mayor deseo, una vez más, sería complacerla, pero, ¡una vez más!, no me será posible hacerlo.

Me consuelo pensando que al menos de este modo no la

incomodaré a usted con los largos razonamientos en que otras veces incurría. Ni tampoco se enojará ya como antes, cuando se veía obligada a leer mis poemas y los trabajos que a menudo le enviaba, o, si no quería hacerlo usted misma, dárselos a leer a mis hermanos para así responder a mis súplicas, que la instaban a que me diera su parecer. Lo hacía sin propósito de molestarla y solo con el ánimo de proporcionarle alguna distracción. Y también para que aprobase el buen uso que su pequeño Hölder hacía de sus fuerzas. Créame que no fueron otros los motivos que a ello me movían, sino únicamente la esperanza de poder alguna vez regocijar el corazón de mi respetable madre mediante frutos que fueran dignos de los cuidados que de ella recibí. Y así debe entender también la intención que me guio al mandarle otros papeles donde se hablaba de mi obra. Por mucho que por lo general procuraba no enorgullecerme ante usted de mi modesta reputación como escritor, sería pueril no comunicárselo y privarla de esas pequeñas alegrías solo por miedo a que usted me acusase de inmodestia o, peor aún, porque temiese que la vanidad se adueñaba de mí. Créame que no otra cosa pretendía más que mostrarle mi incesante desvelo por dotar mi obra de toda la perfección de que era capaz, hasta el punto de que la gente preguntase cuál era mi lugar natal y quién tenía la dicha de ser mi madre, pues todos mis esfuerzos iban encaminados a insertar en la posteridad mi nombre y el suyo entre los de nuestro pueblo.

Esa sería mi recompensa más hermosa.

Y la suya, una vez hubiera yo alcanzado la gloria que me corresponde, sería el poder librarse de las muchas molestias que sin duda le causaban mis *escritos petitorios*, cuando desde el convento le anunciaba, desesperado, que ya había consumido todo el café y el azúcar que usted me había mandado y que, a veces, añoraba un buen desayuno, pues para no hacer trabajar la cabeza con el estómago horriblemente vacío, me veía obligado a tomar una sopa que ni el más mísero de los jornaleros comería sino con verdadera repugnancia, y que me sentaba tan mal que ganas me daban de arrojar el cuenco contra la pared de la rabia que sentía. Ha sido

usted una madre tan tiernamente preocupada por su hijo, que no vacilaba este en pedirle cuanto necesitaba para satisfacer su alimento y procurar su bienestar, enviándole la ropa negra para la colada, camisas y otras prendas que precisaban de algún remiendo, medias algo dañadas que requerían zurcirse o teñirse para evitar el gasto de comprar un par nuevo, o la levita a la que se debía cambiar un cuello ya muy rozado. Y me duele mucho más de lo que puedo expresarle recordar las muchas veces que usted me apremiaba a tener cuidado con la ropa, ¡como si yo ignorase que era mi obligación! Le pido disculpas por todas las penosas tareas que le he encomendado, pero créame que lo hice para mantener la dignidad de mi persona, así como para evitar mayores gastos.

Por eso no entiendo por qué se enojó usted tanto conmigo a propósito de las hebillas.

A juzgar por el tono de sus acusaciones, sin duda le concedía usted gran importancia al asunto, pero de ningún modo puedo admitir que el trato al que llegué fuera poco inteligente, según me censuró usted. Porque sucedió de este modo: mi condiscípulo Märklin vio en el taller del platero unas hebillas que a mí me habrían resultado demasiado pomposas, pero que a él le gustaron mucho. Como yo *debía* refundir las mías, lo que me hubiera costado cuatro florines, me propuso, a un buen precio, quedarme con las suyas de antes, que pesaban ocho veces más que las mías viejas, pues el platero aceptó mis hebillas por diez florines sin necesidad de un mayor desembolso por mi parte. A cambio, llevé buena plata en mis hebillas, lo cual avala lo acertado de mi decisión. Pues sepa usted que ni siquiera los corceles de Febo viven del aire, como nos cantan ciertos poetas, y por eso siempre he sido muy cuidadoso y ahorrativo.

Admito que en alguna ocasión la molesté y cargué con peticiones y asuntos algo más superfluos, como adquirir —por encargo de un buen amigo— una flauta de boj revestida de cuerno en la tienda del señor Wohlhaupter. Sin embargo, convendrá usted conmigo, querida madre, que tales demandas eran requisitos imprescindibles para mi

futuro, si es que aspiraba a ser reconocido por las gentes respetables y admitido en *su* sociedad, según no se cansaba usted de predicarme. Así, con ocasión del cumpleaños de *nuestro* duque, me atreví a molestarla pidiéndole que me enviara un par de jarras de vino, pues en Maulbronn la efeméride se celebra con mucha pompa: prelado, damas y caballeros, muchachas y estudiantes y escribanos se pasan la tarde disfrutando de la música, los discursos y los recitales de poesía, y por la noche despliegan farolillos. Yo mismo tuve el honor de actuar en calidad de poeta, aunque la noticia no le alegrara a usted especialmente. Como la gente se agrupaba para llevar la comida y la bebida, también mis amigos y yo decidimos pasar el día juntos, reunidos alrededor de la mesa como abejas en torno de la encina, hablando entre bromas y veras, igual que hacíamos en casa del abuelo los días de fiesta, cuando entonábamos cantos y alzábamos la copa para brindar y usted también me daba a beber del vino cosechado con los racimos purpúreos que se mecían en las alegres viñas que rodeaban la casa. ¿Acaso el vino no acompañó también al Hijo del Altísimo y sus discípulos la noche de la última cena cuando, presintiéndola, Cristo anunció su próxima muerte? Por eso los poetas dedicamos a Baco graves cantos, pues al dios del trueno le debemos las ardientes visiones que nos trae la dicha del vino.

Mas no debería haberse preocupado tanto aquella vez por el asunto del vino, madre querida, ya que por lo común no lo bebía. En el convento, casi siempre renunciaba al que se servía con las comidas para así recuperar su importe, que se nos devolvía en metálico, y de ese modo, con los carolines ahorrados, poder darme alguna inocente alegría, por lo común un buen libro, aunque en ocasiones también empleaba ese dinero en otros asuntos igualmente necesarios. Y créanme: ¡aún siento una rabia profunda al recordar los gastos de licenciatura! Para el fisco, es decir, la caja que va a parar al bolsillo de los señores profesores, treinta florines. Para las disquisiciones otros treinta, de los cuales un carolín fue para el señor profesor Bök, con quien tuve que disputar, y el resto para la

impresión y encuadernación. Para las clases, otro tanto. A lo que hubieron de sumarse más gastos suplementarios, como el convite en la posada, que se tenía por costumbre ofrecer siempre que por la mañana se defendía la tesis, y que me supuso un desembolso de once florines. Daba rabia ese dispendio, por ser tan fútil. Si por mí fuera, todos los títulos de licenciado y doctor, y los de alta cuna u otros tratamientos honoríficos estarían en la mismísima Morea.

Ahora ya no debe preocuparse más por mí y me complace darle una gran satisfacción con que aliviar lo duro de su vida comunicándole que ya no se verá obligada a enviarme dinero y que, de ahora en adelante, dejaré de ser una carga para usted. Considere además que durante esta temporada ando medio escondido, lejos de la *sociedad*, y sin las gravosas *obligaciones* que en otras circunstancias me vería forzado a atender.

Debe saber que mi noble y leal servidor, el muy honorable Zimmer, asistido por su dueña, la señora Zimmerin, y por su hija, la gentil doncella Lotte, cuidan de satisfacer todas mis necesidades, por lo que no tiene usted que hacerse cargo de mi sustento. Tengo buen apetito y duermo como un lirón, salvo cuando sufrimos los fuertes calores del verano, que agitan mis noches y me impiden descansar. Mas ello no debe preocuparle, querida madre. Mi salud, que tan a menudo se ha mostrado dependiente de mi espíritu y mi ánimo, ha recuperado un perfecto equilibrio. Hace ya mucho tiempo que disfruto sin perturbaciones de ese precioso bien y esto me alegra tanto más en cuanto que siempre temí que mi estado enfermizo durase para siempre, debilitándome la cabeza e impidiéndome pensar y escribir, pues eso era precisamente lo que hacía más molesta mi enfermedad y a la vez me irritaba profundamente. Así que no ha de temer por mi salud. Aquí gozo de más atenciones y cuidados de los que pueda esperar un extraño. Y aun cuando no fuera así, tampoco debería usted preocuparse pues, aunque no lo entienda, ha de saber que a veces sin embargo también los ojos claros gustan de las sombras.

Voy a intentar explicárselo.

Si bien sencilla, mi habitación tiene un gran ventanal desde el que gozo de una encantadora vista: los sauces que se mecen sobre las aguas del Neckar, las deliciosas praderas y pastos ribereños que flanquean sus orillas, las aldeas risueñas y, más al fondo, la montañosa cadena del Alb. Algunas noches, acabadas mis tareas, me siento junto a la ventana en un rincón iluminado por la luna, y cultivo mis pensamientos. Un tálamo con su mesita, un arcón, dos candelabros y un escritorio rebosante de papeles y libros que también yacen por el suelo me acompañan día y noche. En la actualidad, busco refugio en el señor Kant: estoy estudiando el tercer tomo de sus obras y también me ocupo de la nueva filosofía. He abandonado a Homero y a los poetas antiguos, pero leo con sumo gusto al gran rapsoda Klopstock, sus odas y su epopeya bíblica *Mesías*, junto a los poemas del ardiente Schiller, que siempre me han dado nueva vida y me recuerdan el tiempo en que su amistad encendía mi ánimo y mi corazón se ensanchaba de felicidad. Mas lo que en verdad me entretiene jornadas enteras es un librito de tapas verdes que contiene las cartas de *mi* bienamado Hiperión a Belarmino, y de Hiperión a *su* adorada y radiante Diótima, junto con las que ella le escribía a su *alocado* amante. Cientos de veces las declamo para mí solo en voz alta, o se las leo con depurado sentimiento a todos cuantos me visitan, especialmente a los estudiantes de Tubinga, que me tratan con sumo respeto y a veces me invitan a sus fiestas, y con quienes canto y recito como un jovenzuelo, y al oírme exclaman: «¡Qué hermoso, qué hermoso, señor Scardanelli!».

Pues debe usted saber, madre, que desde hace algún tiempo tengo un pequeño diván que me proporciona grandes alegrías al poder leer cómodamente tumbado en él durante largas horas. Es un obsequio de uno de los señores principales que acostumbran a visitarme: tan pronto lo hace su real majestad como su santa santidad o el rector magnífico de la Universidad de Berlín, mi tocayo el profesor Hegel. Todos ellos me dispensan el más alto reconocimiento por mi obra y por los indudables dones que la divinidad y la naturaleza me han

otorgado, y a quienes correspondo con los debidos honores y cumplidos, recibiéndolos con grandes reverencias, henchido de afable gracia así como de exquisita cortesía.

Su alteza serenísima, la princesa Augusta de Hesse-Homburg, por ejemplo, me ha regalado una espineta, y cada día pulso en ella las dulces melodías de antaño. Puedo pasar allí sentado horas y horas tocando, pues, al poco de empezar a deslizar mis dedos por el teclado, mi alma se enternece y siento casi aplacada la inquietud que en ocasiones me abrasa. Es la inquietud que anida, quiéralo él o no, en el alma del poeta, y que el común de los mortales desconoce. Entonces cierro los ojos, alzo la cabeza hacia los seres celestiales y les dedico un canto que solo nosotros comprendemos; un canto que aprendí del ruiseñor en la frescura de los bosques cuando ya el día se encaminaba hacia la luz tenue de la tarde, la hora en que el Creador se inclina hacia la tierra y nos mira a los hombres con suma indulgencia. Y soy feliz. Hasta que declina la luz amiga y llega la tenebrosa noche, cuando todo se funde en un desorden y reina el caos primigenio.

Por eso, hace unos días, arrebatado de furia, corté las cuerdas de la espineta. No todas. Solo algunas. De tal manera que bastantes teclas siguen sonando y en ellas puedo componer nuevas melodías.

Pues sepa usted, madre, que la música *tampoco* me ha abandonado.

Pero no permita que esto que acabo de contarle, ni ningún otro pensamiento sobre mí, turben su tranquilidad: ya no sufro el lastre de mi humor sombrío ni siento la aplastante e insuperable fragilidad que me llevaba a enfermar de melancolía porque en mi carácter todo parecía dividido y contradictorio, y mis fuerzas pugnaban por conciliar la inteligencia con la amabilidad y la cortesía en la conducta social, más el respeto a la religión. Nunca fui capaz de conseguirlo. Siempre oscilé de un polo a otro, dando bandazos. De pronto, me asaltaban piadosos afectos que sin duda procedían de mi natural sentimentalismo, pero que justo por ello eran demasiado débiles e inconstantes. Es verdad que entonces me creía un auténtico

cristiano, un ser lleno de dicha y júbilo, porque la naturaleza penetraba en mi corazón. Sin embargo, en tales momentos no podía soportar a nadie a mi alrededor, solo deseaba estar solo, despreciaba a la humanidad y el más mínimo suceso arrojaba mi corazón fuera de sí. Cuando quería ser cabal, me tornaba malévolo, y la menor ofensa parecía corroborar la gran maldad de los hombres y su diabólico carácter. Hay que guarecerse y evitar la menor familiaridad con ellos, me decía. Si por el contrario quería luchar contra aquel misántropo agazapado en el fondo de mi ser, entonces debía esforzarme en gustar a los hombres, con el resultado de no agradar a Dios. Esta es la incesante batalla que he librado durante largos años. En las cartas filosóficas quise encontrar el principio que explicara la escisión que nos desgarra mientras pensamos y existimos, para así hacer desaparecer el antagonismo entre nuestro yo y el mundo. Es decir, entre revelación y razón. Tenía entonces el corazón rebosante, pero estaba vacío de alegrías. Era como una vieja maceta arrojada desde lo alto, hecha trizas sobre los adoquines, cuya planta perdió los brotes y se dañaron las raíces; y aunque fue trasplantada en nueva tierra y se le prodigaron delicadísimos cuidados, a duras penas se salvó de marchitarse: crecía mustia y raquítica.

Siento infinito tener que escribirle esto, pero ya demasiado tiempo he llevado puesto un antifaz y ahora necesito hablarle desde el fondo del alma, lo que será bien fácil. Le ruego que me comprenda y considere que lo hago con la franqueza en la que usted me educó y que creo deseará que continúe viva, pues nunca hemos tenido por costumbre engañarnos con algo ajeno al corazón. Aún me sigue maravillando el recuerdo de los dorados días de la niñez, cuando desconocía los dictados del tiempo y podía saborear la alegría. ¡Qué puro me parecía entonces todo! Nutrido de amor, medró fuerte y sano el pequeño Fritz, envuelto en la dulzura de los suyos y arropado en la inocencia de los juegos, libre de ataduras, lejos de la ruindad y apartado de cualquier lucha. No conocía ni deseaba mayor dicha que la de *estar* con mis seres queridos en mi amada Suabia,

pues no hay mejor lugar para vivir, especialmente en primavera y en verano, cuando los cálidos rayos del sol funden la nieve de las cumbres y rompen el hielo de los cien arroyos que cruzan la tierra hasta unirse con las azuladas aguas del Neckar que bañan Nürtingen y su isla. Allí comenzó mi grata vida y, hasta que hube de partir, no conocí ni deseé mayor dicha.

Cierto que ya cuando murió mi segundo padre y a diario veía la pena y las lágrimas que surcaban su rostro, madre querida, mi alma adoptó por vez primera el tono grave que nunca volvió a abandonarme por completo y que, como es natural —mas a la vez fatal—, solo podía crecer con los años. Pero después de dejar atrás mi hogar, al ingresar en el convento de Maulbronn, era fácil notar la angustia de mi corazón y así tomarme por un melancólico peligroso. Veía que mi destino se tornaba cada vez más negro, mi alma cada vez más frágil, mi cuerpo cada vez más débil. Con los permanentes disgustos, las humillaciones, la estrechez, el aire insalubre y la mala comida, mis condiciones físicas y anímicas se vieron severamente perjudicadas, y entonces llegaron los malos humores. Tan pronto lloraba por cualquier cosa como reía exaltadísimo en un encendido discurso. Y, junto con esto, tenía además una predisposición a la rudeza que a menudo, sin saber por qué, me hacía caer en una cólera repentina contra aquellos en quienes había percibido la sombra de una ofensa. Usted ya conoce mi temperamento —que precisamente *por ser temperamento*, en última instancia no se puede ocultar a uno mismo— y sabe lo poco que estoy hecho para los malos tratos, la opresión y el desprecio. Luego llegaron los años en la universidad. Según usted, mi bienaventurado padre solía decir que aquellos habían sido los más alegres de su vida. A mí, sin embargo, me la amargaron para siempre. Allí nació mi tendencia a la tristeza, de la que nunca he podido deshacerme del todo. Ahora, desde las cumbres de la vida, cuando sus formas emergen nítidas pues las alumbra una luz segura, veo con claridad mis años tempranos y me sonroja revivir la extrema debilidad de entonces. Nada me humillaba tanto como la conciencia de ser tan vulnerable.

Y a pesar de mis más sinceros esfuerzos por comprender lo que sería mejor para mí, lo que me haría más dichoso, seguía siendo el joven susceptible de siempre, entregado a sufrimientos estériles que no hacían sino perturbarme aún más y que demasiadas veces me conducían a una innecesaria exaltación nerviosa. ¡Tantas ansias y afanes! Creo que la impaciencia con la que uno quiere apresurarse en exceso hacia su destino es el escollo que a menudo hace fracasar precisamente a *los mejores*.

Ahora soy sin duda más paciente. He aprendido que el hombre madura a través de grandes alegrías y de grandes pesadumbres, y el joven descontento, veleidoso, impetuoso, impaciente y atrabiliario…, el ser al que casi exclusivamente se le conocía como alguien que siempre estaba lanzando sus quejas al que dirige sabiamente nuestro destino, esa criatura ya no existe, gracias a que ahora vive en soledad y lejos de los hombres, apartado del mezquino mundo actual, ajeno a las normas y convenciones de este siglo superficial y caótico. Jamás hubo en la tierra tanto barniz y colorido, ni tan increíble variedad de contradicciones y contrastes: ¡Antiguo y nuevo! ¡Cultura y barbarie! ¡Revolución con sangre y sangre sin revolución! ¡Maldad y pasión! ¡Egoísmo bajo piel de cordero y egoísmo con piel de lobo! ¡Superstición e incredulidad! ¡Esclavitud y despotismo! ¡Inteligencia sin razón y razón sin inteligencia! ¡Sentimiento falto de espíritu y espíritu sin sentimiento! ¡Historia y tradición sin filosofía y filosofía sin vida! ¡Energía sin principios y principios sin energía! ¡Rigor sin humanidad y humanidad sin rigor! ¡Amabilidad hipócrita e insolencia desvergonzada! ¡Jóvenes impertinentes y caballeros petulantes!… Se podría continuar así, desgranando esta letanía desde el alba hasta la medianoche sin siquiera tener tiempo de nombrar una milésima parte del actual caos que gobierna el mundo.

¡Es insoportable tamaño desorden! Lo incurable del siglo son la necedad y el engaño, el bullicio y griterío de gente insignificante que carece por completo de interés, su arrogancia y su egoísmo, la vulgaridad más obscena aliada al más desmedido orgullo… Cuando me encontraba entre aquellas gentes cultivadas, me parecía que la

naturaleza humana se había disuelto en la enorme variedad del reino animal. Como en todas partes, también allí eran los hombres especialmente degradados y corrompidos. ¡Qué espectáculo tan desasosegante! ¡Qué triste comedia la que se representaba en el así llamado mundo elegante! Cuantos más caballos lleva un hombre uncidos a su tiro, cuanto más numerosas son las estancias en las que se encierra y mayor el número de criados que lo rodean; y cuanto más se hunde en el oro y la plata, tanto más honda es la tumba que se está cavando y en la que yace muerto en vida. ¡Lo único que salvará a este siglo reptante y pérfido, que ya en su mismo germen envenena toda naturaleza hermosa, será rebelarse y aplastar a la serpiente!…

¡Créame, madre, no podía soportar tanta miseria espiritual! Sentía que aquellos bárbaros eran capaces de destruir mis mayores esfuerzos, mis más nobles impulsos. Lo malo no era tanto que fueran como eran, sino que considerasen lo que eran como el único modo posible de *ser* y que no quisieran admitir lo diferente. Y contra ellos, yo pensaba: «Deberíais al menos resignaros, queridos míos, y asombraros en silencio si sois incapaces de comprender que algunos no somos felices siguiendo vuestros modos. Sí, deberíais absteneros de convertir en ley vuestra sabiduría, pues obedeceros conduce al fin del mundo». Así que, como no me acomodaba a aquellos necios, tampoco ellos se acomodaban a mí. Ya no podía abrazar mis sueños, que ardían calientes y rojos como el vino añejo.

Y así, por precaución y para evitar mayores daños, hube de recluirme. Me encerré en mí mismo como una larva. Porque afuera, solo el invierno.

Y también lo hice por amor a mi libertad.

No la engañaré, madre.

Porque usted en parte *también* contribuyó a que muriera en mí el solitario soñador henchido de alegría y esperanzas, el joven poeta lleno de coraje que, con el alma arrebatada, sin adornos ni trabas marchaba hacia su meta. Pasara lo que pasara, partía al encuentro de la belleza y avanzaba por la vida sin temer nada. ¡Pobre, aunque

dichoso! Su corazón era puro y firmes sus manos, pues corresponde a nosotros, los poetas, estar con la cabeza descubierta aguantando las tormentas de Dios y aferrar con nuestras manos el rayo paterno y brindar al pueblo con nuestro canto el don celestial y de este modo despertar de su sueño a los que aún dormitan, para conducir a nuestro pueblo al Olimpo donde manan eternamente puros lo bello y lo bueno y lo verdadero. Buscaba la vida desaparecida, un tiempo mejor, un mundo más hermoso. Dejaba que los pensamientos madurasen silenciosos en mi alma de poeta, que aspira a lo infinito y se estremece cuando brota el fruto de los dioses: el cántico. Por eso, si un día alcanzo lo sagrado, aquello que es caro a mi corazón —¡el poema!—, por *una vez* habré vivido como un dios.

Y más no necesito.

Nunca lo comprendió usted, que juzgaba mi invencible melancolía como fruto de la vanidad insatisfecha, como resultado del naufragio en que sucumbí por aspirar demasiado pronto a algo grande y entregarme al impulso de seguir infatigablemente las extraordinarias señales que me enviaba la naturaleza y osar responderle. Una y otra vez me alentaba usted a abandonar aquellas sendas a su juicio equivocadas, para seguir los caminos de la humildad y la virtud. Tras mil luchas, aprendí a conformarme y a renunciar a los sueños, a tantas ilusiones y anhelos como me había forjado, tomando la aspiración de mi juventud por un orgullo vano, por una inclinación desmesurada a querer alejarme de la esfera que me fue predestinada debido a mis disposiciones naturales y a las circunstancias en las que crecí. A ratos lo aceptaba, temeroso de mi fragilidad, pues me tomé con más juicio que otros todo lo destructivo que me afectaba desde bien temprano. Pero a la vez intenté extraer alguna ventaja de tales sufrimientos: adelantarme a ellos, aceptarlos allí donde se hallaran como imprescindible materia sin la cual mi yo más íntimo estaría incompleto. Me propuse acoger esas zozobras y disponerlas a modo de sombras que sirvieran de contraste a mi luz, para reproducirlas como tenues tonos sobre los cuales brillara aún más refulgente el color de mi alma.

Lo puro solo puede presentarse *en* lo impuro.

Eso usted no lo puede comprender, y acaso por ello jamás le interesó esta parte de mí, ya que deseaba el orden para su pequeño Fritz y que este eligiera un puesto fijo donde obtener una fuente de sustento y forjarse un *destino* respetable. Cada vez que tenía noticia de que había quedado vacante una plaza de vicario o pastor en la parroquia de alguna tranquila aldea, me instaba a presentarme y ocuparla, pues ¡cuánta elevación y excelsitud no nos infunde un sacrosanto sermón! ¡Y qué noble tarea se desempeña desde el púlpito: exhortar y educar fraternalmente a una congregación de seres piadosos! ¿Por qué estaba tan ciega, madre? ¿Cómo llegó a creer que yo *podría* ser feliz con semejante plan de vida? ¿No veía que clamaba a los cielos lo pervertido y desacralizado que andaba el púlpito? ¿Me creyó capaz de convertirme en un profesional de la teología, en uno de esos vulgares escribanos y fariseos de nuestro tiempo que degradan la sagrada Biblia y la reducen a un frío parloteo, que matan a Cristo con más ensañamiento que los judíos porque convierten su palabra en letra muerta y a Él, ¡el Viviente!, en un ídolo vacío? Estaba usted tan obcecada con mi futuro que llegó a proponerme que me presentase a una plaza para la cual era condición ineludible casarse con la hija del anterior pastor, ignorando y haciendo caso omiso a que ya desde muy joven, desde mi estancia en Wurtemberg, le escribí exponiéndole que me parecía conveniente renunciar a *la dicha* del matrimonio, pues también puede llevarse con dignidad una vida de solterón.

Claro que después conocí a Diótima, según ya tiene usted noticia, pues tuvo la desvergüenza de abrir el baúl que había enviado de Francia a Nürtingen, en uno de cuyos compartimentos secretos guardaba las cartas de mi adorada Susette. ¡Más le valiera haberse leído las mías!, aunque le aburran porque una y otra vez repito en ellas los pensamientos y las convicciones que siempre le he manifestado. Ruego me disculpe si me equivoco, pero no me extrañaría que siguieran lacradas, como en alguna ocasión me sucedía a mí con las cartas recibidas de usted y de mis hermanos,

que se amontonaban cerradas sobre mi mesa porque *necesitaba* precipitarme a devorar las que me enviaban mis queridos amigos. De modo que los recelos de usted respecto a que yo *no leía* sus cartas en parte estaban bien fundados. Pero ello sucedía solo excepcional y puntualmente, porque no le ocultaré que su amado Fritz no podía permitirse prescindir del mucho bien que le hacían aquellos pliegos que le enviaban sus amigos o la dulce Diótima: tantas horas e instantes llenos de la más íntima alegría y con los que tanto gozó.

¡Ah, Diótima, mi divinidad perdida! A diario tengo que invocarte, pues a tu alrededor propagas un fuego sagrado y todo lo yerto y seco lo conviertes en llama que se eleva hacia el éter. ¡Ah, Diótima, criatura feliz y deliciosa, porque mi espíritu sanó del miedo de vivir y de mi rostro huyó la salvaje tristeza que me devoraba cuando llegaste a mí resplandeciente y bella, sublime, buena, celestial, ardorosa, tierna!… Sin ti, mi alma atormentada vaga por valles y montañas como una débil mariposa parpadeante, mendigando una gota de aceite en la lamparilla para poder seguir iluminando la noche un poquito más. Sé que es vano suplicar o rebelarse cuando los dioses de la muerte atrapan al hombre y lo encadenan, dejándolo abatido y derrotado en mitad de la noche borrascosa. ¡Qué oscuro se ha vuelto todo a mi alrededor! Ya no me queda sino languidecer y derramar amargas lágrimas. ¡Qué lejos tu rostro cándido y sereno! ¡Cómo enmudece a ratos la melodía de tu suave voz, Diótima! ¡Mas volveré a buscarte y viviré el resto de mis días dedicado a conjurar el olvido, aunque haya de fingir que viviste en tiempos antiguos y solo supiera de ti a través de las leyendas! Porque no quiero quedar apresado únicamente en tu retrato y consumirme en el éxtasis y en el dolor. No quiero morir por ti la muerte de la alegría y la muerte del dolor. En mis poemas, reanimaré el pasado, el jardín donde nos conocimos después de un tiempo oscuro y terrible. ¿Era primavera? ¿Era verano? El ruiseñor entonaba su dulce canto y nos embriagaba el perfume de los tilos. Jacintos y tulipanes, rosas y lirios perfumaban los caminos y senderos por donde serpenteábamos

enlazados y alegres, ¡tantas noches!, ¡tantas mañanas!; hablando de cualquier cosa, allí, junto al estanque, viendo cómo en el agua calma se reflejaban las nubes plateadas y el azul vaporoso que flotaba ondulante; mirándonos alegres, soñando un tiempo más bello, pues fieles a nuestro amor hallaríamos la senda de los dioses venciendo a un cruel destino de ausencias y silencio: este presente en el que deambulo a la deriva, apresado entre sombras que ciegan la mirada. Desierta está ahora mi alma, pues al perder lo que ella veneraba me he perdido. Y ahora vagabundeo por lo que hay en mí y ante mí y más lejos, y no sé qué debo hacer de mí ni de nada. ¡Oh, Diótima…, mi inspiración, mi guía, mi ángel!… ¿Vendrás, hija del cielo, a darme tu mirada, tu sonrisa y cuanto vive en ti de sublime verdad? ¡Ven, ven ahora, y deja que yo siga tu luz, pues necesito sosegarme en ti!

Tu temprana muerte ¿será el castigo por haberte matado en *nuestro Hiperión*? Nunca pudimos ponernos completamente de acuerdo sobre este punto. Yo juzgué necesario que así fuera, *cabalmente*, habida cuenta del planteamiento del libro. Sé que la naturaleza desprecia la razón y, como un pájaro huraño, no me atrevía apenas a mirarte para no advertir tu congoja, ¡amada mía! Solo me queda el consuelo de tu súplica: «¡No te acuses nunca de mi muerte, amor!». Y también me alivia que supieras que todo lo que en el libro cuento de Diótima, de *la vida de nuestra vida*, es mi única verdad. ¡Todo era tan ligero a tu lado! ¡Todo! Volábamos unidos espiritualmente a través del éter infinito… Si al igual que lo hizo Hiperión, hubiera podido seguir modelándome como artista a tus pies, paulatinamente, en calma y libertad, me habría convertido en un gran poeta, que es lo que día y noche sigue anhelando mi alma, atormentada por la desesperación.

Me consuela pensar que el destino ya no tiene poder alguno sobre nuestro amor: como las bienaventuradas sombras a orillas del Leteo, vive ahora mi alma con la tuya en celeste libertad.

Tan perturbado me he sentido al recordar el Amor, que me he visto obligado a interrumpir esta carta y tumbarme en el sofá para leer una vez más el libro de tapas verdes en cuyas páginas reina,

inmortal, Diótima. Ella sí es una extraordinaria esposa. Me dio trece hijos, ¿sabe usted, madre? Uno es zar de Rusia, el otro rey de España, el tercero sultán, el cuarto papa, y así sucesivamente… Además, fue la alada criatura que me inspiró versos de una luminosidad trastornadora, imágenes purísimas, ritmos sublimes, arrebato, ebriedad…

¿Podría hacerme cantar así la pobre aldeana de aquella parroquia donde usted quería que me emplease al precio de *uncir* a ella mi destino? ¿Podría ofrecerme tanta dicha una desconocida? ¡Parece mentira, madre, que lo considerara usted de ese modo! Y por eso esta vez no puedo expresarle el agradecimiento y cada una de las formas de cortesía que siempre guían mi pluma al escribirle, porque en este punto mi abnegada y bondadosa madre no comprendió a su hijo.

Ni en este, ni en otros.

Tardé mucho en convencerla de que me sería imposible aceptar ciertos yugos. Y aún me costó más hacerle creer que esta es una época en la que ya no puede uno empeñarse en considerar que tal o cual medio de vida es el único *decente* y honrado. Y cuando finalmente lo aceptó usted así, me propuso nada menos que ocupar un puesto de maestro en la escuela de latín de Nürtingen, aprovechando la buena fama y excelente reputación de las que yo gozaba entre mis paisanos. ¿A quién se le ocurre? ¿Olvidó acaso que fue en la escuela donde me volví tan *razonable*, entre aquellos bárbaros que creían ser sabios porque ya no tenían corazón? ¡Cómo odio a todos esos monstruos groseros que matan y destruyen de mil modos la pureza juvenil con su severa y mezquina disciplina! Además, ¿no pensó usted en mi salud? ¿De verdad creyó que podría soportarlo? Me sería imposible dar clases en una escuela, educar a cuarenta muchachos siguiendo unos principios rigurosos y desplegando un celo constante y avizor. Sería una tarea titánica, sobre todo cuando tan a menudo la educación de casa y de otras instituciones influyen en los niños precisamente en el sentido contrario al deseable.

Con el tiempo aceptó usted que me desempeñase como preceptor, aunque tampoco aquel ambiente burgués colmaba mis aspiraciones ni me proporcionaba consuelo o serenidad. Cierto que tuve alguna satisfacción, sobre todo al principio, cuando descubría que la mínima semilla que plantaba en mi discípulo germinaba y se convertía en una infinitud de bendiciones, gracias a la respuesta tan grande que obtenía de su tierna almita. Eso me colmaba de felicidad. Los niños son, por naturaleza, tan puros e intuitivos, ¡tan libres!, ¡tan ajenos a la mezquindad del mundo!, que a menudo volvía a ver reflejada en ellos mi propia y feliz niñez, lo cual facilitaba mucho la labor. Mas no siempre veía coronados por el éxito los concienzudos esfuerzos —a veces muy fatigosos— que realizaba, y era desolador comprobar cómo día tras día, al crecer, se malograban y echaban a perder los frutos arduamente cultivados. Y entonces me sentía ya incapaz de ayudarlos. Ni yo ni ningún otro preceptor más capacitado y perfecto podría hacerlo.

Sí, el niño es un ser divino hasta que se disfraza con los camaleónicos y endiablados colores del adulto.

Súmele a ello algunos factores externos y comprenda así que las distintas miserias que hube de soportar en mi quehacer educativo fueron minando mi salud: el orgullo descortés, la diaria humillación infligida a la ciencia y el saber, las *muestras* explícitas de que los preceptores también forman parte del servicio y no pueden exigir nada especial para ellos porque *se les paga* por lo que hacen, más otros enojos que omito detallarle. Créame, madre: por mucho que intentaba pasar por alto todos esos agravios, lo cierto es que aquellas gentes me herían y ofendían cada vez más, causándome a menudo un *mudo enfado* que no era nada bueno para el alma ni para el cuerpo. ¡Le aseguro que tuve paciencia! Callaba y callaba, y de ese modo se iba acumulando un peso sobre mí que al final acabó aplastándome. O al menos, oscureciendo mi mente. ¡Si alguna vez se ha creído una palabra mía, oiga lo que ahora le digo! No imagina usted hasta qué punto todo el mundo estaba amargado y de qué forma hacían pagar su acritud a cuantos los servíamos y

dependíamos de ellos. ¡A fin de cuentas, el preceptor es el último palo de la baraja! De modo que demasiado a menudo debía abonar un peaje en exceso penoso solo por el *dudoso honor* de vivir entre la clase más cultivada.

De ahí las mudanzas a que me vi obligado durante aquellos años, algo que usted tampoco comprendió.

¡Ah, cuánto me hubiera gustado entonces que usted se hubiese comportado como la piadosa Tetis y acogido mis quejas, al igual que hizo ella, la madre de Aquiles, cuando emergió del fondo del mar y calmó con tiernas caricias el dolor de su bienamado hijo! Y después este escuchó de sus labios la promesa de que lo ayudaría.

No se disguste por lo que le escribo, madre querida, pues estoy siendo justo y sincero, como usted desea y exige. Cierto que nunca me dijo nada de esto así tan directamente, mas con *su ejemplo* me mostró la senda de la abnegación y el sacrificio, y me enseñó a *aprender a sufrir*, ya que mi signo al parecer era *soportar* la adversidad más de lo que puede hacerlo el común de los mortales. ¿Cuántas veces me instó a ser fuerte y predicó *la fortaleza*? ¿Cuántas veces me aseguró que hay miles de casos que confirman que *el que no quiere sufrir no sufre*? Claro está que es todo un trabajo aprender a tomarse los avatares externos con algo más de indiferencia y serenidad para alcanzar la distancia necesaria que nos permita un razonamiento sosegado, único escudo que en la guerra contra el mundo nos protege de las ponzoñosas flechas que se nos lanzan. Desde bien temprano me di perfecta cuenta de ello y así se lo expuse a mi hermano Karl cuando este todavía aceptaba mis consejos: el mundo nos destruye hasta la raíz si dejamos que cada ofensa que se nos inflige vaya directa al corazón.

Durante largos años *supe* adaptarme a lo necesario y a lo conveniente. Mas una y otra vez temía que la cálida vida que había descubierto en mí se enfriase al contacto con la helada realidad. Era casi imposible mirar su fealdad sin caer derribado y herido. Y por eso hube de cerrar mis ojos a la paja y al humo y al polvo que me acechaban. Fue una labor ardua que consumió gran parte de las

energías que quería dedicar a otras tareas más elevadas. Y a menudo el extravío, como un rugido ensordecedor, me asfixiaba y oprimía.

Ha pasado mucho tiempo. Mi corazón se ha ido cansando poco a poco, pero sigo empeñado en serle fiel a la poesía y vivir en, con, por, para, según, tras… ella.

Así que, desde mi soledad, me propongo *resistir obstinadamente* y no dejar que el mundo y sus miserias me desvíen ni un solo milímetro del camino que me han señalado los dioses, que siempre han acogido, ¡benignos!, al solitario. Cristo, por voluntad del Padre, para alcanzar la eternidad, también estuvo solo. Sé que no tardarán en llegar los espíritus de la muerte y pulsarán las cuerdas de mi corazón hasta romperlas. Mas entretanto nadie me alejará de esta ensoñación que me apacigua, donde vivo sin las constricciones que la etiqueta y el orgullo suelen imponer: libre ya de huéspedes inoportunos, de las novedades y locuras de nuestra época, de la estulticia que triunfa por doquier.

Vivo como en los amados días de mi juventud, y a menudo vuelvo a esas regiones abandonadas de mi vida, cuando la rima se inclinaba a la alegría, y el amor y la amistad eran alas que me transportaban a las cumbres donde reinan la luz y la belleza. En ocasiones, todavía resuenan dentro de mí los ecos de Jena, y eso me salva de sentirme como un cántaro vacío; como el cadáver andante en que me había convertido y que usted misma vio cuando, tras conocer la muerte de Diótima, regresé de Burdeos y me refugié por un tiempo en Nürtingen. Al igual que las otras veces en que regresaba al hogar tras un largo viaje, también entonces salió usted a recibirme en el puente sobre el Neckar, acompañada de mi querida hermana Rike. ¡Mas qué espantosa visión les aguardaba! Mis condiciones físicas y anímicas se habían degradado hasta el extremo de dejarme irreconocible, convertido en una figura espectral: el rostro demacrado, los ojos hundidos, las greñas, la barba hirsuta, las uñas largas y afiladas como garras, y todo yo cubierto de andrajos pestilentes… Parecía un miserable pordiosero al que las gentes que

antes tanto halagaban, entre cuchicheos y muecas de asco, rehuían tomándolo por *un loco*.

¡Hasta los niños se asustaban al verme!

Ya todo acabó. Solo me resta pedirle disculpas por si mi carta es algo más confusa de lo acostumbrado, pero necesitaba rogarle que no se preocupara más por mí, madre querida. Cierto que aún no me han abandonado por completo los espíritus del aire que me insuflaban visiones metafísicas, si bien su soplo ya no es tan violento. No en vano ha transcurrido el tiempo tumultuoso, arrastrando remolinos y combates, apagando la alegría. Ya no me atormentan las alocadas ilusiones del pasado, reducido a ensueño y sombras el recuerdo de los días hermosos, que fueron desvaneciéndose en un largo y lento crepúsculo.

Sé que no se puede ser eternamente joven y que todo tiene su momento: que el verano es tan hermoso como la primavera o el otoño o el invierno, pues todas las metamorfosis de la naturaleza *son* belleza. Mejor dicho: ni la primavera ni el verano ni el otoño ni el invierno son bellos *por completo*, pues la belleza consiste en la reunión de todas las estaciones en su sucesión natural, como acontece con las edades de la vida, sin que radique ni habite en una sola: diversas líneas se entrelazan y no siempre mi cabeza consigue desenredarlas, pues la vida no es una raya recta ni vuela como una flecha. A menudo una fuerza extraña se cruza en el camino del fugitivo, desviándolo por senderos extraños y torcidos.

Aun así, este *debe* proseguir su marcha.

Y ahora ha llegado la noche, que me sujeta y retiene en su sagrado encantamiento, sin herir el alma ni tampoco causarle daño al corazón. Estoy tranquilo y soy bueno como un niño cuando ejerzo en paz y con dulce sosiego esta tarea, la más pura de todas. Y es una felicidad que mis días transcurran dedicados por completo a la poesía. De lo contrario, iría de locura en locura. Vivo sin medir lo que tengo y soy, pues lo que tengo no puede abarcarlo completamente ningún pensamiento. Navegar por ríos o lagos no es ningún arte, pero cuando nuestro corazón y nuestro destino nos arrojan al fondo

del abismo marino, entonces se forja el timonel. Y así discurre ahora mi vida, en las procelosas aguas de la poesía. Y prefiero seguir viviendo de este modo, pues sin ella la vida entera es como la muerte. Y si aún no la ejerzo con la elevación que anhelo, porque desde muchacho nunca me entregué a ella en el mismo grado que a alguna otra tarea —realizada con demasiada bondadosa escrupulosidad por respeto a usted y por temor a la opinión de la gente—, sé que alcanzaré esas sublimes regiones.

Porque al fin puedo reposar tranquilo y seguro *sobre mi propio ser*. Acéptelo al fin, madre, ¡y bendígame! Pues lo que usted juzgó como mi desafortunada inclinación juvenil, contra la que hube de empeñarme con duros esfuerzos, entregándome por *su* voluntad a tareas y ocupaciones supuestamente más serias y profundas, permanece enraizada en mi corazón y lo seguirá estando mientras viva. Y le ruego que no siga pensando que se trata de un simple pasatiempo, de una fantasía o de una quimera absurda. ¡No! *La poesía es mi única verdad*. Solo vivo y existo en ella. Muerta Diótima, la poesía es mi refugio contra las ofensas del mundo: mi amparo, mi amada bienhechora, el huerto pródigo en frutos, el edén que cuido con solícito amor y por donde paseo entre flores siempre recién brotadas mientras el tiempo, voluble y poderoso, resuena lejos, con sus caprichos y sus tempestades.

¿Es una suerte o una desgracia?

Ya nada temo. La poesía me acompaña: ilumina los más turbios repliegues del alma y desbroza los misterios de la naturaleza, mostrándomelos en todo su esplendor. También en su deformidad. Y le ruego que no se intranquilice por lo que voy a decirle, madre. Pues así como el arco iris solo es bello tras las tormentas, de igual modo en la poesía lo verdadero y armónico solo surgen tanto más hermosos cuando se manifiestan a través del error y del sufrimiento. Por eso el poeta debe imitar a la creación, donde cada cosa singular no es perfecta, y en la que Dios deja que llueva sobre buenos y malos, sobre justos e injustos.

Por eso paseo infatigablemente y me pierdo en la naturaleza,

escrutándola. A ella le pido consejo, pues no atemoriza ni adoctrina como los viejos maestros. A ella invoco cada amanecer para que me devuelva al azul de la niñez, a los sueños dorados de la infancia que ocultaban las miserias de la vida, a la luz y hermosura de los campos y praderas natales, cuando mi corazón se volvía hacia el sol como si este oyera su voz, y a las estrellas las llamaba hermanas…, y a la primavera, melodía de Dios. Porque en el aire vibraban entonces cantos de alegría y embriagantes aromas flotaban por valles y montañas…

En los días benignos, con las primeras luces del alba, salgo al aire libre y dejo vagar y volar mi alma. Feliz y solo, camino por las riberas del Neckar. A ratos me siento a meditar bajo la sombra de los sauces, atareados los ojos y las manos: los ojos contemplando los cisnes y los patos que surcan las aguas; las manos recogiendo florecillas del prado o tiernas briznas de hierba que guardo en los bolsillos del jubón. Camino en busca de lo que es mío, aun por lejos que esté. Y seguiré mirando abajo, cada vez más abajo, hasta la más profunda de mis penas. Ennoblecida y libre peregrina mi alma hacia la tierra desconocida, pues no basta con haber caminado solo una vez a orillas de la muerte. Siento que voy por la senda de los dioses, dado que conocí la maravillosa y sublime gracia de Diótima, a quien amé y por quien fui amado, en la eterna primavera de nuestros corazones.

Pero no nos fue dado
descansar en ninguna parte;
desaparecen, sufren
los hombres, caen
ciegamente de una
hora en otra,
como agua, de roca
en roca arrojada
durante años a la incertidumbre.

¡Adiós, madre querida! Tiemblo y me estremezco. Siento que debo terminar antes de que las Parcas pongan fin demasiado pronto al

sueño. Yo ya he hecho lo que podía. Le ruego que no olvide el sincero respeto que le profesa su fiel hijo, que humildemente se encomienda a su comprensión y a su constante amor, y le suplica no dude de los buenos sentimientos de que le es deudor.

Le repito lo dicho y me nombro

su

más obediente hijo,

HÖLDERLIN

CHARLES

Cuando te miro desde la bruma que envuelve estas horas últimas, semejas una Piedad: la majestuosa Reina de los Dolores que sostiene sobre las rodillas el cuerpo de su hijo muerto y parece que vaya a desmayarse, aplastada por el terrible peso de la desesperación. ¿Sabes? Esas imágenes o tallas siempre han dejado en mi espíritu un profundo surco de melancolía, una deliciosa tristeza. Y si yo fuera pintor, para representar a una *Mater Dolorosa* elegiría el color violeta, que es el propio del amor contenido, velado y misterioso, como el tuyo. Pues si alguna vez sentiste amor por mí, te empeñaste tercamente en ocultarlo.

En cambio, yo…

Hubo en mi infancia una época en que te profesaba un apasionado amor. Recuerdo el día que fuimos a dar un paseo en coche de punto. Acababas de salir del sanatorio donde estuvieras recluida y para demostrarme que habías pensado en tu hijito, me enseñaste unos dibujos a pluma hechos para mí. Después fuimos a la plaza Saint-André-des-Arts y Neuilly. ¡Largos paseos y mimos sin fin esa tarde deambulando por los muelles, tan tristes al atardecer! Aquellos días fueron para mí el tiempo feliz de las caricias maternales. Y perdóname si llamo *tiempo feliz* a lo que sin duda para ti —recién enviudada— fue un periodo harto doloroso. Mas tampoco negarás que por entonces yo estaba siempre vivo en ti y tú me pertenecías únicamente a mí. Quizá te sorprenda que pueda hablar con tal pasión de una época tan lejana, pero te repito que aquel era el tiempo de *tu amor*, cuando también te adoraba por tu elegancia. Recuerdo el aroma dulzón del perfume que flotaba en el aire cuando alguna noche entrabas en mi cuarto al regresar de una fiesta. Te veo envuelta en un abrigo largo, habías desabrochado ya un par de botones y al inclinarte para depositar un tierno beso en mi frente, el

cuello y las solapas me acariciaban suavemente las mejillas. ¡Llegué a confundir el olor de las pieles con el olor a mujer!

Luego, todo eso desapareció de golpe. Ya no hubo más mimos ni más risas. Solo severidad. Y una implacable obsesión por inculcarme el sentido de saber comportarse y llevar una existencia digna de respeto. Recuerdo la tarde que fuimos a visitar a la señora Panckoucke en su palacete de la calle Poitevins, donde guardaba un maravilloso tesoro. «He aquí un niño bueno al que quiero darle algo para que se acuerde de mí», dijo, tomándome de la mano. Atravesamos varias estancias y después nos detuvimos ante la puerta de una habitación que ofrecía un espectáculo extraordinario y verdaderamente fantástico: las paredes no se veían, tapizadas completamente con juguetes que también pendían del techo como una floración de estalactitas, y dejaban el suelo reducido a un estrecho surco por el que apenas se podía caminar. En aquel prodigioso cuarto moraban docenas de juguetes de todo tipo y condición: desde los más caros a los más sencillos y baratos. «Puedes elegir el que más te guste», me dijo aquella inolvidable hada mientras íbamos recorriendo la estancia. Aturdido como estaba, pero a la vez espoleado por el deseo, con la celeridad propia de los impulsos y anhelos infantiles, me apoderé inmediatamente del juguete más bello y lujoso y extraño de cuantos allí había, pero tú reprobaste mi atrevimiento y te opusiste a que me lo llevara, obligándome a coger un *objeto* infinitamente mediocre e insípido.

Por entonces ya estaba usted completamente entregada a su nuevo marido, tan distinto de mi padre, Joseph-François Baudelaire, a quien cada mañana incluía en mis plegarias, junto con la dulce Mariette, invocándolos como intercesores ante Dios y rogándoles que me diesen la fuerza de voluntad y la disciplina necesarias para cumplir con todas mis obligaciones, y que otorgaran a mi madre una vida lo bastante larga para que pudiera ver mi transformación y gozar con ella. «No me castigues en mi madre, y no castigues a mi madre por mi causa —rezaba enfervorizado—; concédeme la fuerza de cumplir con mi deber todos los días y de convertirme así en un

héroe y en un santo». Te parecerá pueril aquella devoción, pero has de saber que fue entonces cuando descubrí que hay algo mágico en las plegarias: un entusiasmo, una exaltación ciega, una fogosidad parecida a una descarga eléctrica que nos sacude y estremece hasta el punto de convertirlas en una de las grandes fuerzas de la actividad intelectual. Todo un hallazgo que después elevaría a la poesía.

Sin duda alguna mi padre me legó un apellido de significado terrible, pues su etimología no procede en absoluto de *bel* o *beau*, sino de *band* o *bald*, de *badelaire*: un tipo de sable de hoja corta y ancha de doble filo con la punta vuelta del canto del arma, próxima a la mano que lo empuña, de modo que con un golpe certero… ¡zas! Llegó a Francia con las cruzadas y hace poco, en 1861, durante las excavaciones realizadas cerca de Pont-au-Change, se encontró el *badelaire* usado por el verdugo del Grand Châtelet en el siglo XII. Ahora se muestra en el Museo de Cluny. Vaya a verlo. Su aspecto es terrible. Me estremezco solo de pensar que el perfil de mi rostro recuerda el de ese machete o alfanje, pues a menudo me han retratado con las tintas más siniestras que se pueda imaginar, destacando la cara despavorida, descompuesta y perversa como la de un héroe de sala de lo criminal o la de un enfermo del hospicio-manicomio de Bicêtre, un rostro de rasgos astillados que contrasta amargamente con la intensidad de la mirada, un rostro fatalmente marcado con un rictus, ese pliegue en la comisura de los labios, una boca acostumbrada desde hace tiempo a no morder más que ceniza. No ponga esa cara, no lo niegue. Ni tampoco intente convencerme de que mi apellido viene de *baud*, que significa «alegre». ¡No! Viene de allí, *badelaire* y, por corrupción, *baudelaire*. Son lo mismo. Y yo no soy bueno y alegre, sino malo y triste. Mi padre sí fue un hombre bueno, un sacerdote que, aunque hubiera colgado la sotana tiempo atrás, lo siguió siendo *ad aeternum…* Es cierto que en nuestra casa presencié desaires e impertinencias por parte de él, junto con llantos y ataques de nervios por parte de usted. Cuando se casaron, en 1819, él era ya un anciano de sesenta años y usted una joven de

veintiséis que, a buen seguro, andaba perdida en el podrido sentimentalismo materialista de los ensueños románticos. Por consiguiente, era del todo imposible evitar el furor y las escenitas. Aun así yo prefería aquel *hogar* porque allí *éramos nosotros* y todo transcurría de una manera espontánea y natural, con mucha emoción y sentimientos. A él le debo el *gusto* por la pintura y el dibujo, todo lo que fui aprendiendo cuando de niño me llevaba a visitar los museos y me enseñaba a contemplar los cuadros y las obras expuestas. Años después, he recordado a menudo aquellos días al recorrer los salones artísticos. Y cuando me sentía solo —sin amigos, ni amantes, ni perro, ni gato con los que desahogarme—, el retrato de mi padre era lo único que me acompañaba. Pero siempre estaba mudo.

En cambio, no le negaré que fue un artista detestable. Bien lo sé. Y voy a confesarle algo, aunque quizá le disguste oírlo, pero ya no tiene sentido seguir ocultándolo. Hace unos años, no muchos, en la tienda de un marchante del Pasaje de los Panoramas descubrí uno de los escasos cuadros que pintó mi padre: representaba a una mujer que yacía desnuda y en cuyos sueños se le aparecían otras dos figuras también desnudas. En aquel momento no llevaba encima ni un triste chavo para dejar al menos una paga y señal y algún día después ir a recogerlo, pero el aluvión insoportable de fruslerías cotidianas y las deudas que aún me perseguían impidieron que volviera a ocuparme del asunto. ¡Y no imagina cuánto me arrepiento! Por eso le agradezco que, aunque a usted le disgusten, me permita tener ahora cerca de mí estos dos cuadros de él que cuelgan sobre la cabecera de la cama: una antigua tentación de san Antonio con una bacante en el centro del lienzo y, acompañándola, una escena galante. Porque todas esas antiguallas que pintaba mi padre tenían un valor moral.

En cambio, su marido el general Aupick, mi padrastro… ¡Qué terror me infundía! Desde un principio quiso alejarme de usted, ignorando la necesidad que tienen madre e hijo de estar juntos, la unión que hay entre ellos y lo bien que están uno al lado del otro. Yo *sabía* que

usted me amaba, que había entre nosotros una comunión de ideas y sentimientos que solo la presencia del intruso entorpecía y que este acabó destruyendo por completo al separarnos. No puedo recordar sin dolor aquellos colegios adonde me envió, la atroz educación a que me sometió, todos y cada uno de los continuos tormentos de esos años, infligidos por la tropa de maestros que con regularidad enviaban sus informes: «Inteligencia. Cierto mal gusto. Conducta a veces bastante rebelde», aseveraban. Súmele el odio de unos compañeros vengativos y tiránicos y entenderá el atroz sentimiento de soledad que me embargó desde la infancia, el presentimiento de un destino fatal que en 1845… ¡Puñalada en el pecho, suicidio frustrado! En fin, se sucedieron en mi infancia todo un cúmulo de adversidades que de milagro no anularon en mí un gusto muy intenso por la vida y sus placeres, pues ya desde niño experimenté esa contradicción entre el horror y el éxtasis de la vida: una extraña amalgama de ascetismo cristiano y profunda sensualidad. No sé si en parte se lo debo a ustedes dos.

Pues, aunque tú lo niegues, yo sé que Aupick jamás pudo ni quiso creer que yo, pese a todas las provocaciones a que lo sometí, no era ningún malvado, sino un buen chico que en el fondo solo pretendía llamar su atención para que *él* me quisiera. Y por eso, pese a su desprecio, te obedecí y me esforcé en demostrarle respeto y cariño. Incluso le escribí una amable carta felicitándole por su nombramiento como mariscal de campo y otra más interesándome por la herida vieja en su pierna, de cuando cayó en la batalla de Ligny. Era lo mínimo, ¿no crees? ¡Qué menos! ¡Ay, si supieras que de niño quería ser papa!… Y algún residuo de aquellos remedos infantiles me habrá quedado porque todavía recientemente, durante mis conferencias en Bélgica, algunos apreciaron modales y maneras que semejaban los hermosos gestos de un sacerdote en el púlpito. ¡Hasta juzgaron que los puños de mi camisa blanca se movían como los pliegues de los hábitos religiosos! Y tras celebrar mi «voz litúrgica» y mis discursos semejantes a «una misa de gloriosas imágenes», trazaron un retrato que sin duda te llenará de orgullo,

pues dijeron que el señor Baudelaire «tiene la belleza grave de un cardenal de las letras oficiando ante el ideal; su rostro lampiño y pálido hasta se oscurece como en una penumbra catedralicia, y el movimiento de sus ojos semeja soles negros; su boca, de labios finos y crispados, tiene una vida propia e independiente de la expresión del rostro; y la cabeza domina como desde lo alto de una torre la atención pasmada de los asistentes. ¡Semeja un sacerdote orgulloso de la lira!».

Todas esas cualidades *mías* exaltaron los plumillas en sus crónicas.

No sacudas la cabeza y sonríe, sonríe… Porque la risa es liberadora. Y porque aún te asombrará más saber que de niño no solo quería ser papa, sino sobre todo ¡papa militar! ¡Que conste! Y acaso algo de ese deseo quedó en mí grabado de por vida, pues no en vano se ha dicho que siempre parecía yo muy educado, muy altivo y muy untuoso a la vez: que tenía algo de monje, de soldado y de hombre de mundo. ¡Y si supieras los goces que me brindaba esa fantasía! Porque nadie en su sano juicio puede negar la admiración que despierta en el vulgo la pompa de la vida militar. Incluso artistas geniales como Delacroix la han convertido en uno de sus temas favoritos. Sin duda tal afecto deriva de las virtudes y cualidades que forzosamente pasan del alma del soldado y el guerrero a su rostro y a su porte. Pero también surge del vistoso atavío con que se reviste la profesión. Sobre la coquetería y sobre el sentido moral de esos uniformes tan deslumbrantes con que todos los Gobiernos se complacen en disfrazar a sus tropas podría hablarte hasta la náusea, pues así como cada época tiene su particular belleza o su gracia, también la tienen las distintas profesiones. Y el militar, tomado en su conjunto, como el dandi o la mujer galante, nos proporciona asimismo belleza, aunque sea de una naturaleza esencialmente diferente a la de esos otros dos tipos. No negaré el encanto de algunos lienzos que expresan una especie de alegría entusiasta en la representación de *lo militar*, sobre todo cuando el artista ignora la marcialidad y capta a esos hombres con una singular mezcla de placidez y audacia: la desenvoltura ágil y alegre de quienes forman

la caballería ligera, la independencia del zuavo y del tirador, el contoneo de hombros del joven y esbelto oficial a lomos de su cabalgadura, y hasta la apostura del viejo general que sin embargo aflige y aplasta a su caballo descargando sobre él todo el peso de su oronda obesidad… He reconocido públicamente la belleza del tipo militar, marcada por la energía y el sacrificio, pues en parte emana de la conciencia de que la muerte puede sorprenderlo en cualquier instante, así como de la obligación de aceptar esa verdad o esa necesidad. He apreciado la heroicidad de una columna de infantería al regresar de peligrosas misiones en tierras lejanas y sufrir prolongadas fatigas y penurias, visibles en los pantalones arremangados y aprisionados por las polainas, en los harapos y jirones de sus prendas, en los capotes descoloridos y manchados de barro, en los rostros quemados por el sol y azotados por la lluvia y el viento. Mas la suya es una belleza uniforme, fruto de la obediencia y la tensión del valor puesto continuamente a prueba, así como de los padecimientos soportados en común, y hasta de la resignación indisimulada. Y frente a esa belleza marcada por la energía, yo prefiero otra: la que lleva los signos visibles del ocio y de la libertad, para defenderme de la monotonía y la grisalla, de la mediocridad impuesta por un siglo entregado por completo a la todopoderosa Doña Industria y a Monseñor Progreso, un siglo mercantil y fisiocrático que produce ingentes cantidades de adulación e hipocresía, un siglo engreído que sin embargo solo ha parido tipos vulgares —estúpidos como cretinos, feroces como *bulldogs* y apestosos como harapos—, un siglo cada vez más necio y vil, consagrado en exclusiva al progreso, esa absurda creencia inventada por el hombre moderno para consuelo de sus renuncias y de su degradación. ¡El progreso es la gran herejía de la decrepitud!

Por eso mi embriaguez de 1848, el gusto de la venganza, el placer de la destrucción cuando los amotinados invadieron el recinto de la Asamblea Constituyente durante las terribles jornadas de febrero y las Tullerías fueron escenario y pasto de las más innobles pasiones, de la orgía y de la destrucción. ¿Algo legítimo? A fin de cuentas,

tales proezas le valieron a Aupick ser nombrado embajador en Constantinopla. Pero no olvides que todo aquello desencadenó los horrores de junio, una revuelta mucho más cruel: masas magníficas rebosantes de energía arrastradas por un gran idealismo, héroes y mártires admirables, pero… con la excepción de Proudhon, el ídolo del pueblo…, ninguna cabeza, ¡ninguna inteligencia capaz de impedir que la batalla se librara en medio de la oscuridad! Por eso mi furor cuando el golpe de Estado de diciembre de 1851, por el que Luis-Napoleón disolvió la Asamblea e inició *de facto* el Segundo Imperio. ¡Todavía otro Bonaparte! ¡Qué vergüenza! Ante la historia y ante el pueblo francés, la gran gloria de Napoleón III habrá sido probar que un recién llegado puede, apoderándose del telégrafo y de la imprenta nacional, gobernar una gran nación. Son unos imbéciles quienes creen que semejantes cosas pueden realizarse sin permiso del pueblo, y también quienes creen que la gloria no puede apoyarse más que en la virtud. Los dictadores son los criados del pueblo: nada más. Un jodido papel, sin duda. En cuanto a la gloria, es solo el resultado de la adaptación de un espíritu a la estupidez nacional.

Y por eso de niño, además de papa militar, también quería ser comediante, que es lo que seguramente el general Aupick y su augusta esposa creían que era yo, incapaces los pobres de comprender cuánta gloria hay en la vocación y en la condición de comediante, el singular papel que desempeña en el mundo.

Mas hete aquí que vosotros también albergabais grandes sueños para mí. Vosotros queríais que Charles —aquel niño aplicado que había dado muestra de una inteligencia tan despierta y que sentía curiosidad por todo, causando verdadero asombro en quienes le conocían— tuviera un brillante porvenir y ocupase la más alta posición social. No en vano el general estaba bien relacionado y se codeaba con el mismísimo duque de Orleans. Y qué gran estupefacción la vuestra al negarme en redondo porque yo quería ser escritor y volar por mi cuenta. ¡Un *libertin*!, clamabais escandalizados, pronunciando con repugnancia un término que, en el arte de la cetrería, sirve para nombrar al ave amaestrada que se

posa en el brazo de su amo, pero que un buen día parte para no volver jamás. ¡Qué cataclismo en vuestra vida familiar, tan modélicamente feliz hasta entonces! ¡Cuánto os apenabais! ¡Y qué admirable estrategia urdió Aupick tras la terrible escena acontecida durante el transcurso de una cena oficial que ofrecisteis en vuestra residencia! Al parecer, inspirado sin duda por el rencor y el odio que yo le profesaba y que me impelían a llevarle la contraria por cualquier cosa, aquella noche dije algo inconveniente que lo sublevó hasta el punto de *verse obligado* a reprenderme duramente a la vista de todo el mundo, para dejar constancia de su autoridad ante tan distinguido público. Era una humillación insoportable y me abalancé sobre él. Le fui directo al cuello porque quería estrangularlo. Entonces me propinó dos sonoros bofetones que restallaron como látigos. Sufrí un acceso nervioso, el primero que recuerdo de una larga cadena, y los lacayos me arrastraron fuera del salón. Pasé quince días recluido en mi cuarto y tú no te dignaste asomar tu bello rostro ni una sola vez. Fue un arresto domiciliario en toda regla. Cuando el castigo concluyó, mi libertad pasó a llamarse destierro: bajo la vigilancia de un oficial, con apenas lo indispensable y una modesta suma de dinero, me metieron en una diligencia con destino Burdeos, para embarcar en un navío que hacía la ruta de las Indias hasta Calcuta y aun más allá. El viaje se prolongaría durante dieciocho meses, contados a partir del 9 de junio de 1841. ¿Sería una condena lo bastante dura para expiar la culpa y redimir al malvado? ¿Bastaría ese plazo de tiempo para domar al potrillo? ¿Se corregiría al fin la oveja descarriada y volvería mansamente al redil? Nunca lo sabremos, mi querida madrecita, porque el joven villano malbarató aquellos planes trazados con la mejor de las intenciones y con el único ánimo de conducirlo por la senda del bien, ya que el malnacido tuvo la osadía de incumplirlos valiéndose de una vil treta: ¡la fuga!

Querida mamaíta, no tuerzas el gesto al oír estas palabras, pues si bien es cierto que la ironía brota de la inteligencia, no lo es menos que a veces también es hija del corazón. Por otra parte, si de verdad

quieres comprenderme convendría que te preguntaras qué es más escandaloso: el cinismo descarado o la imperturbable hipocresía burguesa. Y también convendría que te respondieras con sinceridad. Tómate tu tiempo.

Sabes que de niño adoraba el mar, y que en el despliegue inmenso de su lámina, embriagado de espacio y de luz, contemplaba mi alma igual que en un espejo, gozando al sumergirme en el fondo de esa imagen que nos ofrece a la vez la inmensidad y el movimiento. También sabes cuánto me gustaban entonces los mapas y grabados, y qué vasto me parecía el mundo a la luz de una lámpara. Con la cabeza ardiendo, inflamado el corazón de sueños y anhelos, deseaba partir en uno de esos grandes y hermosos navíos que se mecían suavemente en los muelles prometiendo poner rumbo a la felicidad. Luego, ya las velas desplegadas, lo veía deslizarse con ritmo perezoso y sosegado en pos de países quiméricos. ¡El alma es un velero en busca de su Icaria!, me decía. Mas solo son viajeros de verdad quienes parten por partir y no quienes huyen de patrias infames o de la tiranía de sus padres, lamentaba. Así que una mañana de octubre decidí poner punto final al sueño de la lejanía, aprovechando una escala en isla Mauricio. No negaré que hubiera deseado permanecer allí más tiempo, pues en todas partes me sentía completamente a gusto: en el bullicio de las tabernas o paseando solitario por las calles y los muelles. ¡Anhelaba ser como el albatros, que se duerme mientras vuela! Pero tampoco te ocultaré que mi repugnancia por el cielo azul, por el cielo *demasiado* luminoso, viene de aquellos días. Así que en cuanto se presentó la ocasión, embarqué en el Alcide y puse rumbo de regreso a mi amada Francia. Pronto recobré París y las noches en compañía de Honoré de Balzac, Gérard de Nerval y tantos otros…, en cafés y tabernas que rebosaban amistad y poesía y ensueños: cenáculos donde celebrar nuestro amor a la vida, y el placer de estrenarla, y de gozar y hacer gozar.

El contraste entre mis días y mis noches era insoportable. No tengo palabras para describirte el efecto triste y violento que me producía

aquella mansión lúgubre y vacía de la plaza Vendôme, la residencia oficial del gran Aupick, donde solo te conocía a ti, y donde me sentía tan vigilado que apenas podía moverme. Cuando entraba en ella lo hacía con sumo cuidado, tanteando y avanzando con temor y sigilo como si fuera un ladrón, crispado y alerta para no ser sorprendido; al salir, iba deprisa y a ciegas, como un furtivo. Por eso me marché definitivamente al cumplir la mayoría de edad, aunque ello me obligara a verla a usted únicamente durante los encuentros clandestinos que manteníamos en las salas del Museo del Louvre. Pero créeme si te digo que me era imposible llegar a ser el hombre en que tu marido quería convertirme, así que seguir por más tiempo en su casa habría supuesto una estafa, si no un atraco. Además, tampoco me parecía *decoroso* el modo en que me trataba, creando situaciones y escenas que me llevaron a hundirme en un marasmo y un embotamiento horribles. Necesitaba de una gran soledad para rehacerme un poco. Quizá me vería obligado a llevar una vida dura, como en efecto sucedió, pero aun así iba a sentirme mucho mejor.

Claro que si usted me hubiera comprendido, o al menos escuchado, podría haber sido una vida menos áspera la mía, sin padecer las humillaciones y rigores y penurias que bien podrían haberse evitado. ¡Pensar que decías profesarme una viva ternura y que todo aquello era por mi bien! ¡El bien, el bien, el bien!… Seguías hablándome como se le habla a un chiquillo, dorando la píldora, confiada en que mi enfado sería pasajero y muy segura de que las medidas tomadas servirían de acicate y estímulo. ¡Otro error! Este aún más grave si cabe, pues no tienes ni idea de cómo me desgarró que actuaras así, de forma completamente voluntaria y *a sabiendas*. No imaginas cuánto te equivocabas. La rabia y la indignación me roían el alma porque me sentía condenado *por ti*, que me creías incapaz de gobernar mi vida y administrar debidamente la herencia que me dejó mi padre para no dilapidarla en un santiamén, ya que de los setenta mil francos de que constaba, la mitad me la fundí en solo dos años. Y por eso en 1844 convocaste un solemne consejo familiar, tras el cual acordasteis nombrar al señor Ancelle mi tutor,

procediendo desde entonces en todo conforme a su juicioso dictamen. Un redomado imbécil, el menda, cuyo falaz carácter inofensivo confería a su persona un halo aún más siniestro. Mas como el muy respetable notario encarnaba el *país legal*, descargasteis en su excelsa persona la muy noble si bien ardua tarea de administrar mi fortuna, ya que *el dinero cría lujuria*, según os aseguraba el cretino. ¡Me entregaste a él abdicando de tu voluntad, mamá! La primera vez que comparecí ante su egregia presencia, cometió la torpeza de revelar que te había dicho que, si fuera el caso de que me permitieras zamparme toda la herencia de golpe y eso me llevara a trabajar y a lograr una posición, te lo habría aconsejado. Pero él estaba seguro de que *eso no sucedería*. ¡Dudo que se pueda ser más insolente! ¡Si supieras cuánto me hizo sufrir aquel estúpido, cuyo método de tortura predilecto era la tergiversación! Durante años, mi persona, mis opiniones y mis afectos fueron un continuo motivo de escarnio para su horrible mujer, su repugnante hija y los granujas de sus hijos. Durante años, me lo encontraba en todas partes, pues se convirtió en el gran *voyeur* de mi vida: se colaba en las casas de mis amigos, entraba en las tabernas y cafés que frecuentábamos, o se plantaba en medio del corro si me encontraba en la calle hablando con algún conocido; siempre avariento, Ancelle, de acumular pequeñas noticias para andar chismorreando por ahí, si no para comerciar con ellas o incluso para falsear la verdad. ¡Pero tú te tragabas sus chismes ce por be y creías obrar bien dejándome sometido al arbitraje del gran embaucador! Más de una vez habría renunciado con gusto a cobrar mi asignación con tal de no tener que ir a verlo y escucharlo balbucear lentamente durante horas: «Tenéis una madre muy buena, ¿verdad?, ¿la amáis y respetáis como es debido?». ¿Acaso no sabías lo que significaba para mí esa tortura? ¿No puede usted siquiera imaginar mínimamente el lacerante dolor que me infligía? Jamás tuve intención de devorar por completo mi herencia, madre, y hubiera aceptado que dispusieras de todos los medios posibles para preservarla. De todos, menos uno. El cual, para más inri, resultó ser

justo el que elegiste: ¡la humillación! ¿Por qué? Era lo que más repugnaba a mi naturaleza y lo sabías, pues no ignoras con cuánto furor he rechazado siempre todo atropello. Habría preferido renunciar a mi fortuna y entregarme por completo a ti antes que someterme a un juicio ajeno. Lo primero no deja de ser un acto de libertad; lo segundo es un atentado contra la mía.

No debería insistir en este tema porque veo lágrimas en tus ojos, pero piensa que ya me queda poco tiempo y escasas ocasiones de entregarte mi corazón al desnudo. Y aunque, dada mi falta de pudor lingüístico, mi complacencia en la crudeza de expresión y mi inclinación a las palabras más ásperas, a lo largo de los años nuestras conversaciones adquirieron la extraña costumbre de degenerar en una sarta de reproches e insultos —que por mi parte no siempre eran sinceros—, ahora te ruego por lo que más quieras que no te alteres ni pretendas recurrir a patetismos, ya que será nuestra última oportunidad de reparar tantos desencuentros y restituir su verdadero sentido a las palabras aviesamente cruzadas. Pues, aunque al leer mis cartas tú exclamaras *¡otra vez, Dios mío, otra vez!*, yo, al escribirlas, en el fondo de mi más sincero pensamiento, me decía *¡será la última, ahora sí!*

No sacudas la cabeza y acepta esta verdad: mi juventud fue una negra borrasca que rara vez rasgaron soles radiantes. Aquella etapa de mi vida, cuando tenía el juicio corto y los cabellos largos, la reflejé en *La Fanfarlo*, una novelita en la que el joven poeta romántico Samuel Cramer es en parte mi *alter ego*. Si la hubieras leído, advertirías de qué modo tan mordaz me autorretraté en esas páginas, cuánto sarcasmo vertí sobre tanta tontería melodramática con pretensiones metafísicas. Lo que te daría idea de cuán lejos estaba ya en 1847, a mis veintiséis años, de ciertas veleidades y pretensiones. ¿Sabes que la firmé con un seudónimo inspirado en tu apellido de soltera, Du Fays? Nada que temer. A fin de cuentas, ¿quién podría descubrir ese pequeño detalle? Entiendo tu inquietud y tu sonrojo, mamá, pues por entonces yo mismo sentía pudor de revelar mis versos al público y sucesivamente los di bajo el nombre

de Praront, Privat d'Anglemont y Pierre de Fayis… Eran unos *nom de plume* muy pretenciosos, ¿no crees? Por ello al final elegí tu apellido de soltera, aunque, por abreviar, lo cambié un poco, y cuando el relato apareció, iba firmado por un tal Charles Dufais. Suena más natural, ¿verdad?

Pero volvamos a las cosas serias. Sé que aquella época de mi vida te desgarró el corazón, mas créeme si te digo que con cada día perdido también aumentaban mis sufrimientos y mis problemas. Durante mucho tiempo fui demasiado confiado y tomé por verdaderas las promesas que me hicieron, y que acabarían por desvanecerse en el aire como pompas de jabón, porque en el fondo toda aquella gentuza que me hacía encargos y contratos, ¡aquella caterva de filibusteros!, aún no creía en mi trabajo, en mi capacidad de *agradar* a los burgueses con zalamerías serviles, de acicalar ideas superficiales que se ajustasen a la *opinión* dominante y satisfacer así la vanidad de la gente *de mundo*. Es decir, no confiaban en mi habilidad para fabricar *boberías nacionales*. De modo que me engañaron a base de bien. Y peor aún, siguieron haciéndolo el resto de mis días. Calculo que el total de mis ganancias a lo largo de mi vida no alcanza los dieciséis mil francos, lo que equivale a cobrar alrededor de un franco con setenta céntimos por jornada trabajada. Ni siquiera servía para darme ánimo el ejemplo de mi admirado Edgar Allan Poe, a quien por entonces estudiaba y traducía no sin gran esfuerzo. También a él le pagaban sus colaboraciones en las revistas bastante por debajo de la media, pues argumentaban que escribía en un estilo muy superior al común, aunque sus historias revelaban un talento extraordinario al hurgar en lo horrible o lo imposible y mostrarlo como *probable*, despertando el sentido de lo misterioso, que azuza la imaginación y la mantiene alerta. Ese sentimiento tan singular de lo ideal que se complace en lo terrible lo percibía yo también en las telas de mi amigo Eugène Delacroix, con quien discutí varias veces al respecto, hasta que acabó por admitir el encanto y la originalidad del poeta y filósofo de Baltimore: esa luz fantasmagórica con la que ilumina figuras confusas pero espantosas.

Sí, desde donde quiera que se lo mirase, brillaba el genio en Poe, que sostenía que la gran desgracia de su país era no poseer una aristocracia de pura raza, teniendo en cuenta que en un pueblo sin aristocracia el culto a lo bello no puede dejar de corromperse y mermar hasta desaparecer… Poe, que en las preferencias de sus coetáneos señalaba todos los síntomas del mal gusto característico de los nuevos ricos, fue un ser excepcionalmente solitario que, sin embargo, tras la muerte de su esposa, tuvo al menos la fortuna de contar siempre con el apoyo incondicional de su suegra, una mujer buena y dulce, de una abnegación angélica, que no solo se cuidó de velar por el genio literario, sino también de hacer saber que *su pobre Eddie* —como le decía, pues lo consideraba un verdadero hijo — era un hombre íntegro y honrado. ¡Cuánto se preocupó por él en la vida y en la muerte aquella *pobre madre desconsolada*! ¡Es algo tan hermoso, tan inmenso, que merece un homenaje!

Pues bien, le convendrá saber que en aquellos años yo traducía pacientemente a Poe porque, salvo en ese *pequeño detalle* de amor materno-filial, creía que nos parecíamos mucho, pues igual que él, también yo me sentía un extraño en aquel París hormigueante, siempre con los nervios tensos como el acero y siempre en discordia con mi alma ya cansada. Un cúmulo de imprevistos absurdos me obligaba día tras día a patear las calles en busca de dinero; en realidad, casi a mendigar, porque de nada servía rogar e implorar y reclamar unos cuartos que eran míos, pues usted nunca creyó que mi más sincera intención era devolverlos una vez que hubiera cobrado el producto de la venta de mis libros y artículos. Eras muy libre de reírte de mis promesas, pues con frecuencia te había dado motivos para ello, pero no deberías suponerme capaz de olvidar mi compromiso y sucumbir bajo la terrible presión de mis acreedores. «Charles, por muy bueno que seas y por mucho que puedas ganar dinero, temo que me arruines», volviste a escribirme todavía hace poco. ¡Pobre mamá, que no supiste ver cuánto te he amado y cuánta devoción y admiración había en mi cariño por ti! Te he querido con toda mi alma, pero nunca te enteraste. O no quisiste.

Hay entre tú y yo una diferencia insalvable, y es que yo *te sé* de memoria mientras que tú jamás has sido capaz de *verme*, de advertir un carácter tan digno de conmiseración como el mío. Cierto que a veces he sido muy duro y desconsiderado, madre querida; pero al fin y al cabo podía permitirme ser así porque usted ya tenía a alguien que se encargaba de colmarla de felicidad. Parecías tan radiante y pletórica mientras *él* vivió que nunca consideré que mi conducta, o más bien mis infortunios, pudieran empañar tu dicha. Sin embargo, la muerte de mi padrastro fue para mí un acontecimiento solemne, como una llamada al orden. Lo primero que me vino a la mente fue que en lo sucesivo yo me encargaría de ti. Si hasta entonces ante Aupick y usted yo me sentía un Hamlet, de ahora en adelante desempeñaría las funciones propias de un esposo, me dije. ¡Sería su tercer marido, Caroline! Todo lo que me había permitido hasta entonces —despreocupación, egoísmo, grosería—, todo eso que abunda cuando se vive en el desorden y el aislamiento, *todo* pasaba a estarme prohibido, jurándome que cuanto fuera humanamente posible para proporcionarle una dicha sin fin en la última parte de su vida *¡será hecho!* En lo sucesivo, me ocuparía de tu casa, de tu salud, de tu soledad; por grande e importante o por pequeño y banal que fuera, yo me haría cargo del asunto. No por deber filial, sino por *pasión*. Trabajando para mí, trabajaría para usted, pensaba.

Todo aquello en parte fuiste tú quien lo impidió, rechazando la posibilidad de que me instalara definitivamente en tu casa, aquí en Honfleur, donde se acabarían las idas y venidas estériles y donde hallaría esa soledad que tanto aprecio. Además, era de suponer que si en París, en medio de unos tormentos que no tienen nombre ni medida, era capaz de ganar algo de dinero trabajando muy poco, en cuanto tuviera más tranquilidad y mejores condiciones de vida podría duplicar o triplicar los ingresos. Pero nada más fallecer Aupick, cuando te lo propuse, respondiste que yo era *tu vergüenza*. Las escuetas cartas que me enviaste solo contenían acusaciones y palabras repletas de amargura que se unían a los reproches y a los

ultrajes que me abrumaban por doquier, al estridente clamor que enseguida asfixió ese libro *maldito*, donde la poesía brotaba como una flor extraña. Durante quince días dudé si enviártelo o no, pero al final me decidí a hacerlo. A fin de cuentas, el pudor por mi parte sería tan absurdo como la *pruderie* por la tuya. Es un libro saturnal y orgiástico, sí, un libro que estuviste a punto de quemar, azuzada por el detestable sacerdote de Honfleur a cuya guía espiritual te rendías, y que no vaciló en destinarlo a las llamas sin siquiera reparar en la hermosura de aquella edición de lujo en *grand papier*. Seguramente te ofendió ver mi retrato en la portada, pero has de saber que mis planes habían sido otros. Inspirándome en la *Historia de las danzas macabras* de Langlois, le había indicado a Bracquemond —el artista encargado de la cubierta— que diseñara un esqueleto arborescente, las piernas y las costillas formando el tronco, los brazos extendidos en una cruz abriéndose en hojas y brotes y protegiendo varias hileras de plantas venenosas en pequeñas macetas escalonadas, como en un invernadero. El desgraciado de él disimuló con flores la pelvis, pero estas no representaban los vicios, y tampoco entendió en lo más mínimo la idea de un esqueleto arborescente, pues fue incapaz de convertir los brazos en ramas. Así que la premura obligó a sustituir aquel engendro por el retrato del artista. Tampoco el título del libro iba a ser ese, sino *Los limbos*, en alusión al espacio intermedio entre Dios y Satán, escenario de *mi* viaje por un territorio incógnito, el cual quisiera yo sumar a la travesía de Dante por el infierno, el purgatorio y el paraíso.

Sé que *Las flores del mal* es un libro de una belleza siniestra y fría, donde las flores ofenden y agreden porque en él las imágenes son implacables y las palabras producen espanto y la música del verso golpea como el bronce. Es un libro de piedra y carne, hecho con furor y paciencia, pues en él quise volcar algunas de mis cóleras y mis melancolías, y en esos aguafuertes de París asoma también mi alma, mordida por escorpiones y víboras. Un libro condenado que hube de rehacer y reescribir. Hasta las imágenes más luminosas censuraron: aquellas que hablan de pórticos abiertos a cielos

desconocidos que los soles marinos tiñen de mil reflejos y las brisas de alta mar perfuman y refrescan, donde olas antiguas de cristal se elevan majestuosas tras la tarde de tempestad y que con sus cimas intercaladas ensanchan el inmenso horizonte. Sentenciaron que mi libro contiene todos los decorados del vicio parisino, las peores moradas de la ciudad impúdica, prostíbulos con divanes profundos como tumbas y alcobas de visillos raídos donde el poeta yace junto a mujeres de rostros ajados cuyas bocas sangran sobre el fondo blanco del espeso maquillaje. ¿Qué esperaban, un compendio de virtudes al modo del manualito de retórica *Les fleurs du bien dire*? Además, ya lo había advertido en la dedicatoria: «Este libro *no es* para mis mujeres, mis hijas y mis hermanas». Lo peor de todo, sin embargo, es que *no vieran* que en sus páginas no me presentaba como un héroe, sino como un reo, mostrando mis llagas, mi pereza, mi tediosa inutilidad en medio de un siglo laborioso y abnegado. Sí, un crápula genial, una víbora que escupe su veneno…, pero una víbora a la que le han crecido alas y escala de nubarrón en nubarrón, monstruo soberbio, para inyectar su veneno hasta en los mismísimos ojos del sol.

Y, en cualquier caso, era *una obra de arte*. Y yo siempre he considerado la literatura como algo que persigue un fin ajeno a la moral. Me duele que ni siquiera advirtieras que contiene dos poemas que te conciernen, pues se refieren a ti, a detalles íntimos de nuestra vida anterior a esa época de viudez que me ha dejado recuerdos tan especiales ¡y tan tristes! No llevan título, porque me repugnaba revelar esa clave íntima, pero son fáciles de reconocer. Así que, si te decides a leerlos, te facilitaré la búsqueda: son el 99 y el 100, y son de los primeros que escribí. Creo que resultan extraños en el libro, como aislados, y lo singular en ellos es su carácter de idilio mortuorio, aunque respiran una paz que apenas se encuentra en el resto de mi obra. El primero habla de nuestra *maison joujou*, nuestra casa tan blanca y pequeña, mas tranquila: *su Pomona de yeso y su Venus antigua en aquel bosquecillo que encubre*, *y el sol, de atardecida, destellante y soberbio, que, detrás del cristal donde*

rompen sus rayos parecía, ojo abierto en el cielo curioso, contemplar nuestras cenas prolongadas y mudas, derramando sin fin sus reflejos de cirio en manteles frugales y cortinas de sarga. El segundo evoca una escena similar, pero ahora madre e hijo se hallan ante una tumba, pues el poema está dedicado a Mariette, la buena criada de la que llegaste a tener celos y que ya duerme su sueño bajo la humilde hierba: *Si una noche azulada y fría de diciembre, la encontrara encogida en un rincón del cuarto… ¿Qué podría decirle a esa alma piadosa, al ver caer las lágrimas de sus cuencas vacías?*

Dime si hay o no hay amor en esos poemas. Mas sin duda tú no lo viste. Si es que llegaste a leerlos, pues están ya casi al final del libro. Seguramente no pasaste del índice, o acaso hojearías las primeras páginas y, de ser así, puedo entender tu horror al deslizar los ojos por el primer poema, «Bendición», que narra la aparición del poeta en este mundo hastiado y su madre, espantada y profiriendo blasfemias, *crispa hacia Dios sus puños, que apiadado la mira*. Después, el deseo imposible —*arrojar a las llamas, cual esquela de amor, a este monstruo canijo*— y, tragándose la espuma de su rabia, una promesa: *¡Y también torceré ese árbol mezquino, que no podrán brotar sus yemas apestadas!* Puedo imaginar tu rostro descompuesto, las convulsiones que te sacudieron en cuerpo y alma. Y puedo incluso comprender tu indignación ante la polvareda que se levantó, hasta el punto de prohibirme, ya antes de llegar a pedírtelo, que ni siquiera se me pasase por la cabeza la posibilidad de ir a vivir contigo. ¿Qué temías? ¿Más escándalos? ¿Que los antiguos acreedores vinieran a buscarme a tu casa? ¿Que me instalase en la habitación de Aupick? ¿Cómo pudiste suponer que se me ocurriría ocupar el agujero de un muerto?

Deja de sacudir la cabeza para negarlo. Sé lo que estás pensando: ¿qué madre gusta de ver a su hijo en la cárcel? Pues si te sirve de consuelo y aunque ya sea tarde, has de saber que Flaubert estuvo en un tris de acabar allí tras el calvario y el juicio que le organizaron por su novela *Madame Bovary.* ¿Te asombras? ¿Crees que no me contó la velada en el Bósforo, cuando el ministro plenipotenciario de

Francia, Aupick y su señora, recibieron a dos jóvenes literatos que hacían su *voyage en Orient*? No sabes cuánto llegamos a reírnos cuando Maxime Du Camp, que acompañaba a Gustave, relató lo sucedido. Como diplomático y hombre de mundo, el general se mostró abierto y curioso, interesándose por la suerte de sus invitados, y al acabar la cena lanzó una pregunta de cortesía: «¿La literatura ha hecho alguna buena incorporación desde que habéis abandonado París?». A lo que Du Camp respondió: «No hace mucho he conocido en casa de Théophile Gautier a un tal Baudelaire, quien dará que hablar». Aspereza, incomodidad, ganas de saber si hay provocación en esas palabras por parte de Aupick; silencio, cabeza gacha en la embajadora que, sin embargo, poco después, mientras el general y Flaubert ya departían sobre otros asuntos, aprovechará para acercarse a Maxime y susurrarle: «¿Verdad que tiene talento?». Quede claro que por entonces Du Camp no sabía que yo era el hijo de madame Aupick. Y quede claro también que Gustave y yo somos buenos amigos, que nos escribimos cuando él no está en París, y nos leemos y nos comprendemos mutuamente. Recuerdo la emoción que sentí al recibir la carta donde me confesaba que había devorado de cabo a rabo mi libro, como hace una cocinera con un folletín, y que durante una semana lo releyó verso a verso, palabra por palabra, porque le encantaba la originalidad del estilo, la manera que encontré de revitalizar el romanticismo, la mezcla de aspereza y sutileza y el predominio del *arte*. No voy a enumerarte los poemas que le impresionaron porque fueron muchos —«daría la impresión de que estoy copiando el índice del libro», se disculpaba—, pero sí te diré que apreciaba mi juicio estético y mi capacidad crítica, según manifestó al acusar recibo de mi artículo sobre *Madame Bovary*, que le produjo un gran placer porque advertía que yo había entrado en los arcanos de la obra como si mi cerebro fuese el suyo y la había comprendido *a fondo*. ¿Sería porque su novela era otro libro maldito? Y por eso me escribió escandalizado al tener noticia de la denuncia y la condena que merecí por mis *Fleurs*: «¿Por qué? —se preguntaba—. ¿Contra qué ha *atentado*? ¿Contra la religión? ¿Contra

las costumbres?». Pocos mejor que él para comprender esa injusticia, pues sufrió idéntico escarnio público. Pero al menos se salvó de la cárcel.

En cualquier caso, madre, y para concluir con este enojoso episodio de mi vida, te recuerdo que *eso* sucedió solo una única vez. Mas, aunque no volvió a repetirse, desde entonces tu actitud fue una permanente y tediosa advertencia de las desgracias que se cernían sobre mí. Consciente o inconscientemente, toda tu vida fuiste para mí una incesante y temible amenaza.

¡Eres fantástica, mamá! ¡Hay que temerte y a la vez agradarte!

Y, sin embargo, en tus manos estuvo la posibilidad de evitar tantos infortunios, dada la generosidad que mostrabas con los miserables: cuando en marzo de 1853 regresaste de España, donde Aupick había ejercido de embajador, leí en un diario que los pobres de Madrid iban a echarte de menos. Mejor dicho: echarían en falta tus limosnas. Así pues, me dije, ¿por qué no apiadarse y socorrer al vagabundo de su hijo?

A veces mi vida se me representa como una interminable huida. En la primavera de 1855, cuando me devolviste dos cartas de excusa sin siquiera abrirlas, me vi obligado a mudarme seis veces en un solo mes, rodando como una pelota de pensión en pensión, donde ocupaba cuartos que tenían los encantos y las comodidades propios de una planta baja —la humedad, el áspero olor a moho y el guirigay de una jaula abierta a todos los ruidos de la calle—, o acomodándome en habitáculos que ni siquiera merecían tal nombre, pues no eran sino agujeros sin muebles donde los libros andaban por el suelo. O, peor aún, viviendo en la calle y durmiendo en compañía de ratas, piojos y pulgas. Meses y meses yendo de figón en figón, de una casa de huéspedes a otra aún peor.

¡Si me hubieras visto entonces, no te quepa duda de que cambiarías tu opinión sobre mi ineptitud para los asuntos prácticos! No imaginas las habilidades que llegué a desarrollar: para rellenar las suelas agujereadas de mis zapatos, fabricaba plantillas de paja e incluso de cartón, podía ajustarme dos camisas bajo un par de

pantalones y hasta lucir con dignidad una levita raída. Debo admitir, eso sí, que nunca iba muy lejos ni pasaba mucho tiempo expuesto a un desastre: apenas me atrevía a hacer movimientos bruscos ni casi a caminar siquiera, por miedo a que mi ropa se desgarrase aún más. ¡Quién te ha visto y quién te ve!, me decía al recordar los días pasados. Al abandonar vuestra casa me instalé en el hotel Pimodan, donde ocupé dos habitaciones decoradas con telas del italianizante Bassano y hui del estudiado desaliño propio de la *bohème* que pululaba por el Barrio Latino y que no era sino el triste fruto de la pobreza y de cierta rebeldía romántica. Busqué mi estilo, *me busqué* lejos también de los ambientes aristocráticos. Debo aspirar a ser sublime *ininterrumpidamente*: vivir y dormir ante un espejo. Cada época tiene su belleza y la obligación del artista moderno es mostrar el elemento particular de su tiempo, que proviene —como siempre— de las pasiones. Y así como yo tengo mis pasiones particulares, tengo también *mi* belleza, que expresaré en el traje: la piel del héroe moderno. Uno *rigurosamente* negro, el color de nuestro tiempo, que no solo tiene su belleza política —la expresión de la igualdad universal—, sino también su belleza poética, y es a la vez la manifestación del alma pública, un inmenso desfile de enterradores: enterradores políticos, enterradores enamorados, enterradores burgueses. Todos nosotros celebramos algún entierro, me decía. El corte del traje era, asimismo, producto de meditadas y complejas reflexiones: bajo la corbata, anudada con una gracia exquisita, el largo chaleco se cerraba solo con unos pocos botones, para abrirse lánguidamente sobre la finísima tela de la camisa. ¡Hasta en las barricadas vestí así! En medio de la revuelta, empuñando un fusil de caza que acababa de robar en una armería, un hermoso fusil de repetición, brillante y aún sin estrenar, con una magnífica cartuchera de cuero amarillo cruzada en bandolera sobre mi traje negro, arengaba a mis compañeros al grito de «¡Hay que ir a fusilar al general Aupick!». Luego, cuando mi padrastro decretó que ya no podía disponer de mi dinero, por fuerza adopté ropas menos lujosas, pero mantuve la elegancia: botines de charol inmaculados,

pantalones negros, blusón celeste de pliegues impecables, corbata púrpura, guantes rosas o de un castaño muy claro. Dada mi obsesión, nunca llegué a descuidar el aseo y la higiene personal, pero a mi rostro afloró la amargura. La luz negra de mis ojos me turbaba el ánimo. Llegué a pensar en abandonar París y decir adiós a tantos bellos sueños, a pesar del dolor que me produciría hacerlo. Fueron seis años verdaderamente desastrosos. No solo por los zapatos destrozados y la ropa remendada, sino ante todo por el sufrimiento moral. Imagínese una perpetua oscuridad producida por una desazón perpetua, junto con un odio profundo a esa oscuridad y la absoluta imposibilidad de salir de ella debido a la constante falta de dinero. La ociosidad me envolvía, me devoraba, me asfixiaba… Aun así, conservé la dignidad. ¡Y mi independencia! Podría haber hecho lo que tantos escritores que tienen menos orgullo que yo, y que en esta época se ha convertido casi en una costumbre, pues existen fondos para ello: pedirle dinero a un ministro. Pero eso me producía horror: jamás mi nombre aparecerá en los innobles papelotes de ningún Gobierno, juré. Conservé también la fuerza suficiente para dominar los perniciosos efectos de la vagancia, de modo que entre tanto desastre aún tenía una gran lucidez de espíritu y la indesmayable esperanza de poder al fin lograr fortuna, felicidad y sosiego. Y no sé si eso era algo bueno o malo, pues la ociosidad absoluta de mi vida aparente chocaba con el vértigo de mis ideas, con la febril actividad del poeta que yo quería ser. De un lado, la postración, dejar pasar todo, aplazar los planes más razonables y, por consiguiente, miseria y más miseria. Del otro, una gran fortaleza espiritual, la fe en el poder de mi inteligencia, y la certeza de que con el transcurso del tiempo…

El choque entre ambas pulsiones desencadenaba en mí cóleras inauditas.

Te lo repito: en tus manos estuvo la posibilidad de evitar tantos infortunios. Porque yo sabía que si lograba llevar una vida normal durante quince o veinte días, estaría a salvo. Y tú también. Tú también lo sabías. No, no finjas asombro. Tienes la prueba

fehaciente de ello cuando al fin me dejaste pasar unos días aquí, en la encantadora *maison joujou*, situada al borde de un acantilado y desde cuyo jardín gozamos de espléndidas vistas al mar. ¿Sabes por qué la llamo así, «casa de juguete»? Porque es pequeña y sencilla, pero sobre todo porque es ajena a la ostentación en que el hombre moderno ahoga cualquier atisbo de buen gusto: grandes dormitorios que parecen sepulcros, con amplios catafalcos que denominan lechos y un gran monolito que toma el nombre de sillón. ¡No! Los sentimientos íntimos solo se recogen holgadamente en un espacio muy reducido. Y por eso yo aspiraba a pasar aquí unos días contigo, aunque fueran pocos y no muy seguidos. Pero una y otra vez me vi obligado a interrumpir mi estancia en Honfleur.

Cierto que también estuvo en mis manos evitar algunas desgracias. El láudano y el vino son malos aliados contra las penas: hacen pasar el tiempo, pero no rehacen la vida. El opio agranda lo que carece de límites, ensancha el tiempo, ahonda los deleites y anega el alma en un placer triste y oscuro hasta colmarla y hacerla rebosar y derramarse inútilmente. En cuanto al vino… El vino trueca la ceguera del topo por la vista del águila…, *aclara la pupila y agudiza el oído. Al más sórdido de los tugurios revestir sabe de un lujo milagroso, y entre el oro de su vapor rojizo con frecuencia dibuja más de un pórtico extraño*. *A menudo he pedido a vinos traicioneros que adormezcan un día el terror que me inunda.* Así cantaba yo entonces porque así fui, sentí, gocé, soñé, sufrí o maldije…, buscando la voluptuosidad del olvido en el *hashish* y el opio y los licores, para ahogar en un prolongado delirio el vértigo de vivir, para no sentir la carga horrible del tiempo, ni ser su mártir o su esclavo. Y cuando, disminuida ya o disipada la embriaguez, te despiertas en la tristona soledad del cuarto y le preguntas la hora al reloj, al viento, a la estrella, al pájaro…, a cuanto huye y rueda…, a todo lo que gime, susurra o canta…, el reloj, el viento, la estrella o el pájaro contestan: «¡Es la hora de emborracharse!».

Si hubieras leído mi libro, *deberías* comprenderme, porque allí conté cómo al principio de iniciarse uno en esos *placeres* siente una

alegría infantil, tan inmoderada como frenética. Por consiguiente, recobrar algo que había perdido y que amaba tanto me produjo una sensación de bienestar y plenitud, transportándome a un mundo de figuraciones y ensueños donde no hay imperativos: nada de obligaciones y deberes de puntual y exacto cumplimiento, nada de presiones familiares, nada de penas de amor. Después viene el sosiego derivado de la relajación de los nervios, un bienestar físico que se caracteriza por una sensación de frescor en las extremidades y una gran laxitud en todo el cuerpo: las manos blandas como la mantequilla, la cabeza ligera como la bruma, los ojos extraviados, el rostro pálido, en los labios una mueca de asombro, la garganta reseca… ¡Qué sed! ¡Cuántas ganas de beber! Mas no lo hacemos: la pereza y sus delicias nos lo impiden, así que seguimos postrados. Solo de vez en cuando algún suspiro ronco y profundo se escapa del pecho, como si nuestro antiguo cuerpo no pudiese contener nuestra nueva alma. Es la dicha de la languidez, ese estado que los orientales llaman *kief*: nada tiene del nerviosismo y el vértigo que nos rodean, y es de una beatitud serena e inmóvil. ¡Es una gloriosa dejación! Vivimos en otra realidad que no tarda en elevarnos hasta la plenitud y el éxtasis. Se trata de una realidad superior, embriagadora, que se manifiesta como una claridad y una agudeza que sacuden todos nuestros sentidos: el olfato, la vista, el oído, el tacto… Los ojos miran al infinito y lo penetran. En medio del mayor de los estruendos, el oído percibe sonidos casi inaudibles. Entonces comienzan las alucinaciones. Lenta y sucesivamente, los objetos exteriores adquieren extrañas apariencias: se deforman y se transforman. Luego llegan los equívocos, los errores y las trasposiciones de ideas. Los sonidos adquieren colores, y los colores *son* musicales. Las analogías revisten entonces una intensidad inusual: penetran, invaden, abruman y tiranizan el espíritu como déspotas. Las notas musicales engendran números, y si tenemos alguna aptitud matemática, la melodía que escuchamos, aun conservando su carácter voluptuoso y sensual, se transforma en una vasta operación algebraica que desciframos con una rapidez y una

facilidad tan inusitadas como inexplicables. Mas no hay error en esas percepciones, según sostienen los médicos y las gentes de orden. Hay exaltación y plenitud, inspiraciones deslumbrantes que desfilan en una magnífica y variopinta procesión de ideas: rapsódica, polícroma y caótica. ¡Hay poesía! Por eso me dejaba arrastrar hasta allí: porque la obligación del poeta es revestir de intensidad el mundo para alumbrar una belleza nueva. ¡Una belleza irreal y perturbadora! El único error que cometemos entonces, cuando nos sentimos en el centro del universo, es dejar que de nuestro pecho brote un grito salvaje y ardiente: ¡Soy Dios! Así ruge el huracán del orgullo, violento y breve como un relámpago. Después, en el terrible día siguiente, solo oscuridad y abismo: el cuerpo fatigado, los nervios rotos, amargos deseos de llorar, y la voluntad herida y sin posibilidad de aplicarse a ningún trabajo de forma regular y continuada. Es como un suicidio lento, pues en tal estado poco o nada podemos aprovechar de los exaltados frutos de la imaginación, aunque nuestro espíritu se lance ávidamente sobre ellos. Y no podemos hacerlo porque enseguida necesitamos más, mucho más. Es como tener siempre pendiendo sobre la cabeza una afilada espada chorreando sangre, pues quien haya recurrido a un veneno para poder pensar, muy pronto no podrá pensar sin el maldito veneno.

Aun así, a menudo otro veneno mucho peor me arrastró a orillas de la muerte. Infinitas noches perdido entre sus perfumados cabellos, aspirando el aroma de lánguidas Asias y Áfricas ardientes en los sedosos bucles que, con su mezcla de aceite de coco, almizcle y brea, me embriagaban. Infinitas noches surcando un mar de ébano, abrasado en el fuego del cuerpo insaciable de una ninfa furiosa que a la vez me mordía y me besaba, y con sus ojos de jade se reía burlona, cruel y traidora. Infinitas noches deseando que no me clavase sus gélidas pupilas de acero, punzantes como dardos. Infinitas noches implorando que me mimase con ternura de madre. ¡Ingenuo de mí, que no atendía a la razón! Jeanne Duval fue mi placer y mi gloria, la efímera dulzura de un otoño glorioso y de un

sol que agoniza. Pero no podía amarme como tú, madre dolorosa, porque solo la mujer que engendra, la mujer que ha parido y sufrido por un hijo adquiere inteligencia moral. Créeme: es así. Y debes saber que donde hace diez años creí hallar consuelo y descanso, también obtuve tormentos y tinieblas. ¡Mas era tan dulce la voluptuosidad de aquellas noches llenas de melancolía y culpa y sufrimientos! ¡Era tan grato navegar en aquel lago lleno de misterio donde mi alma temblaba! ¿Qué es el amor? La necesidad de salir de sí y entrar en otro, pensamos no sin razón, ya que el hombre es un animal adorador y adorar es sacrificarse, pero también prostituirse, pues olvidamos que el artista no debe jamás salir de sí mismo. Si me invitaran a representar el amor, me parece que lo pintaría con el aspecto de un caballo furioso que devora a su amo. O mejor aún: el de un demonio con ojeras por los excesos carnales y el corrosivo insomnio, arrastrando como un reo o un fantasma pesadas y ruidosas cadenas en los tobillos, y agitando en una mano un frasco de veneno y en la otra el sangrante puñal del crimen.

Ahora ya lo sé. En realidad, hace tiempo que lo sé. Mucho antes de lo que usted imagina comprendí que aquella vida dolorosa y loca amenazaba mi obra, obligándome a trabajar por la noche para tener calma y tranquilidad, y evitar así los insoportables fastidios de la mujer con quien vivía, pues la desgracia incesante produce en el alma el mismo efecto que la vejez en el cuerpo: la parálisis. A menudo me marchaba de casa para poder escribir: en la biblioteca, en una taberna o en un café. Y a veces me ausentaba durante varios días con tal de no oír sus gritos histéricos y esquivar sus artimañas, y de ese modo airear mi espíritu. Jeanne se había convertido en un obstáculo, no solo para mi felicidad, sino también para mis libros. En otro tiempo ella había tenido algunas cualidades, pero luego las perdió. Y mientras tanto, yo crecí y gané en lucidez. Vivir con un ser que no te agradece ninguno de tus esfuerzos, que los contraviene con una maldad incesante, que solo te considera su criado y su propiedad, una mujer con quien es imposible intercambiar una palabra de política o de literatura, un ser que no quiere aprender

nada, a pesar de haber propuesto enseñarle yo mismo, alguien que no me admira ni muestra el más leve atisbo de interés por mis cosas, que arrojaría mis manuscritos al fuego, que echa de casa a mi gato —mi único aliciente entonces— y que me trae perros —sabiendo el daño que me hacen—; que no puede o no quiere comprender que ser muy avaro durante un mes me permitiría, gracias a ese descanso momentáneo, acabar un libro de muchas páginas. Todo esto ya te lo confesé en una carta desesperada, escrita con lágrimas de ira y de vergüenza. Un día, decidido a no seguir perdiendo el tiempo, ante el terror de ver desgastarse y desaparecer en aquella horrible existencia el don poético y la claridad de ideas que constituían mi único capital, ante el espanto de morir oscuramente sin lograr cuanto me había propuesto en la vida, me largué sin dar explicaciones. Me instalé en el Boulevard du Temple, en una casa bonita y sobre todo tranquila. Carecía de muebles, ajuar y enseres, mas no me importaba porque había decidido llevar una vida absolutamente secreta y de una castidad y una sobriedad totales. Pero también dejé atrás todos mis libros y manuscritos, terminados unos, empezados otros: cajas repletas de papeles, cartas y dibujos… ¡Todo lo que tenía de más valioso!

Usted nunca me creyó cuando le dije que había roto con ella porque, en efecto, al regresar volví a reconciliarme con Jeanne. Pero para entonces ya no debería haberle preocupado tanto mi *ángel negro*, pues a aquella pobre mujer me acabó ligando solo el deber. No olvide que me comí dos veces sus joyas y sus muebles, que le hice firmar pagarés y endeudarse por mí, que le pegué, y que una noche terrible le abrí la cabeza con una ménsula. Después enloquecí. Durante un tiempo, solo disipación y huidas. Aun así, ella callaba. ¿Acaso no era yo el culpable, no tenía yo motivos para el remordimiento? ¿Iba a abandonarla cuando cayó enferma? *Debía* ocuparme de ella y cuidarla. Y aun tras mi muerte *debería* seguir haciéndolo y dejarle una renta, porque Jeanne es ahora una vieja belleza impedida. Y no puede usted imaginar la irresistible simpatía que siento por las mujeres mayores, esos seres que tanto han

sufrido a causa de sus amantes, sus esposos, ¡sus hijos! Por eso deseaba cuidarte en la vejez y darte al fin las alegrías que tenías derecho a esperar de mi talento. No ha sido así, y me devora la culpa. Cien veces me he preguntado por qué, teniendo una idea tan clara y tan justa del deber, hago siempre exactamente lo contrario.
¡Era para perder la cabeza! Tengo un alma tan particular que no me reconocía cuando se apoderaba de mí uno de esos estados de desaliento que me impedían no solo realizar cualquier trabajo, sino cumplir siquiera con las obligaciones más elementales. La miseria y el desorden eran tales que una y otra vez me sentía atrapado en las garras de la indolencia. Mi alma estaba tan saturada de angustias que apenas podía dormir, y si lo hacía era para caer en horribles pesadillas, hasta el punto de que a veces deseé no dormir nunca más con tal de no volver a ver las imágenes que desfilaban en mis sueños: habitaciones, galerías, escaleras, senderos, miradores, fuentes, estatuas…; grietas, fisuras, humedad…; laberinto… Doy vueltas y vueltas sin encontrar la salida…, vivo preso en un edificio aquejado de una enfermedad secreta…; para entretenerme, calculo si esa inmensa mole de piedra, mármoles, estatuas, muros que van a chocar entre sí, quedarán manchados por la masa de vísceras y carne y huesos triturados que se extiende y desparrama por doquier. Esas visiones me producían fiebre y me dejaban con los nervios muy debilitados. Cada mañana el demonio aprovechaba la ocasión de deslizarse en mi cuarto y susurrarme: «¿Por qué no descansar un día y olvidarse de todo? Ya te encargarás más tarde de resolver lo verdaderamente urgente». Y al llegar la noche estaba espantado ante la cantidad de cosas aplazadas y aún pendientes de hacer. Así que de nuevo desfallecía, abatido por una aplastante tristeza cargada de impotencia. Y al día siguiente vuelta a empezar: otra vez la misma comedia, interpretada de buena fe, esperanzado y crédulo, pobre de mí, pensando que *si…*, *que si sí*…

Necesitaba entonces más compasión y menos reprimendas, madre, porque desde un principio le confié mis sentimientos más sinceros y le conté al detalle los muchos e importantes proyectos que

acariciaba. Acaso la enfermedad ya se alojaba en mi cuerpo y roía la voluntad y el alma, o acaso era la cobardía y la debilidad espiritual lo que me fatigaba, minando mis fuerzas. Vivía en una insoportable soledad, sentía un miedo cerval a sufrir una desgracia irreparable, tenía una desconfianza absoluta en mí mismo, me embargaba un desaliento inmenso, era incapaz de hallar una mínima distracción por pasajera que fuera, desfallecía al carecer de ilusiones y anhelos y deseos… ¡Maldito seas tú, Príncipe de la Desgracia!, me decía, hostigándome. Ni siquiera el chocante éxito de *Las flores del mal* me redimió. Cierto que por un tiempo los odios que suscitó mi libro lograron arrancarme de semejante postración y revolverme, porque pocos advirtieron que aquellos poemas revestidos de una belleza fría, escritos con furor y paciencia, eran también el testimonio de mi asco y de mi hastío. Mas enseguida llegó la recaída y regresaron la angustia, el miedo, el desánimo, la ira, el horror… Vivía en una permanente irritación y no sabía salir del marasmo, no sabía cómo curarme de aquella espantosa enfermedad que causaba tales estragos. ¿Es imaginaria o real?, me preguntaba. ¿Ha acabado por ser real después de ser imaginaria, después de haberme dejado llevar por la imaginación a la parálisis y al tedio? ¿Y cómo curarme? ¿Debía empezar por el espíritu? ¿Bastaría con enfrascarme en un trabajo intenso para escapar de allí? ¿Puede lo moral vencer a lo físico o debe procederse al revés: fortalecer el cuerpo y de ese modo el alma? El trabajo engendra buenas costumbres, la sobriedad y la castidad, y consecuentemente la salud, la riqueza y el genio, razonaba. *Age quod agis*. Para curarse de todo —de la miseria, de la enfermedad, de la melancolía y del aburrimiento, el más peligroso de todos los enemigos—, no hace falta más que *el gusto por el trabajo*, me decía. Hay que trabajar, si no por placer, al menos por desesperación, ya que, bien pensado, trabajar es menos aburrido que divertirse, sospechaba. Por otra parte, solo hay dos medios de escapar a la pesadilla del tiempo: el trabajo y el placer, meditaba. ¡Elijamos! El placer nos desgasta. El trabajo nos fortalece. Y aun por malo que sea, vale más que la ensoñación, pues una suma de

pequeñas voluntades arroja grandes resultados. Eso llegué a concluir, para así tratar de convencerme.

Tú misma sabes bien que intenté desesperadamente salir del pozo. Te pedí que me buscases en Honfleur un profesor de esgrima para hacer ejercicio, tan necesario en situaciones tales por lo mucho que nos conforta. En un balneario de Le Havre compré un abono para tomar duchas y aspersiones frías que, quitando un poco de cansancio, me sentaron admirablemente bien. Y a ello sumé una dieta rica en pescado y liquen. Solo en raras ocasiones tomaba algunas pastillas, pero suprimí por completo cualquier estimulante. Aunque sospecho que quizá ya era demasiado tarde. ¡La vida corre con una rapidez desesperante y de golpe, sin darte cuenta, ya *estás* enfermo y viejo!

Recuerdo con total claridad el día que sufrí una crisis muy peculiar, algo completamente distinto a las palpitaciones y ahogos con los que hasta entonces estaba bien familiarizado. Fue una mañana de enero. Salí a la calle casi en ayunas y de repente un acceso de náuseas y vértigos me dejó preso de una debilidad extrema durante horas, hasta el punto de no poder levantarme sin tener la impresión de que iba a desmayarme de nuevo, incapaz de vencer tanto abismo: no solo el del sueño, sino también el de la acción, los recuerdos, el deseo, la pena, el remordimiento, la belleza, la crueldad, los números… Cuando todo terminó, me sentí como si regresara de un largo viaje, exhausto y extraviado.

Ese día también noté sobre mí el soplo de la imbecilidad, que pasó rozándome con sus alas. Desde entonces, ni uno solo de mis achaques me ha abandonado: ni los reumas, ni las pesadillas, ni las angustias, ni la insoportable facultad de oír todos los ruidos retumbar en el estómago… Siempre es igual: sin causa aparente, de golpe, se me va un poco la cabeza, pierdo concentración, apenas puedo moverme sino con gran dificultad, mis gestos son desmañados y torpes, casi espasmódicos, y luego caigo en un prolongado estupor. Después, sudor frío, vómitos biliosos o una espuma blanca rebosando por la comisura de los labios… ¡Y el

miedo, sobre todo el miedo, madre querida! Miedo a dormir y caer en un hoyo inmenso repleto de monstruos horribles, miedo a despertar, miedo de no lograr jamás curarme de mis vicios, miedo de verte morir antes de haberte hecho feliz y miedo a morirme antes de haber cumplido mi destino.

Así un día y otro día y otro más.

Hasta hoy, cuando ya no soy dueño de mi tiempo.

Los médicos hablaron de histeria y de un *empobrecimiento de la sangre*… ¡Pero era el tedio… ¡El tedio!… Sospecho que cerraste mi libro nada más leer la dedicatoria, «Al lector», escandalizada con los dos primeros versos: *La estulticia, el error, la ruindad y el pecado ocupan nuestras almas y roen nuestros cuerpos*. Sin embargo, ya en ese poema maldigo y abomino de él, del más perverso e inmundo de todos nuestros vicios. *Peor que los chacales, las panteras, las hienas, los buitres y las sierpes…, sin hacer grandes muecas ni lanzar grandes gritos…, solo con un bostezo devoraría al mundo. ¡Es el tedio!* Y si hubieras seguido leyendo, conocerías mi agonía. No negaré que mi juventud fue una negra borrasca donde todo era abismo: ¡acción, sueño, deseo, palabras! Roído por un ansia sin tregua, cada vez más y más, e irremediablemente, me hundía en pantanos morbosos. Pero al menos luché. Y la lucha —¡la rebelión!— siempre presupone una dosis de esperanza. Quise vencer el hastío que me producía ver cómo por todas partes reinaba la mediocridad. Siempre ha sido así, pero hoy impera en proporciones monstruosas. Se diría que la insignificancia, la puerilidad, la falta de curiosidad y la calma insulsa de lo fatuo han sucedido al ardor, a la inteligencia y a las ambiciones más nobles sin que en el horizonte apunte nada que permita hacernos esperar floraciones espirituales más elevadas. ¡En vano protesté de tanta necedad! ¡En vano me esforcé por desenmascarar la estupidez que se adueñaba de todo, *aquel insoportable hedor a almacén*! En vez de artistas, un hormigueo de farsantes dispuestos a gustar vendiendo los trucos previamente aceptados por el público estragado y vulgar que ha parido este siglo: trivial, aunque engreído. ¡En todas partes, el color uniforme del café

con leche! Ni siquiera podrías figurarte hasta qué punto llegó a desagradarme la raza parisiense. Ya no era aquel mundo encantador y amable que había conocido en otro tiempo: los escritores no sabían nada, ni siquiera ortografía. ¡Una decadencia atroz! Sí exceptuamos a D'Aurevilly, Balzac, Flaubert, Gautier o Maupassant, era incapaz de entenderme con nadie. París se convirtió en mi infierno y por eso hui a Bélgica: porque me ahogaba en aquel océano de banalidades. Y por el miedo y el horror que me causaban París y Francia, que jamás me pagaron en estima, como tampoco en dinero, lo que se me debía. En medio de aquel marasmo, luché por elevarme hacia cielos más altos, donde reinaran la luz y la armonía. Tenía los brazos rotos de tanto acariciar las nubes en pos de una belleza nueva: ardiente y triste, ligeramente vaga y deforme, y misteriosa e inesperada… que nos traería asombro y embeleso. Años y años pateando en soledad las calles donde contemplar la vida y practicar mi esgrima caprichosa, husmeando en rincones el azar de la rima, tropezando en palabras como en los adoquines, hallando a veces versos soñados tiempo atrás. Al regresar a casa, agitado y exhausto, me sentaba a la mesa inclinado sobre una hoja de papel donde fijaba la misma mirada que en las calles había dedicado a las cosas, esforzándome en trazar con la pluma las imágenes antes de que huyeran y se desvanecieran. Y poco a poco las cosas renacían en el papel, naturales y hermosas y dotadas de vida. La persecución de la belleza es un duelo titánico durante el cual el poeta aúlla aterrado antes de caer vencido. Pero en estos tiempos ya nadie valora la lucha ni la rebelión, que, como te dije, al menos presuponen una dosis de esperanza, por nimia y escasa que sea.

De ahí la desesperación, que es muda.

Hemos tenido que llegar a este final, cuando mis pensamientos se tiñen con los colores suaves e indecisos del crepúsculo, y cuando ya estamos los dos solos, enfermos y viejos, para comprobar que podemos hacernos felices el uno al otro. ¡Pero a qué precio, madre! ¡A qué precio! Entiendo que te aburriesen y cansaran mis continuas demandas de dinero, que no soportaras que viviera con aquella

mujer, ¿pero era necesaria tanta crueldad en tus respuestas a mis súplicas? No imaginas cómo me hería que no confiases en mí, que jamás creyeras en la sinceridad de mis propósitos y me obsequiaras con monsergas tan enfermizas como falsas, viendo por todas partes monstruos que no existían, *razonando mal*. Tu candor, tu facilidad para engañarte, tu ingenuidad, tu sensibilidad… me daban risa. Pero nunca quise afligirte ni pensé que fueras a tomarte tan a pecho la brutalidad de algunas de mis frases. ¿Acaso creíste de verdad lo que te dije aquella vez: que si quisiera podría arruinarte y hundir tu vejez en la miseria? ¿Que tenía la suficiente astucia y elocuencia para hacerlo, aunque en ocasiones me contuviera diciendo «No, mi madre es vieja y pobre, y hay que dejarla en paz»? ¡Ah, el orgullo satánico y la soberbia!

Claro que, en mi descargo has de admitir que tú tampoco te quedabas corta. Una vez me puse a repasar un montón de cartas tuyas de diferentes épocas y escritas en distintas circunstancias: todas estaban imbuidas de un profundo interés puramente material, como si las deudas fueran lo único importante, como si los placeres y las satisfacciones espirituales no significasen nada para ti. Eran cartas maternales, eso sí, pero me transportaban a un mundo de pensamientos a cuál más doloroso. Su lectura pronto se me hizo insoportable. Tantas veces esperando en vano encontrar en ellas la felicitación por mis trabajos, algún reconocimiento. Esperaba también palabras de cariño y de aliento, pero en esos pliegos solo encontraba la desconfianza y los reproches y los sermones de siempre. Fuiste realmente dura conmigo, mamá, y me atormentaste demasiado. Sé que durante años tuve pendiente saldar contigo una enorme deuda de abnegación, pero era incapaz de comprender qué te pasaba por la cabeza para no venir a verme cuando tan ardientemente te lo pedía, aunque fuese para reñirme o insultarme. ¡Cuánto bien me habrían hecho tus visitas aquellos años! Me habrían convertido en el hombre más feliz de la tierra y sin duda hubieran servido para conocernos, porque en verdad hemos sido dos extraños el uno para el otro. De niño, te amé apasionadamente. Después,

herido por tus injusticias, te falté al respeto. Y es que por más que lo intentase era imposible convencerte de que yo no era una bestia. Con frecuencia me arrepentí de las acusaciones que te lancé, aunque según mi costumbre después no me disculpé. Una vez, en una de aquellas terribles circunstancias en que me hallaba, en pleno hundimiento, incluso llegué a pensar que uno de nosotros mataría al otro, que terminaríamos por matarnos mutuamente. Era un pensamiento que obedecía al espantoso cansancio producido por una situación insostenible prolongada durante demasiado tiempo.

Pero ya no soy aquel joven ingrato y violento. Largas meditaciones sobre mi destino y sobre tu carácter me han ayudado a comprender todas mis faltas y toda tu generosidad. Y ahora ya solo me aterra pensar qué será de ti después de mi muerte, pues sigo convencido de que yo soy tu único motivo para vivir. Y por eso, pese a la recurrente tentación del suicidio, jamás llegué a ejecutarlo. Ahora debes convencerte de seguir viviendo aun después de mi muerte, ya que habrás de poner orden en mis cosas, en las carpetas y papeles que dejo aquí en Honfleur. Están todos mezclados y revueltos y te causarán gran confusión. Pero si los lees y te esfuerzas, bajo el aparente caos hallarás mi tulipán negro y mi dalia azul.

¡Y apiádate de mi larga desdicha, madre, pues es la hora! Surcaré por fin el mar de las tinieblas con el ánimo alegre de un joven pasajero porque llevo el corazón lleno de tu luz. *Ya sin quejas ni pesares desciendo, ¡río invisible!, al fondo de lo ignoto…*

CHARLES

VINCENT

La oscuridad ha vuelto. Lo hizo de golpe, sin avisar. Alrededor, nada. También me devora a mí. Y esta vez ya no se irá. Estoy seguro: se quedará y lo envolverá todo, rasgando el velo del tiempo. Una lástima, una verdadera lástima ahora que por fin, siguiendo el impulso de mi temperamento y tras vencer el miedo a la naturaleza —¡a su intensidad!—, había progresado con el color, dejando atrás los años tenebrosos. Sé que ya no podré pintar más sueños de luz: el firmamento azul, sotos verdes, caminos blancos de caliza resplandeciendo bajo el fulgor abrasador del verano, colinas que al atardecer se cubren de suaves malvas sombríos, nubes lavanda, alfombras vegetales al pie de un árbol por cuyo tronco trepan las hiedras, explosivos juncos rojos, somnolientas adelfas rosáceas, radiantes rastrojos amarillos en las tierras ya cosechadas, olivos de tronco carmesí y follaje plateado, granados con lujuriosas flores de un naranja intenso, crisantemos ocres como soles, centelleantes lilas en campos de cobalto, lirios violeta, girasoles rutilantes, playas doradas, botes marineros de cascos granate, proas verde musgo, barandillas negras, mástil amarillo cadmio, timón lapislázuli, remos turquesa, un arco iris de pértigas para pescar, y ¡estrellas, estrellas, estrellas!…

¿Recuerda, madre? «Las estrellas de la tarde expresan la preocupación y el amor que Dios siente por todos nosotros, representan la promesa del Señor de hacer luz de la oscuridad y sacar algo bueno de los problemas». Eso escribía usted en una de las cartas que me mandó al internado Provily de Zevenbergen y jamás lo he olvidado. Como tampoco las numerosas veces que padre me habló con emoción de sus paseos a altas horas de la noche bajo un hermoso cielo estrellado, o cuando la pequeña Lies me confesó que en las estrellas veía a todos los que amaba diciéndole: «Sé

valiente». Y así también yo. Cuando vivía en Ramsgate miraba el cielo estrellado y pensaba en mis seres queridos, en mi pasado y en nuestro hogar. En Ámsterdam, caminando a orillas del río a la caída de la tarde, oía la voz de Dios bajo las estrellas y pinté un cuadro sobre el consuelo y la paz que siento en la bendita media luz, cuando puedo vagar libre sin ser molestado y reflexionar profundamente bajo la gran bóveda celeste porque entonces solo hablan las estrellas. Era muy hermoso, créame. En las azules profundidades brillaban blancas, rosas, esmeraldas, lapislázulis, rubís, zafiros… Y por eso la noche tiene colores más ricos que el día, con tonos de un violeta intenso, azules y verdes. Si estamos atentos, *vemos* que algunas estrellas son amarillo cadmio, otras irradian destellos rosáceos o un resplandor verdiazul de nomeolvides. Durante un tiempo ese fue mi único sueño: pintar un cielo estrellado, pintar escenas y efectos nocturnos *in situ*, evitando la mortecina y blancuzca luz de los cuadros convencionales. Eran tiempos de crisis. Vivía atormentado por los fracasos y tenía una gran necesidad de hallar respuestas. Me preguntaba por los misterios de la vida y de nuevo me hundía en las arenas movedizas de la religión. Cuando estaba nervioso y excitado, mis sentimientos me inclinaban a contemplar la eternidad. Buscaba desesperadamente algo que me tranquilizara y consolase para dejar de sentirme culpable y poder seguir adelante sin extraviarme en la soledad y el pánico, en la conciencia del daño que, sin intención ni propósito, les podría estar causando a usted, a mis hermanas, a Theo. Y *sentía* que solo allí, bajo las estrellas, encontraría algo de esperanza. En mi desesperación, me volqué en la imagen más consoladora que conozco, la de Cristo en el Huerto de los Olivos, y pinté su figura en azul, con un ángel amarillo limón y un fondo intenso casi púrpura, pues era una noche estrellada. Pero volví a fracasar. Era una *idea* demasiado hermosa como para pretender pintarla. Cogí un cuchillo y destrocé el lienzo sin piedad.

Sé que ya no podré volver a pintar nuevos sueños de luz, pero créame si le digo que no sufro por ello ni me atormento. Es casi lo

contrario, madre, pues siento que de algún modo estoy regresando a los orígenes, a mi verdad primera: *Por las tinieblas hacia la luz*. Sabe usted bien que una de las raíces o fundamentos no solo del Evangelio sino de la Biblia entera nos habla de la luz que brilla en las tinieblas. Toda mi vida luché por encontrarla, buscándola dondequiera, hasta en lo ínfimo. Si recorría una ciudad en pos de un azul oscurísimo, para ensombrecerlo y espesarlo aún más, pintaba contra él una hilera de farolas con destellos de oro bruñido. Si cruzaba un puente, al detenerme y mirar el río abajo, veía el chisporroteo alborotado de la luz en las ondas del agua, o su implacable reflejo en lagunas y estanques quebrando la mansa lámina de la superficie. ¡Hasta en los charcos refulgía!… Siempre me atrajeron los juegos sobre el agua, que me llevaban a meditar en los arcanos del infinito. Por eso pintaba decenas y decenas de diminutos puntos… malvas y lilas, perlas, rosas…; cientos de pinceladas melancólicas porque *¿acaso esto es todo?*, ¿no hay *nada* más?, me decía.

Desde siempre el vacío, un agujero que fue creciendo y creciendo con el tiempo hasta hacerse nebulosa: ese lugar que alberga restos de estrellas que han llegado al término de su vida. A fin de cuentas, vengo de allí: de la muerte. Y en el curso de los años el hueco no ha hecho otra cosa sino agigantarse, por más que yo, ¡con esfuerzos titánicos!, me empeñase en todo lo contrario: en llenarlo de vida.

¿Por qué me pusieron el nombre del primogénito, al que ni siquiera podrían considerar como un auténtico hijo, pues nació muerto, sin llegar a ver la luz del día? Quedó inscrito en el registro del Ayuntamiento como el «número 29», si bien ustedes mandaron cavar una tumba en el pequeño camposanto situado junto a la iglesia y la cubrieron con una lápida que, en vez del nombre de los afligidos padres, llevaba el del malogrado hijo, Vincent Van Gogh, y la famosa cita bíblica: «Dejad que los niños vengan a mí». ¿Me pusieron el nombre del fantasmal *hermano* porque, «con la ayuda de Dios», llegué exactamente un año después, el 30 de marzo de 1853? Claro que, aun así, *tuvo usted* el detalle de llamarme Vincent

Willem, no sé sí por diferenciarme del angelito o para cumplir con una de las estrictas normas que en nuestra familia se respetaban a rajatabla: los nietos llevarán el nombre de pila de sus abuelos. Y así yo acarreé con los de ambos: el del paterno, al que no pudo rendirle homenaje el malogrado, y el del materno. Se lo pregunto porque estoy seguro de que esa decisión *emanó* de la esfera de su dominio, al igual que era exclusivamente competencia suya *producir* una familia numerosa con la precisión de una máquina: casi dos años después de nacer yo, en 1855 llegó Anna Cornelia, y dos años más tarde Theodorus, al que, al cabo de otros dos, siguió Elizabeth, en 1859. Desde entonces, se altera algo la secuencia cronológica, pues Willemina nació en 1862 y, finalmente, en 1867, lo hizo el último de los vástagos, Cornelius Vincent. Al repasar ahora las fechas de todos esos nacimientos, me admira comprobar *lo metódico* del proceso: seis de sus siete hijos vinieron al mundo entre mediados de marzo y mediados de mayo, y dos de ellos con tan solo un día de diferencia entre sí, aparte de que el malogrado y yo coincidiéramos en la fecha. Como también me admira la persistencia onomástica, pues en esa repetición no hay azar, sino una decidida voluntad: ¡el sacrosanto Deber!

Deber, Decencia y Mesura: ¡hete aquí la Santísima Trinidad que gobernaba nuestras vidas y dictaba las leyes y preceptos para el advenimiento de la familia triunfante! Es admirable la firmeza con que, guiada por tales mandamientos, manejaba usted el timón de nuestra barcaza para llevarla a buen puerto. Los seguía usted a rajatabla, *nos los aplicaba*, convencida como estaba de que el mundo era un infierno, un lugar turbulento y peligroso, y de que únicamente hallaríamos refugio en un hogar *construido* conforme a tales credos. Y así fue edificando usted su fortaleza, ladrillo sobre ladrillo, palabra tras palabra, rito a rito. «Una vida familiar feliz es un salvoconducto imprescindible, es el detente bala contra la soledad y la incertidumbre —predicaba—; no podemos vivir los unos sin los otros, nos amamos tanto que no podemos estar separados porque formamos parte de un mismo todo». Y al oírle decir estas palabras,

yo rogaba y rogaba en mi interior: «Señor, no permitas que llegue a estar alejado de ellos mucho tiempo».

No negaré el calor que de niño —de muy niño— sentí en nuestro nido familiar, el entusiasmo de las lecturas en voz alta, que tanto nos unían. Leer bajo la sombra del tejadillo del jardín o junto a una lámpara de aceite —ustedes a nosotros o los hermanos mayores a los más pequeños— era la imagen reconfortante de la *comunión* familiar. Desde entonces nunca dejé de leer, y lo hacía a una velocidad de vértigo, devorando a ritmo frenético la obra completa del autor que acababa de descubrir o copiando pulcramente en gruesos cuadernos mis poemas favoritos, que aprendía de memoria y después recitaba para mis adentros durante los paseos que dábamos por los parques y jardines de Zundert o sus alrededores, por estar usted convencida de que esas caminatas mejoraban nuestra salud, como bien se apreciaba en el color y el brillo de la piel, y estimulaban los ánimos. Al regresar a casa, nos aguardaba el festín que las dos muchachas que la ayudaban en la cocina habían preparado siguiendo sus indicaciones: platos nutritivos y bien elaborados porque la alimentación es esencial para el bienestar físico y para la integridad moral. Y tras la cena, todos reunidos alrededor de la estufa repasábamos la historia familiar, las hazañas de nuestros ilustres antepasados, las grandezas pretéritas que tanto la animaban a usted, compensándola del aislamiento rural y sus miserias, pues aquellos recuerdos la transportaban al esplendor de los viejos tiempos, a los «días difíciles pero nobles, cuajados de virtudes», decía, repleta de añoranza por el paraíso perdido, enlazándolos con la leyenda de la edad de oro de nuestra patria y que tanto llegó a impresionarme, hasta el punto de estar toda mi vida fascinado por aquellos gloriosos vestigios cuya memoria adquiría dimensiones colosales durante las celebraciones navideñas. ¡Ah, la dulce y feliz Navidad! ¡Cuánta alegría al exaltar la unión mística de la Sagrada Familia y, de paso, la de la nuestra!

Era una soberbia *mise en scène*, un hermoso decorado que acompañaba idealmente los relatos plagados de loas y ditirambos

que ustedes urdían e hilaban *ad maiorem gloriam…* ¡de sí mismos! El pasado siempre les parecía mejor y más puro que el presente, y no le quitaré razón al denostar la época actual —tan mediocre como falta de sentimientos, según usted misma lamentaba—, pues he padecido como nadie la incomprensión y el escarnio fruto de los convencionalismos, que no producen sino amargura, porque bajo su dictado uno no puede sentirse libre ni dar curso a los verdaderos sentimientos. Donde ellos reinan hay desconfianza, y de la desconfianza nacen toda clase de intrigas. Fui consciente de ello por vez primera cuando me hallaba solo y lejos, pero ahora sé que ese dolor ya lo había experimentado con ustedes, esclavos de *lo conveniente*. Cuánto rigor en la normalidad que imperaba en nuestra casa de Zundert, sustentada sobre el miedo y los temores, una fortaleza sin grietas ni fisuras donde no tenía cabida la ensoñación ni había un mínimo margen de libertad. Vivíamos apiñados, *aborregados*. ¿Sabe de lo que hablo? ¿Lo entiende bien? Es el gran problema en pintura, la dificultad que durante años intenté vencer y que al fin he logrado dominar: aborregar consiste en dibujar grupos de figuras que forman un todo, en el que sin embargo se percibe cómo algunas asoman la cabeza o meten los hombros para mirar por encima de las otras. En materia de composición, las escenas compuestas de figuras —tengan lugar en un mercado, en la playa aguardando la llegada de una barca, en casa cenando junto al fuego del hogar, en la sala de espera de un hospital, o paseando y charlando por las calles—están basadas en la premisa del rebaño de carneros. De ahí que se hable de *aborregar*. Y todas esas escenas, ¡todas!, remiten a lo mismo: luz, oscuridad y perspectiva.

Sí, madre, la perspectiva es fundamental. Por eso ahora veo nuestro pasado de una manera muy distinta. Y sin embargo, a pesar de la doble lejanía que la distancia y el tiempo han sembrado, de algún modo esos recuerdos me rompen el corazón. Nunca logré entender por qué, siendo tan importante estar juntos y permanecer siempre unidos, me arrancaron tan tempranamente del nido familiar. Si con frecuencia desaparecía durante horas vagando por los campos

de centeno y maíz hasta adentrarme en los bosques y llegar a lugares inhóspitos y despoblados…, pantanos arenosos y brezales y aulagas, húmedas tierras bajas repletas de juncos y pinos enanos…; si me escapaba hasta esos parajes era porque allí, en la naturaleza, esperaba encontrar una voz amiga y conversar con ella. ¿No era eso lo que usted misma nos inculcaba en el jardín de nuestra casa, mostrando los beneficios de cultivarlo y de ver crecer las flores, tan esenciales para la salud y la felicidad? Allí el sol era el buen Dios cuya luz daba vida a las plantas al tiempo que les traía la paz a nuestros corazones. Y por la noche llegaban sus mensajeras las estrellas anunciando que el astro rey regresaría por la mañana para convertir en luz la oscuridad. Toda la vida me acompañaron esas promesas y las lecciones que usted nos impartió. Y así, durante años observé y estudié la *sutil* naturaleza, a menudo con resultados penosos. Pero luché y combatí con ella hasta que empezó a ceder y volverse dócil. Y entonces ya no me sentí tan impotente cuando vi que en mis telas quedaba *algo* de lo que el bosque o las dunas o la maleza habían *dicho*. Fueron combates muy duros, que libré porque sabía que para crecer es preciso fundirse con la naturaleza.

Mas sinceramente no creo que las escapadas y correrías infantiles merecieran tan severo castigo como el que ustedes me infligieron, ingresándome a los once años en el internado de Zevenbergen. Aún sigo viéndolos allí: yo estaba en los escalones de la puerta de entrada al colegio Provily y miraba cómo por el camino flanqueado por unos cuantos árboles iba desapareciendo el carruaje amarillo mojado por la lluvia en el que ustedes marchaban. Allí —donde, por cierto, no aprendí nada— me sentía igual que Cristo en el Huerto de Getsemaní, gritando para que mi padre viniera a rescatarme, lo que hizo algunas veces, dejándome regresar brevemente a Zundert en Navidad y en otras ocasiones especiales, pero manteniendo un cruel exilio que, al cabo de dos años, se prolongó en la Rijksschool Willem II de Tilburg, más alejada aún de nuestro hogar, lo que espació las visitas —en realidad, casi inexistentes— y los reencuentros familiares. Así que, en marzo de 1868, dos meses antes de finalizar

el curso, decidí abandonar mi cárcel. Ignoro a qué obedecía la crispada estupefacción que me dispensaron al verme plantado ante la puerta de casa con la maleta en la mano: si al deplorable aspecto que sin duda ofrecía tras caminar siete horas bajo un tiempo inclemente, o a la rabia y la vergüenza por la contrariedad sobrevenida, pues a todas luces habría que afrontar este nuevo fracaso y lamentar el dinero malgastado en mi educación; que todo fuera en vano.

Nunca me recuperé de aquella separación, ni tampoco de las muchas otras que siguieron a lo largo de los años —y que no recordaré porque aún me duelen—, hasta llegar al extremo actual, en que se niega usted a permitir que regrese a casa cuando salga del hospital, y ni tan siquiera me escribe directamente, sino que lo hace por mediación de Theo.

Sin embargo, en mi fuero interno yo siempre me sentía allí junto a ustedes, aunque estuviera lejos, abriéndome camino en La Haya, Londres o París… ¡en busca de *un destino*! A veces veía claramente una luz en la distancia, pero de vez en cuando esta desaparecía, y era imposible distinguir hacia dónde apuntaba. Hasta la tarde en que me *iluminó* y allí, en la pequeña habitación de Kennington Road, reapareció el Cristo de mi infancia, la figura del grabado *Christus Consolator* de Ary Scheffer que colgaba en nuestra casa, donde se leía: «He venido a sanar a aquellos que tienen el corazón roto». Por fortuna, y tras huir del infame y mísero colegio que regía William Stokes —un avaro que parecía salido de las más oscuras páginas de Charles Dickens—, en aquel entonces yo me empleaba de tutor en la escuela de Holme Court, que dirigía el reverendo Thomas Slade-Jones, un santo varón de mentalidad abierta y avanzada, así como de temperamento afable y comprensivo, que, sin menoscabo de las obligaciones académicas, me autorizó a dedicar a las plegarias el tiempo que creyera conveniente. Así que cada mañana y cada tarde rezaba con los niños que tenía a mi cargo, y por las noches en el dormitorio les contaba historias inspiradas en la Biblia o en alguno de mis escritores favoritos. Luego, un domingo Slade-Jones me

permitió acompañarlo a la iglesia metodista de Richmond donde él predicaba, y al acabar el oficio me acerqué a los pequeños grupos de fieles que se congregaban a la salida del templo y que enseguida me invitaron a pronunciar unas palabras. Conmovido por mi fervor y devoción, el reverendo pronto solicitó mi presencia en otras congregaciones donde él desempeñaba sus menesteres, a fin de ayudarlo en las demás tareas propias del servicio religioso —que incluían las clases de la escuela dominical y también la asistencia a los jóvenes enfermos, a quienes visitaba en sus domicilios los jueves por la tarde—, hasta que me encomendó hacerme cargo de los oficios de una pequeña capilla metodista situada en Petersham, autorizándome a predicar un sermón de mi propia cosecha. Aún recuerdo con emoción aquella mañana. Era un día claro de otoño y di un hermoso paseo hasta Richmond a lo largo del Támesis, en cuyas aguas se reflejaban castaños de hojas amarillas y el claro cielo azul. A través de los árboles se vislumbraba la parte de la ciudad situada en la colina: las casas con sus tejados rojos, las ventanas sin cortinas y los jardines verdes. También se veía la torre gris y, abajo, el largo puente con sauces a uno y otro lado. Las personas apostadas sobre la baranda parecían muñecos vestidos de negro. Una vez en la capilla, me detuve al pie del púlpito y recé: «*Abba*, Padre, comienzo en tu nombre». Mientras subía las escaleras sentí como si emergiese de una cueva y me sobrecogió la visión de mi futuro predicando los Evangelios allá por donde fuera. Aquella vez elegí el texto de los Salmos que empieza «Soy un extraño en la tierra», y pude comprobar cuánto conmovía a los feligreses mi ardorosa piedad: «Aunque el renacer a una nueva vida eterna, la vida de la fe, la esperanza y la caridad, una vida siempre verde, sea un don de Dios y solo suyo, pongámonos a arar los campos y nuestros corazones y echemos de nuevo nuestras redes y entreguémonos al trabajo y la virtud para merecer ser llamados buenos cristianos y dignos hijos tuyos, Padre, porque anhelamos tu amor y tu aprobación».

Aquellos oficios eran el único consuelo de que disponía,

especialmente cuando ustedes me prohibieron viajar a La Haya para visitar a Theo, que estaba gravemente enfermo, pese a que Slade-Jones había dado su consentimiento. Pero dijeron que habría que esperar hasta Navidad. Por eso volqué mi dolor en el sermón que pronuncié, hablando de la vida como un viaje que va del pecho amoroso de nuestras madres terrenales a los brazos de nuestro Padre celestial. Y a la semana siguiente, escribí otro sobre la parábola del hijo pródigo, que por entonces me obsesionaba: «Mi hijo estaba muerto y vive de nuevo. Lo había perdido y lo he encontrado».

En aquel tiempo, creí haber hallado al fin ese *destino* que perseguía con ahínco. Sería misionero, me dije. Por fortuna, allí, como también después en Bélgica y a diferencia de lo que sucede en Holanda, no se valoraban tanto los largos años de formación y los estudios previos, ni era obligado acabarlos. Lo que se exigía era el don de poder dictar sermones cálidos y sencillos, dirigirse a los fieles de manera directa y clara antes que pomposa y grandilocuente; se daba menos importancia al conocimiento profundo de las lenguas antiguas y de la teología, primando sobre ellos el carácter y la personalidad del misionero, su capacidad de dirigirse al pueblo con gravedad y sentimiento y sin tirantez ni violencia, porque las palabras que han de predicarse deben tener un significado moral para poder así mover al auditorio a esforzarse para que sus efectos echen raíces en la verdad. Enseguida redacté mi primera disertación sobre la parábola del grano de mostaza, que me ocupó ¡veintisiete páginas!, a la que siguió otra que versaba sobre la higuera estéril, según san Lucas.

No era mi destino ser misionero, pero aquel tiempo inmerso en la lectura de la Biblia y los Evangelios me llevó al lugar donde lo hallaría: el Borinage, esa región en el sur de Bélgica donde vive una curiosa población de obreros que trabajan en las minas de carbón a trescientos metros bajo tierra para arrancar de sus entrañas la sustancia mineral cuya preciada utilidad todos conocemos. El hullero se entierra el día entero en una galería estrecha, el cuerpo doblado

en dos, trabajando en medio de mil peligros que sin cesar se repiten y, aun así, cuando se dirige al hoyo, con una pequeña lámpara colocada en el casco y destinada a guiarlo en las tinieblas, se confía a su Dios, que vigila su labor y que lo protege a él, a su mujer y a sus hijos. Por eso, después de los tres meses que pasé como misionero en el Borinage, decidí regresar allí, en vez de quedarme en las cercanías de Etten, como habrían preferido ustedes. Sé que, a partir de ese momento, para la familia me convertí en alguien imposible y hasta sospechoso, un ser despreciable que no merecía confianza alguna. Quizás incluso pensaban de mí que en realidad era un haragán. Pero debe saber, madre, que hay quien se vuelve así por pereza y dejadez, o por la debilidad de su carácter, mientras que hay quien es haragán a pesar suyo: el que está roído interiormente por un gran deseo de acción mas no hace nada porque vive en la imposibilidad de hacerlo, pues se siente como preso en una jaula horrible, igual que un pajarillo, sin tener lo que necesitaría para ser útil y provechoso, o para poder volar, porque *la fatalidad* lo reduce a ese punto. Un haragán así no siempre *sabe* lo que podría hacer, pero lo *siente* por instinto. Mas esa prisión solo puede abrirse a base de un profundo afecto: solo con la fuerza soberana del amor podemos romper los barrotes. Pero quien carece de él, permanece en la muerte.

Por eso me pareció que lo más ventajoso y conveniente, y hasta lo más razonable, era marchar y vivir lejos, como si no existiera. Sabía que iba a ser difícil recuperar la confianza de una familia no del todo desprovista de prejuicios y de otras cualidades igualmente honorables, pero también creí que poco a poco se restablecería el entendimiento cordial entre nosotros, pues según nos enseña la naturaleza, lo que para los pájaros es la muda, ese periodo en que cambian de plumaje, para los humanos es la adversidad o la desgracia, los tiempos difíciles: un periodo de renovación tras el cual salimos más fortalecidos. ¿No lo hizo así también san Pablo, que pasó tres años en Arabia antes de ponerse a predicar y emprender sus grandes viajes de apostolado entre los gentiles?

En el Borinage no había cuadros que estudiar, no podía uno seguir completando su formación artística, pero es una región muy singular y pintoresca: allí todo habla y todo está lleno de carácter. En los días sombríos y cortos que preceden a la Navidad, cuando nieva, todo evoca las pinturas de Brueghel el Campesino, ¡sus cazadores en la nieve!, que avanzan abatidos de regreso a la aldea tras una jornada que intuimos penosa por la escasez de las piezas cobradas. ¡Y qué sensación de frío nos transmite! Para expresarla, se vale de una paleta en la que predominan los tonos blancos en contraste con los marrones y verdiazules, silueteando con esmero los altísimos árboles, en contraste con las manchas negras que motean el paisaje llano del fondo: patinadores que se divierten y se recrean, ignorantes de su pequeñez. También en el Borinage hay caminos profundos cubiertos de zarzas y de viejos árboles con fantásticas raíces retorcidas, que a menudo me hacían recordar los domingos por la mañana, cuando en el jardín de nuestra casa usted nos explicaba que las raíces de los árboles contienen la promesa de vida tras la muerte: la resurrección. Además, aquellas hileras de zarzas negras, iguales a las que en Brabante forman los sotos y las breñas de encinas y en Holanda los sauces enanos, cuando cae la nieve semejan una escritura sobre papel blanco: las páginas del Evangelio. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, era impresionante ver sobre la nieve refulgente las figuras negrísimas de los hulleros, que salían de las minas y, siguiendo un caminito bordeado por un seto de espinos —ellos solo unas sombras que pasaban y se distinguían vagamente —, emprendían el regreso a sus casas, apenas unas chozas alineadas en los senderos o agrupadas en los bosques y sobre las faldas de las colinas, con tejados de musgo y pequeñas ventanas que por las noches arrojaban una claridad tenue. Vistas de cerca, y a la luz del día, resultaban ser unas viviendas miserables, con algunos árboles muertos y completamente ahumados, filas de arbustos, montones de basura y de ceniza, pilas de carbón inservible…

En una ocasión, descendí a una mina y pasé allí seis horas. Era una

de las más viejas y peligrosas, que gozaba de muy mala reputación a causa de los muchos accidentes que en ella se producían, tanto en el descenso como en la subida, tanto a causa del aire asfixiante o de las explosiones de grisú como del agua subterránea o del hundimiento de antiguas galerías. Era un lugar sombrío, y a primera vista todo allí tenía un aire melancólico y fúnebre. Los obreros, por lo general, estaban demacrados, y parecían envejecidos mucho antes de tiempo; las mujeres estaban igualmente descoloridas y mustias.

Sí, madre, entre aquellos carboneros exhaustos, de rostro ennegrecido y pringoso, ante la imagen de un abandono indescriptible —soledad y miseria—, fue cuando en mi espíritu surgió la idea de Dios. Y no le ocultaré que, en parte, quizás de aquellos años proviene el desaseo y el desaliño que tanto me reprocharon por lo *desagradable* e *inconveniente* que resultaba, pero yo sabía que la pobreza y las molestias existen *por algo*, y además son un buen medio de asegurar la necesaria soledad para profundizar en lo que nos preocupa. Créame que en el Borinage aprendí a ver con otra mirada la justicia latente en las rudas pruebas a que nos somete la vida. Y fue allí donde sentí renacer mis energías: entre los hombres de las profundidades del abismo, pues en esos pobres y oscuros obreros —los últimos de todos, por así decirlo, los más desesperados—, y a quienes por lo general, y debido a su aspecto, asociamos con los malhechores y bandidos, encontré algo de emocionante y hasta doloroso, ya que no es cierto que la miseria impide brotar y germinar a los espíritus buenos.

Por eso luego me lancé a los caminos, como Jesucristo, donde aquí o allá obtuve algunos mendrugos a cambio de los dibujos que llevaba en la cartera. No tenía dinero y pernoctaba en pleno campo, bajo el cielo raso, aunque una vez pude hacerlo en un coche abandonado que por la mañana estaba todo cubierto de escarcha; otra vez me acomodé sobre un montón de leña y en otra ocasión lo hice junto a la piedra deteriorada de un molino, donde improvisé un refugio algo más confortable para protegerme de una lluvia que no

cesaba de aumentar. Mas, aunque vivía en la miseria, sentía en mi interior una armonía y una música sosegada y pura. En los rincones más oscuros y sórdidos, en las chozas pobres y míseras, *veía* cuadros o dibujos. Y mi espíritu me impulsaba en esa dirección de forma irresistible. ¿Acaso la vida no nos fue dada para enriquecer nuestro corazón, incluso cuando pasa penurias y padece todo tipo males?

Seguía el ejemplo de Dios nuestro Señor, y estaba plenamente convencido de que *somos hoy lo que éramos ayer*. Lo cual no significa que debamos estar siempre marcando el paso sin intentar desarrollarnos. Al contrario. Hay poderosas razones para hacerlo. Pero para seguir siendo fiel a la verdad revelada, no se puede retroceder. Y cuando se ha empezado a considerar las cosas con una mirada libre y segura, ya no se debe volver atrás y claudicar.

No en vano medité muchas tardes sentado junto al fuego entre mineros, carboneros, tejedores y campesinos. Sí, madre: tras abandonar La Haya e instalarme en Drente y después en Nuenen, viviendo entre esa gente volví a sentirme en *mi ambiente*. Imagino la expresión de su rostro al leer esto, la mueca retorcida por la repugnancia que la invade y sobrecoge. Porque siempre creyó usted que mi rebeldía infantil, mi carácter hosco e indomable… ¡y mi *aberrante conducta*! se debían a las malas compañías, al trato con los niños campesinos que acudían a la escuela pública de Zundert. Según usted, ellos me habían *apaletado*. Mas no fue así. La culpa de comportarme de aquel modo la tenía en exclusiva el muy católico maestro Jan Dirks, con su desmesurada disciplina y su afán de enderezarnos a base de palos y capones. Así que allí no *me apaleté*. ¡Allí *me apalearon*!

Y mal que le pese, madre, ¡soy un pintor de campesinos! Al menos, durante unos cuantos años. Y en aquel tiempo fui feliz. Si quieres crecer, me decía, plántate en la tierra y germinarás; no te seques ni te pudras en el empedrado. Pensará usted que también en las ciudades —¡en la civilización!— crecen árboles y plantas, como argumentaba Theo cuando le aseguré que jamás regresaría a La

Haya ni a ninguna otra ciudad. De modo que ahora voy a repetirle lo que entonces le dije a mi hermano: «Pero yo soy trigo, y mi lugar está entre las espigas».

Fuérase a donde se fuera, todo rezumaba belleza en Drente. La floresta era mucho más extensa que en Brabante —al menos, en las inmediaciones de Zundert o de Etten—, y algo monótona al mediodía, especialmente si pegaba fuerte el sol. En esa hora ardiente, distaba mucho de ser *encantadora* o *pintoresca*: era excitante, pesada, fastidiosa, agotadora y hasta cierto punto hostil, como el desierto. Pintar la floresta a plena luz y reproducir los planos que se prolongaban hasta el infinito producía vértigo. Mas cuando aquella enorme extensión de tierra tostada por el sol se volvía oscura en oposición a los tenues tonos lilas del atardecer, y cuando la última y sutil línea azul oscuro del horizonte separaba cielo y tierra, alcanzaba *lo sublime*. No era nada fácil de pintar, y día tras día recorrí kilómetros y kilómetros haciendo estudios de aquel paisaje: plataformas o distintos planos de color que se iban volviendo más y más angostos a medida que se aproximaban al horizonte. De trecho en trecho, acentuados por una choza entre manchones de césped o una pequeña granja, algunos esbeltos abedules, álamos o robles. Y por todas partes, troncos de encina podridos, los llamados troncos de turba porque son encinas que quedaron enterradas quizás un siglo bajo la turba y al cavar reaparecen en un charco, plantadas en el lodo negro. Algunas reverberan bajo el agua; otras, descoloridas, destellan en la llanura negra. Continuamente pasaban barcas cargadas con turba o carrizo procedente de los pantanos. Un pequeño camino blanco corría a lo largo y, detrás, más turba de un negro hollín. Aquí y allá, algunas vacas flacas, y, más a menudo, corderos y cerdos. Arriba, un cielo de tormenta. Todo alrededor era allí melancólico y dramático. Las figuras que de tanto en tanto aparecían en la llanura tenían mucho carácter: labriegos y labriegas no siempre interesantes a primera vista, con rasgos que recordaban a los animales y las bestias que los rodeaban porque así *debía ser* si eran *puros*: la frente ancha y los

grandes hombros caídos de un buey, los ojillos de un gallo o los ojos de plato de una vaca, los labios gruesos de un puerco, el pico afilado de un cuervo y… No seguiré, pues adivino su repugnancia. Mas sepa usted que en todas aquellas figuras, observándolas con paciencia, podía sorprenderse un encanto de una sutileza prodigiosa. Una tarde dibujé una mujer en una barca con un crespón colgando de los adornos de su gorro porque estaba de luto, y después dibujé también a una madre que llevaba a su niño en brazos y cubría su cabeza con una pañoleta malva.

Fue como descubrir un lirio entre espinas.

Allí todo poseía una belleza perfecta. Allí estaba la paz.

Y en Nuenen, la realidad a veces era muy semejante al Brabante que siempre he *soñado*. La gente, por lo común, me parecía más sincera, y pude disponer de modelos que convenían bien al *tipo* que llevaba en la mente: rostros rudos, chatos, de frente baja y labios gruesos. Enseguida vi con precisión nuevos cuadros. A mi favor jugó no haber llegado allí cuando los girasoles mueren. Porque el verano no es una estación fácil de pintar. La mayoría de las veces, un efecto estival suele ser imposible, o feo. Es como la hora del mediodía: muy distinguida, ya lo creo, pero a menudo sin más personalidad que una castaña. El verano tiene el contraste de los azules con un elemento anaranjado en el fulgor de los trigales, pero es muy difícil hallar un efecto de luz solar tan rico y grato de observar como los que caracterizan las otras estaciones. La primavera ofrece el trigo verde tierno y los manzanos rosados en flor. El otoño, el contraste de las hojas amarillas con los tonos violetas. En invierno hay la nieve y los diminutos personajes negros. Cuando llegué a Nuenen, todo *estaba* muy triste. Los campos eran una auténtica marga: bloques de tierra negra salpicada de copos, y jornadas enteras en las que solo había bruma y lodo; por la mañana, enjambre de cuervos, hierba seca y verdura marchita pudriéndose, bosquecillos pardos y ramas de álamos y sauces erizadas contra un cielo, que recordaba a un alambre de púas; luego, el sol rojo del crepúsculo; y al fin las sombras, de un azul profundo. Durante las oscuras jornadas del

invierno, el paisaje, los interiores y las gentes eran *pura armonía*. Una tarde, al entrar en la choza donde preparaba mi pintura de los comedores de patatas, encontré a los campesinos disponiéndose a cenar a la luz de la ventanita, en lugar de estar sentados a la mesa, debajo de la lámpara. Era asombrosamente bello. El color, también extraordinario: las dos mujeres y el interior de la morada eran de un tono parecido al jabón verde oscuro; la figura del hombre, a la izquierda, estaba ligeramente iluminada por la luz que entraba por una puerta al fondo, de modo que la cabeza y las manos eran de un cobre mate, como las monedas de diez centavos, y su gabán, allá donde le daba la luz, era de un azul desteñido, el más delicado que se pueda imaginar.

No fue nada fácil pintar esas figuras toscas sin traicionarlas, créame. Cuando los artistas urbanos pintan campesinos, estos se parecen a la gente de los arrabales de París, y en vez de mostrarlos en toda su crudeza, les dan un aspecto *primoroso* y *pintoresco*, totalmente convencional. Y no es eso, no es eso. En mi cuadro, quise hacer pensar en una manera de vivir completamente distinta a la de las personas civilizadas. Quise expresar que aquellas gentes que comían sus patatas con las manos, también con esas mismas manos habían arado y sembrado la tierra. Mi cuadro, por consiguiente, exaltaba el trabajo y el alimento que ellos se habían ganado tan honradamente. Era un canto a la tierra y su sustento: a la tierra labrada que se nutre del estiércol y que nos alimenta con sus frutos. No pretendí, ¡en absoluto!, que pareciera *bello* o *bueno*. Quienes prefieran aldeanos pulcros y almibarados, mejor que pasen de largo e ignoren mi lienzo, donde quise hacer una pintura *verdadera.* Y sé que lo conseguí. Sé que es así porque Millet me lo enseñó. Fue uno de esos artistas que hicieron la revolución de 1848, o que la aplaudieron, creyendo que con ella llegaría la igualdad de los talentos y de las fortunas. Venía del campo, y escrutó y plasmó en su obra todo lo que formaba parte de aquella vida. Durante años, de mis paredes pendió una copia de *Las cuatro horas de la jornada*. Para mí, él fue *padre Millet*: ¡un mentor, un maestro! Sus

campesinos parecen estar pintados con la misma tierra que siembran porque fue allí, *en los callados surcos*, donde halló a la divinidad. Era, además, un ser humano ejemplar. Traicionado por la gente, que no creía en él aunque le dieran dinero —¡pero no entusiasmo ni amor!—, se agarraba la cabeza, sobrecogido por una gran oscuridad y una indecible melancolía. Mas nunca se desvió de su camino, pese a los reproches con que lo obsequiaban, calificándolo de sucio, grosero, hediondo y otras lindezas. Pero acabó venciendo a tanto filisteo, y Millet *vive en mí*. Porque si una pintura de aldeanos huele a grasa, a humo o a patatas, ¡perfecto! No es insano, al contrario: ¡ahí está la salud! Y si un establo huele a estiércol, ¡bien!, para eso es un establo. Un cuadro de aldeanos nunca ha de estar perfumado.

Por eso me acerqué a ellos y me *mezclé* en sus vidas: para pintar *su* verdad.

Y por idénticos motivos también me acerqué a las prostitutas, esas mujeres malditas y condenadas, a juicio de la moral común, que sin embargo me escuchaban y supieron comprenderme. Por ello, cada vez que llegaba a una nueva ciudad, enseguida visitaba los burdeles. No por vicio, créame, pues no siempre acudía para satisfacer los apetitos de la carne, sino que a menudo solo iba a distraerme un rato: a sentarme y tomar algo mientras observaba la vida alrededor, a jugar a las cartas, a hablar de nuestros problemas y desgracias, a charlar de lo divino y de lo humano. Nunca he visto nada malo en las prostitutas. Al contrario. Siempre hallé calor y comprensión en su compañía. Eran verdaderas *hermanas de la caridad*, y casi las únicas mujeres que aceptaban servirme de modelo por unas pocas monedas durante los años en que me esforzaba en estudiar y trabajar el desnudo, cuando los retratos se pusieron de moda y pensé que había que ir con los tiempos: eran prácticos porque podían colgarse en las paredes de cafés y fondas como reclamo para la clientela o simplemente guardarlos de recuerdo a modo de *souvenir* íntimo. Por no hablar de que con los retratos también se podía comerciar y enriquecerse. Los estudios de fotografía

empezaban a forrarse con ese género, pero yo intentaba convencer a las modelos de que los míos eran mejores porque tenían vida propia, salían del alma del artista y expresaban lo que no puede captar una cámara. Ya lo había probado antes con alguna joven campesina, a la que dibujé con su blusa azul y su falda cubierta de polvo y remendada y que, sin embargo, con el efecto del tiempo y el aire y el sol, habían adquirido los más delicados matices… Una muchacha, a mi parecer, mucho más hermosa que una dama.

De modo que todo estalló al conocer a Sien Hoornik, *Sorrow*.

Sé que se le revolverán las entrañas cuando lea las siguientes líneas porque fue eso justamente lo que me sucedió aquel invierno, madre. Imagine encontrarse de pronto con una mujer encinta, abandonada por el hombre de quien llevaba una criatura en el vientre y con otra hija a su cargo. Una mujer que erraba por las calles y debía ganarse el pan ya sabe de qué manera. Desde un principio me impresionó su aspecto, no solo por lo descuidada y envejecida que parecía, sino por su extrema debilidad, propia de una enferma. Le hice tomar baños y reconstituyentes para que recobrara la salud, di con ella largos paseos, me aseguré de que se alimentara con platos sencillos y nutritivos, y de que tuviese el descanso necesario. Después del parto, hube de redoblar esfuerzos, porque Sien quedó muy débil y los médicos advirtieron que le llevaría años recobrar por completo la salud, aunque nada más verme entrar en el cuarto del hospital se incorporó en la cama, mostrándose alegre y vivaracha como de costumbre. Sus ojos irradiaban amor, vida y gratitud. Y me emocionó saber que a su hijo le llamaría Willem.

La tomé como modelo y empecé a trabajar con ella. Al principio le resultaba difícil, pero fue aprendiendo y, gracias a ello, yo mismo progresé mucho en mis dibujos. No podía pagarle el salario completo, pero sí todas las horas que posaba, y gracias a Dios pude salvarla, a ella y a su niño, del hambre y del frío, compartiendo techo y alimento. Enseguida esa mujer se apegó a mí como una paloma desnortada, y pensé en casarme con ella, puesto que era la única manera de continuar ayudándola, ya que de lo contrario la

miseria la arrojaría de nuevo al camino que conduce al precipicio. Sien no tenía dinero, pero me ayudaba a ganarlo por medio de mi trabajo, lo que me llenaba de júbilo y orgullo. Poco a poco nació entre nosotros algo diferente: *una verdadera necesidad mutua*. Tanta, que ya no podíamos vivir alejados ni separarnos un solo instante. ¡Y entonces fue *el amor*! Lo que existía entre Sien y yo era *real*, no un sueño. Es posible que en su día yo hubiera sentido más pasión por K., pues en muchos aspectos era más hermosa; pero el amor por Sien no era menos sincero, de veras que no, ya que las circunstancias en que la encontré eran muy graves, y entonces lo importante era obrar, lo que sucedió desde el primer momento en que la vi. Porque, dígame, madre, ¿no es el amor el mejor medio de conocer a Dios? Ama a tal amigo, tal persona, tal cosa…, lo que tú quieras…, y te hallarás en el buen camino para después saber más, me decía a mí mismo. Pero ama desde una honda y profunda simpatía íntima, con voluntad, con inteligencia, y queriendo siempre *comprender bien*. Esto conduce a Dios, esto lleva a la fe inquebrantable.

No debe olvidar lo que había sucedido poco antes, con la prima K. Contra lo que pudieran haber pensado ustedes, aquel verano me enamoré profundamente de Kee, cuando nos visitó y se quedó con nosotros durante todo el mes de agosto tras enviudar. Seguía profundamente deprimida por aquella muerte que juzgaba injusta, y se escondía bajo su caparazón o se atrincheraba con su pequeño Jan. Sin duda recordará usted bien la figura severa que nunca sonreía, enfundada en un vestido de satén negro abotonado hasta el cuello. Su tristeza me conmovía profundamente y creí que tan hondo dolor merecía consuelo, de modo que estaba dispuesto a dárselo: ¡estaba decidido a enjugar sus lágrimas amándola! Cuando se lo declaré, respondió que su pasado y su porvenir eran inseparables para ella y que *¡no!, jamás, jamás de los jamases* podría corresponder a mis sentimientos. Pero no me resigné y durante un tiempo consideré la tal respuesta como un trozo de hielo que estrechaba contra mi corazón para derretirlo. A ver quién ganaba la

batalla: su frialdad o mi fuego. Era una locura, pero al *¡no!, jamás, jamás de los jamases*, yo solo podía oponer un *amar, amar aún más*. Fue terrible. Al principio sentí algo tan demoledor como la condenación eterna, y en verdad quedé noqueado. Pero entonces, en la indecible angustia de mi alma, resplandeció una idea con la fuerza de una deslumbrante claridad en medio de la noche. Y fue esta: se resigna aquel que *puede* resignarse; pero si *podéis creer*, ¡entonces creed! Al punto me levanté, no como un vencido, sino como un iluminado, y solo tuve este único pensamiento: ¡*ella* y ninguna otra!

Porque el que ama vive, el que vive trabaja y el que trabaja tiene pan. Por eso *perseveré*. Sé que ustedes no entendían el sentido de mi lema *aimer, aimer encore*, y que carecían de la mínima comprensión o simpatía por mí, y guardaban silencio porque tenían un corazón duro como la piedra, y… Pero no seguiré con los reproches, no quiero amargarla, ¡*amargarla aún más*! Por otra parte, conoce usted demasiado bien los desastres que se sucedieron después de aquel verano, de modo que guardaré silencio.

Mas quizá no sepa que cuando conocí a Sien aún pensaba en la otra, ¡mi corazón seguía latiendo por Kee!, pero ella estaba lejos y no quería verme, en tanto que esta…, encinta, enferma, hambrienta…, en invierno corría a mi casa a *ser* conmigo y así borrar el desánimo y la melancolía. Por primera vez tuve una familia y un taller real, nada místico ni misterioso, sino un taller que hundía sus raíces en la vida misma: *un taller con una cuna y una silla de niño*. Sien ya no era joven ni guapa ni coqueta, ¡pero tampoco tonta!, y para mí fue un ángel: me dio *mi propia chimenea y mi propio hogar*. Era tranquila, solícita y hacendosa: limpiaba el estudio, zurcía la ropa y guisaba; además, sabía cómo calmarme, algo de lo que yo no soy capaz. Jamás había visto una criatura de tan increíble *pureza*, pese al aspecto deplorable que presentaba cuando la conocí: un verdadero *eccehomo* con rostro de mujer. En aquella prostituta embarazada *vi* la indefensión de las mujeres, el sufrimiento de los seres que no son queridos, pero también la dulzura del amor

materno. Y me propuse salvarla de humillaciones y ofensas, redimir a la criatura infeliz, abandonada y sola: *mi pobre, débil, maltratada, pequeña esposa*. No hacerlo hubiera sido monstruoso. Por eso le di todo el amor y toda la ternura que llevaba dentro.

Créame, madre, Sien fue para mí una bendición. Estaba totalmente decidido a casarme con ella lo antes posible y evitar que volviera a caer en el estado de abandono y penuria en que la había encontrado, siguiendo el consejo de los médicos, que insistieron mucho en el riesgo de un prolapso genital *incurable* y prescribieron como mejor remedio el matrimonio: «La medicina más importante para ella es disponer de un hogar; negárselo sería un crimen», aseguraron. Pero también lo hice por mi bien, pues con Sien y el niño podría al fin tener *mi propia familia*, una casa limpia y ordenada, ¡una madre amamantando a su hijo! En ese tiempo volví a pintar en un estado de gracia, abandonando la rigidez del dibujo y pulsando los delicados tonos de la acuarela: en los ojos del tierno Willem había algo profundo, infinito y eterno. Y en el rostro de ella quería representar *mi piedad*.

Sin embargo, todos ustedes —¡incluido mi querido hermano Theo! — pensaron que mis sueños sobre la familia eran ridículos, juzgaron mi plan como una absurda insensatez fruto de una mente enferma y de un carácter destruido, me tomaron por loco y me condenaron amenazándome con recluirme en Geel.

Con no sé qué pretexto, Theo dejó de enviarme dinero, y entonces se sucedieron los desastres: el llanto incesante del pequeño me robaba las pocas horas de sueño de que disponía, mi hogar empezó a volverse sombrío e inhabitable porque, además, el clan Hoornik me obsequió con experiencias muy desagradables, algunas francamente repugnantes, pues la hija mayor de Sien, como la golfilla callejera que era, ponía la casa patas arriba y yo debía ocuparme de las tareas domésticas; en cuanto a la hermana, además de estúpida e insoportable, resultó ser una viciosa; mi otrora ejemplar modelo había engordado y tras el parto se mostraba poco predispuesta a posar y, cuando lo hacía, era por poco tiempo y siempre después de

que le pagara en monedas contantes y sonantes. Confieso que ya no sentía pasión alguna, solo una amargura infinita. Aguanté hasta que mis nervios se rompieron y hube de claudicar y renunciar a los sueños.

También conoce usted de sobra el final de esta penosa historia, así que una vez más le ahorraré los detalles enojosos. Pero quiero hacerle saber que una conducta tal —¡la que me impusieron con sus coacciones!— era tan ajena a mi temperamento que, al abandonar a Sien, no hice más que *remedar* a todos ustedes. Me senté en la salita del apartamento de Schenkweg y le refregué en la cara las mismas duras verdades tantas veces oídas de labios de mi propia madre: «Es imposible que sigamos juntos, nos hacemos infelices. No te desvíes del buen camino. Busca trabajo». Cuando recibí el dinero enviado por Theo, partí de inmediato, procurando que Sien no se enterara, aunque lo hizo, y se presentó en la estación llevando a Willem en brazos. Al verlos, casi se me rompió el corazón porque el niño me quería mucho y no cesaba de…

Nos despedimos con una infinita tristeza.

Y para maquillar aquella huida tan cobarde con la que abandonaba definitivamente a mi nueva familia, me aferré al lema de la antigua: ¡el Sacrosanto Deber! Mi trabajo es mi deber, me dije, y está muy por encima de una mujer por la que *no debo* sufrir. Pero no olvide nunca, madre, que si abracé a una prostituta enferma y vieja, y si amparé y socorrí a sus dos bastardos fue porque, cuando la conocí, llevaba conmigo una herida de la que ustedes también eran culpables, por no dar crédito a mi verdadero amor hacia Kee y por la crueldad con que decidieron oponerse a él.

La misma que demostraron al tener noticia de mi enamoramiento de Margot Begemann, si bien en este caso ustedes no fueron los únicos paladines, pues contaron con la inestimable colaboración de la otra parte afectada, de modo que ambas familias unieron sus respectivas fuerzas en la batalla antinupcial, movilizando a todas las huestes de que disponían —criados, hermanos, parentela— y desplegando cuantos recursos —tretas, ardides, artimañas, trampas

— fueran necesarios a fin de impedir que la marchita solterona de cuarenta y tres años contrajera matrimonio con el degenerado hijo del pastor de Nuenen —y por añadidura su vecino—, que se dice artista y siempre está arruinado. Y sin embargo, no fue el *interés* lo que me acercó a Margot —como sospecharon sus acaudalados padres—, si bien en algún momento calibré las ventajas que podría reportar aquella relación, pues ella era la propietaria del negocio familiar. Ventajas no tanto para mí como para ustedes, debo aclarar, ya que ese verano pasaban algunas dificultades a la hora de abonar las facturas médicas y tampoco disponían de la suma necesaria para reunir las dotes de mis hermanas Lies y Wil, todavía pendientes de casarse, sin olvidar que el pequeño Cor hubo de dejar el colegio para emplearse en una fábrica. De modo que quizás en algún momento de lucidez calibré *la conveniencia* de tal enlace, y empecé a obsequiar a Margot con libros y flores, y, por supuesto, también con alguno de mis dibujos.

Tampoco debe olvidar dónde y cómo nos conocimos, cuándo *vino a mí* Margot. ¿Acaso ya no lo recuerda? Usted se había resbalado al bajar del tren en Helmond, adonde había ido de compras, fracturándose la cadera. Durante dos meses me dediqué por completo a cuidarla, abandonando mi trabajo. Cuando había que cambiar la cama, lo hacía con ayuda de una parihuela que diseñó el médico para asegurar la obligada inmovilidad, y cuando la rotura empezó a soldar, la llevaba al salón para que se distrajera o a pasear al jardín en un palanquín improvisado, además de leerle poesía siempre que lo solicitaba o disponer en un búcaro un ramillete de prímulas o violetas, que le llevaba en la bandeja donde le servía la comida para colocarlo después en su mesilla de noche. Aquel accidente relegó a un segundo plano los montones de agravios pasados, y ya no pensaba como antes que la familia es una combinación fatal de intereses opuestos, donde cada cual se enfrenta a los demás, y dos o más de sus miembros solo se ponen de acuerdo cuando quieren aliarse para luchar contra otro.

Pues bien, según me confesó ella misma, al tener noticia del

accidente que había sufrido su anciana y venerable vecina la señora Anna van Gogh, la piadosa Margot, en el desempeño de una de esas tareas caritativas que tan buena, loable y honrosa reputación le merecieron entre cuantos la conocían, voló a la cabecera de la postrada enferma a fin de aliviar con su ayuda y compañía los padecimientos que aquejaban a la anciana, y hete aquí que durante aquellas asiduas visitas la misericordiosa Margot se admiró de ver día tras día la devoción y entrega con que Vincent, ¡yo!, se ocupaba de su madre, a la vez que iban creciendo en ella la curiosidad y el interés por el enigmático y extravagante pintor que cada mañana, antes de que rompiera el alba, salía de casa sumido en sus pensamientos, enfundado en un deslucido y harapiento blusón de artista —el pelo muy corto, las mejillas hundidas, la mirada extraviada—, dispuesto a dar luz a las sombras…, ¡y a quien ella observaba desde los ventanales de su casa! Era perfectamente comprensible que no tardara en declararme su amor incondicional *¡hasta que la muerte nos separe!* Confieso que en un primer momento no le presté mucha atención a cuanto decía, ni di pábulo a sus encendidas promesas, creyéndola una víctima más de las edulcoradas y desatadas novelas falsamente consideradas románticas y que no eran sino vulgares folletines. Por primera vez alguien me hablaba con tamaño desenfreno, y no miento si le confieso que llegué a asustarme, aunque al mismo tiempo todo resultaba tan conmovedor que me vi impulsado a no defraudar a la enamorada y colmar sus expectativas. De modo que me dispuse a *corresponderla* como es debido. La adversidad, la maldita fatalidad que no deja de hostigarme, quiso sin embargo que una prima de Margot que se dirigía al jardín para recolectar moras nos sorprendiera apareados sobre el diván de un saloncito una tarde en que las hermanas de mi amada habían salido a pasear y nos creíamos a salvo de la férrea vigilancia a que nos sometían. A la metomentodo no le faltó tiempo para correr a difundir la buena nueva. Alarma en el clan Begemann y conciliábulo inmediato de todos sus miembros, con la obligada comparecencia de los

pecadores, que recibieron durísimas acusaciones, junto con algún golpe debidamente propinado al canalla del corruptor, pese a manifestar este su firme compromiso de desposar a la doncella y ella proclamar a grito pelado encendidas promesas de amor eterno que solo recibieron por respuesta burlas y mofas, amén de una condena inquebrantable: la inmediata expulsión del paraíso. Por su parte, el galán recibió de sus padres idéntico veredicto.

La víspera de su marcha a Utrecht me reuní con Margot a las afueras de Nuenen. Iba a ser un breve encuentro para despedirnos, pues la sentencia era clara: prohibido volver a verse. Mas en dicha ocasión de nuevo intervino el sino adverso desbaratándolo todo, pues en mitad de tan tierna escena, ella se desplomó de golpe y cayó al suelo. Al principio pensé que era debilidad, pero se fue poniendo cada vez peor: tenía espasmos, no podía hablar y murmuraba todo tipo de cosas ininteligibles, presa de bruscos movimientos y sacudida por unas espantosas convulsiones. Empecé a sospechar y le pregunté: «¿Has tomado algo?». Me gritó: «¡Sí!». Había ingerido estricnina, ¡igual que Madame Bovary!, pero no la suficiente cantidad como para matarla. Le hice vomitar y la llevé corriendo a un médico de Eindhoven que le suministró un antídoto. Después, rápidamente *desaparecieron* a Margot. Y colorín colorado…

Creo que nunca me recuperé de los terribles sucesos del verano de 1884. Toda la gente respetable —con su estrechez de miras, sus prejuicios burgueses y su corazón helado como un témpano— abominaba de mí, cubriéndome de injurias. Tampoco ustedes disimulaban el malestar que les había causado mi *afrenta* ni el desprecio que sentían hacia ese hijo *imposible*, que se mostraba irritable y violento porque la tristeza y la melancolía lo llevaban a beber, y el alcohol —absenta por la tarde, vino con la cena, cerveza a cualquier hora y coñac…, ¡siempre coñac!— lo volvía así de *raro*, aunque él pensara que los efectos de los espirituosos, especialmente en invierno, cuando estimulan la circulación de la sangre, lo curarían de sus males. Sentía que me estaba deslizando hacia el abismo, pero, iluso de mí, creía que no tardaría en tocar fondo. Y, por

consiguiente, decidí acelerar el *descensus ad inferos.* Casi llegué a romper con el bueno y paciente de Theo que, harto de mis reproches y exigencias, no soportó la ofensa que le lancé en una de las cartas, donde afirmaba que la brecha surgida entre nosotros estaba relacionada con las corrientes generales que sacudían el mundo, y que por ello era algo muy distinto a una maldad deliberada. Y acaso no me faltaba razón. Si en lugar de en 1884 hubiéramos estado en 1848, en las barricadas, nos habríamos encontrado frente a frente como enemigos: él delante, soldado del Gobierno, y yo detrás, revolucionario o rebelde, con los estudiantes. «Las palabras irritantes que me brotan —le dije— son balas arrojadas no sobre ti, pero sí sobre el partido en el cual te encuentras. Yo tampoco me creo el blanco, ni mucho menos, de las palabras hirientes que vienen de ti. *Pero tú tiras a la barricada*, y crees tener por eso un mérito, y sucede que yo me encuentro detrás de ella».

Por entonces vivía y me sentía como un apestado, madre: repudiado por mi familia y por mi clase social, llegué también a abominar de la religión cuando el sacerdote Andreas Paulus aconsejó a los campesinos, que después de las cosechas del verano no tenían mucho trabajo y a menudo solían posar para mí, que dejaran de hacerlo, aunque yo les ofrecía más y más dinero para vencer sus recelos y la hostilidad. Un dinero del que carecía, pues Theo —momentáneamente— había dejado de enviarme la cantidad prometida. A las puertas de mi estudio solo había acreedores que aspiraban a cobrar las facturas pendientes, y prostitutas que seguían prestándose a posar para mí por apenas nada: unas pocas horas junto a una estufa, un plato de comida caliente, algo de charla. Únicamente allí, con mis modelos, sentía que ganaría la batalla perdida fuera, porque ellas eran obedientes y sumisas, vestían la ropa que yo elegía, interpretaban los papeles que les indicaba, y posaban como yo quería: rodillas dobladas, cabezas inclinadas hacia delante, rostros ocultos, una madre cosiendo junto a la ventana, una joven realizando tareas domésticas, una dama disponiendo las flores

del jarrón sobre la mesa, una durmiente desnuda… Los campesinos acabaron por abandonarme del todo: no acudían a mi estudio ni me invitaban a sus casas, y si me cruzaba con ellos cuando paseaba por los caminos, echaban a correr campo a través, asustados nada más advertir que pretendía hablarles.

Había estallado el escándalo en torno a Gordina de Groot cuando su embarazo se hizo evidente, con nuevas acusaciones contra aquel depravado dejado de la mano de Dios sin que mis protestas sirvieran de nada.

¡Otra vez la leyenda del Gran Fornicador!

Que no era tal, ¡ni mucho menos!, pues lo único que buscaba en todas esas mujeres era a *la madre perdida*. Desde niño viví bajo el terror de esa amenaza, desde que leí el relato de Hans Christian Andersen «La historia de una madre». Me obsesionó hasta tal punto que lo aprendí de memoria y se lo contaba una y otra vez a todo aquel que no lo conocía, buscando, a modo de catarsis, que alguno negara tamaña atrocidad y me dijera que era imposible, que nunca habría en la vida real una madre que prefiriera dejar morir a su hijo antes de exponerlo a una vida infeliz. Anhelaba que *me asegurasen* que era solo un cuento, ¡pura mentira!

Me he pasado la vida buscándola a usted, madre. Y su recuerdo ilumina muchas de mis telas. Tuve una infancia colmada de cunas y niños. La imagen de una madre y su hijo representa para mí la bondad y la belleza absolutas: la deseada plenitud. Por ello he dibujado tantas veces esas figuras en distintas situaciones: la madre amamantando al hijo, acostándolo, arropándolo, acunándolo… Porque para mí no hay nada más consolador que la visión de tales cuidados, de un cariño así. ¿No fue eso lo que usted nos inculcó? ¿No celebrábamos año tras año la *eterna poesía* de la Nochebuena con el niño en el pesebre? En ausencia de usted, cualquier mujer —prostituta, ruda aldeana, anodina esposa de cartero—, ¡cualquiera!, me servía para *idear* un icono de *la maternidad*. Por eso deseaba estar junto a la prima Kee, Sien, Margot o Gordina…, mi última *Mater Dolorosa*. Deseaba *unirme* a ellas porque anhelaba pintar lo

que sentía y sentir lo que pintaba.

Y ahora que mi cabeza está completamente destrozada y en mis alucinaciones me hundo en la memoria y regreso a los lugares del pasado, la imagen de usted retorna y retorna y retorna… ¡incesante! Y gira como aspas de molino. De la pared de mi cuarto he descolgado la *Pietà* de Delacroix para pincharla en el caballete y grabar así en la mente la figura de una madre amantísima abrazando al hijo resucitado de entre los muertos. Sé que le repugnará lo que voy a decirle, pues supe por Theo que, tras mi marcha definitiva de Nuenen y para cobrar las deudas pendientes, usted subastó todo lo que había dejado en el estudio de la Kerkstraat, incluidos dibujos, pinturas y la cartera de grabados. Francamente, no entiendo tanta inquina. No debería despreciarme ni abominar de mi trabajo; a fin de cuentas, el artista es también un hombre interior y espiritual. Además, fue usted misma quien me descubrió esa senda cuando de niño me enseñó a dibujar y a hacerlo no como un simple pasatiempo o una mera diversión infantil, sino como una *actividad*, dándome sus propios bocetos para que trazara los contornos y los coloreara, especialmente los grandes ramos de flores que tanto le gustaban. Luego empecé a coger por mi cuenta el lápiz y el papel, y me alejé para buscar mi *mundo propio*. ¿Recuerda que pinté a nuestro gato negro trepando por el manzano? Cierto que aquellos dibujos infantiles fueron apenas unos rasguños, mas desde entonces mi sensibilidad y mi destreza mejoraron mucho. No vi que le disgustaran los numerosos dibujos que tracé exclusivamente para usted durante las semanas de inmovilidad que siguieron a su caída y fatal rotura de cadera, cuando no podía salir y gozar de su amado jardín. ¿Recuerda? Entonces *le pinté* la devastación invernal, con los tocones torturados y las retorcidas ramas de los arbustos sin podar, el estanque centelleante los primeros días de primavera, con las tranquilas aguas reflejando las asilvestradas orillas y los árboles en refulgentes grises, el cielo en sus infinitas modulaciones, una senda solitaria y, en la distancia, el campanario de la iglesia como la tenue sombra gris de un fantasma… ¿Los conserva usted o acaso los ha

liquidado con el resto?

También ahora he vuelto mentalmente a los lugares de la niñez en Etten, a la casa familiar, a las vidas de todos nosotros. Theo me hizo llegar la carta que usted me dirigió tras la muerte de padre, y me contagié de la melancolía que supuraba aquel pliego. Entonces imaginé una escena en nuestro jardín con dos grandes figuras femeninas en primer plano a las que solo se las ve de cintura para arriba: esas dos damas son usted y Wil. Luego pinté estampas de mi juventud en Brabante: aldeas apacibles, granjas con tejados cubiertos de musgo, campesinos cenando, la vieja torre de la iglesia de Nuenen… A esos dibujos los llamé «Reminiscencias del Norte». Al final, uno se acaba aferrando al calor y los afectos del pasado. Pienso seguir trabajando en esa línea, aunque sea de memoria. Porque ahora puedo hacerlo mejor. Y si bien, en beneficio de mi salud, usted me recomienda descansar y pasear mucho tiempo por el jardín del sanatorio, le confesaré que, muy al contrario, me vuelco en el trabajo con todas mis fuerzas, pues es lo único que me proporciona consuelo y serenidad. Soy, o al menos me siento, demasiado viejo como para volver sobre mis pasos y perseguir algo diferente. Además, ya me ha abandonado el deseo, aunque mi mente siga sufriendo por ello. Pero estoy seguro de que aún podré hacer grandes cosas. Veo la inmensa planicie con los trigales a los pies de las colinas… Sin límites, como el mar.

A menudo pienso en usted. Me gustaría mucho volver a verla. ¿Qué le parece? Espero que lo comprenda porque, al leer el desolado relato que le escribió a Theo —y que él me resumió—, donde le contaba el regreso de Nuenen, adonde había ido para visitar la tumba del esposo en el quinto aniversario de su muerte, he creído entender que siente usted lo mismo. «Volví a ver con gratitud todo lo que fue mío», le decía a mi hermano en esos pliegos.

Por eso albergo cierta esperanza de que me comprenda y atienda mis súplicas y me permita ir a abrazarla.

Adiós por hoy. Se ha roto el tiempo.

El molino ya no está, pero el viento sigue todavía.

VINCENT

ARTHUR

«¡Valor y paciencia!».

¿Es esa la respuesta que un hijo a punto de convertirse en un tullido condenado de por vida a la invalidez espera recibir de su madre cuando le pide que no lo abandone y se quede a su lado? Allí en el hospital no hacía otra cosa más que llorar día y noche, sin apenas poder conciliar el sueño. Que se cumpla la voluntad de Dios, me decía, repitiendo tus propias palabras cuando te despediste y me dejaste en la desolación más absoluta. Por supuesto, a ti nada de eso te inquietaba ni alteraba en lo más mínimo, pues a fin de cuentas por algo se les pagaba a otros para atenderme y cuidarme como es debido, mientras que en la granja… ¡Claro, claro!… ¡Tantísimo trabajo allí durante esos días! Era de todo punto imposible prescindir de ti, hubiera sido una auténtica locura. Bastante sacrificio fue ya haber de quedarse en Marsella algunos días más de lo previsto, conmovida por las lágrimas de *tu* Arthur. Pero de ahí a seguir allí a mi lado, desatendiendo las faenas y poniendo en riesgo el fruto de las cosechas. ¡Impensable! ¡Completamente impensable!… A fin de cuentas, la verdadera felicidad consiste en el cumplimiento de los propios deberes, aun por penosos que sean, ¿no es cierto?

Así has cruzado la vida, mamá, creyendo que los sufrimientos eran una bendición de Dios a la que había que sacar provecho, pues su bondad es infinita y solo él nos consuela y redime. Siempre has estado convencida de que todos tenemos una gran herida en el corazón, aunque la tuya, ¡por supuesto!, sea mucho más profunda que la de los demás. Por eso te parece *muy lógico* sentir tu dolor y no el de los otros, incluido el de tu propio hijo, que no merece compasión alguna por haberte desoído y desobedecido, pues sabido es que cuando los hijos no siguen el consejo de los padres siempre

acaban convertidos en unos desgraciados. ¿Y por qué? Pues sencillamente porque aquello que no aprueban y autorizan unos padres buenos y honestos no puede hacer felices a sus hijos, ya que vosotros tenéis la experiencia a vuestro favor y nosotros, los jóvenes, únicamente la risa y la burla, que no sirven para nada.

Eso le escribiste a Paul Verlaine cuando desde Bruselas se dedicó a proclamar a bombo y platillo la intención de poner fin a su miserable existencia. ¡Bobadas! ¡Almíbar sentimental! Y mucha cursilería en aquellos muñequitos y garabatos con que salpicaba sus cartas. Por eso no te reprocho nada. Entiendo que te ablandara el corazón y le mandases aquella extensa y conmovedora misiva para disuadirlo de su propósito, deseándole que la calma y la reflexión hubieran vuelto a su mente. A fin de cuentas, a mí también me cameló y, cediendo a sus apremiantes y desesperadas súplicas, regresé junto a él, junto al guiñapo baboso y patético que había perdido el juicio, pues entonces Verlaine ya era solo un pellejo hinchado de alcohol cuya sola presencia me asqueaba hasta el extremo de sentir ganas de golpearlo una y otra vez con la furia que nos inyecta la desesperación. Mas, aunque no te lo creas, en realidad Paul era un auténtico demonio que al son de la *musique avant toute chose* me empujaba a perderme en tugurios donde se hacinaban miserables de toda laya. ¡No imaginas qué vida tan repugnante me hizo paladear aquel Satanás cínico y lascivo! Desplegando su astuta y pérfida labia volvía a tenderme la trampa en la que por enésima vez quedé preso, con el resultado que ya conoces. De modo que no te reprocho en absoluto la carta que le enviaste, pues yo mismo sucumbí a sus lloriqueos y memeces. *¿Qué has hecho, ioh, tú!, qué has hecho de tu juventud?* Lo que me duele es no haber sido *yo* el destinatario de esas líneas que hablaban de una madre *santa y cariñosa* que daría la vida por su hijo y moriría de dolor con su muerte. No sabes cuánto siento no haber merecido nunca la amabilidad y la comprensión que le mostraste a él, ni tampoco reconocer que, *después de todo aquello*, tras una temporada en el infierno, emprendí el camino que tú aconsejabas: mostrarse fuerte y

valeroso ante el sufrimiento, expulsar del corazón todas las malas pasiones, luchar sin descanso contra las injusticias del destino, proponerse una meta en la vida y trabajar duramente para alcanzarla.

Eso fue lo que hice desde entonces, madre.

Y he aquí *el bello resultado*: pasarse el tiempo tumbado, levantarse a veces con la ayuda de unas muletas y dar unos saltitos ridículos para enseguida volver a sentarme, pues mis manos no son capaces de sujetar nada. Mientras ando, no puedo fijarme en otra cosa que no sea en el único pie que me queda o en las muletas. La cabeza y los hombros se inclinan hacia delante y la espalda se abomba como la joroba de un camello. Cuando algo se mueve alrededor, me echo a temblar, porque entonces puedo volver a caer y romperme la otra pata. Y todos ríen con sarcasmo al ver *lo que ahora soy*: ¡la viva estampa de un idiota! Entonces me invade el desaliento al sentirme totalmente impotente. Lloro y lloro y lloro en espera de que llegue la noche —¡con su insomnio perpetuo!—, a la que sucederá una mañana aún más triste que la anterior…

Y así hasta el siguiente numerito…

¡Vértigo y derrumbe!

Mucho después de los días y las estaciones y los países y las gentes, olvidadas las viejas charangas heroicas que ya solo en las noches insomnes asaltan este corazón dolorido y esta cabeza débil, apagadas las ardientes llamas de la poesía —adorable tortura por la que me convertí en un proscrito y a la vez en el sabio supremo que alcanza lo desconocido mediante el desarreglo de todos los sentidos —, recuperado de los viajes y las exploraciones, de las carreras a través de los montes, las cabalgadas, las marchas, los desiertos y los ríos y los mares, por fin he comprendido algo: que las muletas y las piernas de madera son solo un atajo de mentiras con las que arrastrarse miserablemente, sin que sirvan de nada los humillantes ejercicios acrobáticos que me empeño en ejecutar porque jamás llegaré a ninguna parte. No soy sino un desecho, que se siente tan amargado e impotente como de niño, cuando las fugas emprendidas

en señal de protesta duraban bien poco y acababan siendo una dolorosa derrota, con la obligada vuelta al redil, que en ocasiones era humillante, pues regresaba a Charleville detenido por la policía y maniatado, para escándalo de las gentes de bien. Y para tu reprobación y tu castigo.

¿Será este mísero estado en que me encuentro el precio a pagar por mis desórdenes? ¿A qué pecado, a qué crimen, a qué error debo atribuir mi situación actual? ¿Al atrevimiento de haber retratado a *los sentados* y gritado su verdad? Pero es lo que eran: unos vejestorios plagados de costras que por fin han logrado injertar su fantasmal osamenta en el negro esqueleto de las sillas de ruedas, los pies siempre sujetos a unos miserables barrotes, y allí, pegados al cristal de las ventanas, temblando como sapos, los dedos sarmentosos crispados sobre el muslo, pasarse el día entero, de la mañana a la noche, entregados al apasionante espectáculo de ver cómo se va ensuciando la nieve y, a la postre, maldiciendo a quienes los obligaron a levantarse. ¿O acaso se lo debo a la insolencia de haber proclamado que los pobres —¡los pobrecitos de Dios y del amo y de las señoras!—, tras pasar seis negros días de sufrimiento y privaciones, el domingo acudían a la iglesia porque allí estaban calentitos —al menos durante una hora—, pues fuera solo hallaban hambre y frío y males sin cuento, mientras que dentro, apretujados en los rincones como perros apaleados, recreaban la vista en los chorros del oro y en las coloridas vidrieras, gozaban de la pintoresca y repugnante farsa que se representaba en el altar y la secundaban balbuceando oraciones absurdas o bramando los cantos piadosos porque después, a buen seguro, caerían algunos cobres, o al menos unos cuantos panes, donados por damas biliosas cuyas manos enguantadas besarían babeando? ¿O quizás he llegado a este lamentable estado por haberme emborrachado de mentiras y sueños? ¿O tal vez se deba a mi orgullo?

Pues sepas que, si es así, fuiste tú quien me inoculó ese veneno.

¡Tú, la viuda de Rimbaud, siempre caminando altiva y firme por la sórdida Rue Bourbon, sin jamás pisar el fango ni manchar los

zapatos ni salpicar el vestido! ¡Con qué claridad te recuerdo, soberbia *Bouche d'Ombre*! Pasabas sin mirar ni hablar con nadie, flanqueada por unos hijos impecables y modélicos que no podían rebajarse a jugar con los niños de la calle, harapientos y sucios y malhablados, como tampoco tú te dignabas a mezclarte con aquellas comadres deslenguadas y parlanchinas que, sin pizca de vergüenza, se contaban a voz en grito sus penas y miserias de una ventana a otra, o iban llamando de puerta en puerta cuando necesitaban pedir algo.

Fui un niño sin risas, que durante el día entero sudaba abnegación y obediencia por cada poro de su piel, sintiéndose solo y abandonado como un huérfano, sin caricias ni besos, temblando de miedo, sin una madre que por la noche viniera a inclinarse sobre él para arroparlo y abrazarlo y adormecerlo con un dulce murmullo, en una casa de la que el padre había huido mucho tiempo atrás. ¿Por eso tu feroz empeño en apagar nuestra alegría? ¿De qué tenías miedo, *mother*? ¿De las leyes de la herencia? ¿De que fuéramos a despedazarnos entre nosotros como lo habían hecho tus hermanos? El mayor, Jean-Félix, apodado «el Africano», fue un calavera que tuvo que largarse por piernas de Charleville para evitar que lo detuvieran por robo, aunque regresó de Argelia justo a tiempo de reclamar la herencia que le correspondía, que por otra parte disfrutó bien poco, pues no tardó en diñarla a los treinta años. En cuanto a Charles, un borracho vago y manirroto, que a punto estuvo de llevaros a la ruina de no haber tomado tú cartas en el asunto haciéndote con las riendas de la granja y expulsándolo de allí sin darle la compensación económica que le correspondía, salvo una limosnilla si alguna vez regresaba hecho un pordiosero y se ponía a mendigar. Solo entonces le soltabas unos cobres, siempre y cuando volviera a desaparecer de inmediato y se mantuviera lejos del distrito para no avergonzarte ni comprometer tu reputación. ¿O acaso temías que me pareciera a mi propio padre, el aguerrido y apuesto capitán Rimbaud, al que apenas recuerdo, pues abandonó el hogar cuando yo tenía seis años? ¿Creías tal vez que la espléndida

dote que aportaste al matrimonio te daba derecho a doblegar su carácter y corregir los que considerabas sus defectos: la generosidad, el sentido del humor, el libre pensamiento, el interés por la cultura y la inclinación literaria? ¿Pensabas que podías tratarlo con la misma severidad que nos dispensabas a nosotros, tus hijos? ¿Por eso nos vigilabas sin darnos ni un minuto de tregua? Si me esfuerzo, puedo entender que la enorme responsabilidad recaída sobre ti y la pesada carga que llevabas sobre los hombros y que te veías obligada a soportar tú sola para mantener a flote aquel barco a la deriva agriasen tu carácter y te volvieran tan dura como el acero, hasta el extremo de que cualquier esfuerzo para ablandar tu amargo corazón fuera una empresa vana e inútil, destinada a fracasar, pues de antemano recelabas y desconfiabas de todo y de todos. Y confieso que en parte me reconozco en tu carácter terco y obstinado, en tu enfermiza severidad, en la resistencia a ceder y hasta en el horror que te produce la sola idea de manifestar una pizca de amor o ternura o afecto. Pero de niño no lo comprendía. Porque me había esforzado en ser un buen muchacho y un alumno modélico, cuyo tesón y esfuerzo admiraba a sus profesores y a la vez los desconcertaba, pues se sentían desarmados cuando desde el pupitre de la primera fila les clavaba mis aceradas pupilas llenas de desprecio. En cuanto a mis compañeros, más bien desconfiaban de mí. Al principio no sabían a qué atenerse cuando el alumno más brillante del colegio se ponía a improvisar aceleradamente los versos latinos que cada uno de nosotros tenía que componer en clase, temiendo tal vez que les tendiese una trampa y contuvieran alguna irreverencia o encerrasen una broma. *Vade retro*, pensaban. Mas enseguida comprobaban que no era así y que nada debían temer de aquel muchacho tan raro, que además de un empollón resultaba ser también un remilgado y un repelente porque apenas jugaba con ellos en el patio o a la salida de clase, preocupado como estaba el desgraciado chiquillo por no ensuciarse ni estropear las estrafalarias y absurdas ropas que vestía, para satisfacción y orgullo de su buena y abnegada madre.

Si te soy sincero, no sabría decirte qué me impulsaba a querer ser el mejor de todos los alumnos del colegio. Quizá buscaba allí la admiración y el afecto del que carecía en casa, pues desde bien pequeño comprobé que, hiciera lo que hiciera, para ti nunca serían bastante las notas excelentes o los premios con que me distinguían año tras año. Tú *siempre* tenías alguna excusa o pretexto para las prohibiciones y los castigos que me imponías, para los coscorrones y las bofetadas que me propinabas, o para mandarme directamente a la cama sin cenar. ¡Una verdadera injusticia!

¿Por qué castigar con tanta saña al pequeño soñador, al niño que anhelaba ser un pájaro con cinco alas y que en las horas de amargura imaginaba esferas de zafiro y metal? Sabes, en aquel desván donde me encerrabas descubrí cuál era mi verdadero mundo. En la vida de aventuras que mostraban los libros infantiles leídos con un ardor que nunca sentí recorriendo las páginas de la Biblia que tú dejabas sobre el velador de caoba de mi cuarto, aprendí infinitamente más que amarrado a los pupitres, y ya con siete años fabulaba historias que transcurrían en parajes rebosantes de libertad: bosques, riberas, desiertos, selvas, mares, sabanas… fueron espacios de alegría y de vértigo o de espanto, escenarios que cobijaban historias de un amor desesperado o de un bello crimen, amén de catástrofes, derrotas, ambición, piedad, rencor… Allí, en aquel desván donde me encerrabas, fantaseaba y fabulaba sin freno: cruzadas, viajes a tierras ignotas situadas en los confines de la tierra, repúblicas sin historia, guerras de religión, revoluciones de costumbres, migraciones de razas y de continentes. ¡Allí, abandonado, creía en todos los encantamientos y sortilegios!

Y fue para combatir tu rigor y aspereza, ¡la espantosa soledad de los inacabables veranos y el sofocante tedio de la vida en Charleville!, por lo que me hice experto en fantasías y quimeras.

Charleville era la más ridícula de todas las pequeñas ciudades de provincia, con su hipócrita población gesticulante y *patrullótica* que desfilaba en los paseos el domingo por la mañana después de misa: orondos asmáticos burgueses saboreando el tabaco en sus

cachimbas de brezo, tripudos rentistas con monóculo que pinzan su rapé meneando la chola, burócratas sebosos arrastrando a sus coquetas esposas embutidas en los trapos más cursis, drogueros retirados removiendo la arenisca con su bastón de bola, la banda militar en el kiosco de música tocando el *Vals de los pífanos*… Y aunque con el tiempo aprendí a zafarme de tan repugnante espectáculo y a veces allí, en el parque, al son de la charanga, bajo los castaños y entre aromas de rosas, si lo permitía el descuido de institutrices y damas de compañía —más atentas a velar por los intereses propios que por el honor ajeno—, pude, bajo la blusa trenzada de cintas y primorosos encajes, abrirme camino por la curva de la espalda hasta rozar los divinos senos de ardientes muchachas que esperaban mis besos… Lo cierto es que, por lo general, me sentía anegado en la banalidad y la impostura, roído de asco y rabia, de tedio y cólera. ¡Un exiliado en su propia patria y hasta en su misma casa!

¿Qué otra cosa podía hacer sino huir, escapar cuanto antes de allí? ¡Estaba tan aburrido y angustiado aquel joven sin madre que en más de una ocasión pensó en dirigirse hacia la muerte como hacia una terrible y fatal venganza! Me mataban la estupidez y la monotonía de nuestra indescriptible comarca de las Ardenas, ¡siempre al abrigo de un manto de ignorancia, esquivando la duda y la curiosidad, desoyendo la voz de la razón! No, allí no tenía a nadie a quien confiarme y preguntar ¿por qué este azul profundo y el espacio insondable?, ¿por qué los astros de oro hormiguean como arenas del desierto? Y si la vida es tan breve, ¿es algo más que un sueño? No, allí no encontraría las respuestas. Ni tampoco hallaría consuelo a la irrespirable soledad en aquel trabajo infame que habías querido imponerme a la fuerza, bajo amenazas y chantajes. Todo allí contribuía a matar la ilusión de un joven que adoraba únicamente a sus diosas las musas y la *libertad libre*. Sin tener ningún trato con nadie, obstinado, resistiendo en silencio tus groseros insultos y tus sermones, no me quedaba otra que marcharme: gorro, capota, las manos en los bolsillos, ¡y adelante! ¡Todas cuantas veces hiciera

falta! ¡Con las agallas y el coraje que la desesperación nos da! A fin de cuentas, ¿no era eso lo que tú también querías, que me largase de una vez por todas? «Un empleo de aquí a tal fecha o la puerta», dijiste. Así que no fue difícil elegir porque no había opción. ¡Al diablo los libros y el incienso! Viviría sonámbulo, olvidado de todo, en ciudades ignotas, sin penas ni gritos. En las tardes azules del estío, iré por senderos apartados o cruzaré campo a través, me prometía, pisando la hierba aún tierna, sintiendo el viento que refresca mi cabeza desnuda, las espigas del trigo cosquilleándome en la piel, sin pensar en nada, feliz como una mujer. Tenía diecisiete años, la edad de la esperanza y de las quimeras. Robinsoneaba loco a todas horas: viajaré lejos muy lejos, cazaré mil lobos en los bosques, detendré rayos y relámpagos, surcaré piélagos, abatiré a las hordas enemigas, dormiré sobre los adoquines de ciudades extrañas, flotando entre sombra y azufre… Mi espíritu anhelaba remontarse hacia los cielos bruñidos de rojo y volar entre nubes, ¡rimando fantasías!

Pero, a decir verdad, también lloré demasiado. Por los caminos, en las noches de invierno, con los puños apretados en los bolsillos rotos, sin cobijo donde guarecerme ni ropa de abrigo salvo unos harapos apestosos donde anidaban piojos y parásitos, con gusanos pudriéndome el corazón, sin otro alimento que un pedazo de pan húmedo e hinchado por la lluvia, entre extraños que surgían del fango y la miseria, rodaba y rodaba hasta casi enloquecer. El alba era de una desolación atroz, y por las mañanas tenía la mirada tan vacía y perdida que las gentes con quienes me cruzaba quizá ni siquiera podían verme, convertido ya en un alma en pena. A ratos regresaba aquella voz que me impulsaba hacia la muerte como una terrible y fatal venganza. Nada más oírla, otra voz ronca me bramaba: adelante, no te detengas, prosigue tu camino, libre de obligaciones y ajeno a toda imposición moral porque ¡tuya es la fuerza! No sabes a dónde vas ni en pos de qué, pero entra en todas partes y pruébalo todo. ¡Aduéñate del silencio! ¡Vive como los mendigos y los vagabundos y los saltimbanquis y los bandoleros que admirabas de niño!

Y así recuerdo horas de plata y de sol, penetrando en los bosques misteriosos y desiertos, siguiendo el curso de los ríos flanqueados por álamos y olmos donde los pájaros se columpiaban indolentes, atravesando llanuras salpicadas de pimienta, el arco iris tras las lluvias, los campos encharcados y las flores húmedas esmaltadas de rocío, el dulce olor de la leña ardiendo en las fogatas, la felicidad de las orugas, el sueño de los topos, y un revuelo de palomas alborotando mis sueños.

¡Llegó a parecerme sagrado el desorden de mi espíritu!

El resto ya lo conoces. En julio de 1873, tras abandonar el hospital de Bruselas donde había ingresado a causa del ataque que sufrí a manos de Verlaine, cuando, empapado de ajenjo como de costumbre y furioso al saber que esa vez sí pensaba abandonarlo, allí mismo, en medio de la calle, bajo el sol abrasador del mediodía, hurgó en el bolsillo derecho de la americana donde llevaba un arma cargada con cuatro balas y desprovista del seguro y…, ¡de pronto, accidente! De los dos disparos, uno me alcanzó en la muñeca. *Crimen amoris*. Enseguida llegó la policía y, aunque *el infortunado* —es decir, yo— disculpó a su agresor, a este lo detuvieron y condenaron a dos meses de cárcel. En cuanto a mí, regresé a la granja de Roche: extenuado, deprimido y más silencioso que nunca. Aún llevaba el brazo en cabestrillo y sin duda el lamentable aspecto del *desgraciado* hizo que te apiadaras, eximiéndolo de salir a trabajar en la recolección de las cosechas y permitiendo que se encerrara en el granero para terminar un libro en el que aún tenía depositada cierta esperanza. Entre sollozos y gemidos y gritos de rabia e injurias y maldiciones, relaté en él *mi temporada en el infierno*, pulsando el tono más insolente y canallesco que pude y supe modular. Una vez acabado, casi un mes más tarde, preso aún de gran angustia, te lo di a leer. Todavía recuerdo tu asombro y tu perturbación mientras ibas recorriendo el manuscrito. Y al final, la pregunta que a duras penas lograste formular: «¿Qué demonios…?».

«Significa exacta y literalmente lo que dice, punto por punto», respondí.

Mas, aunque todo aquello te resultara inconcebible, consuélate pensando que podría haber relatado cosas mucho más atroces. Lo peor de todo no estaba en las tabernas, antros fumosos abarrotados de paisanos sentados en sillas paticojas ante viejas mesas de madera barnizadas con la grasa de la comida y fregadas con las bebidas derramadas. Allí me refugiaba cuando el frío y la lluvia y el viento volvían inhóspitos los arcos de los puentes o los terrenos baldíos y los bosques. Llegaba en un estado tan lamentable que maritornes de inmensas tetas y ojos picarones enseguida se apiadaban de mí y se apresuraban a servirme rebanadas de pan untadas con mantequilla o ajo, sobre las que extendían una gruesa loncha de jamón fresco y rosado que yo engullía mientras iba vaciando panzudas jarras de cerveza rebosantes de espuma y doradas como los últimos rayos del sol. Mi lengua tan pérfida y la mordaz ironía que vomitaba por la boca hacían las delicias de aquellas venus de anchas grupas y nalgas libertinas que me refregaban en la mismísima cara, mientras con los labios iban farfullando lúbricas promesas. Y todo ello para regocijo de los parroquianos que me rodeaban: un espeluznante rebaño de la miseria que entre hipidos convulsos y agrios eructos escupían por sus hediondas bocas mil y una blasfemias: cuchufletas *itifálicas* y *reclutescas* que depravaban el alma. Y cuando acababan de arrojar toda aquella sarta de dicharachos, solo me quedaba un repullo, una violenta sacudida que nacía en la misma boca del estómago. Atormentado y borracho, al borde de la náusea, salía a mear contra los cielos altos y oscuros antes de perderme por las más apestosas callejuelas de la ciudad, en medio de la noche intensa y loca de la puta París, desgarrada y herida a manos de un pueblo inspirado por la fiebre y el cáncer: embusteros idiotas, viejos títeres, lacayos alzados contra patronos, sacerdotes, magistrados, comerciantes, profesores… ¡Gritos, tambor, danza! ¡Hambre, sed, danza! La locura acechaba por doquier.

Allí me robarían el corazón.

Sí, mamaíta: hubo un tiempo en que mi vida fue una sucesión de

dulces locuras. Creí tener poderes sobrenaturales para inventar todas las fiestas y todos los placeres: nuevas flores, nuevos astros, nuevos cuerpos, nuevas lenguas. Quería ser poeta y me esforzaba por convertirme en vidente: alcanzar y desentrañar lo ignoto mediante el desarreglo de todos los sentidos. Un largo, inmenso y razonado desorden durante el cual el sufrimiento es infinito porque el poeta busca por sí mismo y agota en sí mismo todos los venenos hasta quedarse solo con la quintaesencia. Escribía silencios, sondeaba noches, fijaba vértigos, capturaba lo inefable en impulsos y arrebatos que me elevaban hacia un esplendor invisible. Me acostumbré a la alucinación sencilla y diáfana, y todo lo convertía en fábula y misterio, en una sucesión de *iluminaciones*. ¡Inventé el color de las vocales! A—negra, E—blanca, I—roja, O—azul, U—verde. En ese orden, que es el indicado por la alquimia para el proceso de obtener el oro del filósofo, el elixir de la vida. El primer color que aparece en la retorta es el negro, el de la disolución y las putrefacciones; después, en la etapa siguiente, este se aclara gradualmente hasta transformarse en blanco, el estado de pureza; a continuación, se presenta el rojo y, si hay suerte, el oro, aunque el rojo puede volverse verde y permanecer así durante varios días antes de pasar al azul. Ajusté la forma y el movimiento de cada consonante y, con ritmos que eran puro instinto, inventé un verbo poético accesible a todos los sentidos: A, negro corsé peludo de moscas que zumban alrededor de crueles hedores; E, resplandor de vapores y temblor de umbelas; I, cólera, sangre escupida, risa de labios púrpura; O, clarín supremo repleto de estridencias extrañas, rayos violeta quebrando el cielo cruzado por los ángeles; U, surcos de olas marinas y paz en las dehesas y los campos sembrados.

Y créeme si te digo que no era un simple juegos de niños. Tuve que hurgar en las heridas y afrontar los sofismas de la locura: la locura que uno guarda en el fondo de sí mismo, encerrada bajo siete llaves. Mi salud se resintió. El terror acechaba. Caía en sueños que duraban varios días, y al despertar proseguían las pesadillas más pavorosas: tras recorrer caminos repletos de peligros llegaba a

Cimeria, esa brumosa región que se extiende por los confines del mundo y donde nos aguarda la muerte. Tuve que luchar con saña para sortear los senderos tramposos y eludir los mil espejismos que parecían ir a cegarme definitivamente y borrar las extravagantes imágenes que danzaban en mi cabeza. Mas resistí. Hay que ser fuerte y afrontar esa tortura, me dije, sabiendo ya que para conseguirlo era necesaria toda la fe, todas las formas del amor y la locura, ¡y una fuerza sobrehumana! Solo así me convertiré en un enfermo y en un criminal, según creen las gentes de orden y las madres.

Pero estabais equivocados.

Aquellas insólitas visiones que descubrí me convirtieron en el Supremo Sabio.

¡Y supe al fin saludar a la belleza!

Porque, al igual que Prometeo, el poeta es el robador del fuego.

Por eso nunca debemos decir yo pienso, o yo canto, o yo esto y aquello y lo de más allá, pues *alguien me piensa*. Y yo solo asisto —miro, escucho, atiendo, espero, abrazo— al estallido de mis ideas y de mis figuraciones. *Je est un autre!* ¡Yo es otro! De mí dirán que inicié el proceso de disolución de la identidad y de lo humano. Porque después del vómito y de sajar los abscesos y limpiar todo el pus que contenían, ya no necesitaba seguir escribiendo obscenidades ni blasfemias.

De ahí en adelante mi poesía sería espiritual y mística.

Para bien o para mal, tú costeaste la edición de *Una temporada en el infierno*. ¿Fue una manera de saldar la deuda contraída, dado que aquellas historias atroces expresaban mi rebeldía ante una infancia robada? Desde mi más tierna edad, una y otra vez repetías que debía hacer lo que me dijeran, que los demás sabían mejor que yo lo que me convenía. Y así me convertí en el niño prudente y sumiso que estoicamente soportaba azotes y castigos. Hasta que el angelote reventó y se convirtió en un Satanás. Claro que para tamaña epopeya una triste viuda no se bastaba sola, y precisó de la participación de otras fuerzas. ¿Recuerdas cuando se talaron los

preciosos árboles del Bois d'Amour para contener el avance de las tropas prusianas? Yo los adoraba, y al verlos allí caídos y amontonados, los ojos se me inundaron de lágrimas, que logré contener apretando los puños y exclamando: ¡Hay destrucciones necesarias! También es preciso cortar otros árboles centenarios y renunciar al placer que nos proporcionan sus sombras. Ahora hay que aplicar el hacha a la raíz misma de la sociedad. Se rellenarán los valles, se rebajarán las montañas, se enderezarán los caminos tortuosos y se allanarán los senderos escarpados.

Pero a lo que íbamos. ¿Pagaste la edición de mi libro lanceada por la culpa o movida por la compasión, dado el deplorable estado en que me hallaba entonces, cuando regresé del descenso al subsuelo en compañía de Verlaine? Hoy me inclino a creer que tal vez fue el dulce éxtasis de la abnegación lo que te llevó a cometer semejante despilfarro, algo en verdad insólito en ti y hasta un verdadero sacrilegio diría yo, si consideramos que de niño solo los domingos me dabas diez céntimos, exclusivamente destinados a pagar la silla de la iglesia. ¿Eso era *lo que yo valía*? ¿Diez míseros céntimos? ¿Nada más? Cierto que también invertiste una pequeña suma en las clases particulares del señor Lhéritier, pero lo hacías con el propósito de que yo aventajara al resto de mis condiscípulos y me convirtiese en *el Mejor*. Lo que en verdad te agradezco, pues he de confesar que, pese a sus prejuicios y manías, aquel pobre diablo me hizo apreciar el griego y el latín y a nuestros clásicos, además de animarme a escribir poesía.

El caso es que no he olvidado tu generosidad, madre, dados los contadísimos momentos en que relució, cuando ya era demasiado tarde para la enmienda y no podían cerrarse tantas heridas como las que me infligiste. La primera vez que hui a París me hubiera gustado presentarme de otra manera, y no con las prendas deslucidas y raquíticas que vestía porque justo aquel año, ¡cuando había dado el estirón!, te negaste a comprarme ropa nueva y todo me quedaba pequeño: las mangas de la chaqueta no me llegaban ni a las muñecas, los pantalones me iban muy por encima de los tobillos, y

por debajo asomaban los bastos calcetines de lana que tú misma nos tejías. Suerte tuve del cariño y la amabilidad que me dispensó la señora de Banville, la madre del querido maestro Théodore, a quien yo había escrito tiempo atrás desde Charleville, cuando me creía un joven bendecido por las musas. «Estamos en los meses del amor», empecé diciéndole en una carta que conjugaba adulación e impertinencia, pues reiteradamente le llamaba en ella *Cher Maître*, identificando al poeta con un parnasiano como él: un ser prendado de la belleza ideal. «Tengo diecisiete años», proseguía, aunque en realidad aún me faltaban cinco meses para cumplirlos, pero pretendía que me tomase en serio, y por eso, de los tres poemas que acompañaban mi carta —«Sensación», «Ofelia» y «*Credo in Unam*»—, enviados con la esperanza de que me hiciera un hueco en su *Parnasse contemporain*, que entonces era lo más ventajoso y atractivo para un poeta novel, el primero ya apuntaba al futuro y mostraba lo que podría llegar a ser yo, mientras que el segundo era un calculado y hábil ejercicio a la manera de la escuela romántica, y el último equivalía a un manifiesto ideológico. Al venerable de Banville debieron de impresionarle porque, cuando me presenté en su casa, al parecer no me había olvidado y enseguida se ocupó de socorrerme, haciendo gala del interés y la generosidad que siempre mostró hacia los artistas aún desconocidos que atraviesan una situación difícil o se ven en apuros, conducta que le valió una merecida y proverbial fama de bienhechor. Théodore de Banville me alquiló una buhardilla en el mismo edificio donde él vivía, en la Rue de Buci, una de las calles que desembocan en el Boulevard Saint Germain, y su madre se encargó de acondicionarlo con las cosas más indispensables. Aquella señora siempre se había ocupado con gran esmero de su único hijo, y no solo aceptaba su talento poético, sino que también lo aplaudía y fomentaba en la medida de lo posible, ocupándose de aliviar los inconvenientes y las cargas de la vida; estaba orgullosa de ser una madre mucho más buena y comprensiva que la del otro gran amigo de Théodore, el desgraciado Charles Baudelaire, que vivió en un ambiente demasiado *artístico*:

una telaraña en la que había quedado atrapado de por vida, entre redacciones de revistas, cafés, teatros o talleres de pintores. La señora de Banville era toda ella bondad y entrega, una madre mimosa e indulgente como lo fue la de Verlaine, tan abnegada y ¡clemente!, pues fue capaz de perdonarle a su hijo todas las afrentas, incluida la vez en que la amenazó de muerte e intentó estrangularla, por lo que hubo de pagar una elevada multa, que por supuesto ella abonó, sin dejar después de interceder por él para aliviar la nueva condena, e incluso ir a visitarlo en la cárcel de Mons, donde lo esperaba cuando él salió, para regresar juntos a Francia. Así hasta el final.

No lo tomes a mal ni te ofendas. Sé que tú también fuiste desgraciada, como la mayoría de las mujeres, que son las grandes víctimas de nuestro tiempo. Solo muy raras veces encontré a algunas que llevaban impresa en su rostro la huella de la felicidad, mujeres a las que habría podido convertir en buenas compañeras si antes no hubieran sido devoradas por brutos tan sensibles como un cardo. En cuanto a las demás, la mayoría solo persigue asegurarse una buena posición en el mundo. Una vez conseguida, dejan de lado el corazón y la belleza y después ya solo les queda un frío desdén, pasto del matrimonio.

La verdad es que nunca te vi despreocupada y alegre. Jamás dejaste aflorar una emoción ni perdiste la compostura salvo cuando fuiste a visitarme a Londres en el verano de 1874 porque atravesaba uno de los peores momentos de mi vida. No debió de resultarte nada fácil: era la época de más trabajo en la granja, tuviste que ingresar en un convento a la pequeña Isabelle a fin de que estuviera bien atendida durante tu ausencia, y mi hermana Vitalie no parecía disfrutar nada de aquella gran oportunidad que se le ofrecía. Más bien al contrario. Siempre que hallaba ocasión, daba muestras de enfado y descontento, lamentando el forzoso destierro de *su* Charleville, mostrando de continuo su añoranza y afirmando una y otra vez el deseo de regresar cuanto antes y, sobre todo, manifestando una furiosa irritación contra mí. En vano me esforcé

por distraerla y animarla. ¡Todo le molestaba! Y aunque Londres le pareciera maravilloso, declaró que se aburría. Solo la vi sonreír cuando, al adivinar su deseo, le compré un helado de limón para aplacar el mal humor y la sed que le producía el sofocante calor de julio. Y también cuando la llevé al Museo Británico para enseñarle los tesoros del emperador Teodoro de Abisinia, que poco antes había sido derrotado por los ingleses en Magdala y luego, tras suicidarse, le incautaron sus bienes para incorporarlos a la colección permanente del museo: túnicas decoradas con campanillas de plata y diamantes como puños, zapatos que habían pertenecido a la reina adornados de plata y piedras preciosas, cuencos de madera taraceada… Pues bien, salvo aquel rato de distracción y asombro que tuvo Vitalie contemplando las lujosas maravillas llegadas de Oriente, el resto del tiempo todo fueron morros.

En cambio, tú parecías encantada. Era como si os hubieseis intercambiado los papeles, pues, al menos al principio, te gustó ir descubriendo la ciudad: visitar los lugares de interés, pasear por los jardines de Kensington e incluso ir de tiendas. Te llevé a las mejores, a las más caras, ¡y no protestaste! Quizá porque apreciabas mi inusitada amabilidad y mis deseos de agradarte, siempre atento a todo cuanto pudieras necesitar y pendiente hasta del más mínimo detalle. Cuando lo recuerdo, casi me parece un espejismo, pues poco a poco aquel buen ambiente que reinaba entre nosotros se iría enrareciendo. Vitalie se mostraba cada vez más impaciente y caprichosa, y en alguna que otra ocasión incluso se atrevió a lanzarte directamente sus impertinencias y hacerte objeto de su insoportable mal humor. Por eso empecé a alargar mis estancias en el museo, a donde cada mañana acudía a estudiar. En la sala de lectura de la biblioteca, situada en el corazón del edificio, me embargaba un bienestar indescriptible por la cálida atmósfera que allí reinaba y por su deslumbrante belleza, abrigada por estantes que olían a cuero y a papel y sumida en una luz azulina que descendía tenuemente sobre ella desde la increíble cúpula que en 1857 erigiera Sydney Smirke, la más grande del mundo después de la del Panteón

de Roma. Allí, en aquella sala tan agraciada y cómoda, con sus mullidos asientos y sus amplias y alargadas mesas, donde se podían desplegar cuantos cuadernos y libros se necesitasen para trabajar a conciencia, tan silenciosa y acogedora, me pasaba jornadas enteras para evitar los gritos o el silencio hostil. Y es que no me costó mucho entender la verdadera razón de que prolongaras vuestra estancia en Londres una vez que superé la crisis que os había llevado allí. Supongo que Vitalie también se percató pronto de ello, y de ahí su descontento y su violenta crispación. ¡Claro! ¡Cómo no! ¡Antes de marcharse había que esperar a verme colocado como es debido! ¿Por eso lucías tus mejores galas —el vestido de seda gris y el chal de encaje de Chantilly— cuando te empeñabas en acompañarme a las entrevistas en busca de empleo? ¿Para dar la imagen de respetabilidad que, a tu juicio, seguramente yo no ofrecía? Al cabo resultó que todo había sido fruto de un espejismo o de un malentendido, y no tardaron en desvanecerse las imágenes amables para de nuevo dejar paso a la tristeza.

Entonces decidí cortar por lo sano y aceptar el empleo que me ofrecían en Reading, en la academia que dirigía Monsieur Leclair. En cuanto pude recoger mi ropa de la tintorería, me marché. Lo hice de madrugada, para no tener que despedirme de vosotras porque estaba muy abatido.

Ya nunca más volvería a Inglaterra. Sí a Charleville, en Navidad, irremediablemente, como de costumbre. Y al igual que siempre, allí volvería a encontrar tu incomprensión y tus reproches. ¿Tanto te he defraudado, madre? ¿Por qué escupías tu rencor solo sobre mí? ¿No podías ser algo más generosa y repartir la rabia? ¿O es que este maldito rincón ejerce algún tipo de maleficio?

Entiendo tu decepción y tu amargura ante los infortunios y fracasos que arrastré por media Europa. Solo en Alemania tuve un breve respiro, cuando en Stuttgart la familia Wagner me tomó como preceptor de sus hijos, dado que aún no había olvidado mis conocimientos de griego y de latín, clases a las que sumaba las lecciones de francés. Y aunque no me hubiera ido mal una pequeña

ayudita por tu parte para completar mis escasos ingresos —viéndome obligado a realizar otros trabajos bastante pesados—, lo cierto es que pasé allí unos meses tranquilos, descontando los dos o tres días en que, nada más salir de la cárcel, Verlaine me suplicó que lo dejara ir a verme. Total, para repetir la ronda de vicios y tormentos de siempre: de taberna en taberna, yo me volvía cada vez más violento y obsceno, y él, que se había presentado como un Loyola con un rosario enredado entre los dedos, cada vez resultaba más imbécil y patético, con sus ridículos gimoteos… *Aimons-nous en Jésus-Christ*, me suplicaba entre lágrimas, con las rodillas en el suelo y las manos juntas, con todo su corazón y con toda su alma… ¡Qué de mañas, qué de astucia! El beato aseguraba que en la cárcel había sentido la llamada de Dios, vivía imbuido de su sabiduría y ¡estaba iluminado! No negaré que al principio, entre otras cosas, a él y a mí nos unió el hecho de haber dejado atrás, respectivamente, a la aburrida esposa y a la insoportable madre, pero para entonces ya ni siquiera eso perduraba, porque Verlaine se había divorciado y tú, tú… En realidad, lo único que nos quedaba ya en común era la pasión por la bebida y las trifulcas. Hasta que una noche, al salir de una taberna, nos enzarzamos a puñetazos en una furiosa pelea que no duró mucho porque no me costó demasiado librarme de un pelele nervioso y tambaleante, de lo borracho que estaba: le asesté un golpe en la cabeza que lo derribó, y lo dejé semiinconsciente, sangrando, a orillas del Neckar.

Por lo demás, en Stuttgart estudié mucho, especialmente los tratados de ocultismo y la lengua alemana. La azoté con tal frenesí que enseguida la dominé, tarea en la que sin duda me ayudó mi facilidad innata. Mejor dicho, el don de lenguas que heredé de mi padre. Luego partí rumbo a Italia, con objeto de aumentar mi caudal lingüístico. Como te negaste a darme dinero para el viaje, me vi obligado a vender el baúl con todas mis pertenencias para sufragar los gastos. Aun así, la suma obtenida no fue suficiente, y tuve que cruzar los Alpes a pie y dormir en el pajar de una granja solitaria donde rumiaba una vaca más famélica que yo, pero que al menos

aceptó cederme una parte de su lecho y me proporcionó calor. Podrás imaginar en qué estado de miseria e inanición llegué a la elegante y excelsa ciudad de Milán, donde por fortuna una viuda caritativa, reconociendo los restos del joven cultivado e inteligente que aún quedaban en mí, me alojó en su casa durante varios días. En señal de gratitud, le regalé un ejemplar de *Una temporada en el infierno*, el único que me quedaba.

Al separarme de la amable *signora*, marché a pie hacia Brindisi, donde embarcaría rumbo a Paros. Pero nos hallábamos en mitad de la canícula y yo no estaba acostumbrado a aquel calor y cogí una insolación que me obligó a ingresar en un hospital. Una vez recuperado y ya fuera de peligro, gracias a la intervención del consulado francés, me repatriaron a Marsella. Allí permanecí trampeando como pude gracias a los apaños y chapuzas que me salían al andar merodeando por el puerto: la carga y descarga de barcos, la limpieza de escombros… Cualquier cosa con tal de sacar un par de francos. Una noche, en una taberna, un extraño que parecía disponer de dinero en abundancia para reclutar voluntarios que luchasen en España en el bando de los carlistas me ofreció alistarme. Acepté gustoso la invitación, pero en cuanto cobré la mesnada me largué a París.

Luego, ya sabes… Por enésima vez regresé a Roche como un vagabundo, a pie y sin dinero. ¡Jamás olvidaré aquellos meses transcurridos en la pequeña y lóbrega casa de la calle Saint-Barthélemy, adonde os habíais mudado! Por entonces, todos tus desvelos eran para Vitalie, algo muy comprensible, dado que estaba gravemente enferma. Frédéric iba de mal en peor y ya solo aspiraba a ser carretero. La pequeña Isabelle languidecía de pena, pero tú conservabas intacto el viejo rencor contra mí. Seguías sin perdonarme que derrochara el talento que Dios me había dado y todas las oportunidades que a tu juicio yo, *motu proprio*, había dejado escapar, perdiéndolas *irremediablemente*.

De nada servían los buenos propósitos. Admito que te resultara incomprensible mi empeño en seguir perdiendo el tiempo estudiando

lenguas tan exóticas e inútiles como el indostaní o el ruso, que aprendí valiéndome de un diccionario ruso-griego, pues no disponía de otros medios. Lo hacía mientras daba largos paseos por los bosques que rodean Charleville, recitando de memoria las columnas de palabras de los diccionarios, que llegué a trocear y partir por la mitad para que fueran más manejables y poder llevarlos cómodamente en el bolsillo. Y cuando me dediqué al árabe, entiendo que se te rompieran los nervios y reventases de cólera al verme manejar *precisamente* el diccionario que había usado mi padre para traducir el Corán al francés, como si de golpe un terrible fantasma se hubiera colado en tu blindada y ya inexpugnable fortaleza. Pero has de saber que por entonces también pensé muy seriamente en prepararme para obtener el *baccalauréat* de ciencias, y que escribí a mi amigo Ernest Delahaye —a la sazón profesor en el Collège de Notre Dame— pidiéndole consejos al respecto: qué libros debería leer o qué cursos me convenía seguir y cuál era el nivel mínimo de conocimientos exigidos. El propósito era ingresar en la Escuela Politécnica, algo que Delahaye desaconsejó, creyendo que se trataba de un capricho pasajero. Y por eso al poco me empeñé en aprender música y te pedí que me alquilases un piano. Según los griegos, la música, por tratarse de un lenguaje universal como el de las matemáticas, nos prepara para el estudio de la filosofía. Pitágoras basó en la escala musical gran parte de su sistema y de sus cálculos para medir la distancia que separa a las estrellas fijas de la Tierra y otros cuerpos celestes en movimiento. En todos los casos, las respectivas distancias se correspondían con los tonos y semitonos de la escala musical, y así dedujo la armonía del mundo y de las esferas. Por consiguiente, si no podía ingresar en la Politécnica para estudiar hidráulica urbana y agrícola, metalurgia, arquitectura naval y mineralogía, ni tampoco disponer de los manuales que manejaban carpinteros, curtidores, serradores, vidrieros, alfareros, fundidores o armeros…, ya sabes, todos esos libros que más tarde, desde Abisinia, te pedí que me compraras y enviaras *con mi dinero*, ese que os iba remitiendo periódicamente…; si no disponía de los libros

ni de los materiales que necesitaba para mis proyectos, al menos estudiaría música, que, además, me ayudaría a disciplinarme, al tener que pasar horas y horas atornillado a un taburete para *aprender*. Pero tú volviste a plantarte y te negaste a comprarme un piano. Así que no tuve más remedio que recurrir a una navaja y tallar sobre la mesa del comedor un teclado donde practicar escalas y ejercicios mientras corregía los deberes y las traducciones de mi alumno. Al cabo de un tiempo te diste por vencida y por fin pude alquilar el piano. ¿Accediste para evitar que otros muebles corriesen la misma suerte que la mesa? ¿O lo hacías porque la música amansa a las fieras, como se suele decir? ¿O bien porque mi hermana Vitalie se moría y ya no te quedaban más fuerzas para luchar?

Vitalie falleció el 18 de diciembre y sobre nosotros se abatió la tristeza con la ferocidad de una tragedia griega o de una plaga bíblica.

Todos quedamos fatalmente heridos.

En cuanto llegó la primavera, salí de nuevo a los caminos. Ya no era el asfixiante aburrimiento ni la sed de aventuras ni el afán de venganza que de joven me ardían en la sangre de las venas y me llevaban a huir de Charleville y de vuestro mezquino mundo. Era algo peor: un fuego que lo devoraba todo, amenazando con retorcer y deformar mi vida hasta dejarla irreconocible, como haz de ramas secas reducido a ascuas. Enterré los recuerdos y los deseos. Sofoqué las visiones. Ya no me embargaba otro anhelo que el de abandonar Europa.

¡Adiós quimeras, ideales, errores!

Cierto que aún seguí un par de años dando tumbos por este continente donde hay que levantarse y vestirse y trabajar y comulgar. Pero al fin pude partir hacia la patria de la sabiduría primigenia, Oriente, y entregarme allí a una turbación nueva: traficar con lo desconocido. No fue un sueño infantil ni una burda rabieta pasajera lo que me impulsó a marchar tan lejos. Nunca fui un sedentario, pero entonces creía que la razón había nacido en mí y estaba dispuesto a bendecir la vida lejos de los viejos refugios y de

las viejas llamas, despojado ya de toda carga y de tantas ambiciones continuamente aplastadas.

Volveré con músculos de hierro, la piel curtida, la mirada furiosa, me dije.

Tendré el oro, me prometí.

Sin embargo, otra vez me equivoqué. En Abisinia no hallé jardines de palmeras, ni esferas de perlas y zafiros, ni colgaduras carmesíes, ni el suave rumor de delicadas caracolas de nácar. Nada de cuanto había poblado la región de mis sueños encontré. Y también allí mi existencia acabó convertida en un clamoroso fracaso. Después de siete años de fatigas increíbles y de las privaciones más humillantes, de incontables estafas y engaños —porque todo lo que quería comprar automáticamente costaba el doble y todo lo que quería vender valía la mitad, y hasta en cualquier mínimo detalle reconocía una asombrosa maldad, calculada para hacerme la vida imposible—, de nuevo tenía que marchar de un lado a otro porque mis negocios iban de mal en peor en aquel país satánico. Llegué a estar más desesperado que nunca. Sin ahorros ni empleo, sin ayudas ni ingresos de ningún tipo, la única perspectiva era acabar acostándome en la mierda y morir de pena. Y por eso, si mis cartas te parecían demasiado breves, era porque siempre andaba con la soga al cuello y no valía la pena contaros cosas de mis trabajos ni de un país que me repugnaba y causaba horror.

Ya ves a qué me condujo querer ser bueno y parecerme a ti y otorgarle al dinero una magnitud moral muy superior a la de la propia creación, ¡mi obra!, y la fama. El dinero es lo único que se necesita para vivir. Así que lo tiré todo por la borda: ¡también mi vida! Amputé las ramas de la poesía y esperé a que de sus brotes germinase *el oro*. Me convertí en el típico campesino francés, áspero y duro, desconfiado y cauto, lacónico y reservado, cerrado el corazón con doble vuelta de llave como el enorme y pesado armario donde tiene el dinero a buen recaudo porque siempre preferirá la tranquilidad a la felicidad. Y por eso nunca se arriesga a nada, pues para él un céntimo es siempre un céntimo, y por rico que sea

rechaza el bienestar y las comodidades con una terquedad inquebrantable, quizás debido a oscuras reminiscencias, a residuos atávicos, a odios y temores seculares transmitidos de generación en generación. ¡Lo sabré yo! Por eso os daba aquellas instrucciones tan precisas sobre cómo emplear el dinero que os mandaba: porque cuesta demasiado ganarlo. Pero no era malgastar ni derrochar si os pedía que me comprarais los libros y los instrumentos y aparatos que a ti te parecían tan caprichosos y raros como las lenguas exóticas que me empeñé en aprender y que, en realidad, eran valiosas herramientas de trabajo. ¿Qué te creías? ¿Para qué necesitaría yo saber de *Pólvora y salitre*, *Topografía y geodesia*, *Mineralogía*, *Metalurgia*, *Trigonometría*, *Química industrial*, *Hidráulica urbana y agrícola* o *Arquitectura naval*? ¿Y lo de *Dirigir barcos a vapor*? Y peor aún, ¿qué era eso de una *Guía del viajero o manual teórico y práctico del explorador*? Y el aparato fotográfico y todo lo demás, ¿a cuento de qué? ¡Hasta un arma especial para cazar elefantes os pedía! Entiendo tus recelos, madre. Sobre todo, considerando que, en una de esas ocasiones, ¡una vez más!, os rogaba que me enviaseis unos cientos de francos. Pero lo hice porque iba a emprender un viaje y era mejor dejar mi dinero en el banco. Si lo retiraba, perdía los intereses, y ¡habría sido una tontería! Tampoco podía seguir llevándolo continuamente a cuestas: era demasiado peligroso. Además, no te había pedido nada desde hacía siete años. Por eso insistía exhortándoos a que siguieseis a pies juntillas mis indicaciones para el envío: que los paquetes fueran expedidos desde París a través de mensajería marítima y que se embalaran cuidadosamente. ¿A quién se le ocurrió meter los frascos de tinta en una de las cajas que contenían libros? Los frascos se rompieron y *todos los libros* quedaron empapados de tinta.

Por lo demás, no me cansé de repetiros que mi dinero era vuestro: que compraseis tierras con los francos que os mandaba en contraprestación por los gastos del pasado. No me parece un trato injusto.

En fin, el hombre espera poder estar tres cuartos de su vida

sufriendo para poder descansar el otro cuarto, pero al parecer lo más común es que nos ahoguemos en la miseria sin jamás poder averiguar dónde quedaron enterrados nuestros sueños. Y no creas que hablo desde la voraz ironía que por momentos aún me sacude y corroe, porque el condenado a risa eterna ya no puede sonreír ni apenas hablar. Varado en esta *terre des loups*, nunca comprendí como ahora cuánta verdad encierra el proverbio oriental que dice que los días se arrastran y los años vuelan. Ahora ya solo me invade un sentimiento de horror: no puedo usar las muletas y los paseos por los accidentados caminos en el viejo cabriolé desprovisto de ruedas de goma o de ballestas resultan penosísimos, así que he renunciado a salir y me limito a sentarme bajo el castaño del patio mientras siento que las lágrimas me arden al resbalar por mis enjutas mejillas.

Por eso volveré a marcharme lejos.

Pero antes, respóndeme:

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?

Ojalá nada oigan…

Ha de ser un alivio ese silencio interminable…

ARTHUR

VIRGINIA

La mayor parte de los días se escurre entre los dedos, diluyéndose en el grumo de la insípida vida cotidiana. No así el 5 de mayo de 1895, que recuerdo año tras año aun sin pretenderlo, pues más de una vez me sorprendo pensando en ti y evocando ese día sin caer en la cuenta de que es el aniversario de tu muerte. La mejor forma de celebración que pueda desearse, ¿no crees?

Era un domingo por la mañana, todavía algo temprano, cuando desde la ventana del cuarto de los niños vi al viejo doctor Seton salir de casa y alejarse lentamente por Hyde Park Gate. Caminaba con las manos entrelazadas a la espalda y la cabeza gacha, que de vez en cuando movía en señal de negación como diciéndose: «Todo ha acabado». También recuerdo una bandada de palomas revoloteando alborotadas, que luego descendieron hasta la acera en busca de unas tristes migajas que picotear. Poco después llegó Stella a confirmar lo que yo ya sabía. A continuación, George ordenó que nos dieran un vaso de leche caliente con unas gotas de brandi y nos llevó a verte envueltos en unas mantas. Al llegar al dormitorio, me crucé con papá, que salía tambaleándose. Yo extendí los brazos para detenerlo, pero él pasó de largo farfullando algo que no pude entender. Entonces me sacudió una risa convulsa que parecía escapar de las entrañas. Para ocultarla, me cubrí la cara con las manos: entre las rendijas de los dedos veía el llanto de mis hermanos, pero era incapaz de llorar. «No siento absolutamente nada», me dije, como durante años me he repetido en los momentos de crisis. Los cirios seguían encendidos, aunque el sol ya empezaba a filtrarse. Me incliné y te besé en la cara. Todavía estaba caliente, aún no tenía tu rostro la expresión rígida y severa ni sabían a hielo tus mejillas, pero no podía quitarme de la cabeza la impresión recibida pocas horas antes, cuando nos llevaron a tu

cuarto para despedirte y, al verme salir del aposento tan encogida y afligida, dijiste: «¡Camina erguida, cabrita mía!».

¡Bonito regalo tus palabras, mamá!

¡Hasta el último instante te preocuparon las panoplias de la vida!

Siempre he creído que moriste de agotamiento, que las múltiples y numerosas tareas y obligaciones que te impusiste acabaron por devorarte, pues a todas luces eran excesivas. Hasta que un día, de forma inesperada, tu corazón se paró. Clínicamente fueron unas fiebres reumáticas las que prendieron la mecha de la llamarada en que ardiste durante apenas unos pocos días, pero yo sé dónde estaba el origen del fuego que te consumió, como sé que la muerte que llega al final de una enfermedad es muy distinta de la que te sorprende durmiendo o echada en un diván. Desde luego, no quisiera convertirme en el muñeco inerte que es mi suegra ahora, que ya no parece tener alma ni aliento y vive en un estado vegetativo, como las algas secándose al sol. Pero tampoco desearía morir siendo todavía joven, aunque no me importaría hacerlo de repente: que este dolor que a veces siento en el corazón me retorciera y estrujara como si fuese una bayeta hasta exprimir la última gota de sangre y quedar fulminada.

Cuando te recuerdo, siempre emerges en el centro de todos nosotros —y aun de muchos más—, dominando el escenario de mi infancia, el sagrado templo del hogar, empeñada como estabas en ser el alma de la casa y nuestro ángel tutelar: la guardiana que velaba insomne por nuestro bienestar y a la vez se desvivía infatigable para que el delicado andamiaje que sostenía tan poblado escenario no se agrietara y el hermoso edificio construido a base de tesón y sacrificios no se viniera abajo. Sé que también lo sostenía el amor, el que papá y tú os profesabais y que tan felices os hacía, y el amor que sentías por nosotros, tus hijos, aunque no siempre repartido igual de bien, pues tenías debilidades y preferencias, eso es innegable.

Por distintas razones, en tu corazón reinaban George, el primogénito, y Adrian, el benjamín. Aquel, sin duda, te recordaba a

tu primer marido, Herbert Duckworth, a quien tanto lloraste desde el instante en que murió, exaltando tu dolor hasta trocarlo en una contorsión trágica —por lo demás, impropia de un carácter tan frío como el tuyo—, cuando en el cementerio te tendías cuan larga eras sobre su tumba y, desesperada, abrazabas el mármol y lamías las letras de su nombre, según me contaría Stella muchos años después, todavía con el espanto anegando su mirada al recordar esas escenas. En cuanto a Adrian, sencillamente era *tu alegría*, como solías decir, y acaso fue quien peor soportó tu muerte, pues siempre andaba pegado a tus faldones. En cambio, yo… Claro que conservo alguna vaga sensación: el roce de unos abalorios prendidos en tu vestido cuando hundía las mejillas en tu regazo. Pero después, tú ya siempre lejos. Apenas recuerdo haber estado a solas contigo, ya que eso sucedía en muy contadas ocasiones —cuando estaba enferma o atravesaba una crisis—, y en cualquier caso tales encuentros nunca duraban más de unos minutos, porque rara era la vez que alguien no viniera a reclamar tu presencia, interrumpiendo y poniendo así fin a *nuestros momentos*. Todo el santo día tenías a alguien detrás, apremiándote de aquí para allá: este quería una cosa, aquel necesitaba otra, un tercero aguardaba una respuesta urgente… ¡Qué incesante trajín en el 22 de Hyde Park Gate! Allí eras una presencia general y no una persona: eras una figura en medio de una estancia rodeada de gente.

Nuestra casa era muy amplia: una residencia de cinco plantas a la que después, conforme íbamos naciendo, añadisteis dos más. Allí vivíais tú y los tres hijos habidos en tu primer matrimonio —mis hermanastros George, Stella y Gerald—, y allí se trasladó Leslie Stephen, mi padre, con la hija de su anterior matrimonio, Laura, tras vuestros esponsales. Luego llegaríamos nosotros: Vanessa, Thoby, yo y, al cabo de los años y cuando ya no se esperaba, Adrian. Si además consideramos la exigencia de atención y consuelo para sus presuntos males y problemas que a menudo papá reclamaba de ti, como si fuera el más caprichoso y egoísta de cuantos niños malcriados en el mundo han sido, ciertamente el panorama familiar

se complicaba bastante. Me pregunto si ese comportamiento de papá, su necesidad de andar siempre buscando cobijo bajo tus alas, era fruto del miedo y la impotencia o del remordimiento y la culpa, que lo llevarían a esconderse o ampararse en ti. No debió de ser fácil para él asumir la realidad de la pobre Laura, que padecía una extraña enfermedad y frecuentes ataques de histeria, con terribles alaridos y explosiones de ira y de tormento que nos estremecían y perturbaban a todos, especialmente a papá, aunque no fuera precisamente él quien más expuesto estaba a tales sacudidas, sino Vanessa y yo. Pues, aunque Laura llevaba una vida algo apartada y estaba al cargo de su aya, solía comer con nosotras, las niñas, hasta que la trasladasteis a vivir al campo y luego la ingresasteis en una institución. Y si además consideramos que también te ocupabas de tu anciana madre, la abuela Maria Jackson, completamente dependiente tras quedar paralítica a causa de un reumatismo agudo, por lo que requería tanto cuidados físicos como apoyo y consuelo afectivos, hasta el punto de hacer de ti un paño de lágrimas con que enjugar todas sus penas y amarguras…, entonces ya tenemos el escenario idóneo para que un verdadero ángel del hogar como tú desplegara sus hábiles dones, así como sus encomiables virtudes. Cierto que a tu disposición tenías cocinera y criadas, y que gracias a ellas pudiste ser como deseabas —dulce y atenta, entregada, indesmayable…, ¡una inmensa esponja capaz de absorberlo todo!—, pero no lo es menos que también a ellas debías atenderlas —aleccionarlas e instruirlas, orquestarlas, vigilarlas…— para que el hermoso edificio no se tambalease.

¡Ah, el 22 de Hyde Park Gate!, aquella casa alta y oscura donde *nosotros cuatro*, los hermanos Stephen, ocupábamos las habitaciones del tercer piso junto a las institutrices y *ellos*, los semidioses y tiranos —como llamaba a mis hermanastros Duckworth, George y Gerald, excluyendo, eso sí, a la buena de Stella —, ocupaban las dependencias del segundo piso. En el día a día apenas nos rozábamos, dada la diferencia de edad, pero había otras ocasiones en las que el contacto era verdaderamente estrecho. Y te

sorprenderá saber que el pánfilo de Gerald se adelantó a tu adorado George en las escaramuzas eróticas. La primera vez aún vivías tú y sucedió en nuestro «paraíso de bolsillo», como papá bautizó Talland House, la casa de veraneo de St. Ives, en la costa de Cornualles. ¿Recuerdas el platero que había en el pasillo, junto a la puerta del comedor? Un día, cuando aún era muy pequeña, pues tendría unos seis o siete años, Gerald me sentó sobre la repisa y empezó a explorar mi cuerpo. Recuerdo la sensación de sus manos bajo mi ropa descendiendo más y más: decididas, seguras. Recuerdo que confiaba en que parara. Recuerdo estar agarrotada y protestar cuando sus dedos rozaron mi sexo, pero no se detuvo y siguió explorándolo a fondo. Recuerdo que *eso* me asustó, manchó, desagradó, perturbó, dolió. No sé qué palabra habrá para expresar el haz de sensaciones y sentimientos confusos que me atravesó. Seguramente fue una gran sacudida interior, puesto que aún no he podido olvidarlo y durante muchos años les tuve verdadero pánico a los espejos porque una vez había visto reflejarse en ellos la faz de un animal lujurioso. Es una imagen que más de una vez ha regresado en los peores sueños, asomando de repente a mis espaldas, por encima de los hombros. ¿Estaba mirando un espejo un día cuando…? No lo sé con certeza, pero, fuera sueño o realidad, siempre he recordado la horrible cara del espejo y lo mucho que me aterrorizó.

Tras tu muerte fue George quien tomó el relevo con la excusa de prodigarme las caricias y el afecto que tanto necesitaba. Al principio, los encuentros y parloteos con él terminaban ahogados en gemidos babosos: «¡Bésame, bésame!», imploraba sofocado. Pero después su pasión se desbocó, los apremios y deseos eran cada vez más vehementes y sus *atenciones* derivaron en un avance erótico obsceno. Fueron más de siete años de infelicidad, y cuando Vanessa decidió informar de este comportamiento a nuestro médico, el doctor Seton, el muy sátrapa de tu hijo mayor le explicó que en realidad solo me estaba prestando el lógico consuelo que sin duda yo necesitaba, dado el fatídico trance por el que pasábamos, con

papá muriéndose de cáncer allí al lado. Yo me sentía como una pobre sardina encerrada en el mismo tanque de aguas procelosas donde nadaban tiburones famélicos. Algo de todo aquello apresé en mi primera novela, *Fin de viaje*, cuando Rachel, una joven huérfana, es acosada por el arrogante Richard Dalloway, que se excusa diciendo «me tentaste…, me tentaste». Esa noche ella tuvo una espantosa pesadilla: encerrada en un oscuro túnel cuyas paredes iban acercándose lentamente, amenazando aplastarla e impidiéndole respirar, cada vez que intentaba huir se le aparecía un enanillo que mordía incesantemente sus uñas largas y negras, bloqueaba el paso y le sacaba la lengua en señal de burla.

Sí, mamá, durante aquellos años nuestro hogar fue lo más parecido a una casa de fieras, donde todos los animales —cada uno en su jaula— resultaban peligrosos y rezumaban una desconfianza mutua.

Pero mientras tú viviste, el 22 de Hyde Park Gate fue un remanso de paz. Recordarás el poema «El ángel del hogar», escrito por Coventry Patmore, el amigo de la abuela Maria. Estoy convencida de que fue tu breviario doméstico y que jamás cuestionaste las cualidades femeninas que exaltaban aquellos versos: bondad, simpatía, belleza, encanto, perseverancia, abnegación, generosidad… ¡y sacrificio! Todas las casas victorianas dignas de respeto tenían su ángel del hogar, una mujer noblemente concebida para advertir, consolar y mandar, una criatura que casi nunca tenía una existencia real sino ideal, un ser ficticio, más similar a una sombra o a un fantasma. Tú, sin embargo, te acercabas mucho al modelo, solo que todas esas cualidades las consagrabas a tus hijos varones, y en particular al mayor de todos, el más exigente y difícil: tu marido. ¿Por qué semejante debilidad por ellos, mamá? ¿También formaba parte del modelo seráfico, del ineludible mandato? Apenas conservo algún recuerdo donde tú no aparezcas rodeada de hombres: niños, jóvenes, adultos o ancianos… *Todos ellos*, independientemente de la edad, te resultaban muchísimo más interesantes e importantes que las señoras, las jovencitas o las niñas. ¡Y siempre los compadecías, como si carecieran de algo y

necesitaran de ti! No así con las mujeres, a quienes supuestamente no les faltaba nada. Pero carecíamos de lo principal, mamá: la buena educación de la que sí se beneficiaron tus hijos varones para, siguiendo la tradición familiar, hacer de ellos funcionarios de la East India Company, abogados, jueces o directores de colegios y facultades universitarias. En cambio, a nosotras nos bastaba con quedarnos sentadas e inmóviles, observando atentas cómo ellos hacían sus piruetas intelectuales y prestando oídos a sus juegos de esgrima dialéctica para después, si acaso, recoger unas cuantas migajas.

Y ahora en serio, mamá, ¿fue por motivos económicos o por la confianza en vuestras dotes pedagógicas —bastante discutibles, dicho sea de paso— por lo que recibimos *toda* nuestra formación en casa? Tú nos impartías latín, historia y francés… ¡ya antes de los siete años!, por lo que a menudo las lecciones acababan en catástrofe, dada la imposibilidad de asimilar tan áridos conocimientos a tan tierna edad, y dada tu impaciencia y tu genio pronto. Papá, graduado en matemáticas por Cambridge, se ocupaba de enseñarnos esta materia, pero sin hacernos trabajar en firme, así que con Vanessa no tuvo demasiado éxito, si bien conmigo obtuvo resultados algo más satisfactorios. Tampoco olvido el esfuerzo realizado para completar nuestra educación con la ayuda de las institutrices, una francesa y otra suiza, aunque más bien fueron ellas las beneficiadas, que perfeccionaron su inglés sin jamás entregarnos los secretos de su lengua nativa. Y como no podía ser menos, para rendir el obligado tributo a las panoplias de la vida, y para compensar nuestra espontánea inclinación a los juegos y aficiones «varoniles», y con el fin de moldearnos según el modelo burgués de niña victoriana, recibimos clases de danza —impartidas por una profesora vestida de satén negro, que graznaba como un cuervo y hacía que saltásemos arriba y abajo como posesas—, y también de piano, que aún me resultaban más aborrecibles si cabe. No imaginas cuánto me habría gustado ir al colegio y tener amigas y la oportunidad de vivir lo que suele hacerse en las aulas y en el recreo:

lanzar pelotas, perseguirse, bromear, pelearse, tirarse de los pelos, insultarse, hablar en jerga, sentir celos, y adorar y ser amada y disfrutar de las fantasías y confidencias que se intercambian las niñas, cuyo trato resulta imprescindible cuando intentamos conocernos y averiguar quiénes somos, dada la importancia de tener un término de comparación *real*, descubrir cómo era yo y cotejar mis cualidades y defectos con los de las otras niñas de mi edad: ¿era inteligente, estúpida, guapa, fea, apasionada, fría?… Nunca lo sabré, porque en lugar de *vivir* con ellas *padecí* el encierro con mis hermanastros.

Todo cuanto supuso haber recibido *esa* educación lo trasladé a la joven Rachel en mi novela *Fin de viaje*. Por fortuna, enseguida las cosas iban a cambiar, dado que papá consideraba que las mujeres debían tener una formación tan esmerada como la que recibían los varones, o incluso mejor, pues él deploraba que se malbaratase o desaprovechara la capacidad intelectual de *cualquier* ser humano. Así que, en ese sentido, tu muerte fue para nosotras una liberación, y paso a paso nos fuimos abriendo un camino propio, rompiendo las ataduras que amarraron a la pobre Stella, a quien convertiste en una verdadera esclava *ad maiorem gloriam tuam*, y a quien como tal tratabas de una manera despiadada. Basta recordar el apodo que le diste y con el que invariablemente te dirigías a ella: ¡«Vieja Vaca»! Durante algún tiempo quise creer que aludías al *cow parsley*, el perejil de vaca, pues la cara de Stella recordaba esas grandes flores blancas —la del saúco o la del perejil— que se ven por los campos en el mes de junio. Pero entonces, ¿lo de «vieja»…, me preguntaba. Y por eso en verdad creo ahora que ni la más febril e ingeniosa de las imaginaciones encontraría en semejante mote un mínimo rastro de cariño o ternura; por el contrario, en él *vería* una buena dosis de crueldad y desprecio.

Sabes, hace poco escribí la novela donde recuerdo nuestros veranos en St. Ives, *Al faro*. Tú me serviste de inspiración para el personaje de la señora Ramsay, con su inveterada costumbre de reunir mucha gente a su alrededor —hasta el punto de verse obligada a alojar a

algunos de sus invitados en las posadas y fondas del pueblo—, y su especial inclinación por unos muchachos pobres como ratas, aunque sin duda de méritos excepcionales, a los que había conocido por allí. «Brindaba protección a la totalidad del sexo contrario por razones que ni ella misma se explicaba —escribí—: su caballerosidad y su valor, el hecho de ser los hombres quienes negocian los tratados, gobiernan la India, dirigen la hacienda y finalmente a causa de la actitud que mostraban hacia ella y que ninguna mujer hubiera podido dejar de percibir y de sentir como grata; en suma, un algo confiado, infantil y respetuoso, que una mujer madura estaba en disposición de aceptar sin perder la dignidad, puesto que provenía de hombres jóvenes. Desgraciada de la muchacha —y Dios quiera que no fuese ninguna de sus hijas— que no hubiese sentido, en lo más hondo de su alma, todo el valor de este sentimiento y lo que implica». Pues te agradará saber, mamá, que Vanessa ha asumido en gran parte tu carácter y tus cualidades, que prefiere la compañía de los varones —con quienes puede intimar enseguida— a la de las mujeres, con las que tarda años en lograrlo y a las que apenas valora —como tampoco a sí misma—, y que, como tú, está dispuesta a sacrificarse a cambio del bienestar y la felicidad de los hombres que tiene a su cargo: marido, hijos y amante. De manera sutil y a su modo, Nessa también encarna el modelo que tú representabas: el de una mujer que acude y responde sin aparentemente llevar la iniciativa, que no afirma ni exige pero que influye de forma decisiva y, en última instancia, se adapta o somete porque jamás elude las dificultades ni falta a sus deberes.

Yo no. No he tenido hijos, aunque me hubiera gustado tenerlos porque los niños son lo más divertido del mundo, criaturas ingenuas y felices que nos aman sin condiciones. Durante años fantaseé con la idea de ser madre: ante una cuna, imaginaba a mis hijos durmiendo en ella; y en los parques y jardines, los veía corretear alborotados. Supongo que todo ello a imagen y semejanza de Vanessa, que ha demostrado un prodigioso instinto maternal, una poderosa energía creadora, como la del sol que derrama sus

bendiciones sobre la tierra. Sin embargo, en ocasiones temimos que esa fuerza pudiera llegar a convertirse en una amenaza, tanto para ella como para su prole. Y desde luego, también para mí, que por momentos, con esa intromisión de sus hijos entre ambas, vi aflojar y quebrarse el firme lazo que nos unía. Mas no temas: adoro con locura a esas criaturas —Julian, Quentin y Angelica—, aunque cuando nació el primero estuve algo celosa, pues a fin de cuentas yo fui la primera hija que Vanessa engendró *emocional y espiritualmente*. Y ahora que la pequeña Angelica —quien, por cierto, me debe el nombre— ha crecido y la veo desplegar todos sus encantos, me propongo ser para ella algo más que una tía y que me considere…, quizás no exactamente un padre…, aunque, dicho sea de paso, no resultaría tan descabellado, pues el verdadero progenitor de esta maravillosa niña no es Clive Bell —el marido de Nessa—, sino su amante Duncan Grant, a quien mi hermana consideraba un genio, llegando a pensar que un hijo suyo —¡un varón, por supuesto!— sería una criatura verdaderamente excepcional, en lo que no se equivocaba del todo. Sí erró al suponer la constancia y dedicación del padre, que con frecuencia buscaba otras aventuras lejos de Nessa y de su hija. Así que me propuse ser alguien decisivo en la vida de mi pequeña Angelica, pues ella ha sido esencial en la mía, avivando un sentimiento maternal… ¿espurio? Te confesaré que en los momentos de desánimo, cuando sentía que la vida era inútil y se evaporaba como un sueño que transcurre sin objeto ni sentido alguno, creía que tener niños lo cambiaría todo. Durante años, cuando sufría uno de esos *días malos* —como los llamaban las enfermeras— y me preguntaba qué me estaba pasando, a qué se debía todo aquello, llegué a suponer que obedecía al deseo de tener hijos y poder llevar una vida como la de Vanessa: *sentir* que las flores brotan a mi alrededor de manera espontánea. Mi inveterado romanticismo proyecta una imagen de mí como una sombra que avanza sola en la noche y sufre callada y estoica en el fondo de su ser. Tengo entonces la impresión de estar obligada a subir una escalera interminable, sin ayuda ni apoyos, de

ser víctima de un destino cruel. ¿Es un residuo de los viejos celos que sentía por los hijos de Vanessa? ¿Sí o no? Cuando regreso de esa travesía, las velas de mi nave se agitan y sacuden durante dos o tres días, pero luego, al comprobar que no están rasgadas ni apenas dañadas, reflexiono en calma y me sosiego.

Hace ya muchos años prometí no simular jamás que no valen la pena las cosas que una no tiene. Por ejemplo, no fingir que los hijos pueden sustituirse con otras cosas. Tampoco simular que la maternidad frustrada se compensa con el reconocimiento intelectual —que en mi caso ha ido aumentando año tras año—, y que este me llena del todo porque no es así, aunque nadie negará que hay una profunda afinidad entre tener hijos y escribir libros, pues estos son también *mi creación*, fruto de mi personalidad, forjados con amorosa entrega y también con trabajo, sufrimiento, renuncias, tedio… ¡Son mi *raison d'être*! Con el paso del tiempo y el creciente éxito obtenido, ha ido desvaneciéndose aquella dolorosa frustración maternal, quizá por haber visto cómo los hijos crecen y vuelan mientras que los libros permanecen y siguen en mí, *siéndome*. Además, debo reconocer que mi voluntad de escribir y expresarme es en parte el resultado de no tener hijos. Así que poco a poco me he ido adaptando a esa realidad. A fin de cuentas, los niños también distraen, interrumpen y molestan, y creo que ahora ya no los deseo porque mi mundo interior lo acapara todo. Aun así, a veces todavía me hiere una imagen lacerante: el embate de una ola gigantesca junto al corazón. Despierto sobresaltada, pero aún sigo presa en el sueño. Miro alrededor: Vanessa. Hijos. Fracaso. Sí: fracaso, fracaso, fracaso. La ola crece, rompe y me arrolla. «Saca fuerzas de ti misma —me digo—, ¡Basta ya!». Cojo impulso y empiezo a bracear furiosamente y algo consigo. Entonces me vuelvo a dormir, pero después al despertar siento otra vez la ola embistiéndome. Contemplo la luz del amanecer y al poco oigo los pasos de Leonard en el pasillo. Y me dispongo a disfrutar del desayuno que ha preparado, disimulando lo que acaba de suceder en la pesadilla.

Fue él, mi marido, quien desde un principio —y aun sin revelarlo

abiertamente— albergó serias dudas sobre la conveniencia de ser madre debido a mi delicada salud, decisión que reafirmó al poco de casarnos, tras la grave crisis de 1903, cuando los doctores también lo desaconsejaron. Si me hubiera mostrado más firme, ahora podríamos tener al menos un hijo y una hija. Siempre *me guardaré* rencor por no haber obligado a Leonard a correr el riesgo pese al dictamen médico. A fin de cuentas, él me dio gran libertad, pues jamás tuve que velar por mi esposo como tú. Al revés: es él quien ha cuidado ¡y cuida! de mí, desplegando con suma delicadeza la protección maternal que, por los motivos que sabes, siempre anhelé recibir de ti. De modo que nunca me he visto obligada a *ser* el ángel del hogar, mamá, si bien esa sombra tenebrosa planeó sobre mí durante un tiempo. Cuando empecé a escribir —breves reseñas o piezas de crítica literaria—, sentía aproximarse aquella figura de mujer que se interponía entre las cuartillas y yo, molestando y distrayendo, haciéndome perder el tiempo, persiguiéndome y amenazando con asfixiarme. Me atormentaba tanto que al final la maté. Un día, cuando sentí aletear sus alas negras, me giré hacia ella y la agarré del cuello con ánimo de estrangularla. Si hubiera de comparecer ante un tribunal para justificar mi conducta, diría que lo hice en defensa propia, pues si no la hubiera liquidado yo antes, ella me habría matado arrancándome las entrañas: la escritura. Lo sabía por haberlo descubierto nada más empezar a blandir la pluma: jamás podría escribir nada —ni siquiera una simple reseña— de no tener *mis propias* ideas, de no poder expresar libremente lo que juzgo verdadero sobre las relaciones humanas, la moralidad, el sexo, o lo que sea.

Y para hacerlo es preciso zafarse de la figura tutelar, aun por angelical que sea.

En *Al faro*, por medio de la señora Ramsay, logré conjurar tu omnipresente sombra, mamá. Pero no te inquietes, pues en la novela apareces como una mujer dulce y luminosa, llena de confianza en sí misma, capaz de crear el cálido ambiente del salón o activar el afanoso y esmerado trajín de la cocina: un ser único que

infunde alma y vida a la casa entera. No en vano guardo un recuerdo de la infancia como el de un tiempo que merece conservarse igual que un precioso tesoro. Por eso, aunque no omito algunos detalles que quizás no te gusten demasiado —por ejemplo, la imagen en la que estás tejiendo con gestos enérgicos y aprietas los labios sin darte cuenta de que así las líneas del rostro acentúan tu habitual severidad—, la señora Ramsay aparece allí, durante los veranos que pasábamos en Talland House, como una mujer muy apegada a sus hijos —terribles diablillos y a la vez tiernas criaturas inocentes—, a los que hubiera deseado conservar siempre igual que entonces, sin *tener que* verlos crecer jamás… ¡tan aprisa! «Nunca era tan feliz —escribí— como cuando llevaba a uno en brazos; y ya podía decir la gente que era despótica, dominante o autoritaria si se les antojaba, que poco podía importarle a ella». Nunca volveríamos a ser tan felices como entonces. Tú nos oías parlotear y correr en el piso de arriba nada más despertarnos, y te decías: «Ya están en el pasillo, a empellón limpio». De pronto se abre la puerta y entran de golpe, en tropel, frescos como rosas, despiertos, vivos, cual si esta entrada en el comedor después de haber desayunado, que se repetía a diario, fuera sin embargo un acontecimiento insólito. Y así transcurría la jornada, entre un quehacer y otro, hasta el momento de subir a darles las buenas noches cuando, ya metidos en sus camitas como pajarillos en el nido, los pequeños seguían inventando toda clase de historias a partir de algo que habían oído o a propósito de algo descubierto en el jardín, donde gustábamos de andar a gatas y saltar sobre las retorcidas raíces desenterradas del viejo nogal. Porque en St. Ives las historias eran muy alocadas, con espíritus del mal que vivían en los acantilados y desaparecían misteriosamente por las grutas y las cuevas, o con los no menos fantásticos Beccage y Hollywinks, que vivían entre montones de basura y desperdicios, y desaparecían súbitamente por el diminuto agujero que se abría de repente en el seto de escalonias.

¡Y siempre las celebrabais!

En Londres, para mitigar el aburrimiento de los largos paseos

invernales por los jardines de Kensington, inventábamos historias tremebundas que cada uno de nosotros continuaba en el punto en que otro la había dejado: la de Jim Joe y Harry Hoe, dos hermanos que tenían a su cargo unos rebaños de cabras a las que llevaban a pastar por las más escarpadas cumbres de montes y montañas, viéndose así obligados a afrontar numerosos peligros y a correr aventuras fascinantes. Y por la noche, en el dormitorio, los protagonistas de la novela romántica que improvisábamos eran nuestros vecinos los Dilke y su institutriz, la señorita Rosalba, quienes, tras descubrir un yacimiento de oro bajo el parqué de su casa, daban unas fiestas espléndidas, con camareras que lucían cofia de encaje y delantalito blanco a juego, y a las que acudían destacados miembros de la alta sociedad. Era Nessa quien, a modo de señal, *siempre* empezaba con las mismas palabras: «Clémenté, hijita querida…», decía, dejando escapar un profundo suspiro e imitando el hablar afectado de la dama; después la relevaba yo contando mil y un disparates que nos partían de risa. ¿Y recuerdas los relatos que inventamos para nuestro periódico privado, *The Hyde Park Gate News*? ¿Y las adivinanzas, las bromas e incluso una imaginaria correspondencia con los lectores? Por supuesto, en él también reflejábamos nuestra vida cotidiana, tanto la que transcurría en el íntimo reducto familiar como la que brillaba en el ámbito social, que era el blanco preferido de nuestras burlas y mofas, de las cuales nadie estaba a salvo. Recuerdo que en uno de los números escribí: «Después de unos pocos días de descanso, el señor George Duckworth se ha incorporado al trabajo, de donde se había ausentado para aliviar su fatigado cerebro». Y en otro, parodiando uno de los temas de conversación más frecuentes entre nuestras visitas —el de los noviazgos—, anunciamos: «Pero estamos bastante seguros de que miss Stella Duckworth saldrá airosa y se llevará un buen botín del *mercado del matrimonio*». Ese era siempre el tono de mis crónicas, un remedo del lenguaje pretencioso e impostado que a menudo oía a mi alrededor, o de los lamentos melodramáticos de tantas augustas señoras ante el paso del tiempo: «Debe de ser muy

duro para una madre ver crecer y crecer a sus hijos, y presenciar cómo dejan atrás el dulce mundo de la niñez para entrar en el gran torbellino de la vida adulta». ¡Ya ves! En la redacción de *The Hyde Park Gate News* forjé mis primeras armas como escritora, y ensayé registros muy distintos —por ejemplo, las cartas de amor entre novios o una correspondencia entre padres e hijos—, aunque por lo común predominaban el humor y la ironía, pues el propósito era divertir, llegando incluso a inventar dos historias largas redactadas por entregas, al modo de un folletín: la de un granjero *cockney* y la de un *paterfamilias*. Yo vivía intensamente aquella *aventura narrativa* desde el momento inicial de urdir las intrigas y echar a volar la fantasía hasta el instante final, cuando, tras rematar la última frase, dejábamos el periódico sobre la mesa del salón y acto seguido nos retirábamos, aguardando ansiosos vuestro veredicto. Una vez os espié mientras papá y tú lo leíais junto a la chimenea. «Bastante ingenioso, me parece», te oí decir con lacónica sequedad de uno de mis disparates imaginarios sin manifestar el menor entusiasmo por el relato. Pero a mí tan escueto comentario me valió mucho, pues vi en él recompensados todos mis esfuerzos.

Aunque te confieso que habría preferido que hubieseis sido vosotros quienes más a menudo nos contaseis historias y nos leyeseis cuentos, o al menos que lo hicierais durante un rato más largo del que por lo común nos dedicabais. Entre las fotos favoritas de mi niñez está aquella —algo borrosa— en la que tú nos estás leyendo un libro a nosotros cuatro, los hermanos Stephen, que parecemos completamente inmóviles y absortos y solo pendientes de tus labios: ¡maravillados! Esa foto de 1894 me sirvió treinta años después para recrear la misma escena en *Al faro*, que en la novela se repite más de una vez porque también relato en ella lo que sentía al cerrar los ojos para adormecerme y soñar con montañas y con valles y con estrellas que caen del cielo y con papagayos y antílopes y…

Tenías razón, mamá: nunca volveríamos a ser tan felices. Ahora sé que a papá le molestaba oírtelo decir, e incluso se enfadaba. Quizá

por estar menos expuesto a los sinsabores y el desgaste de *lo cotidiano* y, en última instancia, porque siempre le quedaba la posibilidad de evadirse con el trabajo. Sin embargo, *de la vida* tú sabías mucho más que él. La habías mirado cara a cara y a menudo descubriste que era hostil y espantosa, que del sufrimiento y la pobreza y la muerte a deshoras no podemos librarnos tan fácilmente. Es como si hubieras presentido el trágico final de Stella y el de Thoby, su extrema crueldad. En el caso de Stella porque la muerte le llegó cuando por fin era libre y empezaba a ser feliz junto a su marido, Jack Hills, tras un noviazgo prolongado y una boda romántica. Mas después… ¡Tan solo tres meses de alegría en su nuevo hogar! La sensación de absurdo que sentimos entonces, la sospecha de que el mundo era un lugar arbitrario e injusto se redobló con la repentina muerte de Thoby, que en el otoño de 1906 nos había acompañado en un maravilloso viaje a Grecia, si bien él no lo continuó hasta Turquía. Cuando regresamos a Londres a principios de noviembre estaba en cama, enfermo y muy desmejorado. Le diagnosticaron malaria o neumonía, aunque en realidad se trataba de una fiebre tifoidea que se complicó con una perforación intestinal de fatales consecuencias. Pese a los fuertes dolores y la extrema debilidad en que se hallaba, decidieron operarlo, pero falleció a los tres días, el 20 de noviembre. Tardé mucho en recobrarme de semejante golpe, créeme. Y como en otras ocasiones, solo la escritura me salvó. Porque, pese a la conmoción tan violenta que sufrí, pude expulsar fuera de mí todos aquellos sentimientos y transformarlos en una obra estimable. Mejor dicho, en dos: *El cuarto de Jacob*, donde reflejo su carácter de hombre cabal, y *Las olas*, dedicada en su totalidad al recuerdo de mi hermano. Con su muerte murió para mí un ideal.

Por eso, y a diferencia de papá, puedo comprender tu lamento por el paso del tiempo, por vernos crecer y desaparecer, como empezaba a hacerlo nuestro «paraíso de bolsillo», que tú ya entonces veías amenazado. Cuando llegamos por primera vez, St. Ives era casi como había sido en el siglo XVI: un desordenado

conjunto de casas encaladas que se agrupaban en forma de pirámide sobre una ladera de la isla. Construido por unos pocos pescadores para que sirviera de refugio cuando Cornualles distaba tanto de Inglaterra como ahora España, era un pueblecito cuyas casas tenían peldaños que iban desde la calle a la puerta, y las paredes estaban hechas de gruesos bloques de granito, supongo que con la finalidad de que resistieran al mar y las galernas. Por sus empinadas callejas rugía el viento y resonaban las voces de los chiquillos y las comadres, que a veces aparecían en los escalones altos de las casas para desde allí arrojar los cubos de agua sucia. Olía a pescado en todas partes y en todas partes había un ejército de gatos maullando enloquecidos. Cuando recuerdo St. Ives, a mi memoria aflora un incongruente y variado catálogo de imágenes y sensaciones, pequeños corchos flotando en la superficie del mar de mi memoria que indican la presencia de una red calada en el fondo: el graznido de las cornejas al sobrevolar la casa por las mañanas, el zumbido de los abejorros en el huerto, las manzanas rojas y doradas, las bugallas, las moteadas hojas del olmo sobre el césped, el olor pútrido de las tierras pantanosas de Halsetown, las conchas que de vez en cuando encontrábamos esparcidas por el paseo de las Flores, con sus pequeñas «costillas» idénticas a las de las valvas de la playa, los cambios en la tonalidad del mar…

La transformación de St. Ives empezó siendo algo pintoresco y al principio incluso bromeabais al respecto, pues el asunto hasta tenía su gracia, con la llegada de artistas bohemios a quienes aquellos paisajes de la costa de Cornualles —tan agrestes y casi completamente vírgenes, que conservaban íntegra su genuina singularidad— les parecían muy sugestivos para ser trasladados al lienzo. El hecho te sirvió de inspiración para burlarte de aquella moda y escribir uno de tus cuentos infantiles más divertido, «Los cerditos vagabundos», que aún recuerdo bien. Lo protagonizan tres cerditos que viven en los acantilados y uno de ellos, Curly, un día ve en las inmediaciones a un mono pintando; como no era nada tímido, decidió acercarse, y cuál no sería su sorpresa cuando, sobre el

pedacito de tabla que tenía delante, descubrió el cielo azul y los barcos de vela marrones avanzando a toda velocidad hacia el pequeño puerto. «¡Válgame Dios!, es usted muy listo», exclamó Curly. «Y usted muy educado», le respondió el mono, echando una mirada alrededor. «¿Acaso es crítico de arte?», inquirió.

Ahora no puedo por menos que sonreír al apreciar la sutil ironía de esta respuesta. ¿Acaso los editores que rechazaban tus cuentos te replicaron con la misma *cortesía*? Sea como sea, el caso es que tu relato contenía una premonición, pues cuál no sería nuestra sorpresa cuando un verano al llegar descubrimos que habían construido un hotel que tapaba la vista de la bahía. Y qué chocante te resultaría saber que en mi novela *Al faro* es justamente una pintora —aunque en realidad se trata de mi *alter ego*—, Lily Briscoe, quien al cabo de los años regresa allí. Bueno, eso sucede en la segunda parte. La primera es una vívida recreación de nuestras vacaciones, lo más importante de nuestra infancia, los veranos en Cornualles: el mar, la bahía de Carbis, la punta de Gurnard, las largas caminatas, los juegos, el críquet, la cabaña en el árbol, excursiones en bote al faro, recolectar plantas y frutos silvestres, trepar y saltar por las rocas, nadar, pescar, cazar sabandijas, atrapar mariposas… Y en el centro de todas esas escenas siempre estás tú, *mi* señora Ramsay. «Cincuenta pares de ojos no bastaban para completar el retrato de esa mujer», le hice decir de ella a *mi* Lily Briscoe. Y aún lo pienso.

A veces puedo regresar a St. Ives y contemplar la sucesión de los hechos como si acabara de estar allí. Supongo que se debe a que el recuerdo me trae lo que había olvidado, de modo que todo parece estar ocurriendo de manera involuntaria cuando en realidad soy yo quien *hace que ocurra*. Pero aun así me pregunto si todas las cosas que hemos sentido con gran intensidad llegan a tener vida propia fuera de nuestra mente, si de hecho siguen existiendo. Veo el pasado como una gran avenida que se prolonga hacia atrás: una larga cinta de escenas y emociones donde al final, muy al fondo, todavía están el jardín y el cuarto de los niños…

¡Y tú!

Durante años viví obsesionada con tu recuerdo, mamá. Tan poderoso era que, en una de las crisis más severas que padecí, sucedió algo gravísimo y todos pensaron que no iba a superarlo. Fue a principios de 1915. Cuando ya parecía que nuestro grupo de Bloomsbury estaba definitivamente disuelto porque sus integrantes andaban desperdigados y solo nos veíamos en contadas ocasiones, la Primera Guerra Mundial volvió a reunirnos y a estrechar nuestros lazos en un común sentimiento antibélico y pacifista, pues éramos por completo ajenos a las arengas patrióticas y a la propaganda y la retórica oficial, a los uniformes y banderas. A finales de enero acompañé a mi esposo a una reunión de los socialistas fabianos y, aunque me parecía iluso e inverosímil que aquellos frágiles tejedores de utopías pudieran influir en el destino de las naciones, me gustó estar allí entre ellos y me declaré fabiana. A esta actividad política se sumaba la debilidad mental tras el esfuerzo dedicado a escribir mi primera novela, *Fin de viaje*, y la tensión que me producía la espera de su publicación, algo que, pese a haber alcanzado ya un notable reconocimiento, todavía me sigue afectando: noches de insomnio, una sensación física como de hervirme la sangre en las venas, por la cabeza una nube de vapor blanco y las piernas flaqueando como cirios derretidos, mucho frío, impotencia y terror, ahogos, mudez, y para colmo, la amenaza de sentir que en respuesta a mi libro está a punto de estallar una colosal carcajada que no puedo evitar, como tampoco puedo llorar aunque quisiera llorar a mares y solo queda en mí una gran agitación… ¡hasta que las pastillas hacen su efecto! Si todavía hoy caigo en ese infierno, imagíname ante la aparición de mi primera novela durante las semanas de espera. Además, por entonces Leonard y yo atravesábamos un bache financiero, así que a menudo me mostraba no solo irritable, con incesantes cambios de humor que delataban las turbulencias de mi estado anímico, sino también irritante y hasta vitriólica, lanzando ácidos comentarios que incomodaban a quienes tenía alrededor. No soportaba a mi suegra, que siempre gozó de mi mayor estima por su actitud ante la vida, que afrontaba sin la menor afectación y con una especie de rectitud

y sabiduría moral. Tampoco soportaba a mis cuñadas. Y hasta propuse que a Clive, el marido de Vanessa, le compraran un loro adiestrado en escupir palabras soeces e implorar caricias obscenas. No solo arremetía contra los más cercanos, sino también contra quienes veía por la calle. ¡Cuánto odiaba el término medio! ¡Esa gente anodina, cargada de ínfulas, mas carente de ilusiones, que la Gran Fábrica del Poder producía a destajo! Incluso llegué a desarrollar una amarga y feroz misantropía. Una vez, en un paseo me crucé con una larga y horrible fila de imbéciles a los que pensé que deberían sacrificar. No soportaba las caras de los pasajeros que veía en el metro: prefería contemplar un tajo de solomillo rojo bien crudo o una fuente de arenques plateados antes que unos rostros que se me antojaban brutales y deshumanizados. Hasta que un día sentí un fuerte dolor de cabeza y Leonard me obligó a anular los compromisos sociales para poder descansar y recuperarme, amén de ingerir una buena dosis de Veronal para conciliar el sueño. Una mañana, mientras aún reposaba en la cama adonde él me había llevado el desayuno, de pronto y sin previo aviso sufrí un ataque de nervios y me sentí profundamente angustiada. Creía que tú estabas allí conmigo, en el cuarto, y empecé a hablarte. Hablé casi sin parar durante dos o tres días, sin prestar atención a nadie ni a nada de cuanto se me dijese. Solo en muy breves ocasiones balbucía algo coherente, con frases que tenían una pizca de lógica y sentido, aunque por lo general las más eran puro disparate. Finalmente, todo se volvió confuso y turbio. En mi cabeza bullía una maraña de palabras absurdas, un revoltijo indescifrable. Era un desorden total. Hasta que enseguida dejé de hablar y entré en coma.

Cuando superé la crisis a finales de marzo, me ingresaron en un sanatorio. Durante dos meses no quise ver a Leonard ni a ningún otro hombre. ¿Era una manera de revolverme contra ti, siempre flanqueada por una corte de varones ilustres? ¿Quería impedir que regresaran algunas imágenes, aunque estuvieran del revés, pues en este caso no era la esposa cuidando del marido sino al contrario? Sea lo que sea, lo cierto es que llegué al límite, y parecía como si el

cerebro se me hubiera secado. A finales de junio di muestras de una visible, si bien lenta, recuperación —y que nadie mejor que yo percibía, pues la salud recobrada se detecta ante todo por la capacidad de crear imágenes, con su poder evocador intacto—, lo que evitó que me recluyeran en un manicomio —lo que tenían planeado—, y por fin en noviembre pude regresar a Londres. Hasta el momento no he vuelto a tener una crisis de tal envergadura; tan solo algún que otro episodio breve y moderado. De hecho, los años siguientes fueron muy prolíficos y creativos. En 1925, en nuestra imprenta, Hogarth Press, publicamos *Duelo y melancolía* —o mejor dicho, *El trabajo del duelo*, si traducimos con rigor el título original, *Trauerarbeit*—, de Sigmund Freud. En esta obra, el doctor vienés nos recuerda una y otra vez que llorar a una persona amada es una labor difícil, lenta y paciente, un proceso meticuloso que se debe llevar a cabo a lo largo de mucho más tiempo del que la sociedad contemporánea suele permitirnos. Para este combate es fundamental, nos dice, que hagamos un examen cuidadoso —*gradual*— de cada asociación, de cada lugar y objeto que alguna vez hayamos compartido con los fallecidos —sin tener prisa en deshacernos de la ropa del difunto, por ejemplo—, y son igualmente claves los rituales del duelo que confirman su ausencia —el funeral, las visitas a la tumba o a un lugar conmemorativo—, pues en esa lenta, larga y gradual tarea de despedida nos enfrentamos a la realidad de que *ya no existe*.

Durante los años siguientes publicamos toda la obra de Freud. En ella encontré referencias muy interesantes sobre nuestra relación con las madres, que está abocada a deteriorarse, especialmente en el caso de las hijas, cuando es probable que el amor se convierta en dolor a causa de las decepciones, que son inevitables, y de un cúmulo de circunstancias propicias al enfrentamiento. Lo que el doctor Freud me ayudó a comprender es la sutil complejidad de la lucha de las hijas por ser independientes de sus madres. Y también me proporcionó algunas claves para entender lo que me estaba ocurriendo, que nada tenía que ver con la neurastenia diagnosticada

por el doctor Savage, pues en realidad era un brote de locura maniacodepresiva, con síntomas ya muy distintos —por no decir simétricamente opuestos— a los de anteriores crisis. Ahora fluctuaba entre un estado de angustia violenta y otro de euforia incontrolable, hablando sin cesar durante horas, sin permitir que nadie entrara en mi cuarto, ni siquiera las enfermeras. Con el tiempo también aprendí a detectar los momentos de peligro que anunciaban una tempestad y a admitir, una vez superado el trastorno, que había estado loca, delirando, oyendo voces que no existían, viviendo durante semanas o meses en un mundo de pesadilla y frenesí, de violencia y desesperación. Me estudié a mí misma con empeño infatigable y mirada de entomólogo, y escribí un ensayo, *Estar enfermo*, donde celebro los territorios ignotos que la enfermedad revela al desbordarse la imaginación, hasta el punto de alterar la percepción de la realidad. ¿Y sabes qué? Ya no estoy tan segura de que el abuso sexual al que me sometieron mis hermanos fuera el origen de mis problemas psíquicos, que las crisis fueran la reacción a la experiencia del incesto. Freud, que en sus libros despliega un fascinante caleidoscopio de imágenes, me ayudó. Hasta el punto de, por momentos —¡pero solo por momentos, en algún rato suelto!—, hacerme dudar de la veracidad de mis recuerdos, e incluso llegar a sospechar que todo había sido una invención fruto de la fantasía y los deseos. Es decir: siguiendo las teorías de Freud, sacrifiqué mi memoria negando lo ocurrido.

Sin embargo, no albergo duda alguna de que mis crisis fueron la respuesta a otras experiencias de la infancia: la agobiante omnipresencia de tu recuerdo y a la vez tu ausencia, el vacío que me dejaste en el corazón. ¡Qué paradoja!

Hasta cumplidos los cuarenta podía oír tu voz, verte con toda nitidez, imaginar lo que harías o dirías. Aunque *intangible*, eras una presencia *real*, un peso o una sombra que sentía incluso en los más nimios aspectos y detalles de la vida cotidiana. Hasta que escribí *Al faro*, que al igual que tantos otros de mis libros brotó como un torrente impetuoso: puro relampagueo de una imaginación desatada

y ardiente, estallidos fulgurantes, constelaciones poéticas, ingenio, reflexión, infinitas emociones, sensaciones, sentimientos… ¡Por fin os había atrapado! ¡A ti y a papá! *Escribirte* fue un acto de supervivencia completamente necesario y hasta obligado. ¡Una liberación! Tuya y mía. «¡Basta de sufrimiento; basta!», le hice gritar a mi *alter ego* Lily Briscoe. Y tras la angustia llegó el antídoto: un alivio que en sí mismo era ya un bálsamo. Y de manera más imprecisa, también llegó la sensación de la presencia de alguien: la señora Ramsay ya libre del peso que le había impuesto el mundo. Estaba allí, junto a Lily, y entonces, ciñéndose a la frente una corona de rosas blancas, se retiró. Así te fuiste alejando de mi vida tú también. Cuando terminé esa novela, un día en que paseaba por Tavistock Square, logré desprenderme definitivamente de tu obsesivo recuerdo: ya no te veía, ya no oía tu voz, que durante tanto tiempo resonó en mis oídos… firme, rápida; aquellas leves cadencias con que terminabas tu risa: tres exclamaciones decrecientes… Ah-ah-ah… En ocasiones yo también acabo así de reírme.

No era la primera vez que te recreaba en la ficción, pero hasta entonces habían sido solo amables coqueteos. En *La señora Dalloway*, por ejemplo, apareces de un modo luminoso y celebratorio. Por entonces ya empezaba a poder recordarte sin sufrir, aunque Vanessa me confesó que le costaba un gran esfuerzo avanzar en su lectura, pues página tras página se veía obligada a pensar en ti. Naturalmente, me produjo un inmenso placer que mi hermana creyera que Clarissa Dalloway se parecía tanto a ti, porque no deja de ser un misterio que una niña de trece años —mi edad cuando falleciste—, sin experiencia de la vida, ya que apenas acababa de despertar al mundo, pudiera conocerte con tal profundidad psicológica. Y a ratos hasta llegué a sospechar que había algo falso en esas dos protagonistas, la señora Ramsay de *Al faro* y Clarissa Dalloway: que no eran verosímiles, que había proyectado en ellas un ideal.

Pero Vanessa y Leonard no opinan así.

¿Y tu belleza, mamá? Al principio, no era consciente de ella: me

parecía una cualidad natural de las madres, algo que formaba parte de su condición. Además, sabía de tu *pasmosa* beldad por los otros —las niñeras, los parientes, las visitas—, y esa gracia despertaba en mí vanidad social, no un sentimiento puro e íntimo. Una de las imágenes más poderosas que conservo es verte blandir la antorcha de tu belleza, que llevabas bien alta y paseabas por cuantas salas y estancias recorrías. Cuando dabais una de vuestras célebres fiestas —la casa iluminada, los portones abiertos, un bullicio de gente apeándose de los carruajes—, te veo descender majestuosa las escaleras desde el segundo piso como una reina que, ante los súbditos reunidos en el vestíbulo, les concede una mirada y recibe en silencio su tributo, acepta su devoción y su homenaje, y al pasar entre ellos inclina levemente la cabeza cual si recogiera las palabras que no pueden pronunciar, pero que sienten en lo más hondo de sí: el rendimiento incondicional ante tanta hermosura. Sí, tenías un magnetismo extraordinario y donde quiera que estuvieras —nada más asomar bajo el marco de una puerta y todavía inmóvil— siempre eras tú quien atraía todas las miradas. Luego entrabas, cruzabas la sala contoneándote suavemente, aureolada con el resplandor de tu cabello gris, los diamantes destellando y un vestido de sirena verde plata. Parecías flotar sobre las olas. Tenías ese don: ser, existir, atraparlo todo en el instante de *estar*. Imaginé la embriaguez que te embargaría en tales momentos. Dime, ¿te gustaba? ¿Disfrutabas del espectáculo? ¿O quizás con el paso del tiempo ya no te satisfacía igual que al principio? Pues sin duda aquellos cosquilleos y punzadas, ¡los latidos desbocados!, se habrán ido debilitando y apagando, como tu propia belleza. Además, las muestras de tanta admiración prodigada en gestos repetidos ¿no empañaban los triunfos? ¿No sonaban vacías de sentido las elogiosas palabras que te dedicaban? ¿Por qué seguiste dando esas fiestas? ¿Qué significaba para ti congregar en torno tuyo a Fulano, Mengano y Zutano? ¿Era una creación: seleccionar, reunir, combinar, contrastar, manejar todas esas piezas hasta convertirlas en una estampa brillante? ¿Te movía la vanidad? ¿Lo hacías porque te

gustaba lucirte, rodearte de gente famosa con apellidos de alcurnia, como si fueras una esnob cualquiera? Te confieso, sin embargo, que por momentos creo que esos ritos sociales, perfectamente calculados y pautados, eran una ofrenda. ¿Pero una ofrenda a quién? ¿A ti misma? Otras veces pienso que congregar a tu alrededor un indefinido número de caballeros solemnes pero aburridos, de ancianas mojigatas e hipócritas, de damiselas fogosas y atractivas pero incapaces de hilvanar un comentario inteligente… Toda esa panoplia era en realidad un sacrificio. Porque detrás de la brillante y seductora estampa había habido un incalculable desfile de frenéticas visitas para dejar tarjetas presentando tus respetos, el despliegue incesante de una estudiada amabilidad y de la más exquisita cortesía, el ir corriendo de un lado a otro con ramos de flores o pequeños obsequios que mostraran el afecto y el recuerdo.

Tampoco estoy tan segura de los verdaderos motivos de tu alabada filantropía, y sospecho que todo aquel deseo de dar y ayudar y consolar era para satisfacer tu amor propio y alimentar tu vanidad al recibir las obligadas respuestas de admiración y gratitud: «¡Oh, señora Stephen!». «¡Mi queridísima señora Stephen!». «¡A sus pies, señora Stephen!». ¿Era ese tu deseo, sentir que te necesitaban, que te buscasen y admirasen en Londres o St. Ives? Te indignó saber que en toda la isla no había un solo hospital —«¡Es una vergüenza!», decías—, y te lanzaste a batallar para que aquellas pobres gentes tuvieran unas instalaciones sanitarias dignas, ¡un hospital modélico! Y también hubieras deseado conseguir una lechería modélica porque en Londres te indignaba la pésima calidad de la leche que dejaban a las puertas de las casas de los barrios más humildes, casi negra de tanta porquería como llevaba. Día tras día, semana tras semana, lo comprobabas cuando ibas a visitar a viudas y a madres necesitadas para entregarles ropa y alimentos. Te veo ahora salir de casa con una cesta enorme y caminar en dirección a la parada del autobús, y recuerdo la vez que fui contigo y le preguntaste al conductor por qué la empresa no le había puesto algo de paja donde abrigar los pies, pues forzosamente debían de estar

fríos, y escuchabas lo que él te respondía, y luego hacías tu comentario… Y es que por lejos que estuviera tu objetivo y por largo que fuera el trayecto, tomar un cabriolé era un lujo impensable. Ni siquiera te lo podías permitir en los días más crudos del invierno, cuando bajo el paraguas negro marchabas a paso firme. Así que tus visitas a domicilios, hospitales y asilos para prodigarte con los menesterosos o llevar consuelo a enfermos y moribundos te convirtieron en una verdadera experta en la red de transporte público: podías saltar aprisa del ómnibus rojo al azul y de este al amarillo, y de alguna manera lograr que unos y otros se conectaran entre sí y te llevaran por toda la ciudad. Ya de regreso, después de un día agotador, te veo sentada ante el escritorio, visiblemente cansada, pero al parecer aún con energía suficiente para contestar las muchas y diversas cartas que recibías a diario y en las que, tras confiarte un sinfín de calamidades y angustias, mujeres a menudo desconocidas te pedían consejo o imploraban tu ayuda. Recuerdo cuando, tras tu muerte, desmantelamos Talland House y encontré algunas de esas cartas —separadas en un montoncito aparte para diferenciarlas de las misivas familiares o de las facturas domésticas, de las que también te ocupabas—, en las que una enfermera en paro te exponía sus apuros económicos; otra mujer cuya hija había sido deshonrada, al no encontrar ayuda en una persona de confianza tal como había esperado, te contaba sus cuitas y pesares con todo lujo de detalles; o bien aquella muchacha que, en una carta de varias páginas donde resumía la historia de su vida, te decía que se había peleado con sus padres y sentía la necesidad de descargar sus penas en la buena de la señora Stephen, cuyos consejos necesitaba desesperadamente.

Sí, fuiste todo un ejemplo de entrega, disciplina y sacrificio. Ante tantísimas peticiones y súplicas, parecías desconocer una respuesta tan clara y breve y fácil de pronunciar como «No puedo». Así que, además de un ángel del hogar, para una legión de mujeres fuiste *el ángel bueno*, ya desde los tiempos anteriores a tu matrimonio con papá, en aquellos años de profunda desdicha, cuando quedaste

viuda y te dedicabas a *hacer buenas obras*, una expresión que debería inscribirse en la lápida de tu tumba, según me contó Stella que le pediste un día estando allí, en el cementerio. A este respecto, recuerdo otro de tus cuentos infantiles, «Comida de gatos», protagonizado como la mayoría de ellos por animalitos y chiquillos traviesos, y que también contenía una moraleja final. En él, unos niños deciden abandonar su confortable hogar y vivir en la pobreza para lograr que su madre, dedicada a la filantropía, les preste atención. El parecido entre ellos y nosotros saltaba a la vista, pero, lejos de rendirte a la culpa, nos dejabas bien claro lo agradecidos que debían sentirse los protagonistas en comparación con las pobres criaturas a quienes la madre socorría. Mas ¿qué quieres que te diga?… Sigue sin convencerme tan edificante mensaje. Si a tu cuentecillo le aplico las teorías del doctor Freud, la conclusión es bien distinta. Porque entonces veo que quien en verdad se escabullía eras tú, que toda aquella vocación asistencial era una vía de escape, una manera de zafarse de las voraces exigencias de papá y de los tímidos requerimientos de tus hijos. Aquellas horas, a veces un día entero y en ocasiones toda una semana, eran *tu libertad*. O al menos tu independencia: tu triunfo sobre la tiranía del hogar y de la sociedad, y a la vez la victoria que te convertía en una mujer ingobernable, dueña absoluta de su vida, reina amadísima de todos sus protegidos y, en última instancia, ya no solo en una mujer para quien la caridad es un medio con que aplacar su curiosa y bienintencionada indignación, sino también en una sabia experta a punto de resolver el eterno problema social de la lamentable brecha entre ricos y pobres: ¡una *verdadera artista* que crea una maravillosa obra de redención y salvación!

Parece un hermoso cuento que sin embargo yo no puedo tragarme así como así. Sé de lo que hablo, créeme. Poco después de mi crisis de 1905, cuando tras recobrar la salud vivía de nuevo en Londres y reanudaba mi vida social, un día vino a verme la señora Sheepshanks, hija del obispo de Norwich y directora del Morley College, para proponerme dar clases nocturnas a un grupo de

obreros —hombres y mujeres— en el instituto instalado como un anexo del teatro Old Vic, en Waterloo Road. Quería reclutar para su empresa a gente joven capaz de combinar diversión e instrucción, e incluso llegó a convencer a mis hermanos para que, ocasionalmente, se incorporasen a su obra: Vanessa enseñando dibujo; Thoby, latín, y Adrian, griego. Ellos pronto perdieron el interés y su presencia allí fue más bien esporádica, pero en cambio yo me lo tomé muy en serio, dedicando un considerable tiempo y esfuerzo a preparar las clases a fondo, pese a que solo se trataba de impartir nociones básicas de gramática inglesa y dar *charlas* sobre libros y cuadros, que sin embargo redactaba previamente con rigor y todo lujo de detalles, pues no confiaba lo bastante en mi capacidad para dictarlas de memoria. Al principio me asaltaron mil dudas. No pensaba que importara demasiado cuanto yo fuera a decir pero, puesto que la buena de la señora Sheepshanks estaba segura de que mi ayuda en materia de arte y literatura le sería útil, me dispuse a intentarlo. Los miércoles, además, daba clases de redacción. Mi cometido era espolear y hacer bullir la imaginación de los alumnos, cuatro hombres y seis mujeres: un viejo socialista de unos cincuenta años que creía que podía incluir a los parásitos —los aristócratas— en una redacción sobre el otoño; un holandés que —¡al final de la clase!— pensaba que había estado aprendiendo aritmética; un italiano que entonaba el inglés como si fuese latín medieval; unas dependientas escuálidas que aseguraban que escribirían a destajo si después de cenar dispusieran de más tiempo, y un poeta imberbe que se sonrojaba al declamar, pero que casi se atrevía a cogerme la mano y acariciarla al intuir que a mí también me gustaban los versos de Keats.

A menudo me invadía el desaliento y más de una vez estuve a punto de tirar la toalla, pero de pronto observé que la señora Sheepshanks ya no se impacientaba como al principio, cuando en alguna ocasión venía a escuchar mis lecciones; por el contrario, al oírme exclamaba: *Oh, really, how exciting!* Y es que las clases cobraron un mayor interés cuando, tras descubrir que mis

trabajadoras estaban más predispuestas a hablar que a escuchar, las dejé despacharse a gusto, pues lo que en realidad les entusiasmaba era la fórmula que desde un principio me recomendara aplicar la bendita señora Sheepshanks: chismes y amabilidad. Naturalmente, empecé por emplearla conmigo misma, hablándoles de mis viajes y de otras fruslerías. Con el tiempo, y pese a que su inteligencia apenas cultivada abría una brecha en la relación profesora-alumna, lo cierto es que llegaron a ser capaces de asociar ideas y aplicarlas a la vida. Y así poco a poco empezaron a desnudarse y a mostrarse a sí mismas. Podría retratar a unas cuantas, pues fueron muchas las que despertaron mi interés, tanto por las cosas que relataban como por la franqueza con que las revelaban, lo cual me ayudó a formarme un cuadro bastante exacto del *demi-monde* de las letras, que iba a interesarme mucho y a ocupar un lugar importante en mi imaginación años más tarde, cuando quise ser escritora.

Por consiguiente, comprenderás, mamá, que no pasó mucho tiempo antes de poder *verificar* por mí misma el porcentaje de egoísmo enmascarado que subyace a toda labor o dedicación social y caritativa, sea como enjuague de conciencia, praxis vampírica o mera curiosidad morbosa de una dama por una trotacalles. Te confesaré que no pocas de aquellas observaciones y revelaciones y confidencias oídas en las clases nocturnas del Morley College pasaron a formar parte de mis novelas. Por ejemplo, el poetastro que se emocionaba al comprobar que ambos adorábamos los mismos versos de Keats pasó a llamarse Septimus en *La señora Dalloway*: un joven autodidacta, amante de los clásicos, que siente una veneración romántica por Isabel Pole, de quien recibe clases sobre Shakespeare y Keats, hasta el punto de que cuando lo envían a la guerra, a falta de hondas emociones patrióticas, para su consuelo se dice que en realidad está combatiendo por *su maestra* y por *los poetas*.

De esa experiencia nacen mis dudas y recelos sobre la filantropía y la caridad. La convicción de que en ocasiones estas no son más que una perversa comedia me impide admirar la entrega apasionada y

ferviente de mujeres que, como tú, sienten que su deber es trabajar por el bien de los demás, pues me parece que su tarea encubre algún afán de poder o de dominio. Sin olvidar que la dedicación a las obras caritativas las aleja del trabajo remunerado y por tanto de la posibilidad de alcanzar su independencia. Sé de lo que hablo, mamá, pues mis conocimientos en esta materia se ampliaron considerablemente unos años más tarde, cuando hacia 1910 entré en contacto con un grupo de sufragistas entre las que se encontraba Janet Case, mi antigua profesora de griego, a la que le ofrecí mi colaboración, pues en verdad me conmovió la injusticia que ellas denunciaban y sentí que era necesario actuar, si no como militante, al menos como voluntaria, realizando trabajos de oficina, lo que me deparó un interesante cúmulo de experiencias y a la vez reforzó mi convicción de que la política y la filantropía son tareas que solo realizan las personas duras e inflexibles. Entonces pude comprobar asimismo que los buenos sentimientos de aquellas mujeres que apenas se interesaban por sus propias familias también se iban marchitando. Y me sorprendió descubrir que *la edad* consista no en cambiar de opiniones, sino en mantener las mismas, pero apagadas y mustias.

Mas dejemos este asunto, en el que me estoy extendiendo más de lo que desearía, pues a fin de cuentas casi lo único importante de cuanto quiero decirte ya lo avancé y expresé al principio, aunque abruptamente: siempre he creído que te moriste de agotamiento, extenuada por tantas vidas y papeles como los que encarnaste y representaste: el ángel del hogar, la anfitriona impecable y exquisita, el ángel bueno… ¡y la mujer que concibió y alumbró siete hijos! Vivías a *alta presión*, mamá: la vida te había enseñado que los hechos, tal como tú los interpretabas, eran en sí mismos de suma importancia y tenían una trascendencia capital, aunque estuvieran protagonizados por una tropa de insensatos, payasos e hipócritas. Con razón en los últimos años estabas tan demacrada. Recuerdo el retrato que en 1890 te pintó William Rothenstein y que tanta consternación causó en la familia —según me contaría mucho

después Stella, cuando me lo enseñó casi a escondidas— porque, lejos de la exuberante belleza de tu juventud, apareces allí con una expresión triste, y estás pálida y muy delgada, como al borde de la extenuación. Quizá por ello Rothenstein recibió una buena reprimenda y durísimas descalificaciones de todo tipo, hasta el punto de que el retrato fue retirado de inmediato, y nunca llegó a colgar de las paredes de nuestra casa.

Tu muerte fue el peor desastre que podía ocurrirnos, mamá. Muy especialmente para mí. Quizás entonces no era demasiado consciente de lo que significaba, pero durante dos años padecí las consecuencias: la familia aislada de la sociedad, las estancias en penumbra, los gemidos y ayes, la supresión de los veranos en St. Ives, los vestidos negros… Recuerdo que me decía a mí misma que era imposible que hubiera ocurrido, que no era lógico, que iba contra las leyes de la naturaleza, que era algo así como una traición o un engaño… El golpe de la muerte me pilló indefensa, como la mariposa o la polilla que tantas veces había visto salir de la crisálida, con sus patas y antenas pegajosas y temblonas, todavía vacilante, esperando unos segundos junto al capullo roto, los ojos deslumbrados, las alas húmedas y encogidas, incapaz de volar.

Fueron tiempos de terrible incertidumbre, confusión, desconcierto… ¡y peleas inútiles! Si nos hubieran dejado con nuestro dolor a solas, la situación habría sido mucho más llevadera. Pero no fue así. Con la obligación de guardar luto, llegó el horror. Los días que precedieron al funeral el ambiente era tan melodramático e histriónico como irreal, muy adecuado sin duda para favorecer todo tipo de alucinaciones. Lo vivimos en silencio, casi a oscuras. La gente entraba y salía sigilosamente del salón, donde nos apiñábamos junto a papá, que sollozaba. Aun así, conservo un recuerdo muy hermoso de cuando fui con George y Vanessa a la estación de Paddington a recoger a Thoby, a quien habían mandado regresar de Clifton College. Anochecía ya cuando llegamos, y la gran cúpula de vidrio situada al final de la estación resplandecía en rojo y amarillo. Quedé hipnotizada al descubrir algo tan natural como la

luz. Presa de un rapto, caminé por el andén extasiada ante aquel magnífico fulgor hasta que el tren hizo su entrada muy despacio. Me impresionó vivamente aquel contraste con los recintos oscuros de nuestra casa de Hyde Park Gate, impregnada del olor pútrido de las flores amontonadas sobre la mesa del vestíbulo que traía la recua de plañideras autorizadas a visitarnos: una legión de tías, primas y amigos de diverso pelaje que, exhibiendo rostros llorosos y compungidos, desplegaban sus pías condolencias expeliendo un amplio surtido de efluvios sentimentales. Mas, a la par que venían a compadecerse de los huerfanitos, los intrusos aprovechaban para comprobar que la conducta de aquellos niños era la adecuada y correcta. Tu malhumorada prima Mia, típica representante de la era victoriana, cuya especialidad era sentirse permanentemente ofendida y coleccionar y difundir malas noticias, estaba como pez en el agua en aquel ambiente fúnebre, dando cuenta de enfermedades y fallecimientos, lamentándose y llorando como una plañidera de oficio. Tu cuñada Minna Duckworth se creyó autorizada a ejercer de madre: nos acechaba y vigilaba sin cesar, inspeccionando meticulosamente los tarjetones en los que, según manda la cortesía, contestábamos a los pésames y las muestras de afecto recibidas, aunque apenas hubiera espacio en blanco donde hacerlo, de tan anchas y exageradas como eran las franjas negras de los bordes. La curiosidad de esta señora no tenía límites y su rigor era implacable. Cuando nos abrazaba, parecía que extendiera unos tentáculos largos y filosos para apresarnos y meternos en el redil de la disciplina y los buenos modales. Las contadas ocasiones en que salíamos a pasear, vestidos de riguroso luto, caminábamos en procesión cogidos de la mano, atentos al *efecto* que *debíamos* causar. La tía Caroline Emelia era amable, pero también muy aburrida. Y en cuanto a la rama de los Stephen, de aquellas primas pedantes y prepotentes, y por añadidura feas, las hijas del tío Fitzjames, únicamente podíamos esperar los dogmas y sentencias propios de su feroz anglicanismo. Solo los hijos de tu difunta hermana Adeline nos proporcionaban algún rato de solaz y alegría, sobre todo la pequeña Emma, que me

escribía cartas alegres y chisposas, repletas de cotilleos. Pero ellos vivían lejos, y durante mucho tiempo nuestra vida transcurrió igual que bajo los efectos de un permanente eclipse de sol: sin luz, ni física ni espiritual.

De un día para otro desapareció *la vida* que tú habías creado. Nuestra casa se convirtió en un hervidero de pasiones: una olla a presión a punto de explotar, repleta de escenas grotescas, cómicas y trágicas, con violentos impulsos de rebeldía y súbitas caídas en la desesperación, a veces un inmenso aburrimiento y siempre la rabia implacable hacia George y Gerald, los arrebatos de amor apasionado hacia papá y también un odio ciego hacia él, todo mezclado y revuelto, turbio, enfermizo. Papá, anonadado por el dolor y quizá también por los remordimientos —pues a fin de cuentas no todo había sido un camino de rosas en vuestro matrimonio, ni él un esposo siempre amable y atento—, no cesaba de gritar que tu muerte era un golpe que le destrozaba la vida. Y para demostrarlo, exhalaba todo tipo de gemidos y desvaríos, desdeñaba el consuelo de nuestras palabras, y manifestaba una y otra vez su deseo de morir, dejándonos perplejos y asustados, obligándonos a representar papeles que desconocíamos y a fingir sentimientos que no teníamos, pues era necesario ahogar nuestra tristeza para animarlo a él y lograr que se recuperase de *su* pérdida con frases y palabras que tampoco eran las nuestras, sino las que les oíamos pronunciar al coro de plañideras que nos visitaba. Inesperadamente, a Leslie Stephen se le privaba de su bienamada y santa esposa, de la mujer consagrada a hacer que la vida fuera lo más feliz y confortable posible, cuidándolo hasta el final de su vida, como era razonable pensar, dado que ella era catorce años más joven, mientras que él…, *el abandonado*, *el desdichado anciano*… ¡Él era un sesentón egoísta y pusilánime, un hipocondríaco al que le costó trabajo morirse de cáncer a los setenta y dos!

Habría sido mucho mejor para todos que lo hubieras obligado a valerse por sí mismo, mamá. Pero durante muchos años convertiste la mala salud de hierro de tu esposo en un fetiche, y cuando acudías

a su lado a complacerlo te embargaba una extraña satisfacción. En *Al faro* te pinté así en uno de aquellos momentos de entrega y sacrificio, cuando «a la señora Ramsay se le inflamaba el rostro en una explosión de alegría y placer ante la recompensa recibida y que, por razones que no acertaba a comprender, le confería la felicidad más grande que es dable a la naturaleza humana: pues ahí estaba, junto a ella, le daría lo que le pidiese».

Así que les dejaste a tus hijas una envidiable herencia. Y digo *les*, en vez de *nos*, porque yo, por ser la pequeña, pude zafarme en gran parte de aquella esclavitud, que recayó exclusivamente en Stella primero, y después en Vanessa. ¡Pobre Stella! Aceptó la situación sin protestas ni preguntas, dispuesta siempre a preparar la cena, a llevar a Adrian al colegio, a realizar las compras, a venir con nosotras de paseo, a organizar las tareas domésticas y hacer que la casa funcionase y siguiera adelante sin grandes dispendios, a orquestar las visitas de las plañideras e incluso a compensar tu muerte suplantándote en las tareas y labores sociales dedicadas a los pobres y necesitados. Lo más loable es que desempeñaba todo esto por un sentido del deber y por el gran amor que te profesaba, y de manera muy particular las atenciones y cuidados para con Leslie Stephen, quien consideraba que estaba en *su derecho* de exigirlos, aunque ni siquiera fuera el padre, sino solo el pupilo que le había caído en suerte porque tú se lo dejaste en herencia. Como hija única de tu primer matrimonio, había tenido que soportar los áridos años de viudedad, y sufrido *el desmoronamiento* cuando de su vida desaparecieron la alegría y la dicha porque tú estabas completamente hundida en una indiferencia absoluta y afirmabas que la muerte habría sido la mejor bendición que se te hubiera podido conceder, y todos los pensamientos y todos los sentimientos de la pequeña se centraban en ti, aunque tú no la correspondías de igual modo, pues amabas mucho más a tus hijos varones… No te importó en absoluto sacrificarla. ¡Pobre Stella! Debería haberle tocado desempeñar el rol autoritario y fuerte de la hermana mayor en los cuentos infantiles, pero era todo dulzura y entrega, una de

esas naturalezas femeninas *sin deseos para sí*. Tan identificada estaba con *tu papel*, tan embebida en la imagen de la gran Julia Stephen, que Stella siempre me dio la impresión de que nunca llegó a desarrollar una personalidad propia.

Así que te consolará saber que, de manera totalmente natural y espontánea, sin jamás vacilar, ella reemprendió las tareas y obligaciones familiares en el punto donde tú las habías dejado: se convirtió en una versión más pálida y desdibujada de ti, mamá, aunque también más dulce. Y resulta curioso que, siendo así, con ese carácter y disposición, mientras tú viviste ella no mostró el menor interés en casarse, pues la separación física de su adorada madre sin duda constituía un trauma para ella. La mera perspectiva de un viaje le hacía temblar de angustia, y con tu muerte palideció aún más que de costumbre, volviéndose casi fantasmal, aunque sin nunca dejar de cumplir con sus deberes de esposa y madre en funciones. Y menos mal que papá tuvo el detalle de reconocérselo en su célebre *Mausoleum Book*, donde escribió: «Tú, mi querida Stella, me has ayudado más que nadie…, ninguna mujer podía darme más en medio de un dolor como el mío… ni ofrecerme todo el consuelo que yo pueda recibir».

A Vanessa, el morboso exhibicionismo sentimental de nuestro padre le repugnaba. Ella nunca había estado demasiado apegada a él; al menos, no tanto como yo. Una tarde, cuando aún vivías, le pregunté a Nessa que a cuál de los dos quería más, si a ti o a él, y con su habitual franqueza respondió que *ella* te prefería a ti. Acto seguido, le dije que en mi caso era al revés, que *yo* prefería a papá, y que más de una vez, si lo sorprendía en el momento de irse a trabajar, me abrazaba fuertemente a sus piernas y le suplicaba que no se marchase. Creo que no la convencí de mi sinceridad, porque a mi hermana esa conducta le pareció propia de una pícara coqueta. Y es que ella siempre destacó por su sensatez y su sentido práctico: era mucho más juiciosa y analítica, y tras tu muerte se volvió reservada, disimulando su dolor y sus verdaderos sentimientos tras una imperturbable serenidad, pese a lo muy unida que estaba a ti.

Sin embargo, lo cierto es que consiguió endurecer su corazón y hacer caso omiso de las exigencias emocionales de papá, alejándose de aquel ambiente y buscando solaz y refugio en la pintura, que ha cultivado con un mérito notable.
En cuanto a mí, aunque fuera de forma inconsciente, percibí y sentí lo bastante para años más tarde poder trasladar lo vivido a mi novela *Al faro*, donde Lily Briscoe advierte que la verdadera tragedia de aquellos niños —los hijos de la fallecida señora Ramsay— no radica en los vestidos de luto ni demás rigores del duelo, sino en tener que vivir cohibidos y en silencio, buscando a tientas palabras que desconocían. Y por supuesto, mi pintora capta perfectamente la magnitud del egoísmo del viudo, que le inspira horror.

Sí, lo que siguió a tu muerte debió de calarme bien hondo para ser capaz de escribir esas páginas. Por darte solo una pequeña idea, te contaré qué sucedía los *terribles miércoles*, cuando papá revisaba las cuentas domésticas y, si los gastos sobrepasaban las doce libras, nos sometía a una verdadera tortura. Después del almuerzo se le presentaban los libros donde, como sabes, en la correspondiente columna se apuntaban todos y cada uno de los peniques gastados, y en cada casilla las sumas debían cuadrar a la perfección. Tras calarse los anteojos, papá examinaba las cifras. Silencio. Poco a poco se le iban hinchando las venas de la frente y la cara entera se le ponía más roja que un tomate. Al acabar, le propinaba un puñetazo al libro. Después venía un rugido. Luego, dándose golpes en el pecho, gritaba iracundo: «¡Estoy arruinado!, ¡estoy arruinado!». Acto seguido representaba a la perfección el consabido numerito melodramático, una extraordinaria interpretación teatral autocompasiva, pues siempre supo explotar muy bien todas sus desventuras y desgracias. Es de la escuela de Lord Byron: *il se pose en victime*. Puedes imaginar que para Vanessa, a la que como sabes no se le daban bien las matemáticas, el tiempo y los esfuerzos dedicados a aquel rompecabezas numérico eran un suplicio, pero ella se quedaba a su lado en silencio mientras papá la cubría de reproches e insultos: «¿Acaso no te doy lástima, no merezco ni una

sola palabra de consuelo? Pareces un pasmarote, una roca. ¿No tienes nada que decir?». Mas ella permanecía callada, sin moverse ni despegar los labios. Papá le soltaba cualquier burrada que se le pasara por la cabeza y ella seguía imperturbable. Hasta que por fin él cambiaba de táctica y adoptaba otra actitud: lanzaba un profundo gemido y con manos visiblemente temblorosas tomaba la pluma para extender el cheque semanal con el que pagar a los proveedores y al fin, con gesto cansado, se lo arrojaba a Vanessa. Después, muy despacio, pero sin cesar en sus lamentos, guardaba la pluma y el talonario. Luego se hundía en la butaca con la cabeza sobre el pecho. Por último, con aire de fatiga, tomaba un libro, leía un rato, y al cabo, con voz quejumbrosa, me preguntaba: «¿Y qué haces esta tarde, Ginny?». Jamás he sentido tanta rabia ni tanta frustración. Porque no podía expresar ni una palabra de lo que sentía: un infinito desprecio por él y a la vez una inmensa pena de tanta lástima como me daba Nessa.

Este comportamiento de papá era brutal. Sin exageración. No puedo calificarlo de otro modo. Porque si en vez de palabras se hubiera servido de un látigo, la violencia no hubiera sido mayor. Sin embargo, se cuidaba muy bien de representar tales escenas en presencia de varones, y a menudo yo me preguntaba por qué no se avergonzaba también de ellas ante las mujeres. En parte, sin duda, debido a que para él la mujer era una esclava. Lo cual no explica tanto histrionismo —las poses, los golpes en el pecho, los gemidos, la histeria—, aunque tal vez lo explique su dependencia de las mujeres, pues papá siempre necesitó tener a su lado una que lo comprendiera, lo halagara y consolara…, quizá por ser consciente de su fracaso como filósofo y escritor. Estaba, además, el orgullo, que sin duda hacía que se avergonzara ante la mera idea de confesar a los hombres su necesidad de comprensión, mientras que con las mujeres… ¿Acaso no estaban ellas *para eso*?

Creo que a raíz de tu muerte empecé a descubrir el insoportable contraste entre la apariencia de las cosas y su realidad, la clamorosa contradicción entre lo que se representa o manifiesta exteriormente

y lo que se es o se siente en el fondo de uno mismo. En otras palabras: descubrí la hipocresía a raíz de aquellas obligaciones sociales que tuve que desempeñar y no pude eludir. El calvario empezaba por la tarde, con los preliminares del rito del té. A partir de las cuatro y media, Vanessa y yo debíamos estar en casa y a punto para recibir a las visitas. ¡Era aburridísimo! En su mayor parte, tías, primas y otras parientas lejanas, más los conocidos de papá: ancianos caballeros y unas pocas damas mojigatas que encarnaban lo que la naturaleza humana da de sí en lo tocante a trivialidad y nadería. Brillaban en el arte de la conversación intrascendente, lo suyo era pura cháchara, una sarta de lugares comunes y frases pomposas, infatuadas, rimbombantes, que desgranaban al tiempo que se tiraban del collar como si fuera la correa de un *spaniel*. Daban verdadera vergüenza ajena, pero debo admitir que me empleaba a fondo para rebuscar en el baúl de los tópicos y poder así responder *apropiadamente* a sus cansinos «¡Qué extraordinario!», «¡Realmente!», «*Indeed!*», y simular un gran interés, aunque su charla fuera absolutamente insípida y banal. Si además tienes en cuenta que la sordera de papá avanzaba irremediablemente, puedes imaginar la pesadilla de oír repetirse toda aquella cantinela como en un eco interminable. Aunque también tenían su parte cómica esos momentos, cuando la situación se agravó y papá ya ni siquiera se percataba de que podían oírlo. De repente abría aquellos ojos de un azul luminoso y emergía de un profundo ensimismamiento para dar su opinión, que desde luego no pasaba desapercibida. Si las visitas amenazaban con quedarse a merendar y luego a cenar, como él no era consciente de que lo oían, soltaba bien alto lo que estaba pensando: «¿Qué les cuesta irse a estos pelmas? ¿Qué les costará, Dios mío?». Pero los pelmas casi nunca se daban por aludidos y, de hacerlo, se lo perdonaban para así poder volver a visitarnos otro día.

Este calvario aumentaba durante las cenas solemnes y los bailes de etiqueta, tres o cuatro por semana durante *la temporada*. Aun por crudo y desapacible que fuera el tiempo, aun por mucho frío que hiciera, a las siete y media Nessa y yo, desnudas de cintura para

arriba, nos poníamos ante el aguamanil para frotarnos a conciencia el cuello y los brazos que el traje de noche dejaba al descubierto y debían lucir radiantes. Tras cepillarnos el cabello y comprobar una vez más que nuestro aspecto era impecable, ¡y *respetable*!, bajábamos al salón para recibir el beneplácito de George, que nos examinaba con mirada inflexible y severa. Rara vez teníamos la impresión de haber acertado y estar a la altura de lo que se nos exigía, entre otras cosas porque era muy difícil hacerlo considerando la magra asignación económica que recibíamos. Jamás olvidaré el maldito día en que se me ocurrió ir a la tapicería Story's y comprarme una tela verde para confeccionar un vestido porque allí los tejidos eran mucho más baratos que en una pañería, aunque también más atrevidos. Cuando bajé enfundada en mi flamante traje de noche, George, de pajarita y chaqué negro, ya aguardaba sentado en el sillón de cuero rojo junto al fuego del hogar, acariciando distraído a Schuster, nuestro perro salchicha. Nada más verme fijó en mí una mirada que me taladró, y me sentí como un caballo que fuera a subastarse en una feria. De inmediato supe que había cometido un grave e imperdonable delito. Vi que se enfurruñaba como un niño y en la expresión de su rostro podía apreciarse el enfado y el rechazo, que no se debían solo a una cuestión de índole estética —al mero desagrado—, sino a algo más profundo: él *percibía* en mi traje una especie de sedición moral y social, un desafío a las normas. Todo eso lo vi con claridad reflejado en su rostro mientras permanecí frente a él, paralizada por el miedo y roída por la vergüenza y la desesperación, hasta que lo oí gritar: «¡Sal de aquí inmediatamente y hazlo trizas!». Se lo había tomado como una ofensa personal, una burla de los códigos y de las normas sociales que regían su vida.

Ya supondrás que Vanessa, en su calidad de hermana mayor, había sido *presentada* antes que yo y por consiguiente me había prevenido contándome que las dichosas veladas eran lo más parecido a los suplicios de un galeote. Pero su descripción se quedaba corta. Todo allí contribuía a encanijarnos, empezando por los lacayos de chaleco

a rayas y casaca negra de cola de golondrina que nos recibían a las puertas del vestíbulo. Después se sucedían las varias y consabidas estaciones de un viacrucis: cenas que se prolongaban durante horas, en las que todo el mundo parecía conocer a todo el mundo, mostrándose encantados de volverse a ver, aunque tan solo hubieran pasado un par de días desde la última celebración. Por lo general, a mí me tenían crucificada entre dos muchachos con ínfulas intelectuales que después me sometían al inacabable carrusel de rigodones, valses, polcas o minuetos, un verdadero martirio al que has de sumar la constante preocupación por *el aspecto*: que los largos vestidos de satén no se arrugasen y que la ropa interior no resbalara y cayera al suelo como me pasó una vez, o que el peinado —siempre amenazando con deshacerse— aguantara incólume. Ganas me daban de apedrearlos a todos, aunque solo fuera con un puñado de almendras garrapiñadas. En verdad tenía que hacer grandes esfuerzos para acallar la furia interior que me dominaba y reprimir las lágrimas de indignación que se agolpaban en mis ojos.

¿Y tú? ¿Qué sentías durante las espléndidas fiestas que, ¡infatigable!, organizabas año tras año? Dime la verdad. Porque para *mi* señora Dalloway representaban un esfuerzo excesivo y en realidad no disfrutaba de ellas, así que en la novela hice que se sintiera como un poste, allí clavada en lo alto de la escalera, con la sensación de ser tan solo un objeto decorativo. Y los invitados, unos seres irreales.

¿Pero sabes cuál era la humillación más profunda que sufría en esas ocasiones? ¡Ser arrastrada por George! Él ocupó tu lugar, pero desempeñó un papel distinto al que tú habrías representado al llevarnos contigo, puesto que convirtió aquellos eventos en una prueba del éxito social —¡el suyo!— que tanto lo arrobaba, prueba en la que Vanessa y yo éramos simples peones que manejaba a su antojo, amparado en la potestad de que se había investido y que ejercía hasta extremos insospechados. Teníamos que ir adonde él quería que fuésemos, teníamos que aceptar las invitaciones que consideraba convenientes e ineludibles. No desperdiciaba la ocasión

de imponer su autoridad, y todo quedaba sometido a su arbitrio: desde los trajes y las joyas al comportamiento y los temas de conversación. Nos obligaba a *asumir* todos sus puntos de vista para así pagar tributo a su fe. Porque George aceptaba la sociedad victoriana de forma tan incondicional que para un arqueólogo resultaría un ejemplar fascinante de esa era, pues al igual que un fósil, había adquirido todos los pliegues y arrugas de los credos y convencionalismos que caracterizaron a la clase media alta británica entre 1870 y 1900. Así que al principio todo eso le valió que *la sociedad* lo recibiera con los brazos abiertos: tenía una renta de mil libras anuales y una posición más que aceptable, amén de una desmesurada reverencia hacia los símbolos de *la grandeur*. Además, por aquel entonces aún era atractivo y apuesto, de modo que montado a caballo, con la escopeta, las botas y el atuendo apropiado, en las cacerías daba el pego y *podía* arrimarse a la aristocracia y al mundo del lujo y la ostentación, para así ascender en la escala social, tener *entrée* en la corte y ver cumplidos sus sueños secretos: una mujer estrangulada de perlas y diamantes y amatistas, mansión en el *country*, carruaje y cochero con un botón, caballos árabes de pura raza, etcétera. Es decir, todo cuanto yo detesto profundamente, pues he tenido muchas oportunidades de comprobar hasta qué punto el alma humana se amodorra e idiotiza bajo las pomposas arañas de los salones, y de ver cómo el lujo convierte a las personas en gente vulgar y aburrida. Y así le sucedió a George, a quien la glotonería transformó de un esbelto y elegante Apolo en un fofo y orondo Baco. Una de las últimas veces que lo vi fue en el entierro de la tía Nun: el *respetable* George era un balón de carne trufado de sensiblería. Aun así, reventarías de orgullo al saber que no hace mucho, en 1927, fue nombrado sir. Con tal motivo, pensé en escribir un breve ensayo sobre mi hermanastro, empezando con este retrato: «Tiene la cara pálida y surcada de arrugas, y sabe expresar su melancolía tan bien como un perrillo faldero. La papada es de una delicadísima carne semitransparente y, cuando la ves desparramarse blandísima sobre el cuello de la

camisa, dan ganas de filetearla. Por lo demás, su panza está tirante como la piel de un tambor. Cuando se sienta, cosa que hace con gran lentitud, da la impresión de que le van a reventar los pantalones. Se levanta igualmente con dificultad…».

Podría seguir enumerando sus atributos, pero prefiero contarte que, pese a todo, un tibio afecto mutuo comienza a perfilarse vagamente entre nosotros. En parte porque ahora, desde la distancia, sus convenciones más bien me divierten, pero también porque a menudo habla de *maman*. Supongo que estas muestras de cariño son una forma de autoprotección, si bien debo admitir que *suenan* sinceras. Dice que me encuentra cierto vago parecido contigo, lo que no me desagrada del todo y hasta me halaga, aunque la presencia de George me obligue a retroceder a aquellos días, cuando a la humillación sufrida por haber sido arrastrada contra mi voluntad a la horrible exhibición de hipocresía e inanidad que reinaba en cenas y bailes, mi hermanastro añadía el más lacerante de los ultrajes: al regresar a casa, pasada ya la medianoche, cuando yo creía que por fin había acabado el suplicio y solo pensaba en descansar y olvidarlo todo, ya metida en la cama y a punto de conciliar el sueño, oía el crujido del entarimado, la puerta del dormitorio se abría con un leve chirrido, sonaban los pasos sigilosos de alguien que entraba con cautela, su voz pidiendo en un murmullo: «¡No te asustes! ¡No enciendas la luz, mi amor, mi amor…!», y, amparado en la sombra, se arrojaba en el lecho y desplomaba su cuerpo sobre el mío, me tomaba en sus brazos y me manoseaba y me besaba y… Las viejas damas de Kensington y de Belgravia jamás podrían haber imaginado que George Duckworth no solo era padre y madre y hermano de aquellas pobres chicas Stephen: era también su amante.

Pero ahora ya nada de todo eso puede hacerme daño y es innegable que él conserva una pizca de *lo que fui*, incluida una gran parte de mi infancia: el críquet, las bromas, los mimos, los paseos por Londres para ver iglesias, las meriendas en un selecto salón de té. Eso era lo mejor. Y aunque parezca mentira, una vez casado e

instalado en su propio hogar, a menudo volvía de visita y nos traía salchichas Lincoln, frascos de *eau de cologne* y grandes ramos de flores. Debo reconocer que si George muriera, sentiría que con él se entierra algo de mí, pues todos somos depositarios de la memoria familiar.

Por eso te cuento todo esto, mamá, algunas de las cosas que me sucedieron tras tu muerte, que fue cuando sufrí la primera crisis nerviosa, aquel mismo verano. Esa vez ya no se trataba solo de un puntual *repeluzno* —como llamabais a los fuertes ataques de rabia que me asaltan desde niña—, sino que fue una gran perturbación, a juzgar por los graves síntomas que la acompañaron: el pulso se aceleró hasta extremos de alarmar al doctor Seton, estaba deprimida y la gente me horrorizaba, apenas me atrevía a salir a la calle pese a que habían prescrito la obligación de pasar cuatro horas diarias al aire libre, y por primera vez dejé de escribir en las páginas de mi cándido diario y en el divertido periódico familiar que tantos buenos ratos nos había deparado, *The Hyde Park Gate News*. Tal estado se prolongó hasta 1897 y, aunque solo conservo vagas impresiones, creo que ya entonces oí por vez primera aquellas voces que me seguirían atormentando en sucesivas crisis. Ya te conté lo sucedido durante una de las más graves que he padecido, cuando creí que estabas encerrada conmigo en el cuarto y empecé a hablarte ininterrumpidamente.

También en 1904 me afectó mucho la muerte de papá: agotada por los cuidados que exigió durante su larga enfermedad, apenas encontré alivio en la breve escapada a Italia que organizaron Vanessa y Gerald durante las vacaciones de Pascua, y en la que coincidimos también con algunos conocidos. Mas dudo que ese viaje fuera una buena idea, dado el trajín y el desgaste que comportaba: constantes desplazamientos bajo un calor sofocante, visitas a innumerables museos, compromisos y cenas, turistas y turistas y más turistas, especialmente los alemanes, unos brutos que parecían recién salidos de las cavernas. Al regresar, la tormenta que intuía que se estaba formando en mi cabeza estalló de forma violentísima,

pasando de la irritación o los exabruptos espontáneos a una situación mucho más alarmante y prolongada que cualquiera de las vividas hasta entonces y que además exigió los cuidados de una enfermera veinticuatro horas al día, incluso durante la convalecencia, pues muchas noches me despertaba con un escalofrío pensando en alguna atrocidad de las mías y los leves pinchazos se convertían en un dolor insoportable. Te cuento todo esto porque confío en que conocer los detalles —saber que la crisis que sufrí tras la muerte de papá fue mucho más severa que la padecida tras tu fallecimiento— te proporcione alivio y tranquilidad, ya que esa es mi intención al revelarlos, y estoy muy lejos con ello de perseguir un propósito perverso, como podría ser el de darte celos mostrando la diferente escala que cada uno de vosotros ocupaba en mi corazón.

Aquel fue un colapso en toda regla. Cuentan que no tenía noción de lo que decía o hacía, atormentada por monstruosas voces que me empujaban a cometer desatinos y locuras. Oía pájaros que cantaban en griego, ¡figúrate!, y años más tarde encarné esa alucinación en el joven Septimus de *La señora Dalloway*, cuando enloquece después de la guerra. Lo cierto es que acababa de pasar una época durante la cual me había sumergido en el estudio a fondo de los autores clásicos helénicos y estaba obsesionada con la *Electra* de Sófocles, con la brutal naturaleza de esa historia: el odio feroz que ella sentía hacia su madre Clitemnestra por las razones que todos conocemos. Resultaría casi imposible *no escribir* una buena obra con semejante conflicto. Electra *es* el padre: de él se siente hija, y no de su madre. Y es bien curioso notar cómo, pese a que las convenciones de entonces parecen falsas y absurdas, nunca resultan banales ni indecorosas como las nuestras. Electra llevó una vida mucho más oprimida que la de las mujeres victorianas, pero eso no tuvo ningún efecto en ella, salvo para hacerla más dura y espléndida.

Luego me entró la manía —eso dicen, aunque para mí era una profunda convicción, *una certeza*— de que todo aquello se debía a la abundante y grasienta comida que me obligaban a *ingerir*: en el desayuno, huevos con beicon, más gruesas rebanadas de pan con

mantequilla y mermelada; en los almuerzos, caldo de carne, filetes de vaca o de cordero con su guarnición de verduras y patatas, perdices con todo un séquito de salsas dulces y picantes, más las rodajas de patatas del tamaño y grosor de una moneda, amén de ciruelas en almíbar y pudines; en las cenas, ensaladas seguidas de lenguados nadando en un lecho de crema blanquísima, o rodaballos cubiertos de una cremosa película castaña, más cuencos de frutos rojos y *cakes*. ¡Todos los horrores de la oscura alacena una vez más desplegados para deleite mío en vajillas lisas que no permitían fantasear imaginando cualquier cosa para eludir el asco que me producían aquellos festines pantagruélicos y que supuestamente se organizaban *por mi bien*! Así que desarrollé un odio feroz no solo hacia la comida, sino también hacia cuantos engullían con desmesura y con visible entusiasmo. Ya te pinté el retrato de George, pero puedo asegurarte que su hermano Gerald no le va a la zaga en lo referente a la fabulosa actividad masticatoria que es capaz de desplegar. O Karin, la mujer de Adrian, que siempre muestra un apetito falstaffiano y suele exclamar a grito pelado que «un buen trozo de ternera la pone eufórica», como si la comida le aportara la misma emoción que a mí me proporcionan cartas o periódicos. En multitud de ocasiones he podido comprobar la innegable correlación que hay entre gordura, grosería y… ¡estupidez! En mis novelas abundan los ejemplos de señores que, tras atiborrarse, se repantigan en los sillones entornando los ojos y ya solo son capaces de emitir breves sonidos intermitentes: una tos, un carraspeo, un resuello o un ronquido. Y aunque algunos parezcan hipopótamos, su silencio me recuerda al de la jaula de los leones cuando cada bestia despanzurra con sus garras un pedazo de carne cruda. Así que dejé de comer porque asociaba la alimentación con la glotonería, la glotonería con la obesidad, la obesidad con la estupidez, y la estupidez con las burlas y las mofas. Y de eso, de las risitas de la gente, sabía yo bastante. Tanto en el extranjero como aquí, a menudo he percibido que hay algo en mi aspecto que suele resultar extraño, hasta el punto de que muchos se detienen a

mirarme y se dan codazos como diciendo: «¡Fíjate, fíjate!». Podría deberse a mi manera de andar, más bien de *deslizarme*, absorta en mis cosas, arrastrando un poco los pies, como tanteando el terreno en mitad de un sueño. Y si esto sucedía en circunstancias normales, estando delgadísima, ¿qué no cabría esperar si engordaba como una vaca? En modo alguno estaba dispuesta a acabar igual que tras la anterior *cura*, ¡con ciento sesenta y ocho libras!, acarreando cuarenta y dos más de las de mi peso normal, lo cual era una verdadera monstruosidad… ¡Apenas podía subir una pequeña cuesta!

Nessa, impotente y desesperada, encontró una gran ayuda en nuestra querida y adorable Violet Dickinson. ¡Qué paciencia y cariño mostró, ya durante el viaje a Italia! Y has de saber que devolvió con creces todo cuanto le diste al cobijarla bajo tu ala protectora cuando se quedó huérfana de madre. Ella me acogió en su casa de Burnham Wood, donde por primera vez intenté *ejecutar* mis ideas suicidas lanzándome desde una ventana que, a Dios gracias, no tenía la suficiente altura para culminar con éxito mi descabellada empresa y así poder liberarme de aquella insania que se adueñó de mí a lo largo del verano, devolviéndome las jaquecas, el pulso acelerado, los nervios de punta, el insomnio y demás males ya conocidos. Me sentía encadenada a mi roca: forzada a no hacer nada, condenada a dejar que preocupaciones, despecho, cólera u otras obsesiones me desgarrasen, hirieran y desangrasen. Creo que nunca a nadie como a mí su cuerpo le ha sacudido de arriba abajo con tanta furia. Por lo común, no podía hilar ni una triste frase, no se me pasaba nada por la cabeza, que era como una ventana tapiada, pero de pronto mi cerebro estallaba en un castillo de fuegos artificiales, en un verdadero volcán. En su lava sigo encontrando la mayoría de las cosas sobre las que escribo, pues al igual que sus terrores, el oscuro submundo de la enfermedad tiene sus fascinaciones, de las que he sacado provecho como escritora, ya que cuando todo acaba una sale de allí totalmente transformada. Durante el tiempo que pasé en cama recorrí miles y miles de leguas y aprendí mucho sobre eso que

se llama *una misma*. Además, la experiencia tuvo otros alicientes: el imborrable cariño que mostraban los amigos cuando venían a visitarme.

Violet Dickinson me prodigó los cuidados y el amor que tú no podrías haberme dado. Y permíteme usar el condicional, con su ambiguo doble sentido. Permanecí con ella todo el verano hasta que, paulatinamente, fui saliendo del pozo. Durante esos meses en que me comporté de forma intratable y hasta violenta, puse a prueba la paciencia y demás virtudes que adornan el carácter de nuestra querida amiga. Cuando supe lo que había llegado a hacer, me hundí en la vergüenza: me sentía sucia y despreciable y llegué a creer que había perdido a Violet para siempre. Más tarde, al saber que pese a mi diabólica presencia en su casa, los gatos habían seguido reproduciéndose con normalidad sin que mis *gérmenes* los afectasen, le escribí para disculparme y me atreví a pedirle que viniera a verme, pues Vanessa me había dicho que a Violet no le importaría, como así fue. Desde entonces nunca he estado alejada de ella, dado que cuando la distancia nos separaba, la ponía al corriente de mi vida y le confiaba mis sentimientos o le pedía consejo en cartas tan frecuentes como extensas.

Pasado el verano, cuando a todas luces ya estaba recuperada, me impidieron sin embargo regresar a Londres y me llevaron a la casita de la tía Caroline Emelia en Cambridge, donde, además, podía verme con Adrian, que —a diferencia de Thoby, graduado ese mismo verano— proseguía sus estudios en el Trinity College. Lo hicieron para evitar los muy probables trastornos que me habría ocasionado la mudanza, pues tras la muerte de papá habíamos decidido abandonar el 22 de Hyde Park Gate, y mientras yo yacía en cama creyendo que los pájaros cantaban coros griegos, Vanessa se desembarazó de la casa familiar. Se encargó de derribar, vender, quemar, escoger, desechar, rasgar. No solo se dispersaron todo el mobiliario y los objetos, sino también nosotros mismos. La familia, antes tan trabada, se fragmentó.

Y ahora, para endulzar el amargor que quizás te haya producido

conocer estos detalles, te diré que con el tiempo me fortalecí lo suficiente para reírme desde la distancia, pues aunque hay reflejos de los días atormentados y oscuros en más de una de mis novelas, buena parte de aquellas experiencias las incorporé a Flush, el encantador perro *spaniel* de Elizabeth Barrett Browning, desde cuyo punto de vista ingenuo y divertido narro la atribulada y difícil y por fin feliz vida de tan excepcional mujer.

Mas no debes olvidar que durante muchos años sentí un profundo malestar cuando un incidente cualquiera me traía el recuerdo de la vida familiar tras tu muerte. Con la llegada del calor, por ejemplo, volvían también las odiosas estampas de las fiestas a las que acudía obligada por George. La tiranía que él, la tía Mary o papá ejercieron sobre mí fue una formidable amenaza para mi libertad. Sentía sus garras continuamente posadas en los hombros, apresándome. Era una emoción tan violenta que me daba náuseas. Me ahogaba, me mataba aquel régimen de vida, y no dejo de pensar en el cruel destino que sigue atenazando a miles de mujeres en Inglaterra y en todo el mundo, mujeres arrugándose como billetes de diez peniques y que morirán de eso: de la tiranía de las madres y los padres para con sus hijas, del supuesto derecho que tienen a exigirles a las pobrecillas tantísima panoplia, e imponerles una vida no deseada.

La prolongación de la tuya no solo habría frenado mi libertad: habría *acabado* totalmente con ella, pese a la suavidad y sutileza con que imponías tu voluntad. De eso no albergo duda alguna. ¿Imaginas qué habría pasado si el ángel del hogar, el ángel bueno, la *charmante* anfitriona, la adorable y querida señora Stephen hubiera seguido planeando sobre mí, que su revoloteo no hubiera cesado al cumplir los trece años, como sucedió? No habría habido escritura ni libros: ni los míos ni todos cuantos publicamos Leonard y yo en nuestra editorial. No habría habido reuniones informales y relajadas en nuestra nueva casa —que pintamos de arriba abajo con colores claros y suaves para que todo pareciera recién estrenado—, en el 46 de Gordon Square, donde recibíamos a jóvenes intelectuales y artistas bohemios de conversación lúcida y chisposa

que nos escuchaban con la misma atención y respeto que se prestaban entre sí. No parecían darse cuenta de la manera en que íbamos vestidas o de si nuestro aspecto era *nice* o no. Aquella tremenda carga de *las apariencias* que George había depositado sobre nosotras durante los primeros años tras tu muerte había desaparecido. En nuestra nueva casa, entre el humo de los cigarrillos y bajo los efluvios del alcohol, bailábamos desenfrenados al compás de la música moderna que sonaba en el gramófono… ¡sin vestidos de noche y hasta en zapatillas si apetecía! Si me vieras ahora, mamá, dirías que visto como un saco de patatas y me peino como una vulgar dependienta. Pero ya no me dan miedo los espejos ni me afectan ni entristecen las censuras y reproches y amonestaciones del tipo «pareces una cualquiera», «tienes que aprender a peinarte», «esfuérzate en disimular el aburrimiento cuando bailas». Mucho menos me importan las críticas forjadas según *lo conveniente*. ¡Qué suplicio la capa, los vestidos, el sombrero, los guantes, los zapatos!… Era deprimente ir a Fortnum, ese palacio de la impostura, a la caza de prendas y complementos, en medio de mujeres encorsetadas y de afiladísimas uñas rojas, pululando en un ambiente que me ponía la carne de gallina y donde yo resultaba un personaje cómico. Por no hablar del rito de enfrentarse a las dependientas de mirada inquisitiva, pedir un espejo y estudiar el efecto. Lo único que ahora me importa son las reacciones de Nessa, con quien mantengo una divertida rivalidad en materia de indumentaria… y en algún que otro asunto que no viene a cuento.

Nada se ha cumplido según tus deseos, madre, y ya me queda poco de lo que dimitir, pues cada tres o cuatro años pongo mi vida patas arriba. Un plan que te parecerá disparatado —vivir siempre virando el rumbo para adentrarse en el ojo del huracán—, pero que me ha proporcionado felicidad… ¡y dinero! ¿Quién me lo iba a decir? Ahora sí que me resultan ridículos los sufrimientos de aquellos *terribles miércoles*. Por primera vez *puedo* gastar a espuertas, aunque el músculo derrochador todavía no me funciona del todo bien; quiero

decir, con naturalidad. A menudo me siento culpable y suelo posponer las compras, pero hay días en que gasto con auténtico frenesí. Ayer, por ejemplo, quince chelines en un broche de metal y tres libras en un collar de madreperlas. ¡Hacía veinte años que no me compraba ni una miserable baratija! Creo que el ánimo mejora con ese lubricante, así que voy a gastar *libremente*. Luego, a escribir. Cada tres o cuatro años escribo un libro, que es lo más parecido a cambiar de vida. La escritura *es* mi felicidad. No el dinero, que durante años fue escaso aunque ahora abunde, y que tampoco habría llegado por otra vía más que la del éxito y la creciente aceptación que mis novelas les merecen a los lectores, cada vez más numerosos y entusiastas.

A veces temo no escribir todos los libros que tengo en la cabeza debido a la presión, porque lo diabólico de la escritura es que nos obliga a tensar cada nervio y eso es justo lo que no debería hacer. Aunque te confesaré que, aun teniéndolo terminantemente prohibido, cuando estuve enferma solía pillar un pliego de papel sin que nadie me viera para garabatear algo, lo que fuese… Y ahora pienso que la vejez solo puede resultar tolerable si se tiene un ancla firme, más allá del cotilleo, las pastitas de té y la compasión. Escribir es un suplicio, quizás tú también lo sabes. Sin embargo, es lo que me mantiene en pie, abierta al soplo de la vida.

Y, *last but not least*, te agradará saber que durante años escribí con la pluma negra de la serie J que tú usabas y que de niña consideraba *la pluma* por excelencia, mientras que todas las demás me parecían simples imitaciones. Por desgracia, la degradación de las plumillas de acero es inenarrable. Me dan muy mala vida. Continuamente estoy probando nuevos mangos y plumillas, pero no hay manera. Será porque, cuando no escribo, las chupo. ¡Y acabo toda salpicada de motitas negras! Al final, ya harta después de recortar y limar una lo mejor que puedo para darle forma, tengo que recurrir a la Waterman, por más que desconfíe profundamente de las estilográficas y no crea en su capacidad de expresar pensamientos hondos ni sentimientos sublimes, debido a la *facilidad* con que se

deslizan sobre el papel, hasta el punto de que con ellas a veces tengo la impresión de escribir sin guía, sin orden ni concierto. Y es que la relajación rápidamente se convierte en desaliño y *sinsustancia*.

Ojalá no sea el caso ahora porque, a diferencia de cuando escribo en mis cuadernos para matar el tiempo o rellenarlo o calmar los ánimos, he decidido escribir esta carta con intensidad y esmero. Y también con ímpetu, sin ataduras: buscando dar en el clavo, aunque haya fallos o tropezones. He ido directa a mi objetivo —que, como destinataria, te toca a ti averiguar cuál es—, y he elegido y lanzado las palabras sin pensarlas, sin más pausas que las precisas para mojar la pluma en el tintero. Porque el tiempo galopa irrefrenable y los muertos se alejan cada vez más de nosotros. Poco a poco te has ido desvaneciendo, mamá. El mundo de ayer ya no volverá. No te quepa duda.

Sinceramente tuya,

VIRGINIA

MARINA

Mucho tiempo estuve acostándome con aquellas palabras restallando en mis oídos como látigos: «Al menos, será *músico*». Fueron las que, tras haberse tragado un suspiro de orgullo, pronunció usted cuando en lugar del tan deseado y casi ordenado hijo varón, nací yo. *Yo*, y no el esperado Aleksandr. Y dos años después, cuando en vez del anhelado Kiril nació mi hermana Asia, ya algo más resignada, dijo: «¡Qué se le va a hacer! Tendré una segunda *músico*».

Y es que para entonces ya había empezado todo. Supongo que solo se trató de una rara casualidad, y no de una señal del destino como creyó usted cuando, antes de cumplir un año, mi primera palabra resultó ser *gama*: la nota más baja de la escala musical. En realidad, era un simple balbuceo desprovisto de sentido que, sin embargo, a sus oídos, Maria Mein, le pareció un mandato. «¡Lo sabía, lo sabía!», exclamó. Y a partir de ese momento, empezaron las lecciones: *doremifasollasidosilasolfamiredo*… Primero fueron las de canto. Usted se alegraba de mi buen oído y, sin proponérselo, me elogiaba por él. Pero inmediatamente, tras cada uno de aquellos «¡Bravo!» que se le escapaban, añadía con frialdad: «Por lo demás, no es mérito tuyo. El oído viene de Dios». Así me quedó grabado para siempre: el mérito no es mío, el oído viene de Dios. Lo cual me preservó de la arrogancia y a la vez de la desconfianza en mí misma, así como de cualquier tipo de presunción en lo que respecta a mis veleidades artísticas. «Lo tuyo es el empeño, porque todo don divino puede echarse a perder», sentenciaba usted por encima de mi cabeza de cuatro años, que, lógicamente, no comprendía y por eso lo retenía para que luego fuera imposible de borrar. Y si no arruiné mi oído es porque no le permití a la vida que lo arruinara, pese a que muchos lo intentaron en numerosas ocasiones. De eso también es responsable usted, debo reconocérselo.

Aún oigo como si fuera ayer mismo el «¡Oooh!», apagado pero colérico, con que usted respondía a los sonidos que durante horas emitía mi hermanastra Valeria, dedicada al *tarareo-titubeo* en el acompañamiento. Aún veo como si fuera hoy la desfiguración de su rostro y de sus manos ante un acorde *peculiar* o una nota muy aguda, los ojos entornados, la barbilla tensa y alzada, tras la que no tardaría en sonar un horrible grito gutural que, por lo insoportable, solo puedo comparar al dolor que provoca una muela cuando de pronto se despierta el nervio. Usted *no podía* amar a Valeria porque ella no era su hija. Pero lo más sorprendente es que tampoco la detestaba, a pesar de lo mucho que padeció usted cuando quería amansar a la pequeña fiera de ocho años que adoraba a su madre muerta y rechazaba violentamente a la madrastra. Albergaba usted ese espíritu protestante, germánico, de rectitud, y creo que se había prohibido aborrecer a su hijastra. Mas si Valeria hubiese sido *su* hija, la habría detestado igual que a mí.

Y por eso no sé hasta qué punto fue una suerte o una desgracia que, en lo que respecta a lo musical, nuestro hogar estuviera claramente dividido entre el piano y el canto. El canto era el ámbito de Andriusha y Valeria, hijos de la primera esposa de mi padre, que al parecer cantaba maravillosamente, y hubiera sido una especie de traición a la memoria de Varvara Ilováiskaia —una mujer bella, adorable, de suave voz cantarina, según los múltiples relatos familiares— alejar a los hijos de la esfera de su propia madre. Recuerdo cómo usted y Valeria, dos temperamentos antagónicos, se encontraban solo en el canto; no sus personas, no ustedes dos, sino sus voces: el suave contralto de usted, con el brillante soprano de Valeria, que superaba sus propias posibilidades… *Kein Feuer, keine Kohle / kann brennen so heiss, / als wie heimliche Liebe / von der niemand was weiss… / Keine Rose, keine Nelke / kann blühen so schön, / als wenn zwei verliebte Seelen / zu einander thun stehn.*

Así que, en cuanto crecí lo suficiente y alcancé la altura necesaria, empecé a recibir lecciones de piano: cuatro horas al día, dos por la mañana y dos por la tarde, hasta ingresar en la Escuela de Música.

Es decir, ¡antes de los seis años! Estuviera o no estuviera usted en casa, yo siempre cumplía *obligatoriamente* con mi deber. En su ausencia tocaba igual que en su presencia, a pesar de las numerosas tentaciones que me servía en bandeja la institutriz alemana solo para contrariarla a usted, por quien sentía una abierta e indisimulada hostilidad; a pesar de los lamentos y la compasión de la nana que, cuando me veía allí sentada en el taburete, no dejaba de exclamar: «¡Hay que ver cómo martirizan a esta niña!»; y también a pesar de la intervención de papá, que en ocasiones abandonaba su despacho, asomaba la cabeza y se atrevía a insinuar: «¿Aún no han pasado las dos horas? Me parece que hace ya unas cuantas que te estoy oyendo»…

Eran cantos de sirena que yo desatendía porque no me quitaba de la cabeza aquellas otras palabras: «Te sentarás al piano tus dos horas —¡y estaré contenta! ¡A mí, cuando tenía tu edad, no podían apartarme del *instrumento*! *Noch ein wenig!*, suplicaba. ¡Ojalá me lo pidieras tú aunque fuera una vez, solo una vez!». ¡Exigía de mí *que yo fuera usted*, madre! Y eso era imposible. Cierto que los dedos de mis manos eran finos y largos y sorprendentemente ágiles, lo que la maravillaba: «¡Cinco años, y ya casi alcanzas la octava, con un poquitiiito más que la abras…!», me decía, estirando la voz para indicar la distancia que me faltaba. Y cierto que mi capacidad de resistencia y mi ausencia de lágrimas pese al sufrimiento infligido hacían que usted depositara en mí todas sus esperanzas. Especialmente tras la indolencia y la torpeza que, debido a su corta edad, mostraba Asia al piano. Y también, no nos engañemos, porque mi hermana pequeña se aburría a muerte, hasta casi dormirse. Aún la veo equivocarse con las teclas, ¡las notas!, como un cachorrillo ciego que no atina a encontrar su plato de comida. Es verdad que cuando yo tocaba lo hacía con honestidad y sin dolo, pero jamás con entusiasmo. Y usted —¡su excesivo celo!— exigía de mí no según mis fuerzas y capacidades, sino con la desmesura y la determinación de una vocación innata. ¡La suya, pero no la mía! Por eso, con la misma honestidad con la que había cumplido *obligatoriamente* mi

deber, al acabar las lecciones, tras las dos horas reglamentarias, saltaba del taburete sin ocultar mi inmensa dicha. «¡No, *tú* la música —*no* la amas!», me acusaba usted con amargura.

Pero no era así. Yo amaba —la Música. Lo que no amaba era —*mi* música. Usted no lo comprendía. Porque para usted, que en el piano *lo podía todo*, que descendía al teclado como el cisne al agua y hacía brotar la música como escurriéndose de sus dedos sin que pareciera quererlo ni decidirlo porque era fruto de un *talento colosal*, que había aprendido a tocar la guitarra en tan solo tres lecciones, que podía leer las partituras con la misma facilidad con que yo leía libros…, para usted era fácil *amar la música* porque llevaba fundidas en una sola dos sangres melódicas: la de su padre y la de su madre. Recuerdo el retrato de la abuela en el salón de la casa familiar: ojos oscuros, fijos, exigentes. Descendía del linaje principesco polaco y era como de otro planeta. Cien admiradores la rodeaban cuando, en estancias reales, interpretaba —¡infatigable!— valses de Chopin… *y con esas manos a besos comidas pulsaba las teclas, de seda vestida*. Así evoqué en un poema a la prodigiosa joven a quien no llegué a conocer porque falleció a los veintiséis años. Desde entonces el abuelo, Aleksandr Danílovich Mein, le dedicó su vida entera a usted, que aún era muy pequeña. Y no mantuvo ninguna otra relación, ni siquiera un *flirt* ocasional, para preservar intacta la memoria de su esposa y la veneración que le profesaba, que logró trasladársela íntegra a usted a través del amor por la música, cultivado dentro y fuera del hogar. No olvidaré las veces que nos contó aquella anécdota que tanto la enorgullecía: cómo, tras un concierto, Antón Rubinstein le estrechó la mano y usted no se quitó el guante en unos cuantos días. ¿Por eso se adoraban tanto los dos? ¿Por haberle inoculado su padre la fascinación materna por la música? ¡Esas dos sangres la habían creado así, mamá! Pero no era mi caso. Usted nunca tuvo en cuenta que, al desposarse, a su propia sangre —cantarina, lírica, armoniosa— había mezclado y contrapuesto en mí otra —filológica y científica—, y que estas dos nunca se podrían fundir ni disolver entre sí. Pese a todo, pese al pavor que me

embargaba al sentirme como eslabón de una secreta cadena, *el ánimo de lucha no desfallecía*, como escribí en un poema de 1908. Así que yo tocaba imperturbablemente: pese al calor, pese a las moscas, pese al suplicio… El sudor chorrea, las yemas de los dedos están rojas, la muñeca debe mantenerse ágil y suelta, alada, en una alternancia de inclinación y abandono para que la mano parezca un cisne agachándose a beber. Toco en cuerpo y alma, con todas mis fuerzas, que no son pocas, y también toco ¡con toda mi aversión al piano!

Jamás podré escribir nada sublime sobre aquellas mañanas y tardes de mi infancia aupada sobre el taburete, los piececitos colgando, todavía bien lejos de alcanzar los pedales, frotándose el uno contra el otro con rabia. Jamás describiré el contacto de los dedos del pianista con las teclas afirmando que son «gotas de lluvia que se despliegan cual perlas iridiscentes», como escribió Mijaíl Glinka. Para mí, el teclado…, una palabra tan poderosa que hoy solo podría comparar con las alas desplegadas de un águila, pero que entonces no podía comparar con nada…, el teclado era el terror…, con su superficie lisa aunque presta a abrirse al primer contacto y engullirme por la propia presión, por la posibilidad, apenas rozado, de comenzar de pronto a hundirte y, si no lo soltabas, hundirte sin fin, sin fondo… —¡incluso hasta después de haberlo soltado! Y aun así, le confieso que amaba las teclas: por su negrura y su blancura algo amarillenta, ¡marfileña!, y tan enigmáticamente triste; porque unas teclas eran anchas y otras estrechas; porque por ellas se podía, sin moverse del lugar, andar como por una escalera; y porque esa escalera estaba bajo mis manos, y de ella brotaban arroyos helados: escaleras de arroyos helados recorriéndome la espalda… ¡Pero las notas, ay…! Las notas me molestaban: me molestaban para ver, o más bien para no-ver el teclado, me apartaban de la melodía, me apartaban del saber, me apartaban del misterio… Igual que se puede hacer perder el equilibrio, así ellas le hacían perder la orientación a mis manos, impidiendo que *supieran* y *actuaran* por sí solas, entrometiéndose. Por eso nunca tocaba con tanta seguridad como

cuando lo hacía de memoria. Y en lo que respecta a mi potro de tortura, el taburete… Seguramente era idéntico a cualquier otro, pero entonces yo no sabía que *todos* eran así: un objeto sin igual, casi mágico, pues exigía que yo me sentara serena y erguida ¡mientras él giraba y giraba sobre su cuello acanalado! que tanto me recordaba al pescuezo de un pavo desplumado. Lo hacías girar hasta el tope y esperabas, no sin inquietud, a que la «cabeza», debilitada, se balancease y al final —se desprendiera.

Pero créame si le digo que, pese a todos estos terrores, nunca me senté al piano con mala voluntad sino con buena disposición. En parte, gracias a que enseguida aprendí a jugar mentalmente mientras estaba allí practicando los ejercicios. ¡Ah, si usted supiera cómo se oscurecía poco a poco el inmenso salón y en la tarde afloraba un mundo de visiones! Yo transformaba en personajes las notas musicales uniéndolas entre sí: do-re era Gustave Doré, y por eso a menudo ante el piano me recreaba con sus grabados de la *Divina comedia* que teníamos en nuestra biblioteca; re-mi pasaba a ser el pequeño Rémi de *Sans famille*, un niño feliz a quien el malvado marido de la nodriza, el lisiado Père Barberin, no tarda en convertir en un desdichado cuando lo vende —a él y a sus tres perros, Caudillo, Petimetre y Dulce, más el mono Joli-Coeur— al músico ambulante Vitalis, un borracho terrible que después muere de tuberculosis en brazos del chiquillo. Esto era re-mi. Y también transformaba las notas musicales en colores: do era blanco; re, azul; mi, amarillo; fa, marrón… También amaba la palabra *bemol*, tan roja y tan fresca y brillante, y que para mí rimaba con *alhelí*, la flor que nunca había visto pero que conocía desde la primera página de *Historia de una niña pequeña*, de Sysoeva, donde se cuenta que un alhelí reposa sobre la tumba de la madre. La-bemol era el colmo de lo lila: más lila que los lirios de Tarusa o que la «Forêt des lilas» de la condesa de Ségur. El bemol siempre me pareció un signo misterioso, y sentía un placer inenarrable al hincar las rodillas en la silla y los codos en la mesa para trazar una hilera de espléndidas claves de sol, cada vez más redondas —abajo—, y más esbeltas —

arriba—…, ¡una bandada entera de *cisnes de sol*!

Por lo demás, y pese a lo mucho que me hacía sufrir, el piano era un objeto ideal para jugar. Delante de él, o mejor dicho detrás, entre él y las ventanas que su masa negra tapaba, bosquejadas o reflejadas en el piano como sobre un lago negro, había flores, palmas y filodendros, que transformaban el parqué del suelo en un auténtico fondo marino, con luz verde en las caras y en los dedos y profundas raíces que podían tocarse con las manos. Todavía hoy *como entonces* sigo viendo su cabeza, madre, nunca doblada hacia delante ni inclinada hacia atrás, siempre erguida sobre el alto tallo del cuello, cubierta apenas por la melena corta de cabellos ligeramente ondulados cuyos rizos jamás se alteraban ni movían. Y todavía hoy puedo contemplar esa misma cabeza en uno de los dos espejos de la sala, la misma cabeza pero desde un ángulo casi invisible que la alejaba de nosotros, sobre la línea horizontal del piano. ¡Ah, el misterio del espejo, agigantado por el misterio del perfil! Desde abajo, en aquel mundo subacuático y subpianístico, sus pies y los pedales se movían silenciosos como bichos raros que anduvieran al acecho, seres fantásticos con vida independiente, sin lazo alguno con el extremo de su larga falda negra. Los veo…, mejor dicho, más bien veo solo uno, el que está sobre el pedal, un pie estrecho y grande, calzado con un zapato negro sin tacón que tenía unos botones a los que llamábamos «ojos de cachorrito»… ¡No se imagina cuántas ensoñaciones y fantasías podía, pese a todo, depararnos el terrible piano! ¡Hasta para jugar al escondite nos sirvió en alguna ocasión! Recuerdo la tarde en que, después de haber estado usted tocando una hora entera, de la que emergía extraviada como un buceador tras sumergirse en aguas turbulentas, sin reconocer nada ni a nadie, descubría al fin —no sin conmoción— que nosotras, Asia y yo, nos habíamos pasado *la hora entera* debajo del piano: mi hermana recortando de una lámina siluetas de muñequitas y las múltiples prendas para vestirlas, y yo pensando y soñando…, mirando su pie negro sobre el pedal dorado y preguntándome qué pasaría si al mismo tiempo que usted lo apretaba con el pie, yo lo

hacía con la mano. ¿Quizás de ese modo sonaría un largo-breve?… Pero, como bien sabe, nunca me atreví a comprobarlo.
Es así, madre: del más oscuro fondo de aquel salón presidido por el piano aún me llega la cara sonrosada y perpleja de una niña de cinco años que no sonríe: una flor flotando en un estanque de tinta.

En mi infancia, la música fue un auténtico martirio al que usted me sometió con todo el empeño y la amargura de una vocación *no realizada*, de una vida *incumplida*. Estoy convencida de que de joven soñaba con seguir la estela de Maria Szymanowska, la brillante pianista polaca que encandilaba a todo el San Petersburgo de 1823, o tal vez ser una nueva Marie Pleyel, la bonita niña prodigio belga conocida como «la Liszt con faldas», o acaso Clara Schumann, que transformó el Palacio de Invierno en un maravilloso cuento de hadas cuando en 1844 tocó en sus salones. Y aunque la realidad se encargó de amargar su juventud, creo que en el fondo nunca renunció a ese sueño. De ahí la majestuosa e inamovible presencia del piano en nuestras vidas. Fuéramos adonde fuéramos, él reinaba sobre ellas como un déspota implacable. Recuerdo que hasta en la más humilde de las salitas de las pensiones donde nos hospedábamos, resonaban las teclas de un piano. Para nosotros nunca fue un simple mueble decorativo cuya presencia otorgara un altísimo grado de respetabilidad, sino el alma de la casa, su verdadera seña de identidad, la piedra angular de nuestro talento. Era algo sagrado, y nada se podía posar sobre él: ni un jarrón de flores, ni un candelabro con velas, ni un libro, ni —¡muchísimo menos!— los periódicos. Recuerdo cómo cada mañana entraba usted seria y decidida porque, despistado como era papá y de manera totalmente inocente, había dejado *su* pila de periódicos sobre la caja del piano. Con la altiva firmeza de una mártir, aunque sin dirigirle ni una sola palabra a su esposo, ni mucho menos un reproche, usted los retiraba sin vacilar ni un segundo, mas también sin disimular el disgusto que le producía volver a encontrarlos allí *por enésima vez*. No me extrañaría que de esta confrontación entre la relumbrante y pulida negrura del piano y la caótica y manoseada pila de periódicos,

o quizá de su gesto de reprimido enojo, haya nacido en mí una axiomática convicción imposible de erradicar: los periódicos —¡esa fuerza desorganizada de la vulgaridad humana!— son la impureza. De ahí, todo mi odio hacia ellos. Y, también de ahí, toda la venganza del mundo del periodismo —contra mí. Es otro de los martirios que sufro a diario. Mi marido no puede vivir sin ellos; yo, en una casa y en un mundo donde el protagonista es —el periódico —no puedo vivir. Yo vivo completamente al margen de los acontecimientos, y Sergéi está inmerso de pleno en ellos: *abreva* en los periódicos y no es posible a lo largo del día arrancárselos de las manos.

Pero esa es una historia que quizás le cuente más adelante. Ahora quiero agradecerle otras lecciones que recibí sentada ante el piano porque él fue mi primer espejo, y la primera toma de conciencia de mi propio rostro fue a través de la negrura, de su traducción a la negrura como a una lengua oscura pero comprensible, pues gracias a mi temprano conocimiento de la literatura romántica para piano aprendí la alianza que hay entre palabras y sonidos. Inolvidables siguen siendo para mí las incomparables interpretaciones musicales de poemas de Eichendorff y de Heine por Robert Schumann, los claros y dulces acordes que son un prodigioso milagro del alma; la monumentalidad de Schubert en su adaptación musical de ciertas piezas de *Diván occidental-oriental* de Goethe; o la belleza grave de las creaciones de Brahms, esa obra maestra en miniatura que es *Cuando la luna de plata*… Todo esto no se habría vuelto tan absoluta y profundamente mío para toda la vida sin usted, madre. ¡Y cuánta fantasía encerrada en las romanzas! ¡Si supiera las mil historias que llegué a imaginar en aquellos libros con notas, en aquellos breves cuadernos que, bajo la apariencia de una partitura, eran en realidad un libro, pues había en ellos más palabras que notas —por cada renglón de notas, dos de letras—, y además podía leer *lo que estaba debajo* de las líneas, esquivando las notas… He aquí el castillo maravilloso de la romanza «La estrella boreal», de Glinka, dedicada a su alteza real la gran duquesa (cuyo nombre he olvidado) por el día del regreso (o quizá de la partida) de su ilustrísimo prometido el

príncipe (también he olvidado cuál), con letra de Rostopchina… ¡Y qué letra, mamá! Esa sí que no la he olvidado. Aún me siento estremecer de anhelos y misterios con aquellas líneas: «Sobre las amadas montañas se yergue el maravilloso castillo y muchas salas hay en él»… Recuerdo la exclamación que me abrasaba y me inundaba de júbilo: «¡Volverá, el prometido volverá!». Como si la salvación del mundo dependiera de que él regresara, una promesa que, debido a la música, me inundaba de tristeza por los penetrantes agudos con que resonaba y que después reconocería también en los *Nibelungos*. Al prometido lo imaginaba volando sobre una alfombra mágica, como la serpiente Gorýnych de los cuentos y leyendas rusas, o bien como un ser etéreo que parecía caer del cielo precisamente sobre las amadas montañas. ¿Qué significaba todo aquello? ¿*Quién* consolaba a las montañas diciéndoles que *volverá*? ¿Su alteza, que debía marchar para ir a reinar? Todo era puro misterio. Y al final la canción que expresaba el amor de él: *En sus labios, —la sonrisa; en su corazón, —el gozo, y también la tempestad…*

Inmersa en un éxtasis absoluto y sin necesidad de acompañamiento musical alguno, me pasaba el día entero repitiendo de memoria los versos de las romanzas, un placer que empezaba de forma silenciosa y nunca llegaba a extinguirse del todo, como en algunos *lieder* de Schubert. Y sin embargo, más allá de las burbujas de la fantasía, de la espuma producida por un romanticismo exaltado, estaba el hallazgo de una profunda verdad cuando, años más tarde, debido al ritmo de mi escritura, me vi obligada a separar, a romper las frases en palabras —y aun estas en sílabas— empleando un guion atípico en poesía, para señalar la proximidad de los fenómenos y saltar sobre las evidencias. Durante años todos afearon ese rasgo y muy pocos lo alabaron, sin poder darles yo la explicación que unos y otros pedían. Nunca pude responder más que con un escueto «así debe ser». Hasta que un día volví a ver aquellos textos de las romanzas de mi infancia llenos de guiones *legítimos.* Me sentí purificada y reafirmada, igual que uno de esos niños

proscritos que tanto menudean en los folletines del siglo XIX: criaturas que llevan una vida miserable y atroz, llena de ofensas y humillaciones, hasta que un buen día, por azar o gracias a la divina providencia, se descubre que el niño lleva grabada una marca secreta de nacimiento y acaba siendo reconocido por su familia, que lo acoge en su seno con gran alegría y le prodiga un sinfín de parabienes y reparaciones. Así me sentí yo el día que volví a ver los textos de las romanzas de mi niñez: ¡con perfecto derecho! Halagada y feliz.

Siempre supe que la música era su alma, mamá. Y por eso no la abandonó ni en la hora de su muerte, aquel 5 de julio de 1906 en la *dacha* de Tarusa. Tuvimos que regresar apresuradamente de Yalta, donde habíamos pasado el invierno porque en marzo usted empezó a escupir sangre y la enfermedad, que hasta entonces pasaba casi inadvertida, se declaró con violencia, avanzando con brutal rapidez. «Quiero volver a casa, quiero morir en Tarusa», nos pidió. Y cuando emprendimos el viaje, bromeó: «Salgo en un tren de pasajeros y llegaré en uno de mercancías». Durante el trayecto *fue transportada*, subiéndola al coche y bajándola de él en brazos, pero no permitió que la metieran en casa de ese modo. Se levantó y, rehusando toda ayuda, recorrió por sí sola los pasos que había desde el porche al salón, donde aguardaba el piano. Asia y yo nos quedamos petrificadas porque, tras varios meses postrada en la cama, de pie usted parecía irreconocible, de tan inmensa. «A ver, veamos si todavía soy capaz», dijo, sonriendo sin ganas y como si hablara para sí. Todos permanecimos expectantes. Y entonces, de sus ya desentrenadas manos surgió el milagro. Fue la última vez que la oí tocar. «Solo lo lamento por la música y el sol», dijo al acabar. Luego…

Aún recuerdo la habitación construida exprofeso para alojarla en el tramo final de su vida, una vasta estancia algo sombría a causa del frondoso jazmín que trepaba hasta la ventana. Su aroma se mezclaba con el olor del éter y de la madera de pino recién cortada. Sobre la acristalada mesita de noche: píldoras, jeringuillas,

frasquitos, adornos. Los tres días que precedieron a su muerte sufrió terriblemente, sin poder dormir ni un solo minuto. Cuando la animábamos a cerrar los ojos y descansar un rato, replicaba: «¡Ya tendré tiempo de dormir —en la tumba!». Mas de pronto, durante aquella amarga agonía, afloró a su rostro el júbilo por ver a su apuesto hijastro Andriusha sonreír algo temeroso y confundido, con la guitarra de usted entre las manos. Tras obtener su permiso y sentado al borde del lecho, empezó a rasgar los acordes para acompañar las canciones amadas, que entonó con gran dulzura: un conmovedor repertorio de piezas tradicionales, la mayoría de ellas patrióticas, como *Moia Moskvá*, *Katiusha* y *Stenka Razin*. «Tocas tan bien, y te sienta tan bien…», le dijo. Entonces usted le regaló su guitarra. El día antes de morir, habló con Asia y conmigo: «Y pensar que cualquier idiota os verá jóvenes y hermosas, mientras que yo…». Luego vendría la sorpresa final, pues aquella espantosa mirada que refulgía con un brillo de acero iluminó una tímida sonrisa en el semblante ya marchito y céreo. No había querido usted comer ni beber nada durante mucho tiempo y de repente le apeteció tomar una copa de champán. ¿Para celebrar la música y el canto? ¡Y aquel gesto! La cabeza erguida con arrogancia, algo inclinada hacia atrás, con la energía propia de la juventud y no con el abatimiento y el cansancio de la enfermedad y la muerte, la copa alzada y el brindis… ¡Chinchín! ¡Cuánto orgullo!

¿Sabe una cosa? Después de su muerte dejé de tocar el piano. Poco a poco lo reduje a la nada. Durante un tiempo siguieron viniendo a casa las profesoras, pero las piezas que toqué en vida de usted fueron las últimas. No avancé mucho más de lo que había abarcado hasta entonces, no progresé nada. Mientras usted vivió, me aplicaba por miedo y para darle una alegría. Después, ya no había a quién alegrar con mi música —a todos les era indiferente. En cambio, mi negligencia le habría supuesto a usted un gran dolor. En cuanto al miedo… El miedo desapareció con la conciencia de que usted, allí donde estuviera, me vería mejor así, tal como soy.

¿Sabrá perdonarme?

Durante mi infancia usted fue demasiado para mí, madre. Usted fue *el exceso*. Es como si de antemano hubiera sabido que no podría llegar a todo, que no le daría tiempo a nada. Quizá por eso nos insistía una y otra vez: «¡Venga, un poquito más! Al menos esto, y también esto otro, y luego…». ¿Era para que tuviéramos *por qué* recordarla? ¿Era para alimentarnos de una vez por todas — para la vida entera? Pero ahora, al recordarlo, creo que usted no educaba. Usted experimentaba: nuestras energías, nuestra capacidad de resistencia, nuestro tesón. Usted nos dio a beber de la vena abierta de la lírica, como después yo, tras abrirme la mía sin piedad, intenté dar de beber a mis hijos la sangre de mi propia tristeza. Qué suerte para *ellos* —que yo no lo consiguiera; *para mí*, qué suerte que usted lo hubiese logrado. Mas a los niños no hay que obligarlos a comprender: hay que hechizarlos. Y mientras más enigmáticas sean las palabras del hechizo, más profundamente arraigarán en ellos y *actuarán* de manera incontestable. Si con mayor frecuencia las madres dijeran cosas incomprensibles a sus hijos, estos, al crecer, no solo comprenderían más, sino que también actuarían con mayor seguridad.

Ahora soy yo la que siente que le está hablando *en exceso*, pero… ¡ya ve qué paradoja!, el exceso es también la medida de mi mundo interior. Veo con claridad que su alma atormentada vive en mí, mamá; solo que yo dejo traslucir lo que usted ocultaba. Su rebelión, su locura, sus anhelos… han alcanzado en mí el clamor, el grito, el aullido. Créame: tuve que sufrir y vivir mucho hasta poder comprenderla. Ahora sé que el menosprecio es un remedio contra todas las pasiones, incluida la más poderosa de las mías: el miedo. Pero una cosa es menospreciar y otra muy distinta es ser —*sentirse* — menospreciado. Quizá por eso en mi vida, de manera ciega y obstinada, siempre he afrontado los acontecimientos con la actitud de quien va a fracasar y sucumbir.

Desde mi más tierna infancia, usted me persuadió de que yo carecía de belleza. No es que fuera propiamente un patito feo, no: era un oso orondo y peludo. No tuvo usted tiempo de verme *bella*.

Objetivamente, tuve hasta los veinticuatro años rasgos austeros y colores *infantiles*: cabellos rubios, mejillas sonrosadas, ojos claros… Debería haber visto cuánto llegaron a admirar mis ojos verdes los jóvenes poetas herederos del simbolismo, para quienes fui *la gran —escrutadora*. «¡Y qué nombre maravilloso el suyo, Marina! —exclamaban—. ¡Tiene los ojos verdesalados, y es hija del mar!». Sí, *en la pila del mar bautizada —y en el vuelo soy —oleaje que estalla perenne*, escribí en un poema, acatando ese linaje: *Soy de la perecedera espuma del mar. ¡Alabada sea su alegría, su levedad!* Todo eso me henchía de felicidad y a la vez me perturbaba. Así que cuando noté que empezaba a *gustar* a los hombres, puse todo mi empeño en que tal cosa *no sucediera*. Y durante muchos años, ¡por orgullo!, me rapaba continuamente el pelo y escondía la cabeza bajo un bonete. También durante muchos años y sin necesitarlas llevé gafas porque sin ellas me sentía desnuda. Ahora —¡y desde hace ya mucho tiempo!— no tengo colores: mis pupilas son de un verde apagado, los labios muy pálidos, deslucido el rostro severo, ¡marchito!, y el oro de mis cabellos se ha disuelto en cenizas. ¡Todo se ha cumplido! ¡Nada de lamentos! Las mujeres que me desean el *bien* insisten en que me tiña los cabellos grises y me pintarrajee. Pero no. Yo soy así. *Gustar no quiero*. *París me ha visto completamente sonrosada. ¡París no me verá —maquillada!*

El miedo y la tristeza y la piedad y la rabia fueron las principales pasiones de mi infancia. Un miedo pesado y lento como en los sueños, cuando aminoras aposta las zancadas con las que vas huyendo a la carrera para irritar al malvado que te persigue porque confías que en el último segundo podrás salir volando. Era un miedo excitante y grato, en el que me deleitaba porque sabía que podría llegar ilesa hasta el mismísimo fondo del espanto: como si de pronto el lobo me tendiera la pata y *yo*, *desafiante y altiva*, se la rechazara. Por eso, al despertar, la tristeza siempre estaba allí, en la realidad de mis días. Huyendo de ella buscaba historias difíciles —¡inverosímiles! — en los grabados y en los libros. En los bosques, perseguía el silencio. Mas enseguida aprendí que cuando la tristeza no se altera

con los cambios de lugar —¡ni de factores!, como sucede en el álgebra—, algo no funciona y va mal. Porque eso significa que la tristeza está en el fondo de uno y no depende de lo que nos rodea. Cuando lo descubrí y tuve la convicción de que era así, noté cómo se enmarañaban los cabos sueltos de un ovillo tan endiablado y paradójico como la gavilla de sensaciones que me trae el otoño. En sí mismo, el otoño es hermoso. ¡Es preciosa la caída de las hojas cobrizas! Se desprenden del árbol y giran vacilantes, después van descendiendo más y más, y, finalmente, con un movimiento armonioso y sutil, se posan en la tierra. La caída de las hojas es el símbolo de la vida humana. Todos, más tarde o más temprano, tras unos cuantos giros en el aire de nuestros pensamientos, de nuestros anhelos, de nuestras ideas más íntimas, volvemos a la tierra. Todas las alegrías y todas las tristezas del otoño están contenidas en su fatalidad. Es algo horroroso y aborrecible y a la vez adorable: nos acaricia y atormenta al mismo tiempo. Siempre lo he sentido así… hasta hoy, cuando a menudo ya solo percibo la desbordante tristeza que se derrama sobre el mundo entero y aun más allá: en mi propia alma. El resultado es que no puedo vivir, no sé vivir *en los días*. Por eso aparece la piedad. ¡Pero piedad *de mí misma*! Casi me da vergüenza confesarle una debilidad tan ridícula, aunque lo cierto es que se trata de una piedad elevada, implorante, en la que hay misericordia y devoción. Y también cólera: ¡cuánta saliva ponzoñosa no me habré tragado yo!

Sí: miedo, tristeza, piedad, rabia… y resistencia acérrima como la del gato que se revuelve panza arriba… fueron las grandes pasiones de mi infancia. Y allí donde no encontraban alimento —¡para descargar el corazón!—, yo no estaba. Tal como lo viví y lo recuerdo, se lo cuento ahora, porque mi niñez es la historia de mis verdades. Toda infancia es la época de la verdad ciega. La juventud, sin embargo, es la etapa de los errores, porque va prendida a la ilusión y nos abrasamos con tanta prisa por querer llegar cuanto antes adonde sea. Pero no hay que juzgar a nadie por su juventud. Solo por su infancia. Ahí están siempre las raíces de cada ser humano. Y

nadie discutirá que primero son las raíces, y luego el tronco, y después las ramas. Desde nuestra edad más remota —¡y al cabo de años y años!— seguimos siendo los mismos, amando lo mismo.

Es como una inocencia *imperturbable*.

En mi caso, además, siento que nunca fui niña. O digamos que lo fui de un modo distinto, como *al revés*. ¿Recuerda cuánto la sulfuraba a usted mi curiosidad? ¿Recuerda cuando le pregunté «mamá, ¿qué es Napoleón?». Porque había leído el poema de Pushkin y en los dos primeros versos —*¿Los montenegrinos? ¿Qué son? / Bonaparte preguntó*— ya encontré dos incógnitas, una en cada uno, y no dudé en manifestar mi ignorancia. Fue el primer y único intento de preguntarle a usted algo. «¿Cómo? ¿No sabes *qué* es Napoleón? ¡Pero si es algo que está en el aire!». Jamás olvidaré el sentimiento de profunda vergüenza que me embargó. Noté que de golpe me arrebataba la estima y el respeto. Y me inundó un torbellino de desaliento y turbación, mezcla de suciedad, oprobio, ofensa… Así que yo, pobre idiota, resulta que ignoraba i*lo que está en el aire*! Entonces, ¿cómo atreverse a seguir preguntando, a querer saber más? Porque… ¿recuerda cuánto la impacientaban también mis respuestas? O mis deseos —que contienen fundidos en sí la pregunta y su respuesta. ¿Recuerda lo sucedido el Domingo de Ramos de 1901? Había cogido una pulmonía y no podía salir a celebrarlo. Usted, ya vestida y arreglada, apareció bajo el marco de la puerta de mi cuarto. Iba flanqueada, asimétricamente, por Andriusha —con su nuevo capote de colegial que lo hacía parecer aún más larguirucho— y por Asia —enfundada en mi abrigo del año anterior, que a ella le llegaba hasta los pies y la hacía aún más pequeña—.

—¿Qué quieres que te traiga de la fiesta, Musia?

—¡Un diablo en una botella! —contesté con el mismo ímpetu con que el diablo habría salido de la botella.

—¿Un diablo y no un libro? —se sorprendió usted—. Allí también los venden, hay puestos enteros. Por diez kopeks se pueden comprar hasta cinco libritos sobre la defensa de Sebastopol, por

ejemplo, o sobre Pedro el Grande. Piénsatelo.

—No, no…, un diablo… —dije en voz muy baja, avergonzada.

—Bueno, está bien, te traeré esa tontería.

Y al regresar:

—Toma, Musia, aquí está tu dichoso diablo. Pero no lo acuestes contigo. Te quedarás dormida y lo aplastarás. En cuanto notes que te vence el sueño, apártalo a un lado o ponlo sobre la butaca.

¡Qué idiotez!, pensé. ¡Si me pasaba el día entero dormida, con treinta y nueve grados de fiebre, todo el tiempo durmiendo y delirando! Así que no le hice caso: apreté la base redonda de la botella de goma y el diablo saltó y saltó y ¡saltó! Cuando usted me sorprendió así, enseguida llegó el interrogatorio.

—¿Por qué no preguntas la razón por la que el diablo salta? ¿No te parece interesante?

—Sí-sí-sí —contesté de forma automática, nada convencida.

—Es que es *muy* interesante —insistió usted—. Aprietas la parte de abajo de la botella y de pronto el diablo ¡salta! ¿Por qué?

—No sé —logré apenas balbucear.

—¡Ah, ahí está! ¿Lo ves? Hace tiempo que lo observo: en ti no hay ni una pizca de curiosidad, te da absolutamente igual por qué sale el Sol, la Luna mengua o el diablo salta, ¿no es así?

—Sí —asentí con un hilo de voz.

—¿Significa que tú misma reconoces que te da igual? Pues no debería ser así. El sol sale porque la Tierra ha dado la vuelta, la Luna mengua porque etcétera…, y el diablo en el frasco salta porque está metido en alcohol.

¡Qué tortura! *Y balbucear y sonrojarme y de pronto bajar la mirada, y, tomando aire, por fin un breve sosiego: tal yo en la infancia vigilada.* Lo peor es que siempre sucedía lo mismo a la hora de elegir algo. ¡Usted dale que dale con las preguntas!

—¿Qué muñeca te gusta más? ¿La de Núremberg, de la tía, o la de París, de la madrina?

—La de París.

—¿Por qué?

—Porque tiene ojos apasionados.

Usted, amenazante:

—¿Qué-é-é?

Yo, cayendo en la cuenta:

—Quiero decir: terribles.

Usted, aún más amenazante:

—Pero si…

Hasta que, sin duda harta de mí, pronunciaba una de las palabras que yo más temía:

—*Erunda!*

Tonterías, sí. Nunca me comprendió usted, mamá. Nada más oír la respuesta, se indignó conmigo. Y tal vez con razón. Pero entendió mal el sentido. No eran los ojos apasionados, sino el sentimiento de pasión que me despertaban aquellos ojos… ¡y la palabra París! Además, no solo yo reaccionaba así. *Todos* los poetas hacían lo mismo. Después se batían en duelo porque ¡*su muñeca* no era apasionada! Todos los poetas, y Pushkin el primero. En mi caso, solo una vez estuve a punto de hacerlo, aunque es una historia que no nos incumbe, así que voy a proseguir con la nuestra.

Las peores preguntas venían tras acabar la lectura de un libro. Antes de los siete años, los versos de Pushkin, y, en general, la poesía lírica —que más bien escaseaba en la *antología* del parnaso ruso— eran para mí una serie de cuadros enigmáticos. Pero enigmáticos solo *después de las preguntas* que usted me formulaba. Coincidirá conmigo en que Pushkin escribe con sencillez, y que en gran medida ahí radica su genialidad. Pero en los versos, como en los sentimientos, solo la pregunta genera la incomprensión porque arranca la imagen del relato, la aleja de los *hechos*. Cuando usted no preguntaba, yo entendía maravillosamente; es decir, no pensaba en entender: simplemente *veía*. Por fortuna, al acabar nuestras sesiones de recitado y declamación, a usted no siempre le quedaba tiempo para el interrogatorio, apremiada por algún asunto urgente o un imprevisto cualquiera, o simplemente porque la hora coincidía con la del regreso de papá a casa. De este modo, algunos poemas

siguieron siendo comprensibles y completamente diáfanos *para mí*.

Hace poco escribí un breve texto «El cuento de mi madre», donde quise reflejar nuestros desencuentros. No es tan terrorífico como el de Andersen que usted me dio a leer, «Historia de una madre», pero sí contiene elementos perturbadores, porque en esa historia aparentemente ingenua y banal hablo del abismo que la separaba a usted de mí, que *no podía comprenderme.* El relato reproduce una escena cotidiana y su estructura es muy sencilla, pues todo él consiste en una cadena de preguntas y respuestas entre una madre y sus hijas: Musia —yo, y Asia —mi eterna imitadora. Solo que a diferencia de lo que sucedía en la vida real, en mi cuento soy yo quien lleva la voz cantante: *soy yo* la que narra algo y *soy yo* la que la examina a usted preguntándole por el sentido implícito del texto. Se trata de una historia de *pasiones africanas*, como la llamaría usted, un revoltijo de sentimientos turbios y perversos, en el que desde el principio todo va encaminado a acorralarla. Empieza así: «Había una vez una madre que tenía dos hijas, Musia y Asia. Musia tocaba mejor el piano y tenía buen apetito y comía sin melindres, pero en cambio Asia podía enroscar la lengua formando un tubito, al igual que *su* mamá. "¿A quién quiere más: a mí o a Musia? —preguntaba mi hermana—. No, no diga que igual, siempre se quiere un po-qui-tiii-to más a alguien"».

Todo menos la mirada era pura hipocresía en la mocosa y zalamera mimosilla, ya que tanto ella como usted, y —lo más importante— yo también, sabíamos perfectamente a cuál de las dos prefería la madre. Así que la renacuaja se limitaba a esperar tranquilamente a oírle pronunciar la palabra que sería mortal para mí: la misma que yo, congestionada y roja por la tensión, esperaba oír, aun sabiendo que sería inútil aguardar. *Erunda!*

«¿Cómo que a quién más? ¿Por qué me obligas a decir que quiero más a una de las dos? —replicaba la madre con evidente desconcierto. Y luego, intentando aplazar el momento de responder, insistía—. ¿Cómo puedo quererte más a ti o a Musia si ambas sois mis hijas? Eso sería injusto», aseguraba, hilvanando una retahíla de

excusas y explicaciones que no venían a cuento.

Porque lo importante ahora es responder a esta pregunta: cuando una persona dice sí y en los labios tiene un no, ¿qué ha dicho en realidad? Porque a mí me parecía que en el fondo usted había dicho dos cosas. O quizás una, pero solo a medias.

Nunca entendió usted mi absoluta incapacidad para el estudio o la diversión, mis dos antipasiones. Nunca fui una *contemplativa*. Nunca pude estar fuera. Nunca supe ver *a través de*. Ya desde pequeña abría los capullos de las flores cuando apenas eran un botón para meterme en su enigma, pues desde siempre tuve un incurable afán por anular la distancia entre lo otro y yo; *con la mirada* abatía cualquier obstáculo que me impidiera *estar unida a las cosas*, *vivir en ellas*. Por eso detestaba los espectáculos, mamá, todo lo que es necesario *ver a distancia*: ópera, *ballet*, cine… ¡Qué suplicio permanecer sentada lejos y limitarse a mirar o escuchar! De los conciertos solo recuerdo los rostros tristes y ausentes y el movimiento mecánico de las manos de los intérpretes. Y de todas las obras de teatro a las que asistí, a la actriz del vestido verde que actuaba en *Las alegres comadres de Windsor*, el primer espectáculo dramático que —¡con cuatro años!— presencié en mi vida. A saber si no la he olvidado porque se parecía a la muñeca vestida de verde que una tarde de invierno vi en el escaparate de una juguetería, una muñeca con la que durante un tiempo soñé noche tras noche, pero la que ni una sola vez —¡tenía dos años entonces!— deseé en voz alta: una muñeca a la que quizá recordaré en la hora de la muerte.

Nunca entendió usted mi total desinterés por los juguetes o por los juegos. Excepto la baraja, claro. Ya a los siete años me había aficionado a las cartas hasta el delirio, pero no por el juego en sí, sino por los propios naipes: por esas figuras sin piernas y con dos cabezas, sin piernas y con un solo brazo, o con la cabeza al revés y con el brazo al revés: al revés de sí mismas, vueltas contra sí mismas, a los pies de sí mismas y desconocidas para sí mismas. ¿Por qué usarlas para jugar, o jugar con ellas como hacía Asia, cuando ellas mismas jugaban entre sí pues eran *el juego*: de ellas *consigo*

mismas y de ellas *en sí mismas*? ¡Oh, con qué facilidad y rapidez yo, que con tanta dificultad y lentitud había aprendido las cuatro operaciones básicas —sumar, restar, multiplicar y dividir—, y que por lo general nunca he estado segura del empleo del gerundio ni de las normas de la gramática, aprendí las reglas de los cuatro palos y asimilé el significado de cada una de las cartas: todos aquellos viajes, riquezas, cotilleos, noticias, zozobras, enlaces matrimoniales…, y la función de los personajes: el soltero rey de diamantes, mi prometido, el valet rojo de corazones, el terrible y misterioso rey de picas, al que llamaba el rey de los elfos, los otros reyes, el séquito de treses y cuatros… Todos ellos altísimas personalidades a las que adoraba…, excepto a las damas. A estas, por lo general, no las quería: tenían unos ojos fríos y crueles con los que me juzgaban, como las señoras que yo conocía y nos juzgaban a usted y a mí. Eran simplemente aborrecibles. Nada que ver con el resto. De entre todos ellos, más que a ningún otro amaba al as de picas, que en la baraja de Masha se representaba con un corazón al revés, un enorme corazón negro rematado como la punta de una alabarda: ¡un golpe asestado por el corazón!

Por eso nunca estudié ni aprendí nada. Lo que sé —llegó solo: de mi *simbiosis* con el objeto, de mi *fusión* con las cosas. Por eso también aborrecía jugar. La mayoría de los juegos infantiles me parecían una estupidez, ¡y hasta una vergüenza! Y, sobre todo, me aburrían: estar allí, esperando.

Tampoco supe hacerlo cuando el amor: esperar, como hacía Anna Ajmátova.

Mi infancia también fue solitaria y ardiente, y transcurrió como en un sueño. Bajo el delirio, las toses y la asfixia que la embargaban, bajo el alboroto y el trajín de una casa trastornada por las continuas partidas y los viajes, el obstinado e implorante «¡vamos a soñar!, ¡vamos a soñar!», que me dictaba una voz. Y esos sueños eran ya en sí mismos una prueba *material* de la soledad. Porque el sueño raras veces es un diálogo. Casi siempre es un monólogo: de nuestra nostalgia por algo, o de la nostalgia de ese algo por nosotros. No

existen los sueños recíprocos. O bien yo llamo a alguien a mi sueño, o bien alguien entra en él. Aun así, hay en el sueño tanta añoranza como en el amor. Por eso es un juego mágico, es el vabanque, es… ¡la libertad!: nuestra reacción a un estado de las cosas que nosotros no hemos elegido, nuestro *ser* sin la censura de la razón. Por eso cuando sueño —es decir, cuando recuerdo mis sueños—, me siento orgullosa como nunca, más incluso que al acabar un libro de dos mil versos: porque el sueño *ocurre* sin mi participación, *sucede por sí mismo*. Eso sí *me es dado*. Y jamás creeré que el sueño se equivoque, que yo pueda equivocarme al soñar. ¿Sabe? Una vez llegué a ver en sueños su alma: llevaba usted puesto algo blanco, amplio, que colgaba, que se derramaba más bien, un vestido continuamente creado por su cuerpo… o por el cuerpo de su alma. Y los recuerdos que ese sueño me dejó de usted son los de las algas flotando bajo el agua, sus movimientos. Y el mar, que la mecía dulcemente.

Hace poco escribí un libro sobre usted, *Mi madre y la música*, y descubrí cosas que desconocía o que había olvidado. Al terminar era como si aún no lo hubiera acabado del todo. Por eso sigo aquí, ante estas cuartillas: porque nuestros temores *sugieren* y nuestras obsesiones *encarnan*.

Sí, mi infancia fue solitaria y ardiente, aunque no hasta el extremo de la suya, pues a fin de cuentas en nuestra casa estaban Asia y Andriusha y Valeria. No hubo necesidad de traer a una niña ajena para que *fungiera de hermana*, como hizo el abuelo con ánimo de que su hija tuviera alguna distracción y compañía, más allá de la institutriz suiza. Aunque de poco sirvió, pues aquella niñita resultó ser una criatura tímida y apocada, sin personalidad ni iniciativa alguna, de manera que usted siguió sintiéndose muy sola. Como yo. La palabra *amiga* —la más amorosa de todas— la oí por primera vez referida a una anciana en los primeros versos de «A la nana»: *Amiga de mis días sombríos*… ¿Cómo era posible? Del poema de Pushkin aprendí, ¡para toda la vida! —porque lo que aprendes en la infancia lo aprendes para toda la vida, pero también lo que no aprendes

entonces jamás lo aprenderás—, que a una mujer mayor, *si es cercana*, se la puede amar más que a una joven, por muy bella o deseable que sea. Pushkin no encontró palabras tan tiernas para ninguna otra mujer como las que le dedicó a su vieja nana. Solo Marcel Proust, un genio fallecido hace poco, encontró una palabra así de tierna para una anciana. Pushkin, Proust… ¡dos monumentos del amor filial!

Amiga de mis días sombríos / paloma, nana mía, escribió nuestro inmortal poeta. Cuando leí esos versos, desconocía el sentido de la palabra *amiga*, pero en cambio comprendía bien el significado de *paloma*. No solo porque alborotaban nuestro patio grisazulado con sus picotazos y sus zureos, su batir de alas, su revuelo…, sino también porque papá la llamaba a usted así: «¿No te parece, paloma?», «¿Tú qué crees, paloma?», «¡Pero si eso no tiene ninguna importancia, paloma!». Papá nunca la llamaba de otra forma. Jamás me atreví a preguntarle por qué le puso ese nombre y ahora usted ya no puede responderme. ¿Era porque nuestra familia procedía de Tarusa, donde en cada tumba del cementerio de Jlisten hay una paloma de plata? Allí me gustaría ser enterrada, bajo las ramas de un saúco; allí, donde crecen las fresas silvestres más rojas de cuantas se hayan visto nunca. Y si no fuera posible porque el camposanto ya no esté, deben sepultarme en una de las colinas por donde las Kirilovnas venían a nuestra casa en Pesochnoie, o bien nosotros íbamos a la de ellas. Con una losa de la cantera de Tarusa que diga: «Aquí quiso descansar Marina Tsvietáieva».

El caso es que con la palabra *paloma* estaba bien familiarizada, pero lo de *amiga* era algo desconocido. Asia y yo crecimos en soledad. No hubo niñas en mi infancia y acaso por eso entiendo mal a los niños: de los ajenos tengo miedo; de los propios exijo demasiado. Ese es el resultado de haber leído tanto. ¡Cómo entiendo ahora a los estúpidos adultos —según los consideraba entonces— que no permiten que sus hijos lean determinados libros hasta que sean mayores! Hasta hace poco me indignaba esa presunción, la misma que usted me dispensaba: «Es demasiado pronto para ti»,

«Cuando crezcas, lo descubrirás», «Aún no puedes entenderlo». ¡Qué tontería, mamá! Los niños entienden demasiado. A los siete años yo entendía, *¡profundamente!*, *El novicio*, de Lérmontov, y *Eugenio Oneguin.* Sería una comprensión insuficiente, lo admito, pero era honda y aguda, aunque enfermiza. Porque los libros nos enseñan a vivir, pero también a no vivir. Cuanto más leemos, menos queremos vivir por nosotros mismos. De niña no me importaba mucho no tener amigas: yo tenía *en mí* a los héroes y heroínas de mis libros. Llegué a creer que había nacido para la soledad y que no necesitaba otra cosa más que ella… y las sombras fantasmales de Ondina, Tatiana, Oneguin, Carlota, Werther, Margarita, Fausto, Lucile, Oswald, Adolfo, Corina, Lorenza, Joseph Balsamo. Porque a la crudeza de la vil realidad preferimos los cuentos, la poesía: que de pronto desapareciera Moscú, con sus cinematógrafos, sus ómnibus, sus hoteles, sus carruajes, sus jueves, sus sábados, con toda esa agitación inútil… y ocupara su lugar el Cáucaso salvaje y virginal donde se consumió Tamara, los peñascos, los nidos de las águilas, los poblados, los rostros morenos de los circasianos, su hablar gutural, las vistosas danzas de sus muchachas, la música de un organillo, los despeñaderos, la lluvia, los caballos, las noches estrelladas, las cimas del Kazbek y del Elbrús… Ese era mi ensueño: ser el héroe o la heroína de algún libro, montar de noche a caballo, enfrentarse a los bandidos, fugarse, amar… *¡Yo ansío de una vez —todos los caminos! Todo lo quiero: con el alma gitana irme entre canciones al bandidaje, y con las amazonas ir veloz al combate; adivinar los astros en la torre negra, guiar a los niños por la sombra oscura… ¡Tal que los días de ayer —sean leyenda, tal que entonces cada día —sea locura!* Una falacia y un robo de la vida propia, lo sé, además de un fraude o una engañifa todas esas historias: horas y horas devorando las páginas de los libros, abrasada por intensas emociones, y después en la vida real sentir que todo se apaga hasta congelarse. Sin embargo, siempre deseé para mí aquel vértigo, la medida de mi alma. ¡Es horrible! Los libros son —la perdición. Quien ha leído mucho no puede ser feliz porque la felicidad *es* la

inconsciencia.
¡Ah, pero entonces…! Entonces nada me parecía más sublime ni más espléndido que los libros y la naturaleza, a la que siempre he sentido en mí como una descarga de energía. De la naturaleza me gusta su romanticismo, su *modo alto*. ¡Por el cielo, daría el alma! Adoro en ella *tout ce qui plane*, todo lo que se eleva y vuela —árboles, nubes, montañas, pájaros—, pero no *tout ce qui grouille*, lo que hormiguea y se arrastra. El olor de la tierra en primavera nunca me ha embriagado como lo hace la visión del azul-violeta-anaranjado del cielo al atardecer. La tierra solo me gusta en su cualidad de pedernal, cuando está muy seca y al pisarla los pies restallan como pezuñas. Jamás he cantado a la fresca hierba aterciopelada ni a los brotes tiernos porque tampoco me atraen los huertos, con sus *pormenores*, ni la siembra, ni el cultivo de los campos. La tierra labrada es la Primera Infancia y es la Madre. Y me enternezco al contemplarla, y hasta me inclino estremecida cuando paso, pero sigo de largo. Y en mis vagabundeos por los bosques me da igual parecer un perro sin dueño o la gata del cuento de Kipling que se pasea sola porque *yo* hablo con los árboles: mi propia alma. Y con las montañas.

Y después, con el mar.

Nunca volví a sentir tanta plenitud de posesión ni tanta serenidad de posesión como durante mi primer encuentro con el mar. El *elemento* estaba allí, en todas partes, no había un solo lugar donde no estuviera, y al mismo tiempo yo estaba en él. Entro y me caigo, con mis pesados zapatones rusos y mi grueso vestido de fieltro pardo, caigo inmediatamente al agua, al agua y no al mar, y el pelirrojo Volodia me rescata y vacía el agua de mis zapatos, y después me siento y espero a que se seque el vestido para que usted no se entere. Estoy cubierta de salitre. El mar es azul —y salado. Y de pronto, dándole la espalda, escribo con un palo en la arena: *¡Adiós, libre elemento!* Mi poema «Al mar» expresaba el amor de Pushkin por el mar y también el amor del mar por el poeta: el mar, el amigo que lo llama y que lo espera, el mar que teme que

Pushkin lo olvide, y al que, como un ser vivo, el poeta promete y promete. A los diez años había copiado el poema «El mar» en un librito que confeccioné y cosí con mis propias manos. No me conformaba con leer a Pushkin en la voluminosa antología y quería tenerlo siempre cerca, llevarlo a todas partes guardado en el bolsillo, y pasear con él. Creía que «El mar» era más mío por haberlo copiado verso a verso.

Todo eso en parte se lo debo a usted, a la infancia nómada, a los años de errabundia que hilvanaron mi vida debido a los viajes emprendidos a causa de su enfermedad. El del verano en Nervi es el que más honda huella me dejó. No solo por el descubrimiento del mar, también porque usted me regaló un *álbum para señoritas*. Todos los convalecientes de tuberculosis en la costa genovesa escribieron en sus páginas. Entre las citas de Uhland, Goethe y Nekrásov, esta verdad que el joven Reinhardt Röver estampó con su esmerada caligrafía: *Tout passe, tout casse, tout lasse*, / *excepté la satisfaction d'avoir fait son devoir.* De mi Röver al universal Novalis hay solo un suspiro, más no ha dicho nadie nunca, ni el propio Novalis. Y así, del entretenimiento infantil y de una anotación en mi álbum, un resumen en dos palabras: *el alma* y *el deber*. El alma es el deber. El deber del alma es volar. *Die Seele fliegt.* Quizá voy a decir una barbaridad, pero para mí Alemania es la continuación de la Grecia antigua, joven. Los alemanes la heredaron. Y al no conocer el griego, no aceptaré ese néctar, ¡esa ambrosía!, de otros labios que no sean los de los alemanes. Cuando me preguntan quién es mi poeta favorito, primero me atraganto y luego suelto una docena de nombres tudescos, para enseguida responder: «Necesitaría diez bocas que hablaran a coro, al mismo tiempo». En mí hay muchas almas, pero la principal es la germana. Para mí, Francia es ligera, Rusia es pesada, y Alemania, a mi medida. ¡No hay alma más libre, más rebelde, más orgullosa! Son hermanos de los rusos, pero más sabios que nosotros. Alemania es un árbol, *heilige Eiche*, un roble sagrado. Es la envoltura exacta de mi espíritu y es mi carne: sus ríos son mis brazos; sus bosquecillos, mis cabellos, toda ella es mía y yo,

¡toda yo soy suya! Allí, mi eterno *schwärmen*, mi entusiasmarme y encandilarme, refulge una y otra vez. No tuvieron barricadas, pero tienen sistemas filosóficos que hacen estallar el mundo. Y poemas que lo vuelven a crear. *Land der Sonderlinge*… Así llamaré al libro que quizás escriba sobre Alemania: la tierra de los extravagantes.

Y por eso ahora Hölderlin ha desplazado a Goethe en mi corazón. A este lo sigo amando como un milagro claro y a la vez misterioso, pero ni él ni su época advirtieron el genio de Hölderlin. Schiller sobre todo. Él desempeñó un papel fatídico en la vida del joven Friedrich por no haber comprendido ni la naturaleza de su talento ni —¡más importante!— cuán infinitamente tierno y vulnerable era. Ni siquiera respondió a la carta que le envió, silencio o indiferencia que fueron para él una herida incurable. Hölderlin es doblemente *genio*, en el sentido actual y en el sentido antiguo de la palabra: un ser que vela por los poetas porque su obra es *la esencia* de la poesía, decidido como estuvo a convertirse él mismo en *el poeta del poeta*. Es el cantor lírico más grande de Alemania, más aún que el visionario Novalis. Publicó algo en vida, pero a los treinta y tantos años cayó en una locura, primero furiosa y después mansa, que duró hasta su muerte en 1842. Lo descubrieron mucho tiempo después de morir y el suyo es el caso de una prodigiosa resurrección, ¡al cabo de casi un siglo!, en parte gracias al extraordinario libro de Stefan Zweig, *La lucha contra el demonio*, que es de lo mejor que se ha escrito sobre el desdichado Fritz. Como poeta —hablo de la materia, del *verbo*—, Hölderlin es absolutamente incorpóreo, incluso *pobre*. Rimas comunes e imágenes escasas, pero ¡qué torrente a partir de casi nada! Espíritu puro —y espíritu poderoso. Además de los versos, escribió una novela maravillosa, *Hiperión*, que trata del amor esencial y de la grandeza y el vacío que supone su pérdida. En las cartas de este joven que sueña con el resurgir de la Grecia platónica y se estrella, late una canción palpitante, un himno al espíritu heroico, el amor y la amistad. Desde la desgracia, Hiperión vuelve a buscar esa fuerza —¡*la luz*!— en el mundo de los sueños, único refugio de quien huye de la rutina, lo doméstico y la civilización.

Goethe es un dios de mármol; Hölderlin, una sombra eterna. He aquí un verso de su último poema: *Was hier wir sind, kann dort ein Gott ergänzen*. No sé sí a usted le gustaría, mamá.

Sus versos no son poesía. Son *el alma* de la poesía.

Y el deber del alma es volar. *Die Seele fliegt*!

Pero descendamos a lo terreno: el deber, mis deberes… Tres años seguidos en el extranjero desde que se le declaró a usted una tuberculosis pulmonar, cambiando de escuelas como de clases, y de ciudades como de escuelas: Nervi, Lausana, Friburgo, Dresde… En el internado suizo recuerdo a una joven negra que tenía que aprender francés y no estudiaba nada: ¡comía violetas! Labios azules —los negros no los tienen rojos— y violetas azules. El agua azul de Ginebra vino después. En Friburgo, cada domingo venía a visitarnos al pensionado una mujer de unos cuarenta años y ojos claros, entornados… La ciega Matilde. Todas las niñas, una por una, debían escribir cartas para ella. Al acabar, *die blinde Mathilde*, en agradecimiento, se sentaba al piano y cantaba: *Ich kenn ein Kätzlein wunderschön*… ¡Y cómo amaba yo entonces la Selva Negra! ¡Con una nostalgia!… ¡La amaba hasta la locura! Los valles dorados, los sombríos bosques, las casas de la aldea con las inscripciones sobre los escudos de las hosterías: Zum Adler, Zum Löwen… Si yo hubiera regentado una, en vez de llamarla Del Águila o Del León, la llamaría Zum Kuckuck. Porque no son el gran reloj del salón ni el que colgaba de la pared del comedor con su péndulo los que yo recuerdo, sino el de cuco de tu dormitorio, con su casita, con el pajarillo que se asoma como si esperara a alguien…

Así soñaba en mi soledad. Siempre y en todas partes, sin amigas. A veces, con el amor por alguna niña inaccesible porque era mayor que yo. Y siempre y en todas partes, la constante compasión de los mismos tres maestros: el de ruso, el de alemán y el de francés. Y siempre, y en todas partes, el desprecio del resto.

No es un lamento. Tampoco un reproche. El alma crece con todo, y más con las pérdidas. Sin embargo, desde la muerte de mi pequeña hija Irina en un hospicio, cuando también estuve a punto de perder

a Alia, la mayor, tengo un miedo terrible a las separaciones, y cualquier mínimo percance me trae de vuelta aquel viejo y gélido terror: *¿y si de pronto…?* Tras abandonar Rusia en 1922 publiqué en Berlín el poemario *La separación.* Mi querido Andréi Biely —un poeta y un prosista admirable, de grandes ojos de mago color verdiazul, que encarnaba el entusiasmo espiritual con poses de visionario y candidez de niño, célebre inmediatamente después de la revolución de 1905 por una audaz novela psicológica sobre la época, *Petersburgo*— dijo que mi libro era todo él música alada. Y me dedicó un poema donde habla del canto suave de mis versos, que le parecían *melodías carmesíes* y *ritmos invencibles*. Por lo general, cuando han intentado explicarme lo que escribo, nunca he logrado entenderlo. Pero en este caso sí. Quizás por haber vivido Biely la misma experiencia supo enseguida que *La separación* no es un libro, sino un canto: la voz más pura de todas cuantas he modulado.

Porque es la mismísima voz de la añoranza: *Sehnsucht*.

Toda mi poesía está atravesada por el dolor y la soledad. Todo lo he vivido siempre hacia dentro y ahora siento que me consumí en ese fuego interior capaz de reducir el mundo a cenizas. Con una madre como usted, solo me quedaba una cosa: convertirme en poeta para hacer uso del don que me *había sido dado*. ¿Alguna vez llegó a saberlo? Creo que jamás se dio cuenta, que mi poesía le pasó tan inadvertida como la de Hölderlin a sus contemporáneos. Y eso que usted misma —con su maravilloso don para las lenguas, su memoria brillante, su excelente pluma— compuso versos en ruso y alemán, aunque sobre todo lo que hacía era jugar al vabanque: apostaba a lo desconocido, a sí misma —secreta, lejana—, a su irrealizado y fantasmal hijo Aleksandr. Mientras tanto, yo escribía y escribía sobre aquel mundo que iba a ser destruido: *Míralo antes que el álamo sea derribado y nuestra casa vendida. El álamo entre las acacias, con su color de ceniza y de plata. Todo en nuestra vieja casa ahora ya solo poesía.*

No la estoy acusando de nada y por eso reafirmo: *Todo se lo debo a usted, madre.*

Y créame que así lo reconocí en cuantas ocasiones tuve la oportunidad. Hace poco respondí a un extenso cuestionario donde refería mis influencias principales y, por el lado materno, mencioné la música, la naturaleza, la poesía, Alemania y *el heroísmo*. Asimismo, redacté un amplio autorretrato en el que confesaba mi amor apasionado por la lectura —mi ocupación favorita desde los cuatro años y, desde los cinco, la escritura—, el desinterés por los juegos infantiles, un fantasioso espíritu caballeresco, amor por los extraños y desapego hacia los propios, ausencia de espontaneidad —desde niña actuaba para los demás cuando me sabía observada—, un eros desbordante y precoz que contrastaba con cierta hurañía en cuestión de mimos y caricias, emoción hasta las lágrimas ante mi propio canto-verbo, vehemencia que se vuelve furia, una rectitud innata —no por temor a Dios, pues por lo general no lo tenía presente—, la embriaguez por el sufrimiento —¡te rompes pero no te doblas!—, una formidable fuerza de voluntad para el trabajo que llevo en la sangre: el deber —la responsabilidad, nada para uno mismo —olvidarse de uno mismo es sobre todo olvidarse de la propia debilidad—… y terquedad, resistencia, perseverancia, obstinación feroz, junto con una autoestima exagerada porque *ser irreprochable* no significa no tener defectos, sino ser responsable de esos defectos, ser consciente de ellos y defenderlos hasta el fin. Aunque a menudo también el deseo irrefrenable de perderme y desaparecer.

Así me veo desde los siete años: ¡toda aristas! Y ha de saber que cuanto me gusta en la vida me gustó ya antes de tener esa edad. Lo que soy *viene* de allí. Y cuando algo penetra —*está*— en mí, una vez dentro nada ni nadie puede arrebatármelo. Ni siquiera es posible luchar. De ahí lo inútil de su esfuerzo por corregirme, mamá. No olvide que llevo en mí la temprana herida de no haberme sentido nunca amada por usted. Es cierto que podía *ver* lo orgullosa que estaba de mí, y acaso de ahí el orgullo —y la soberbia— ha regido mi vida entera, manifestándose como una intensa rebeldía en mi corazón, que desde siempre supe que procedía de mi ascendencia materna. ¿O no es verdad? *Hay una hora del alma, como una de la*

luna, hora de la lechuza, hora de la oscuridad, hora de la niebla. En esa hora ¡tiembla, vanidad! Hay una hora del alma, como de la tormenta, y esa hora es mía.

Ir en contra —¡ese es mi lema!—. ¿En contra de qué?, se preguntará. En contra del paganismo en tiempos de los primeros cristianos, en contra del catolicismo cuando se volvió la religión estatal y fue trivializado por sus codiciosos, disolutos y viles servidores, en contra de la República y a favor de Napoleón, en contra de Napoleón y a favor de la República, en contra del capitalismo en nombre del socialismo, en contra del socialismo cuando se instala en la vida, un socialismo reducido por los bolcheviques victoriosos a un temible jacobinismo, a un verdadero estado de sitio por el monopolio del poder que ejercen desde *su* partido único, gobernando a golpe de decretos, rodeados de una camarilla de burócratas arribistas cada vez más serviles en aras de labrarse una carrera de privilegios y prebendas, escoltados por comisarios zafios que destacan por su estupidez y su bajeza, mintiendo *fehacientemente* desde las páginas de una prensa corrompida y desde los pasquines de la propaganda demagógica, que impiden una colaboración libre, asfixian el espíritu crítico y aplastan cualquier atisbo de disidencia, desatando el terror desde los mil sótanos de las checas, fusilando masivamente, *triturándonos*… porque aspiran a controlar y transformar todo —el régimen de propiedad, la organización del trabajo, el mapa geopolítico, pero también nuestra vida interior: alma, espíritu, ideas, sentimientos, sueños… *¡Todo nuestro ser!*

¡Ah, cómo los entiendo ahora a usted y a papá! Y al mismo tiempo, qué risa al recordar los temores que sentían durante la revolución de 1905. Nosotras éramos unas niñas, pero ¿y si cuando crezcan se adhieren al partido y lo dan todo por la destrucción del país?, se preguntaban temerosos. De modo que dejaron el dinero a buen recaudo e impusieron la condición de que no se tocara hasta que las herederas cumpliesen… ¡cuarenta años! ¡Ah, qué extraña burla del azar! Nunca he amado *lo exterior*, pues nos enseñaron a despreciar

los bienes materiales. Y en cuanto al bueno de papá… Si supiera que tras morir usted ya nunca más se encargó una levita nueva, excepto para la ceremonia de inauguración del Museo de Bellas Artes, al que ambos consagraron buena parte de sus vidas y de su fortuna. Entonces, como era de rigor, consintió en hacerse un traje de etiqueta para lucir el día que recibiera la distinción de Tutor Honorario que le habían concedido. Pero salvo en esa ocasión, se resistía a gastar el dinero en cosas superfluas, sin duda recordando sus tiempos de estudiante pobre y las penurias y los sufrimientos que sus padres se vieron obligados a pasar para poder enviarlo a la universidad. Así que su renuencia a gastar, que podría confundirse con tacañería o avaricia, era en realidad amor o piedad filial.

Pero luego llegó la otra revolución, *la nuestra*. En 1917 me faltaban aún muchos años para cumplir la condición impuesta y Asia y yo lo perdimos todo. Ahora vivo casi en la indigencia. Me salva de ella un trabajo titánico y la ayuda de un puñado de amigos. Así que ¡en contra, en contra, en contra! ¿Soberbia? De acuerdo. Si algo me ha mantenido en la superficie de *este lodazal* es la soberbia. Y solo ante ella me inclino con una reverencia. ¿Qué seguirá? No lo sé. No hay modo de saberlo. Lo único cierto es que sentimientos tan *aborrecibles* no deberían erigirse en sucedáneos del amor.

Y yo siempre he necesitado amar y ser amada. De lo contrario, la vida me resulta despreciable y fría. Lo único que la vuelve cálida y luminosa es el amor. Pero hace mucho tiempo que no he amado a nadie, que no ha llegado nadie: un hombre, una mujer, un niño, un anciano, me da lo mismo —¡con tal de amar! Amar *yo*. En el amor hay dos categorías: los que son amados y los que aman. Bueno, hay una tercera, aunque es rarísima. Es la del amante: el ser a través de quien se manifiesta el amor, una especie de transmisor o conductor del *elemento* amor. Durante mucho tiempo, desde mi infancia, desde que tengo memoria, me parecía que anhelaba *ser amada.* Ahora sé que no era así. En realidad, apenas llegué al mundo elegí *amar yo.* Antes solo de eso vivía: estaba oyendo música o leyendo o escribiendo versos, o simplemente absorta en una nube carmesí…, y

de golpe en un rostro o en una voz o en un nombre… descubría las *señas* de mi melancolía, pues al amor lo reconozco por una tristeza inconsolable, un ¡ay! que te corta la respiración. Pero ahora algo se ha roto en mí: persigo los días y me alegro cuando terminan. Quizá porque no tengo futuro, porque *ya todo fue.* Mi corazón se ha gastado.

Hace más de diez años, un amor loco, el más fuerte de mi vida, me pidió que me fuera con él. Ardía en deseos de hacerlo, pero por supuesto me quedé, porque mi marido Seriozha y mi hija mayor Alia, *ellos dos*, la familia —¡¿cómo iban a vivir sin mí?!—. En mi vida, la familia ha sido una presencia tan poderosa que jamás la puse en riesgo. «No puedo construir mi felicidad sobre la infelicidad de los demás», le dije a él. Y esa fue mi última palabra. Ahora que la vida ha transcurrido, ya no estoy tan segura de haber acertado obrando así. Tal vez sin mí *ellos* habrían sido felices: ¡mucho más que conmigo! En cualquier lugar parecen sentirse mejor que en casa, convertida en un verdadero manicomio, y yo estoy mejor con otros que con ellos. Ahora puedo afirmarlo con toda certeza, pero ¿quién habría podido persuadirme *entonces* del desastre que me esperaba? Estaba convencida —¡ellos me convencieron!— de que era *irremplazable*: de que sin mí —morirían. Yo, a la que siempre han considerado dura, no los abandoné, aunque a veces cuántas ganas tenía de ser yo misma, de verme en toda mi estatura, de tener libertad o simplemente de disfrutar de una mañana apacible y sin obligaciones domésticas. Toda la vida he ardido en deseos de apartarme de ellos —y no por otros: por mí, para mí. Ganas de volver a mi soledad de soltera en Tryokhprudny, ¡tan breve! Y también, es cierto, para *poder* amar a quien yo quisiera. Pero hete aquí otra de las deudas contraídas con usted, pues desde la cuna me *fue dado* un don terrible —el de la conciencia, la imposibilidad de ignorar el sufrimiento ajeno.

¡Fui una redomada imbécil!

Pero entonces creía que *amorosidad* y *maternidad* se excluyen mutuamente. Sé que a los hijos hay que darles todo sin esperanza

de recibir nada a cambio; ni siquiera que en el momento de la despedida vuelvan la cabeza para mirarnos por última vez. Es menester que sea así porque —no puede ser de otra manera. Lo maternal es *lo natural*: existe pese a todo y por encima de todo, y es inútil devanarse los sesos cavilando y cavilando porque la maternidad es una pregunta sin respuesta. O más bien, una respuesta sin pregunta: una *incesante* respuesta. En la maternidad hay un solo personaje: la madre. Y una sola relación: la de ella. ¿Conoce una vieja balada francesa que habla de un hijo que le lleva el corazón de su madre a la joven amada? Siempre me ha impresionado mucho porque en el camino, cuando él tropieza y se le cae el corazón…, *et voilà que le cœur lui dit: T'es-tu fait mal, mon petit?*

En mi vida hubo dos milagros: el encuentro con Seriozha y la llegada de mi hija Ariadna. En ella creí desde el primer momento. Ya antes de que naciese ¡la soñaba! Porque los hijos están en nosotras antes que el amor, antes que el amante. Es un deseo de ser madre lo que nos hace abrir los brazos y entregarnos al varón. Alia era una criatura maravillosa, no una *Wunder-Kind*, sino una *wunderbares Kind*, que pasó conmigo la cruel epopeya soviética. Conservo los apuntes de cuando tenía cinco años, sus dibujos y sus poemas de aquel tiempo, que forman parte de mi libro *Psiqué*. Muchos toman por míos esos poemas de mi hija, aunque los respectivos versos no se parecen en nada. Tampoco nosotras dos. Ariadna tiene de mí la pasión por la palabra, *vive* en la palabra, pero ella es ante todo *el ser armonioso* —incluso idílico— que yo nunca fui y que siempre desprecié: todo con moderación, hasta la inteligencia. Mi hija no tiene una inteligencia combativa como yo, sino amable, complaciente. Cautiva a todo el mundo sin excepción. Cuando era niña, me amaba con locura y hasta me daba miedo ese amor, ver que si yo moría, también moriría ella, que vivía solo por y para mí. Era una enfermedad y ya ha pasado. Ahora me *juzga* incesantemente. Si alguna vez le reprocho que ya no me ayuda con las tareas domésticas, como lo hacía antes, su respuesta es:

«¿Acaso pensaba usted que me iba a pasar la vida entera siendo su *femme de ménage*?». El padre la apoya en todo, la razón la tiene siempre ella y la culpable soy yo: *yo* la privé de su juventud, *yo* eché a perder su vida, *yo, yo, yo*… Todo el año pasado fue un auténtico suplicio porque además Serguéi me lanzaba sus reproches delante de ella y Ariadna presenciaba *fríamente* el espectáculo, sin inmutarse. Creo que ahora mi hija exhibe su verdadero fondo: la pereza, la insolencia, la frialdad. Acaba de marcharse de casa… a vivir la vida y a ser libre, a descubrir París y a disfrutar de las calles, las tiendas, las luces, la boina ladeada, los piropos en el metro… Así que también se fue con ella la resistencia constante, la pereza cínica y hasta el escarnio: «Histérica», «No está usted en sus cabales», «Tómese una valeriana», «Necesita dormir»… me decía porque cada noche la esperaba hasta la una de la madrugada o más, hasta que volviera de andar por ahí con sus amigos, y después no lograba conciliar el sueño de inmediato, aunque tenía que levantarme a las siete para llevar a Mur a la escuela. ¡Qué *inmisericorde* es esta generación!

Además, últimamente, ¡cuánta tristeza ante el recuerdo de mi *Zufallskind*, Irina. Nunca sentí ningún vínculo con ella. No *podía* amar al mismo tiempo a mis dos hijas. Estaba tan ocupada con la enfermedad de Ariadna —malaria con ataques recurrentes— y tenía tanto miedo de ir al hospicio —de que sucediera lo que finalmente sucedió— que deposité mi confianza en el destino y Dios me castigó. A Irina nunca la amé en la realidad, siempre en la irrealidad. Tenía la sensación de que jamás se haría mayor —aunque no sospechaba su muerte—; simplemente, era una criatura sin futuro. Una criatura muy extraña, quién sabe si desahuciada desde que nació: todo el tiempo se mecía, apenas hablaba… Quizá padecía raquitismo, o acaso una dolencia degenerativa. Su muerte fue para mí tan irreal como su vida. No la vi enferma, no la vi morir, no la enterré, ignoro dónde está su tumba. Visto desde fuera parece monstruoso, pero si el cielo existe y estás allí…, ¡Irina!, comprende y perdóname, a mí, que fui tan mala madre para ti, que no pude vencer mi aversión por

tu naturaleza oscura e incomprensible, que tampoco pude estar junto a ti en la cabecera de la cama y descubrir la sábana para mostrarte a quienes vinieran a despedirte antes de devolver tu cuerpo a la tierra, tal como lo había visto hacer a una campesina por aquellas mismas fechas, cuando viajaba hasta el campo canjeando bibelots y baratijas por comida.

A mi marido —que por entonces se hallaba combatiendo en las filas del Ejército Blanco— apenas le escribí en detalle sobre la muerte de nuestra hija pequeña, ocurrida el día de la Candelaria de 1920. Él la conoció tan poco que no valía la pena que sufriera. «Piense que la soñó y no me acuse de falta de corazón —le dije—; simplemente, no quiero su dolor —¡me lo quedo todo yo! Y alégrese porque a Alia conseguí arrancarla de las garras de la muerte salvándola de milagro. Es pequeña, de hombros estrechos, delgada. Es usted —pero en claro. Parece un niño. Además, tendremos un hijo, sé que será así —un hijo maravilloso y heroico».

¡Ya ve! ¡También en el anhelo de un hijo varón soy idéntica a usted, madre! Como si en nosotras perviviera la maldición de las mujeres bíblicas, obligadas a concebir descendientes varones. Mur nació cerca de Praga, en Všenory, el domingo 1 de febrero de 1925 al mediodía, en plena tormenta de nieve. En el momento mismo de parirlo, junto a la cama, en el suelo, ardía una hornilla de alcohol y él vino al mundo aureolado por una llamarada azul. *Sonntags*, *Mittags* y *Flammenkind*. Nació en un estado de inconsciencia profunda —tardaron en reanimarlo alrededor de veinte minutos, hasta que por fin respiró. ¡Borís!, dije mentalmente cuando lo tuve en mis brazos. Quería llamarlo así en cumplimiento de la promesa que le hiciera a Pasternak, pero al final le puse Gueorgui, como quería su padre, aunque en casa lo llamamos Mur. Lo amo con un amor melancólico y tierno; lo amaré siempre: no por su belleza, no por su talento —simplemente porque *existe*. Si hubiera de morir ahora, lo lamentaría ferozmente por él, pero cada vez lo veo más y más alejado de mí, y casi me resulta ajeno. Mur solo tiene de mí la *fuerza*, pero su *relleno* es otro. Él no es *un lírico*. Mi hijo es un brote

de mi fuerza, pero no de mi ser: una rama destinada a desgajarse y cubrir con su sombra una tierra distinta. Poco a poco va asomando un nuevo y *difícil* Mur, un chico de alma urbana y minada por las atracciones visuales: el caleidoscopio de la publicidad, la sucesión de carteles y anuncios, las tentaciones de los escaparates, todo ese cachivacherío superfluo y degradante de los *muros* que oculta lo esencial. Me queda de él *el secreto*.

A usted sí puedo confesárselo, mamá, porque sabe por experiencia propia de qué hablo y lo comprenderá. En la vida jamás he amado a nadie como a Borís Pasternak. Pero no habríamos podido vivir juntos. Estoy segura. No por incomprensión, sino todo lo contrario: entender al otro significa volverse ese otro, aunque solo sea durante una hora, así que más bien sufriría por un exceso de comprensión, porque el otro tiene razón, una razón que es a la vez la mía. Encontrándolo, me encontraría a mí misma, con todos los aguijones vueltos contra mí. No habría podido vivir con Borís porque lo habría *destrozado*. Además, *a partir del amor* es imposible *organizar la vida*: es imposible soportar el desmigajamiento de los días si se anhela eternidad. No habría podido vivir con él, pero quise un hijo suyo, para que, *a través de mí, él* —Borís— *viva en él* —Mur—*.* Así se lo expliqué en una de las numerosas y apasionadas cartas que nos escribimos, porque vernos, lo que se dice vernos… Habré estado con él unas tres veces en toda mi vida. Recuerdo la inclinación de su cabeza, algo entre caballuno y mular —potruno— en la expresión de la cara, el tono apagado de su voz. Recientemente vino a visitarnos, tras asistir obligado por orden de Stalin al Congreso Internacional de Escritores celebrado aquí en París a finales de junio. En realidad, fue un *no-encuentro*. Así que ahora estoy bien segura de la decisión que tomé entonces y de la que no me arrepiento: no quise introducirlo en mi familia, hacer de él una propiedad común. Su amor lo he vivido como un *desapego*. En un doble sentido: distanciarse y desmanchar. Empiezo por el despegarse —*détachement*— de todo y de todos y luego, una vez libre y sin pegas, dejarlo a su pureza y soledad. Y de este modo Borís se quedó en mí, para mí, en ninguna

otra parte, como todos mis sueños y pasiones. ¿Una locura? Usted sabe que no, mamá. Usted lo comprende bien porque a los doce años conoció a *su* Seriozha. Cuando averigüé esa historia, que me reveló una parienta lejana con quien recientemente he mantenido correspondencia, pensé ¡qué casualidad!, ¡su nombre coincide con el de mi marido! Sé que ustedes dos se enamoraron locamente, pero él —diez años mayor— estaba casado. Como el abuelo desaprobaba el divorcio y usted amaba mucho a su padre, no quiso contrariarlo y rechazó la posibilidad de contraer matrimonio en esas condiciones. Serguéi se fue lejos y usted se quedó a solas con los recuerdos, extrañando los paseos a caballo y los conciertos, acariciando los pétalos de las flores secas que guardaba entre las páginas de los libros de poesía y aspirando su cada vez más débil aroma, o leyendo y releyendo las dos únicas cartas que recibió tras la partida de él. Luego conoció al que sería mi padre. Cuando se casaron, él tenía cuarenta y cuatro años y usted, veintidós. Al principio de su matrimonio sufrió terriblemente debido al amor que papá aún sentía por su primera esposa, Varvara Ilováiskaia, y porque usted misma seguía amando a Serguéi. Así que se casó con la desgracia ajena para *fungir* de madre de unos huérfanos: mis hermanastros Valeria y Andriusha. «Nos casamos al pie de una tumba», anotó usted en una entrada de su diario. Con el tiempo se amaron profundamente y fue la mejor colaboradora de papá en el proyecto del museo, prestándole apoyo y ayuda, en una constante participación espiritual —que insuflaba fuerza y fe a la labor emprendida por *creer* en la realidad del sueño— y material, pues usted sufragó gastos, lo acompañó en sus viajes en busca de los mejores materiales, se hizo cargo de la correspondencia extranjera y a menudo, con la elocuencia y la gracia expresivas que la caracterizaban, pero también mediante la calidez humana y la cordialidad, conseguía con cierta facilidad que patrocinadores y donantes o comerciantes y vendedores aceptaran de inmediato lo que les solicitaba o proponía. Le gustará saber que, si bien con menos habilidad y tacto, tras su muerte fui yo quien llevó la correspondencia alemana de papá.

A eso me refería cuando hablaba de *heroísmo* como un rasgo de nuestra estirpe.

Yo también me desposé con la muerte y la sombra de una mujer pendiendo sobre mí. En 1911 conocí a un maravilloso chiquillo solitario de diecisiete años que acababa de perder a su adorada madre y a un hermano al que estaba muy unido. El padre ya había muerto en 1909 y al año siguiente Elizaveta Durnovó y su hijo Konstantin aparecieron ¡ahorcados! en el cuarto de una pensión parisina. Los padres de Efron eran *naródniki*, militantes de La Voluntad del Pueblo, que después de la revolución de 1905 y tras una estancia de la madre en prisión, emigraron a Francia con algunos de sus hijos. Más de una vez mi marido me contó que en los modestos y azarosos cuartos donde se alojaban había siempre colgados de las paredes retratos de ahorcados. ¡Tiene la belleza del sufrimiento!, pensé nada más verlo. Y ya entonces supe que me casaría con Serguéi Efron para sustraerlo de las garras de la muerte. Ahora sé que aquel encuentro precoz debió haber quedado en amistad y no convertirse en matrimonio. Todo encuentro empieza por un tanteo, las personas avanzan a ciegas y, en mi opinión, no hay peores momentos —en el amor, la amistad o el matrimonio— que los cacareados primeros tiempos. No es que sean los peores, pero sí los más difíciles y revueltos. Cuando conocí a Efron, yo, aunque también muy joven, ya era una persona formada. Lo contrario que él, pues a lo largo de estos veinte años de *irse formando*, Serguéi se ha convertido en algo muy distinto: a menudo en un ser completamente irreconocible. La diferencia principal radica en su afabilidad y sociabilidad frente a mi lobuna *solitariedad*. Hay muchas más, como ya he ido apuntando, pero me hastía detenerme en este asunto. Usted y papá también eran personas muy distintas entre sí. Cada uno llevaba su propia herida en el corazón y hubo mucho sufrimiento al principio, cuando sus vidas transcurrían la una al lado de la otra —*sin* unirse. Pero se querían y comprendían mutuamente. Yo también adoré a Seriozha y le dediqué encendidos versos juveniles que proclamaban mi amor apasionado —*escribí en*

troncos centenarios, para que todos conocieran la verdad, ¡que te quiero, que te quiero, que te quiero!—, o exaltaban su atormentada belleza —*En su rostro trágicas se han juntado como dos estirpes viejas. Bajo las cejas, tendidas alas, dos precipicios*— y sellaban promesas*: ¡Sí, para la eternidad —esposa!* Sin embargo, para él ya solo soy una vieja costumbre. Si acaso aún siente algo por mí, es únicamente el poso del cariño que me tuvo, algo así como un recuerdo antiguo. Como le dije, una vez quise irme y me arrepiento de no haberlo hecho, aunque ahora ya es tarde. ¿El resultado? Las heridas: ellos son mis cicatrices. Y también ¡la orfandad! Hoy todos nosotros huérfanos: Seriozha, Ariadna, Mur y yo.

Mas no es cuestión de lamentarse. La elección era entre una úlcera —si dejaba a Seriozha— y una herida —si dejaba al otro—. Elegí lo limpio: la herida.

Al echar la vista atrás, es ineludible pensar que los actos, las elecciones que a lo largo de su vida hace una persona, hablan por ella. En este final temo haber llegado ¡al principio! No tengo absolutamente nada y siento que *todo ha sido*. Este corazón está consumido. ¿Qué puedo esperar? ¿Nietos? Mi futuro es *el ayer*. Estoy *sin mañana*. Solo me queda una cosa: mis versos. Son mi salvación porque *el poeta trae de lejos la palabra* y *al poeta lo lleva lejos la palabra*. Yo escribo como otros beben. Únicamente entonces soy feliz y me siento segura, *como un árbol que crece en su belleza*. La escritura es *mi función*: una función en mí como el respirar. Estoy plena de inspiración igual que los pulmones están llenos de aire. En este lugar de papel, envuelta en la nube grisazulada de todos los cigarrillos encendidos, me siento dichosa y serena. Quítenme la escritura, y, simplemente, no querré vivir, no podré. Es mi destino: escribir desaforadamente; esa es mi vida. Clavar la mirada en el vacío y hablar, ¡*desparpajar*! Después, la hoja en blanco y… ¡el vacío llenado!, la más irresistible de las tentaciones. Mas no debe temer nada, madre: no soy una literata al modo de Madame de Staël, *âme intellectuelle* que no siente la naturaleza, o la condesa de Noailles, *âme émotionnelle* que languidece ante cada hojita. Tampoco soy

una esteta que compone loas a los jarrones japoneses ni ¡menos aún! la rapsoda futurista que canta… ¡a los rascacielos! Yo soy una *Estenógrafa de la Vida*, así, en mayúsculas, porque la poesía *es* en *mi Ser*. Y por eso mis versos son pura *autoincineración*. A veces temo acabar como Schumann, que de pronto empezó a oír día y noche *en su cabeza* trompetas en do bemol, y hasta llegó a escribir una sinfonía en esa escala para librarse del tormento. Después comenzaron a aparecérsele ángeles sonorosos, y se olvidó de que tenía una esposa, Clara, y seis hijos… *Se olvidó de todo* y se puso a tocar el piano —obras manifiestamente infantiles, si no demenciales. Luego se lanzó al Rin, y por desgracia lo sacaron, y murió como un trasto inútil.

¡Ah, mamá! ¡No se figura lo cansada que estoy!

Porque, ¿sabe usted? La extenuación del cerebro ¡existe! Y yo *todo el día* —sentada al escritorio o *sin* escritorio, cuando friego los platos, me lavo el cabello, o preparo la comida— ando en pos de las palabras, a la caza de un sonido, una imagen o una revelación. Por eso debo darme prisa mientras todavía soy yo quien domina a su cerebro y no *eso* a él, pues en realidad no se trata de vivir y escribir por separado, sino de vivir-escribir y escribir-vivir. Todo se cumple y se comprende en el cuaderno porque trabajar en la palabra es —trabajar en uno mismo. Escribo *para saber*. Ese es mi modo de conocimiento. La pluma es el cauce por el que aflora y discurre la experiencia, que yacía dormida en el fondo. La palabra es el camino hacia allí, hacia el objeto *en* nosotros y no a la inversa. Antes de la palabra, no sé. Solo sé cuándo llega el verbo de golpe. Como una Sibila.

Escribo para salvarme: porque en la escritura te sales del tiempo, y a la vez consigues que el tiempo se quede. En las composiciones musicales sabe usted bien que hay finales muy diversos: triunfante y trágico, poético y lacónico, divertido y melancólico, majestuoso y desvaneciente. Tenemos finales que ofrecen una conclusión y otros que la dejan abierta, como sucede en *Niño dormitando* de Schumann, o en *Desastre* de Liszt. Sin duda, el mío apuntará a lo

desconocido y misterioso, pues estoy segura de que también en la hora profunda de la noche y el alma, en el espasmo de la muerte, seré —poeta.

Y si me dejo llevar a la fosa
solo es para después, riendo entre cenizas,
sublevarme en poema o florecer en rosa.

Deine liebe MARINA

IRÈNE

¿Tú también finges que te aburres?

Es un deber patriótico hacerlo, ¿sabes? En los lujosos cabarets de París, las damas otoñales y las señoras importantes como tú cumplían con la obligación moral de manifestar su hastío suspirando con languidez mientras se reclinaban en los divanes jugueteando con las perlas del collar entre los dedos, indiferentes a lo que sucedía alrededor, redoblando así su desinterés por las diversiones y los bailes a que se entregaban frenéticamente los jóvenes, los únicos con derecho a la despreocupación, la alegría y la risa, en parte porque durante la Gran Guerra algunos ya mordieron el polvo de las trincheras y conocieron el tedio: un sombrío sopor del alma hecho de angustia y negación. Y también porque vuelven a ser ellos quienes cargan con el peso de esta nueva contienda: renuncian al bienestar y al futuro, y arriesgan y sacrifican sus vidas. Por eso no estaba bien visto que la gente se divirtiera. Nadie osaría hacerlo. Entre las personas *decentes*, entre la gente *como Dios manda*, era impensable pasárselo bien. ¡Nadie se hubiera atrevido a hablar de diversiones esos días!

Aunque en tu caso no descarto que el aburrimiento sea sincero, pues en los tiempos que corren no te será fácil satisfacer los apetitos de la carne. Cierto que en esta materia nunca fuiste muy exigente. No al menos en comparación con las elevadas pretensiones que tenías en otros órdenes de la vida: casas, joyas, vestidos, fiestas, viajes… Con los chicos, sin embargo, no eras tan exigente. A fin de cuentas, durante la Gran Guerra solo en Francia murieron dos millones de hombres. De modo que a la fuerza ahorcan. En tales circunstancias y dada la escasez de oferta, cualquiera te valía para obtener placer y divertirte a condición de que fuera joven y fuerte. Y pulidito, eso también, pues no debemos olvidar que en las reuniones

sociales el gigoló *adornaba*, como solía decirse. En las reuniones sociales, para que la fiesta resultara soberbia y fastuosa, era imprescindible que en todos los rincones —bajo las arañas de cristal, ante el bien surtido bufé o acomodados en las butacas de la salita de fumadores— brillara una gavilla de chicos de pelo engominado y reluciente sonrisa. Algunas mujeres arrastraban tres o cuatro efebos tras ellas; algunas extranjeras llegaban incluso a la media docena porque salían muy baratos. En aquel mundo, al gigoló no se le abonaba tarifa alguna: bastaba con cebarlo, atiborrándolo de *foie-gras* y canapés de caviar. Instalado en un modesto piso amueblado, solo gozaba de unas pocas horas diarias de libertad, entre las ocho de la mañana y el mediodía, dedicadas por lo general a hundirse en un sueño reparador. El resto de su vida era una fiesta.

¿Crees que no me daba cuenta? Desde niña tuve el privilegio de asistir a ese espectáculo en multitud de ocasiones. Era muy entretenido. Igual que las gatas, cuyo maullido es más agudo cuando perciben la presencia del macho, cada vez que un joven se acercaba, el timbre de tu voz subía un tono. ¡Oh, sí!… Recuerdo bien la dulce y melodiosa voz de sirena que con tanta habilidad modulabas en público y que tan distinta era del agudo y metálico chirrido que escapaba de tus labios, o cuando me soltabas a bocajarro una retahíla de improperios ensartada en feroces gritos coléricos.

En lo más profundo de mi ser he conservado el sonido de tu voz irritada estallando sobre mi cabeza: «¡Otra vez la pesada de esta niña, que siempre está encima de mí!», «¡Qué insoportable resultas!», «¡Mira, me has manchado el vestido con esos zapatones sucios que traes! Al rincón, así aprenderás. ¿Me has oído, imbécil?». Y un día, en plena calle, una frase iracunda, gritada con tal fuerza que los viandantes volvieron la cabeza para mirarnos, asombrados. «¿Quieres que te dé un guantazo? ¿Sí?». Y acto seguido, el escozor del bofetón. Yo tenía once años, la reacción de los adultos no me importaba, pero justo en aquel momento unos chicos salían del colegio y se rieron de mí: «Y ahora qué, nenita», dijeron, burlones.

Continué caminando con la cabeza gacha, pero sus risotadas seguían zumbando en mis oídos y las lágrimas resbalando por las mejillas. Pero tú porfiabas: «¿Aún no has terminado de lloriquear? Anda, suénate. Cuando te corrijo lo hago por tu bien, ¿te enteras? ¡Ah!, y además te aconsejo que no empieces a ponerme nerviosa ¡otra vez!». Y lo mismo en casa, delante de los criados. Jamás perdías la ocasión de atormentarme y ensañarte conmigo: «¿Qué manera es esa de coger el tenedor?», «Enderézate, que al menos no parezcas una jorobada», «¡Hay que ver lo mal peinada que vas!», «Arréglate el cuello del vestido», «Alisa la falda», «Deja de restregar un zapato contra el otro». Esos reproches aún resultaban más humillantes si consideramos que en presencia del servicio guardabas hasta tal punto las formas que, en señal de orgullo y altivez, adoptaste la absurda costumbre de tratarnos de usted a papá y a mí, pues opinabas que eran los criados quienes labran la reputación de sus señores yendo de casa en casa chismorreándolo todo. Y por eso a ellos tampoco les perdonabas nunca el mínimo descuido en el uniforme o cualquier otro desaliño, ni mucho menos un fallo o una incorrección en sus modales.

Antes no eras así, mamá. En otro tiempo, cuando tuvimos que abandonarlo todo, algunas veces me cogías para acurrucarme en el regazo y me abrazabas estrechándome contra tu pecho, acariciándome el pelo y las mejillas. Quizás era un simple acto reflejo. Recuerdo que entonces leías novelas románticas. Acodada sobre la mesa del comedor donde yo hacía los deberes, más de una vez te oí lanzar un hondo suspiro al tiempo que cerrabas bruscamente el libro y, con gesto huraño y una voz seca y tajante, exclamabas: «No soporto a toda esa gente que vive tan bien y se divierte y es feliz, mientras yo paso los mejores años de mi vida pudriéndome en este agujero». Al principio, aquellos suspiros roncos y las palabras tensas y ásperas me producían respingos y me sobrecogían. Pero una tarde, ya más acostumbrada a esas escenas y habiendo vencido el susto inicial, corrí a abrazarte y acerqué mis labios a tu mejilla. «¡Pobrecita mía!», dijiste, besándome en la

frente. Después, sin embargo, nunca más. Cuando otra vez intenté ofrecerte consuelo, te zafaste de mí diciendo: «¡Déjame tranquila y no molestes más! ¡Mira que llegas a ser pesada!».

Luego ya solo recibí de ti besos protocolarios, esos que padres e hijos intercambian mecánicamente por la mañana y por la noche. Eran besos que sabían a sangre: la línea cortante y dura de tus finos labios siempre untados de *rouge* como el roce de una daga. No tenía por qué ser así, pues entonces ya volvíamos a ser ricos, ¡muy ricos!, y eso debería haberte ayudado a olvidar las anteriores amarguras y la frustración. En cambio, lo que hiciste fue multiplicarlas por mil. Los reproches salían de tu boca en cascada, sin tregua. Y azotaban como látigos: «Ponte derecha… Cierra la boca… Mírala, con esa cara de boba y el labio colgando… ¡Esta niña se está volviendo idiota, de verdad!… ¡Ten cuidado, vas a tirar el vaso! ¿Qué te decía? ¡Hala! ¡Venga! ¡Y ahora lloriquea, tontaina!… ¿Quieres levantar la cabeza cuando tu madre te está hablando, boba? ¡Haz el favor de mirarme a la cara, mocosa!». Todo aquello me dejaba la sensación que produce una mancha que no se va por más que una la frote y la restriegue. Porque el espectáculo aún no había acabado. Faltaba lo peor. «Vamos, no pongas esa cara —decías—. No hay que guardar rencor. Te he reñido, has llorado, y se acabó. Lo olvidamos todo. Ven y dale un beso a tu madre». Eso era lo más duro: tenía que acercarme con precaución a aquella odiosa cara nívea que siempre parecía helada y, entre el espesor de la crema y los polvos, buscar en tu mejilla un hueco donde posar los labios, apretados por el asco, en vez de clavar allí mis uñas y arañarte, que era lo que el orgullo me dictaba, si bien debo admitir que, para satisfacer tal deseo y cumplir dicho propósito, habría necesitado parecerme a ti: tener aquellas uñas redondas y curvas que acababan en puntas afiladas como las de una zarpa y que cuando te aburrías, allí tumbada en el diván, no cesabas de limar y pulir hasta dejarlas tan brillantes como diez diminutos espejos. Después venía el remate final, lo que dotaba de verdadero sentido a todos esos preliminares: la obligación de desearte unas «muy buenas noches»… Mas yo era incapaz de pronunciar con

claridad las dos sílabas siguientes, que a duras penas se abrían paso entre mis labios tensos y apretados. En una especie de rápido gruñido que arrancaba de las entrañas, con gran esfuerzo y dolor, solo lograba decir «mam». Por último, el epílogo: tu boca pintarrajeada esbozando una fugaz sonrisa triunfal.

Jamás olvidaré aquella cara agria y dura, mamá. A veces te irritaba a propósito para volver a contemplar el pequeño pliegue de la boca que solo se te formaba en pleno ataque de cólera, y cuya sardónica expresividad me fascinaba. Aparecía y desaparecía como una culebra que repta entre la hierba: imposible atraparla. Me asustaba y al mismo tiempo me producía un extraño deleite.

Cuando recuerdo el torbellino de sentimientos que sacudió mi infancia, pienso que en mi cuerpo de niña vivía aprisionada un alma vieja y sucia donde anidaban el orgullo y la venganza porque era incapaz de perdonarte mi niñez destrozada. Lo cual suponía un verdadero tormento. Buena parte de mi vida la pasé luchando contra la culpa que me producían esos venenos. Y contra el odio que sentía hacia la sangre que llevaba dentro, circulando imparable por mis venas: un odio irracional y ciego que solo pueden desatar los nuestros, los seres a quienes más queremos o a los que hubiéramos deseado amar.

Poco a poco, sin embargo, mi corazón dejó de estremecerse y nada de todo aquello me pesaba ya. Carecer de ternura y amor fortaleció mi alma herida: aprendí a apretar los puños para tragarme las lágrimas, a morderme con cólera los nudillos hasta hacerlos sangrar, a permanecer de pie altiva y rígida, a sufrir en silencio y no dejar traslucir jamás mis sentimientos, a extirparme el profundo dolor como quien arranca con saña la reja del arado hundida en un campo de fango. Y créeme que ese aprendizaje del orgullo y de la rabia ha sido una gran ventaja, pues me ha servido de mucho durante estos últimos tiempos, ¡tan tétricos!, cuando es preciso conservar la cabeza bien fría y endurecer el corazón.

Sé que la familia feliz es una mentira, y aquel torpe idilio que mostraban las láminas del libro que me diste a leer más bien me

hacía reír. *Eine glückliche Familie*… La tal familia feliz estaba reunida en un salón azul. El padre, con levita y una barba rubia y rizada que le llegaba al pecho, leía el periódico en pantuflas junto al fuego; la madre desempolvaba los bibelots de las estanterías enfundada en un delantal con peto; la hija mayor tocaba el piano; el segundo hijo, estudiante de secundaria, empollaba sus lecciones bajo la lámpara; otros dos niños pequeños, acompañados de un perro amarillo y un gato gris, echados en la alfombra del centro del salón, se entregaban —rezaba el texto— «a las inocentes diversiones propias de su edad». ¡Qué mentira!, pensaba yo. Criaturas irreales, vanas e inconsistentes siluetas sin sangre ni sustancia. Mentalmente, me decía: «El padre piensa en una mujer con quien se ha cruzado en la calle y la madre acaba de estar con su amante. No entienden a sus hijos, y sus hijos no los quieren. La chica piensa en su novio y el chico, en las palabrotas que acaba de aprender. Los hermanos pequeños crecerán y serán exactamente igual que ellos. Los libros mienten. En el mundo no existen ni el amor ni la virtud. Todos los hogares se parecen: en las familias solo hay codicia, mentiras y una mutua incomprensión».

¿Por qué durante una larga temporada aquel empeño tuyo en hacerme repasar semejantes láminas, tan burdas y falsas? Siempre creí que la excusa era aprender alemán, pero ahora, al cabo de los años, tengo otra teoría: creo que, si bien de forma inconsciente, practicabas *el sistema de oposición*. Es un recurso que estoy ensayando para aplicarlo con destreza en la novela que ahora me ocupa: la impresión de contraste irónica. Que al lector le baste con ver y oír, y lo perciba todo a través de la fuerza del contraste o la oposición: una palabra para la miseria, diez para el egoísmo, la cobardía, el compadreo, la estafa, el crimen. Solo que a ti te faltaba la mínima dosis de inteligencia que la ironía exige, mamá. Operabas con la elementalidad maniquea del aleccionamiento moral, al que añadías generosas cucharadas de almíbar sentimental. ¿Abominas del lujo, censuras el derroche, desdeñas los placeres y las diversiones que te ofrezco porque no te hacen feliz, te burlas de los

cuidados que me prodigo para combatir los estragos del tiempo y retrasar la llegada de la vejez: saunas, masajes, horas frente al espejo acechando la aparición de una arruga…?, parecías reprocharme. Entonces, aquí tienes *la otra* felicidad: *Eine glückliche Familie… Der Vater ist ein frommer Mann… Die Hausfrau… Die Kinder…*

Pero te equivocabas. Hay muchas más posibilidades. Para nuestras hijas, Denise y la pequeña Élisabeth, Michel y yo nos esforzamos en construir una felicidad bien distinta. Y aunque son tiempos de ignominia, tengo… ¿la esperanza? ¡No! Tengo la seguridad, una certeza casi absoluta, de que no renegarán de mí y me llevarán siempre en su corazón.

No hace mucho fui a dar con el cuadernito de tapas negras donde a los quince años escribí versos que me alejaban de los horrores que acabábamos de vivir y a la vez me sustraían del inmenso tedio que reinaba en Mustamäki, la ciudad de veraneo de la costa finesa convertida en arca de Noé para las familias acaudaladas de San Petersburgo que huían de la revolución de 1905. En uno de aquellos poemas fabulaba en torno a la venganza de Blanchette: *Pequeña cabra que pasta en la montaña, Galia está tan contenta de vivir… El lobo gris devorará la cabra, pero Galia se tragará al ejército.* Al leerlos, enternecida por mi ingenuidad de entonces, escribí este comentario al margen: «Si alguna vez leéis esto, hijas, ¡qué tonta os pareceré! ¡Qué tonta me resulto a mí misma a esa edad! Pero hay que respetar el pasado. Así que no rompo nada».

Era una infeliz. En el mejor sentido de la palabra: era inocente. Y si me apuras, bondadosa. Y aunque tú aún me obligabas a seguir vistiéndome y peinándome como una colegiala para de ese modo esconder en lo posible mi transformación de crisálida en mariposa, lo cierto es que los años lentos y penosos de la infancia iban quedando atrás, y aprendí a soportar tus golpes ya sin sufrimiento y solo con la indiferencia con que se aguantan las inclemencias del tiempo. Después, en rigor, nada cambió mucho entre tú y yo, pero en los jóvenes las heridas cicatrizan con facilidad porque su corazón es

fuerte y sano. Y cuando en tu rostro sorprendía la gélida mirada de una enemiga, ya apenas me inmutaba. Todo lo contrario: estallaba en carcajadas. Era la manera de tomar distancia. Y aún añadiré algo más: en ocasiones, llegué a provocarte respondiendo con insolencia a tus sermoneos y rapapolvos, en réplicas rápidas e ingeniosas que resultaran de lo más impertinente posible y que, por extraño que parezca, recibías de buen grado, pues siempre habías tenido una lengua afilada y agradecías que te diera la oportunidad de usarla en escenas que parecían no concluir nunca, pues no te limitabas a cambiar los antiguos agravios por otros nuevos, sino que variabas y recreabas los términos del enfrentamiento retomando y enriqueciendo incansablemente el repertorio, como la abeja que sigue zumbando a nuestro alrededor largo rato después de habernos clavado el aguijón. ¿Y sabes por qué me entregaba a esos juegos? Pues porque más de una vez había sorprendido en tu rostro el destello de una secreta admiración que no podías evitar sentir hacia quienes te desafiaban.

¿Te sorprende? ¿No me crees? Esfuérzate un poquito y a ver si puedes descifrar el sentido de la supuesta paradoja. No voy a negar que después de la Gran Guerra, ya en París, cuando papá rehízo su fortuna, viví de la manera alocada y salvaje que caracterizó los *roaring twenties.* Fui de las primeras en poner de moda el nuevo tipo de mujer. Había adelgazado, tenía un cuerpo elástico y fibroso, y parecía más alta de lo que en realidad era; un suave maquillaje dorado y mate me daba un aspecto bronceado y llevaba el pelo cortado a lo *garçon*, que entonces era una novedad absoluta. Una misma fiebre nos consumía a todos. «El fuego», como lo llamaban los pobres chicos, no solo quemaba el corazón y la carne: también iluminaba cosas confusas, tenebrosas, desconocidas, que hasta entonces habían permanecido profundamente dormidas, sepultadas en vida. El mundo se entregaba a los placeres y en todas partes resonaba el mismo grito: «¡Gozad!». En esa época, todo seguía la misma pauta en todas partes: una orquesta de músicos negros con chaqueta roja, espesas nubes de humo que podían cortarse con un

cuchillo, las apreturas, el guirigay, los helados derritiéndose en las copas de cristal de murano, las boquillas doradas, los mezcladores para los cócteles, las flores, las barras de labios aplastadas en los jarrones de porcelana del salón, las parejas tumbadas sobre mullidos divanes color burdeos situados en rincones oscuros, el rutilante bar en la galería, las viejas de pelo teñido que bailaban sacudiendo los collares sobre sus pechos lacios y mustios, emitiendo un sonido seco… «He pasado una semana completamente loca: baile tras baile, todavía estoy algo embriagada y me cuesta regresar a la senda del deber», escribí en mi diario el 2 de enero de 1924. No me cansaba de ensayar con mis amigos los pasos de *shimmy* y las contorsiones del tango, y no paraba quieta ni un solo minuto porque todos los días se celebraban galas muy elegantes en diferentes hoteles. Bailaba de la noche a la mañana, sacudiéndome y meneándome como una loca, y me divertía de lo lindo porque mi buena estrella me había adjudicado varios pretendientes. Uno de ellos, el muy burro, hasta intentó suicidarse por mí. En un baile celebrado en el hotel Negresco, durante las vacaciones de Pascua de 1925, yo había estado flirteando hasta las tantas y bebiendo champán helado en la terraza, pese a que soplaba un viento glacial. Al día siguiente, Henry se presentó ante mí pálido, con los ojos desorbitados, la mirada torva y un revólver en el bolsillo. Te aseguro que no las tenía todas conmigo: aquel cabeza de chorlito lo mismo podía pegarme un tiro que pegárselo él. Por suerte, llegaron unos amigos y se largó. Entonces empecé a creer que es mejor no jugar con el amor… de los demás. Aunque enseguida busqué otro chico al que enloquecer y seguí pasándomelo en grande. Sobre todo allí, en Niza, que en vacaciones se llenaba de gente y donde a todas horas había numerosos *eventos*. Fue donde conocí a un bailarín profesional, un chico muy guapo que se encaprichó de mí y bailaba conmigo casi todo el rato. Cuando quise pagarle, se enfadó mucho, y se limitó a apretarme con fuerza contra él y a cubrirme de besos. Al año siguiente, en París, lo exploté de lo lindo, bailando con él noche tras noche en el Château-Madrid, que es una sala muy

elegante que hay en el bosque de Bolonia. Si hubiera sido de mi *entorno*, a buen seguro me habría enamorado de él, aunque por entonces conocí a Michel Epstein, que empezó a cortejarme y del que me enamoré de inmediato, ya lo sabes, pues enseguida te fueron con el cuento: «¿Es verdad lo que se dice? ¿Su hija se casa con Epstein?». Por toda respuesta, cara larga y una bronca monumental. El caso es que Michel se integró magníficamente en nuestra pandilla, en la que no todo eran farras. También disfrutábamos de las excursiones y las salidas al campo. Una vez, por Pentecostés, fuimos a Honfleur, un pueblecito encantador de Normandía, de calles estrechas y ambiente marino, con un aire puro e inmensas praderas donde pastaban las vacas. Entonces ignoraba que por allí anduvieron Baudelaire y otros artistas. Volví de la escapada con un humor excelente, un hambre de lobo y la nariz quemada por el sol. Guapa, lo que se dice guapa, no estaba, pero bueno… Y por supuesto, pese a tanta disipación, tampoco olvidábamos nuestras obligaciones: *Ma seule joie, mon seul bonheur, c'est la Sorbonne…* Así que por suerte, pese a esa vida tan desenfrenada, tenía tiempo para leer. Descubrí a Proust y aprendí de él. Jamás olvidaré estas líneas de *A la sombra de las muchachas en flor*: «La sabiduría no se aprende; tenemos que descubrirla por nosotros mismos tras un viaje que nadie puede hacer en nuestro lugar ni puede ahorrarnos, porque es un punto de vista sobre las cosas. Las vidas que admiras, las actitudes que consideras nobles, no nacieron de la previsión del padre de familia o del preceptor; las precedieron comienzos muy distintos y sufrieron la influencia de todo lo malo o banal que había a su alrededor. Representan un combate y una victoria».

Y me apliqué su lección. Así que el sentido que subyacía bajo la aparente paradoja, el verdadero propósito que perseguía al llevar aquella vida disipada y a ratos lujuriosa no era tanto el de imitarte y ser igual que tú, siguiéndote como un perrito faldero, esos que también aquí acompañan a las parisienses evacuadas a los distritos rurales, canes perfumados y limpios, acostumbrados a la calefacción

central y a los cojines de pluma, y que tanta irritación producen en las campesinas, causando así frecuentes disputas entre unas y otras. No, mamá, no quería imitarte ni ser como tú. Lo que pretendía era estudiarte a conciencia, pues para entonces ya había tomado la decisión más trascendental de mi vida: escribir. ¡Qué experiencia *ver* las intenciones secretas de los otros con una lucidez que no requiere esfuerzo, pues no se trata de reflexionar ni de deducir, ni mucho menos de intuir o imaginar! Simplemente se trata de *ver* y *conocer*. Sin más. Dedicarme a la literatura con una entrega total y absoluta ha sido mi salvación. Entonces y ahora, cuando ese impulso ni siquiera cede ante la incertidumbre y las amenazas que me rodean, ni lo quiebra el miedo, la tristeza, el cansancio, la desesperanza, la sensación de perder pie y hasta el presentimiento de una muerte cercana.

Por tanto, si líneas atrás te expresé mi agradecimiento por los malos tratos que me dispensaste en la infancia porque forjaron mi carácter, en justicia debo añadir ahora mi gratitud porque también *como escritora me hiciste quien soy*.

Muy en sintonía con el espíritu de la época, todo empezó como un juego frívolo con unos «breves cuentos divertidos», como los llamaba yo, que envié a la revista *Fantasio*, donde los aceptaron de inmediato y me encargaron que siguiera mandando nuevos textos, que fueron publicando con regularidad en los siguientes números, según se habían comprometido a hacer. No me pagaban mucho, unos sesenta francos por cada uno, lo cual no daba ni siquiera para comprar el más barato de tus mil potingues. Pero no era dinero lo que buscaba. Además, la revista era quincenal, así que tenía tiempo de sobra para redactar nuevas historias, que enseguida se publicaron en *Le Matin* y en *Les Œuvres Libres*, atreviéndome con una primera novela, *El malentendido*, que redacté en 1923, y a la que siguió *Un niño prodigio*, publicada a principios de 1926. A continuación, escribí *La enemiga* y *El baile*, que aparecieron bajo el seudónimo de Pierre Nérey. Ambas son feroces caricaturas de aquellos *années folles*, cuando vivíamos la eufórica ilusión de una

paz eterna y una prosperidad sin fin que ¿justificaban? todos los excesos y licencias. Por aquel entonces ya trabajaba también en *David Golder*, que había empezado a escribir el verano anterior, en Biarritz.

¿La recuerdas? Porque os la envié, aunque quizás ni siquiera la ojeaste. No voy a reescribirla ahora para ti, ni a volver a contarlo todo de cabo a rabo cuando ya apenas tengo tiempo y estoy plenamente metida en una novela mucho más ambiciosa, pero te haré una breve sinopsis. *David Golder* cuenta la epopeya de un magnate judío de las finanzas internacionales, oriundo de Rusia como nosotros, cuya vida refleja el vértigo de aquellos tiempos desquiciados, la meteórica ascensión de un hombre que en aquel mundo turbio convertido en una feria al aire libre, donde se traficaba con todo y llovía el oro a espuertas, huele el dinero a la legua, como un perro de caza las perdices, hasta convertirse en millonario; describe también el esplendor y el lujo que lo rodean, fruto de los grandes negocios que se hacían entonces, tan rápidos como fulgurantes; y cuenta, al cabo, la caída del protagonista tras el crac espectacular de su banco y el desplome de las acciones de sus empresas cuando se conoció la noticia de su mala salud tras sufrir una crisis cardíaca en un casino de la Costa Azul. Su egocéntrica y despilfarradora esposa Gloria, que empieza a envejecer y lleva un tren de vida fastuoso, le exige cada vez más dinero para mantener a sus amantes. Arruinado y vencido, acechado por la muerte, el viejo Golder, otrora el terror de la bolsa, vuelve a ser el pequeño judío de los días de su infancia y juventud en Odesa. En mi mente, el protagonista no era el tipo de financiero sin más, ni siquiera del financiero judío. Lo que tiene de este son tres rasgos: el orgullo, el miedo a la muerte y la afición a los negocios por los negocios. Por lo demás, pertenece a una sociedad cosmopolita y brillante y algo túrbida que suele despertar envidia, aunque no la merece. El mundo de los negocios no es el tema principal; es solo un decorado para rodear y dar consistencia al tipo humano que intenté crear, que en realidad nunca existió, aunque… esa novela nació, en parte, de una

reflexión en medio de una fiesta en Biarritz, hacia la madrugada. A esas horas se suelen recordar e imaginar cosas amargas: pequeños hechos sin importancia, conversaciones que hicieron mella, sucesos reales que te impactaron en su momento, y, al mismo tiempo, una serie de pensamientos íntimos y constantes que solo puedes revelarte a ti misma porque nadie más los comprendería. En fin, todos esos asuntos de la vida que pasan a la literatura, pero deformados de inmediato y ampliados por la imaginación.

El caso es que *David Golder* fue una extraordinaria revelación: para su editor Grasset, para el público, ¡y para mí! Se vendieron más de cien mil ejemplares durante el primer año de su publicación, y enseguida *mi David* fue llevado a las pantallas de cine y a los escenarios teatrales, amén de traducirse a múltiples idiomas. Desde entonces no olvido que a los lectores les encanta la descripción de la vida de los ricos, aunque mi novela no sea una simple galería de retratos de época, si bien quiero confesarte ahora el infinito placer que sentía al modelar el personaje de Gloria —la egocéntrica y despilfarrona esposa del banquero— con el mismo barro que componía tu vida entera y que después seguí usando para moldear la figura de otras madres que, como tú, se acercaban a sus hijas con el rostro crispado de furor y en sus aborrecibles ojos fulguraban unas pupilas desmesuradamente dilatadas, a punto de reventar de cólera y rencor. Son las que atraviesan las páginas de *El baile*, *Jezabel* o *El vino de la soledad*, pues el triste conflicto madre-hija me interesa por motivos que, desgraciadamente, nada tienen que ver con la literatura. Esta última es la novela casi autobiográfica que en un momento dado acabamos escribiendo *por fatalidad*. Y pues adivino que esta tampoco la leerás, quiero prevenirte y que no te confunda el título: esas páginas no contienen la confesión de un borracho solitario —por más que este podría ser un asunto divertido de tratar—, sino que hablan de esa especie de embriaguez moral que produce la soledad —también moral— en la adolescencia y la juventud de Hélène Karol: del muro impenetrable hecho de mil nimiedades que separa a esos seres desprovistos de amor que se

torturan unos a otros escondidos tras mentiras convencionales, de la incomprensión total que puede reinar durante largos años entre los miembros de una familia ¡por cuyas venas corre la misma sangre! Es también el tema de —hasta el momento— la última de mis novelas, publicada hace apenas unos meses, *El ardor de la sangre*: la obra que con más intensidad recoge el sabor áspero y amargo que para mí tenía la vida cuando transcurría a tu lado, y que allí desvelo en toda su crudeza, pues esas páginas son hijas del sufrimiento y la desesperación. Leerlas, sin duda, te disgustaría. Y hasta puedo imaginar las acusaciones que verterías sobre mí: «¿Cómo has podido contar la verdad de esa manera? ¿Qué vendrá después de los reproches y las acusaciones que me dedicas? ¿Cómo ajustarás cuentas? ¿Qué nuevo truco sucio te sacarás de la manga?». Sin embargo, te equivocarías al suponer la intención o el propósito que guio mi pluma. Escribí sobre todo eso para curarme, y para no ser como tú y demás madres funestas.

Madres egoístas que acceden a parir su prole únicamente para cumplir con el contrato conyugal. Madres tiránicas que desean que sus hijas no crezcan para que no les hagan sombra con la belleza y la fuerza de su juventud, y a las que por eso mantienen a raya y custodian ferozmente para que nunca aparezcan junto a ellas, vetando su presencia incluso en las cenas y bailes que ofrecen en sus propias mansiones. Madres hipócritas, que en otras casas aparentan ser más tolerantes porque se comportan como insectos, que solo clavan el aguijón cuando están cerca del nido. Madres egoístas que únicamente piensan en satisfacer sus deseos y despliegan un asombroso talento para ignorar lo que no quieren o no les conviene saber, y con gran delicadeza apartan de su camino lo que les desagrada o perjudica, como si pudieran volverse ciegas y sordas a voluntad propia. Madres soberbias que pretenden que el destino se pliegue a sus caprichos, tirando fuertemente de las riendas como hacemos con el caballo encabritado para obligarlo a girar el cuello y achantar la testa. Madres altivas aureoladas por el don de la seguridad que, como la proa de un barco al hendir las

aguas del mar, cruzan los salones con implacable indiferencia y fingido desdén para aumentar la admiración y la envidia. Madres vanidosas que en las cenas y las fiestas que ofrecen en sus mansiones exhiben impúdicas la fortuna amasada por los maridos, tan visible en los muebles y las piezas que acomodan las estancias, y en los cuadros y objetos y telas que las decoran, así como en las exquisitas viandas y bebidas que allí se sirven para halago y deleite de los distinguidos invitados: ostras, emparedados de caviar, cola de faisán, barquillas de *foie-gras*, carnes de caza y pescados en gelatina distribuidos en fuentes de plata adornadas con encajes de Venecia a juego con las flores que enlazan los platos, pirámides de frutas exóticas, perfumadas natillas, etéreas *mousses*, bombones, trufas, *marron glacé*… Y todo ello regado con los caldos más selectos y con el bullicioso champán, que tanto gusta a los alemanes. *Sekt! Nahrung!*, gritan nada más llegar y ocupar alguna de nuestras poblaciones. Madres regias oficiando el fastuoso rito de las cenas y celebraciones con grandes aspavientos de sus brazos desnudos cargados de brazaletes y que, a cambio de su generosidad y *altruismo*, reciben una cascada de elogios y adulaciones: lo único a lo que el ser humano no puede resistirse, aunque tales mentiras emboten y adormezcan. Madres divas, resplandecientes de diamantes porque consideran que las joyas no están hechas para la oscuridad de las cajas fuertes. Madres que conocen y dominan a la perfección el juego de la vanidad y se mueven en esos escenarios como pez en el agua, enfundadas en atrevidos vestidos que lucen como una segunda piel: dos retazos transparentes cuajados de lentejuelas que descienden por el escote de la espalda creando la ilusión de unas alas de mariposa a punto de desplegarse.

Solo que fui yo la que alzó el vuelo, mamá. «No volveré a sufrir los juicios rudos y altaneros con que me obsequia, su infinito desprecio», juré. Ni siquiera me retuvo a tu lado la posibilidad de gozar con el espectáculo de la rabia y la desesperación que te embargaban ante la inminente llegada de la vejez. ¡Cómo estabas cambiando! En la comisura de los labios había aparecido una marca

apenas perceptible, una especie de arañazo que un día se transformaría en una odiosa arruga. ¡Pánico súbito! ¡Terror! El instante en que, de pronto, nos damos cuenta de que no seremos eternamente jóvenes es como un latigazo. No se parece a un pensamiento ni a una simple sospecha. Si acaso a un recuerdo: pasábamos por las calles lanzando esas miradas triunfantes e insolentes propias de la primera juventud cuando de pronto se nos cruzó una mujer madura en cuyo rostro triste y abatido leímos un oscuro presagio: también tú…, tú también un día… Aunque debes saber que a mí el deterioro físico nunca me asustó, si bien siempre he temido a la relajación moral, el declive del alma que ya había sorprendido en mí en algunas ocasiones cuando me detenía a observar y estudiar tu rostro, y después comprobaba que el espectáculo me producía un indescriptible placer, aunque te confesaré que una vez descubierto el truco, de tan sencillo como era, dejó de divertirme. Por otra parte, podía hacerlo sin necesidad de disimulo alguno y gozar de él cuanto quisiera, pues tus ojos jamás se posaban en mí. Empezabas a envejecer irreparablemente, mamá: ibas maquillada, repintada, embadurnada, pringosa de polvos y cremas, pero los músculos de tu rostro se aflojaban como si la carne cediese por dentro, y en la superficie, bajo los afeites, asomaban arrugas que el maquillaje rellenaba sin lograr anularlas del todo, pues resurgían en forma de finas y profundas líneas en las sienes y en las comisuras de los ojos y los labios; la superficie maquillada se agrietaba, perdía su aspecto terso y se volvía grumosa y áspera; en el cuello se dibujaba el triple surco de la cuarentena, la fase previa al temible *pescuezo de pavo*. Pocas veces me divertía tanto como en las ocasiones en que te veía entregada a ejercitar una nueva gimnasia para los músculos faciales: doce o quince veces seguidas dejabas caer lentamente la mandíbula y luego apretabas los dientes y tensabas los labios hasta que la piel de las mejillas se estiraba como si fuera a romperse; a continuación, echabas atrás la cabeza, cogías aire y lo soltabas con lentitud, en una larga exhalación. Así una y otra vez, día tras día, incansablemente.

Cuando una noche comprobé que era capaz de hacer el mal a conciencia y sin inmutarme, decidí que el juego había concluido. ¿Lo recuerdas? Tu enésimo amante acababa de abandonarte y, para reforzar su decisión, se marchó dando un portazo tan tremendo que me desperté sobresaltada. Me dio sed y fui a por un vaso de agua. Al pasar junto al salón te vi fumando muy nerviosa: apagabas uno tras otro los cigarrillos apenas empezados. Calculé la furia que te invadía por el modo en que los golpeabas antes de encenderlos. Estabas muy pálida, mirando al vacío con ojos que me parecieron ligeramente húmedos. Decidí entrar. En la penumbra del salón reinaba una atmósfera sofocante. Sin siquiera saludarte ni mediar palabra, lo crucé hasta alcanzar el ventanal, que abrí de par en par. La luna iluminaba el paseo. Un árbol mecía sus ramas, flexibles y todavía frágiles, en las que brotaban las primeras hojas. Desde el bosque de Bolonia llegaba una brisa suave y perfumada. Me incliné sobre el alféizar, saboreando el placer de volver a estar así, ante la posibilidad de hacerte sufrir de nuevo, al menos un poquito. Me giré hacia ti y, entornando los ojos, exclamé: «¡Qué noche tan hermosa! ¡Y qué suerte tener solo dieciocho años! ¡Por nada del mundo me cambiaría por ti, pobre mamá!». Vi cómo te sacudías, cómo te temblaban las manos, la agitación que te embargó. Al cabo de un rato, respondiste, aunque sin convicción: «También tú envejecerás como los demás, hija mía». Luego, en un tono débil y monótono, como quien recita una cantinela, añadiste: «Entonces verás, ya lo verás…». A lo que repliqué desdeñosa, sacudiendo la cabeza y mirándote a los ojos desafiante: «Pero aún me falta mucho, muchíííísimo tiempo para eso». Después, todavía sorprendida por esta reacción, encogiéndome de hombros y como para excusarme ante mí misma, me dije: «¿Acaso me da pena? ¡No! Y además tampoco es culpa mía. La próxima vez que no se busque un gigoló tan joven».

Cuando descubrí que la crueldad y el sufrimiento me producían un extraño placer, me apliqué a explorar el ardor de la sangre, el enigma del deseo: ese secreto orgullo de los genes avivando un

fuego sordo y oculto que estalla en llamaradas que nos abrasan y parecen ir a calcinarlo todo. «Bendita sea la fiebre que desata dulcemente las ligaduras del cuerpo y proporciona una sabiduría mayor, una lucidez más sutil, un calor que reanima la sangre», llegué a escribir años después, todavía exaltada al recordarlo. Sin embargo, hasta el carácter más firme acaba doblegándose. Comprobé entonces que la moral se sonroja y debilita, y al final cae, vencida. ¿Quién no ha visto su vida deformada y retorcida por ese fuego? ¿Quién no se ha avergonzado al sorprenderse actuando en el sentido contrario a lo que su propia naturaleza e instintos le dictaban? Al tomar conciencia de ello logré expulsarlo de mí, pero sin olvidarlo ni alejarlo, pues ese ardor, los caprichos enfermizos de la sangre, recorren muchas de mis obras. Es como un olor —más bien un hedor— que asciende del pasado, un licor que embriaga y enajena, transformando a los perros en lobos, a los huérfanos en asesinos, a las jóvenes en meretrices y… Sería prolijo ahora que apenas dispongo de tiempo pararme a enumerar sus destrozos. Además, los tienes referidos en mis novelas.

Claro que… sería una ardua tarea leerlas, ¿verdad? Eso te lo reconozco, pero considera que mucho mayor fue la mía al escribirlas, a razón de una por año desde 1927, y a las que se sumaron decenas de relatos para *Gringoire*, *Marianne*, *Revue des Deux Mondes* o *Candide*. ¿Qué remedio si no? Pulverizaste la herencia de mi padre que me correspondía tras su fallecimiento y los ingresos de Michel como empleado de banca no llegaban a cubrir nuestras necesidades, aun por modestas que fueran, salvo durante aquellos tiempos locos en que todo el mundo derrochaba. Luego, tras el crac de la bolsa, y especialmente desde que nacieron nuestras hijas, llevamos una vida sencilla, que en estos últimos meses roza la penuria. Hace alrededor de un año, mi marido sufrió una septicemia, por lo que se vio obligado a solicitar una baja laboral, que en principio tuvieron a bien concederle, pero luego esa autorización se anuló, pasando acto seguido a prescindir de sus servicios, despidiéndolo sin contemplaciones. Un final tan triste como inmerecido si

consideramos su larga y fiel dedicación a lo largo de quince años. En cuanto a mí, apenas ingreso nada: las ventas de libros han bajado dramáticamente en los últimos meses y las publicaciones en las que colaboro se encuentran en la zona libre, mientras que nosotros vivimos en la zona ocupada, y el servicio postal entre ambas no funciona como es debido y a menudo queda interrumpido, por lo que ni puedo enviar nuevos trabajos ni menos aún recibir las liquidaciones que me corresponden. Vivir con recursos tan exiguos raya en el milagro, pero al menos Denise y Élizabeth casi comen lo suficiente y van bastante bien abrigadas, aunque vistan jerséis destejidos y vueltos a tejer, calcetines cuidadosamente zurcidos y ropa interior remendada en el silencio de la noche.

No imaginas cuánto he llegado a blasfemar del dinero, ese bien tan volátil y efímero que ahora tengo vedado porque los editores tienen la obligación de ingresarme los pagos en una cuenta bloqueada, siguiendo las disposiciones que se derivan de una reciente ordenanza alemana según la cual a los escritores judíos debe abonárseles el importe correspondiente a los derechos de autor ingresándolo en su cuenta bancaria, una vez la entidad confirma que está debidamente bloqueada. ¡Qué refinamiento! El señor Albin Michel y otros están considerando algún posible arreglo para el futuro, pero de momento la situación es muy dura.

Y, sin embargo, gastar dinero hoy es *un deber nacional*. Así lo proclamó por la radio la mismísima madame Curie desde un departamento de propaganda oficial. ¡Qué paradoja! Deberían dejar el asunto en manos de quienes lo conocen a fondo, pues si el dinero es bueno para cualquiera, para los judíos equivale al agua que beben y al aire que respiran. ¿Cómo vivir sin dinero? ¿Cómo pagar los sobornos? ¿Cómo librarse de la movilización? ¿Cómo conseguir el permiso para ir de aquí a allí, para vender esto o aquello? ¡Ah, el dinero! Para que no sufra la economía, se le pide al pueblo francés que gaste todo lo posible, incluidos los artículos de lujo, que no han dejado de producirse dada la importancia de las artes suntuarias en Francia: joyas, perfumes, pieles… En los primeros momentos de la

guerra se dijo que la alta costura debía reanudar su actividad solo porque en París había veinticinco mil obreras empleadas en la industria de la moda que necesitaban imperiosamente ganarse la vida. La intendencia militar dio trabajo a modistas encargándoles coser capotes, guerreras y jergones para los soldados, pero no era una buena solución porque el trabajo de estas va encadenado al de muchos otros gremios: tejedores, tintoreros, bordadoras, encajeras… Entonces tuvieron la brillante idea de diseñar trajes pijama para lucir en los refugios durante los bombardeos, y en la defensa pasiva se pusieron de moda los azules turquesa y lapislázuli. Pero en general reina una completa desorientación y nadie acierta con el estilo *idóneo* para esta guerra, inventando mil absurdos con los que aspiran a convertirse en el *dernier cri* del lujo y la extravagancia. ¿Y tú? ¿Qué modelitos luces esta temporada? Una de mis vecinas creó un tipo de sombrero muy *ad hoc*: un gorro de aire militar, atrevidísimo, bordado con una granada, un galón y una bellota plateada… Te lo digo por si quieres destacar y deslumbrar. Hay también nuevos artículos de fantasía que, dada la codicia de los fabricantes y empresarios, se crearon con el pretexto de la guerra: polveras con una bombillita acoplada al espejo para poder retocar el maquillaje en la oscuridad, flores luminosas cuyo resplandor se prolonga durante varias horas, zapatos fosforescentes, guarniciones de trajes y cinturones destellantes… ¡Hasta los restaurantes renovaron su carta! Sirven ahora un tipo de conejo exquisito, muy apreciado por *gourmets* y sibaritas, pues están alimentados con claveles, rosas, tulipanes o gladiolos, ya que apenas hay demanda para dar salida a ramos o buqués, y muchas floristerías han echado el cierre.

Sí, el carnaval de la guerra tiene su originalidad y hasta su gracia. Los artistas que antes imaginaban fantasiosos disfraces para celebrar la locura de esas fiestas se afanan ahora en vestir todo tipo de ingenios para camuflarlos: hay aeródromos disfrazados de aldeas, cañones recubiertos de árboles, fortalezas vestidas de granjas, aviones convertidos en almiares, bosques trocados en fábricas,

carreteras reconvertidas en intrincada maleza. No me canso de observar y estudiar el tumultuoso espectáculo que se despliega a mi alrededor y que trasladaré a mi nueva novela, un libro de mil páginas compuesto como una sinfonía, pero dividido en cinco partes según los ritmos y las tonalidades: *Suite francesa*. Quiero que se parezca a la *Quinta sinfonía* de Beethoven. Ya tengo escrita la primera parte, «Tempestad en junio»: un amplio grupo de escenas sobre el éxodo y la debacle.

Estos tres últimos años estoy escribiendo a destajo. Vivimos horas angustiosas que de un momento a otro pueden convertirse en una inenarrable tragedia. En septiembre de 1939 llevamos a Denise y Élizabeth a Issy-l'Évêque, en Saône-et-Loire, el pueblo natal de Cécile, la niñera, y allí las dejamos al cuidado de la señora Mitaine, su madre. Michel y yo regresamos a París para reanudar nuestro trabajo y hacer algunas gestiones con objeto de conseguir la nacionalidad francesa, lo que llevamos intentando desde hace un tiempo. Todo en vano: pese a acompañar nuestra solicitud de prestigiosas cartas e informes, ahora se nos ha denegado definitivamente *la naturalización*. De modo que sobre el papel sigo siendo una emigrada rusa y, además, judía. De nada sirvió haberme convertido al cristianismo hace ya un tiempo, cuando la psicosis de guerra se mascaba en el aire y la violenta oleada del antisemitismo que creció a lo largo de la última década parecía irrefrenable. Gracias a la mediación del sacerdote Antoine Bréchard —promotor del movimiento *scout* en Auvernia, y al que conocimos durante unas vacaciones—, el 2 de febrero de 1939, todos nosotros recibimos el santo bautismo en la capilla de la abadía Sainte-Marie de París, en una ceremonia oficiada por monseñor Vladímir Ghika, príncipe-obispo rumano y director espiritual de numerosos escritores que admiran sus *Pensées pour la suite des jours*, responsable de la Iglesia Diocesana de los Extranjeros y el cual, pese a tantas tareas como lo abrumaban, se comportó igual que un verdadero padre.

Un año después llegó el primer estatuto de los judíos, con unas restricciones iniciales que afectaron seriamente a nuestras vidas,

pues los extranjeros de esa raza podrían ser internados en campos especiales, o puestos bajo arresto domiciliario por decisión del prefecto del departamento donde residiesen. De nada sirvieron las cartas e informes sobre nuestra reputación emitidos por amigos y otras gentes respetables. Cuando Michel perdió su empleo en la Banque des Pays du Nord y yo empecé a tener problemas para publicar, e incluso para cobrar el importe de los derechos devengados por las ventas de mis libros, decidimos abandonar París, no sin antes pasar por tu domicilio del Quai de Passy para traernos las cibelinas y otras pieles, amén de algunas joyas, que guardabas en unas maletas y que ahora me reclama el señor Pahlen Heyberg por orden tuya, tras informarle la portera del inmueble que yo había estado en el piso y me había llevado todo eso, más una pelliza que había pertenecido a mi padre y otros objetos, según te comuniqué por escrito en su momento. Supongo que esa carta nunca te llegó, puesto que no obtuve respuesta. Mas lo que pides, que te lo devuelva, es imposible, pues te hago saber que lo vendí todo de inmediato, lo cual nos permitió a tus nietas y a mí subsistir durante algún tiempo. Imagino que estarás encantada de haber podido ayudarnos de ese modo, aunque por desgracia la venta de las pieles me reportó muy poco dinero, ya que se encontraban en un estado lamentable. En fin, como suele decirse, *à la guerre comme à la guerre*, mamá.

Tras abandonar París, nos reunimos con nuestras hijas en Issy-l'Évêque, porque aquí calentarse y comer es más fácil que allí. Durante un tiempo nos instalamos en el hotel Voyageurs, donde también se alojaban soldados y oficiales de la Wehrmacht. Denise ha podido hacer la primera comunión, pero, ignorando la partida de bautismo, en la escuela municipal donde estudian ella y su hermana están obligadas a llevar cosida de manera bien visible en la manga del abrigo la estrella de cinco puntas amarilla y negra. También Michel y yo la lucimos en nuestras prendas. Es lo de menos. Hasta ahora he mostrado toda la paciencia y el coraje de los que he podido hacer acopio, mas hay momentos muy duros en los que es imposible

abrirse paso y resolver el dilema entre la necesidad de trabajar para mantener a cuatro personas y a la vez la prohibición de hacerlo. A lo cual se suman vejaciones estúpidas: no puedo viajar a París, no puedo mandar traer los muebles, ni siquiera las cosas más indispensables para la vida como son mantas y otros enseres domésticos, por no hablar de mis libros, pues se ha dictado una interdicción general que veta *todas* las viviendas habitadas por los judíos.

Desde hace unos meses, hemos podido alquilar una casa para nosotros solos. Tuvimos suerte porque de un momento a otro se espera el regreso de *esos señores*. No estaba amueblada, pero llegamos a un acuerdo con un ebanista para que nos alquilase los muebles más imprescindibles. Es amplia y cómoda, y en conjunto resulta muy acogedora. Tiene un jardincillo precioso que, con la ayuda de nuestro casero, en primavera pensamos convertir en un huerto que debería proporcionarnos verduras en abundancia. Muy cerca hay un riachuelo que bordea los prados. Algún domingo salimos al bosque a recolectar setas y castañas. Llevamos rebanadas de pan con queso de cabra y luego, como plato principal y a la vez postre, comemos las castañas que asamos allí mismo. A las niñas les encanta hacer el fuego, que contemplan mucho rato, fascinadas por el hermoso color de las llamas en pleno día: un rosa cobrizo. Por todas partes, *el fuego*. Afuera, en los prados, para preparar las próximas cosechas, los campesinos queman rastrojos en pequeñas hogueras: piras purificadoras del otoño que tiznan de humo este paisaje malva. Adentro, en casa, cuando por las noches empieza a refrescar, encendemos unos troncos de leña que impregnan las pequeñas habitaciones de un suave olor a ceniza y almendras tostadas. El resto de los días, si no llueve, después del desayuno procuro salir al aire libre en busca de un lugar tranquilo donde escribir. A veces tengo que caminar varios kilómetros antes de encontrarlo. Ayer, en el bosque de la Maie, anoté: «Los pinos a mi alrededor. Estoy sentada sobre mi jersey verde, con las piernas flexionadas, en medio de un océano de hojas pútridas empapadas

por la tormenta de anoche, y me siento como si estuviera flotando en una balsa. En el bolso llevo el segundo tomo de *Ana Karenina,* el *Diario* de Katherine Mansfield y una naranja. Me rodean mis amigos los abejorros, insectos deliciosos, con su zumbido profundo y grave. En las voces humanas y también en los sonidos de la naturaleza me gustan los tonos bajos y graves. Después intentaré encontrar el estanque perdido». A menudo no regreso a casa hasta el anochecer. Dos editores han aceptado publicar mis novelas cortas, a condición de hacerlo bajo seudónimo. Así que vuelvo a ser Pierre Nérey y también Charles Blancat, que es el *nom de guerre* con el cual nuestra fiel gobernanta —inequívocamente aria—, Julie Dumont, firma mis libros y relatos. *Ella es yo*. *Je est une autre.*

¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal te va la vida? ¿Sigues usando tu nombre hebreo y haciéndote llamar Fanny? No te lo aconsejo. Entiendo el apego afectivo que los judíos heredan tras las muchas dificultades que a lo largo de la historia ha sufrido ese pueblo perseguido y marginado. Últimamente, cada día tengo numerosas ocasiones de comprobarlo. Aunque en ti me cuesta imaginar tal *liaison*. En ti, si acaso la avidez de una raza hambrienta desde siglos, a la que no le basta la realidad como alimento y siempre necesita de algo más, aun por imposible que sea. Sabes perfectamente a qué me refiero, pues es casi lo único de lo que te estoy hablando desde que empecé a redactar estas cuartillas: de la maldición de una raza que jamás pudo estarse quieta y que intenta sin descanso y en vano ser más fuerte que el mismo Dios. ¿Te escandalizas? ¿Qué otra cosa es tu afán por prolongar la juventud y el miedo cerval a envejecer sino un anhelo de signo prometeico, el oscuro deseo de robarle a los dioses el secreto de la inmortalidad?

Pues has de saber que existen otros caminos para alcanzarla sin necesidad de recurrir a la cosmética, las saunas y los gigolós. El trabajo y el esfuerzo es uno de ellos. Es el estado natural del hombre. «Trabaja y sufre, desgraciado; ya descansarás bajo tierra», dice un proverbio judío. En eso sí me reconozco. Y en la fuerza tenaz, en la necesidad casi salvaje de lograr cuanto se desea con un

desprecio ciego hacia lo que puedan pensar los demás. Es decir, todo eso que suele llamarse *la desfachatez judía* porque tiene mucho de insolencia, aunque algunos la disimulen bajo una capa servil.

He estudiado a fondo vuestra raza y no he sido precisamente amable y comprensiva con ella. En la mayoría de mis obras hablo de los judíos sin el menor afecto. Por ejemplo, en *Los perros y los lobos*, donde cuento que, a ojos de sus habitantes semitas, Kiev tenía tres zonas claramente diferenciadas, como las que se ven en ciertas pinturas antiguas: abajo, atrapados entre las tinieblas y las llamas del infierno, los réprobos; en el centro de la tela, iluminados por una luz pálida y serena, los mortales; y en lo alto, los elegidos. En la ciudad baja, junto al río, vivía la chusma, los desarrapados y proscritos, los pequeños artesanos, los arrendatarios de sórdidas tiendas y una horda de chiquillos que se revolcaban en el barro, hablaban solo yidis y vestían camisas andrajosas, enormes gorras y largos tirabuzones negros. Muy lejos de allí, en la cima de las colinas coronadas de tilos, entre las casas de los altos funcionarios rusos y los nobles polacos, se alzaban algunas espléndidas villas propiedad de los judíos ricos. Y entre ambas zonas extremas, una región neutra, un justo medio que no favorecía ni la opulencia ni la miseria, cuyo estrato superior lo formaban médicos, abogados o administradores de los grandes propietarios, estando el inferior compuesto por tenderos, boticarios, sastres y otros artesanos. Los judíos de la ciudad baja eran religiosos y estaban fanáticamente apegados a sus costumbres, pues se consideraban los genuinos herederos de una fe atávica. A los de los barrios altos la fidelidad a los ritos de sus antepasados simplemente les parecía de buen tono, algo así como un rasgo de dignidad o de elegancia moral, más que una auténtica creencia. Entre ambos grupos, piadosos cada cual a su manera, estaba la pequeña y mediana burguesía que invocaba a Dios para que bendijera su negocio o curara a un ser querido y acto seguido se olvidaba de Él, o, por el contrario, caso de acordarse, lo hacía con una mezcla de temor y resentimiento: y es que Dios nunca

concedía lo que se le pedía. No del todo.

La aclamada *David Golder* es otra buena prueba del nulo afecto que siento por ellos, quizás porque durante mucho tiempo solo conocí a los de vuestro círculo, los judíos más carroñeros. Son páginas que atestiguan los prejuicios antisemitas de esos años, cuando se amasaban fortunas porque entonces había muchas *posibilidades*: mientras a los jóvenes los masacraban en la Gran Guerra, unos pocos supieron sacarle partido al bonito mundo en que vivíamos y se forraron a base de bien. «Sois unos héroes, estamos en deuda con vosotros. Retomad vuestros estudios y poneos a trabajar», les decían al regresar del frente mientras ellos seguían a lo suyo. Solo necesitaban una buena dosis de desfachatez, una absoluta falta de escrúpulos y la convicción de que el mundo está lleno de imbéciles a la espera de que se aprovechen de ellos. Eran tiempos felices. Era la edad dorada del dinero. Rodaban millones por todas partes. Se negociaba con todo y con nada. Recomendaciones, tratos de favor, arbitrariedades, un almuerzo con gente de la bolsa… Ganar dinero era una forma de vida apasionada y excitante, capaz de transformar cada minuto en una aventura. Los capitales se habían vuelto nómadas, volátiles, veleidosos. Huían de país en país como golondrinas que, espantadas por un disparo, alzan el vuelo, escapan y desaparecen. ¡Cuántas emociones! «En última instancia, el dinero nunca debe despreciarse: es una poderosa palanca, una herramienta que permite hacer mucho mal, pero también mucho bien», decían. ¡Qué gran lección para la juventud! Cuatro años de carnicería y después, como a la salida de aquel túnel de oscuridad y sangre, salones inundados de luz y abarrotados de mujeres disponibles. Os movíais como anguilas en aquel ambiente sensual y frívolo, ¡tan embriagador! Quienes se tomaban las cosas en serio no eran más que unos pobres ingenuos. ¡Nada de lo que se hacía, nada de lo que se decía, nada de lo que se pensaba tenía importancia! ¡Nada! Era una especie de vano parloteo, como el de los locos o el de los niños. Todo se confundía ante sus ojos como bajo la niebla.

Lee *David Golder*.

Tampoco he sido muy cariñosa con los bolcheviques, dada la persecución a que sometieron a nuestras familias, incluida la de Michel, cuyo padre fue detenido y encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, en San Petersburgo. En *David Golder* aparecen como un hatajo de cerdos en el capítulo en que el protagonista, para salir a flote, negocia con los sóviets el acuerdo de otorgar a la Tübingen Petroleum Co. una concesión equivalente al cincuenta por ciento de los terrenos petrolíferos comprendidos entre la región de Teisk y la llanura denominada de los Aroundgis. Cuando el viejo banquero detecta que en el contrato hay una cláusula nueva, piensa: «Ajá. Eso no lo habíamos hablado. Esperan hasta el último minuto para colar sus malditas cláusulas equívocas, y todo para tener una excusa que más tarde les permita romper el acuerdo, una vez se haya adelantado el dinero para los primeros gastos». Al advertírselo, los bolcheviques, con el inconfundible acento ruso y las obsequiosas y suaves fórmulas eslavas que tanto contrastaban con los rostros macilentos y duros donde brillaban unos ojillos rasgados, penetrantes y crueles, le responden: «Sabe usted perfectamente que esas cláusulas no tienen ningún valor especial. No sirven más que para calmar las legítimas inquietudes del proletariado, que no podría ver sin desconfianza que una parte del territorio soviético pasara a manos de los capitalistas sin asegurarse de que…».

Una vez más te recomiendo que leas la novela.

El caso es que de nada me han servido esas pruebas ideológicas para disipar las sospechas que recaen sobre mí. Hay que aguantar, me digo, ya vendrán tiempos mejores. Hay que vivir y resistir. Debo hacerlo por nuestras hijas y por todos los inocentes que están amenazados. Tengo que vivir para escribirlo. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Dónde hallar consuelo si no? ¿Qué me queda? La escritura, las niñas, Michel y mi libertad interior, que es un bien precioso. Conservarlo o perderlo solo depende de mí. Por eso voy a escribir de cuanto sucede a mi alrededor. En el París bombardeado, presencié cómo en los barrios populares, el metro y los apestosos refugios siempre estaban llenos a rebosar mientras que los ricos preferían

quedarse en las porterías, con el oído atento a los estallidos y las explosiones que anunciarían la caída de las bombas, con el alma en vilo, con el cuerpo en tensión, como animales inquietos cuando en el bosque se acerca la partida de caza. No es que los pobres fueran más miedosos que los ricos ni que le tuvieran más apego a la vida; pero sí eran más gregarios, se necesitaban unos a otros, tenían que apoyarse mutuamente, gemir o reír juntos. El bosque de Fontainebleau estaba lleno de refugiados. Parecía un inmenso campamento gitano donde la gente dormía, comía y moría. El grueso del ejército retrocedía hacia el sur y grandes grupos de soldados demacrados, como los restos de un barco naufragado que se hunde en el mar, iban dando tumbos en busca de sus unidades entre la masa de un pueblo en desbandada, entre coches belgas, holandeses y franceses que se abrían paso hacia el sur, entre niños perdidos, mujeres que parían en la cuneta, delincuentes comunes que andaban sueltos por los caminos, camiones de los ministerios cargados de burócratas, furgonetas a reventar, automóviles de los que salían volando portafolios y documentos… entre un estruendo de bocinas y sirenas, las de los coches de bomberos y las ambulancias… Cañones, carretas, cochecitos de bebés, un autobús turístico con el letrero PARIS LA NUIT, bicicletas, limusinas, coches deportivos, carretillas, bueyes, burros con alforjas a rebosar, caballos exhaustos, utilitarios que en el portaequipajes apilaban mantas y colchones, jaulas, cunas, máquinas de coser y hasta un reloj de cuco… ¡Más de un millón de ciudadanos que se echaron a las carreteras y los caminos desde que empezó la catástrofe! Allá hasta donde alcanzaba la vista solo se veía una confusa multitud que arrastraba los pies por el polvo hasta perderse en el horizonte. Los más afortunados tenían una carretilla o un carro hecho con cuatro tablas y dos toscas ruedas, o cualquier otro objeto rodante donde transportar equipajes, ancianos y niños dormidos. Eran los pobres, los desgraciados, los débiles, los que no saben apañárselas, los que siempre acaban relegados a los últimos puestos, aunque también estaban los medrosos y pusilánimes, que habían demorado la partida

hasta el último momento asustados por los riesgos del viaje, o los tacaños, que simplemente lo hicieron ante el desorbitado precio de los billetes de tren y otros gastos, pero que de pronto fueron presa del pánico, como todo el mundo. No sabían por qué huían: Francia entera estaba en llamas, el peligro acechaba en todas partes. Tampoco sabían con certeza adónde iban… Había entre ellos una desesperación compartida y un estupor atroz, pero también piedad, calor, cariño, caridad…; esa simpatía espontánea y vivaz que la gente del pueblo no prodiga más que a los suyos, a los *humillados y ofendidos*, y solo en circunstancias excepcionales, cuando el miedo y la miseria se apoderan de sus vidas. Había entre ellos una solidaridad que jamás olvidaré porque no brota de la raza ni de la sangre, sino del *fatum*.

Y de las lágrimas vertidas.

No volveré a escribir sobre nosotros por más que a los lectores les guste conocer el mundo de los ricos. Si algún día me sirvió de inspiración, fue porque no conocía otra cosa. Y porque no era cuestión de seguir fantaseando como una niña cuando ocupaba mis horas solitarias entregada *al juego*. Con los ojos cerrados y las mejillas arreboladas por la fiebre, veía a todos los niños —los del barrio, los de la ciudad, los de Rusia entera— que, bajo mi batuta, se reunían una mañana y partían hacia una tierra desconocida que ellos descubrían y donde vivirían solos porque jamás permitirían la presencia de los mayores. Tendrían sus propias leyes, su ejército, sus ministros… Los hijos de los albañiles construirían las ciudades mientras que los de los pintores sabrían, por supuesto, cubrir las paredes de colores vivos y alegres. La región, protegida por grandes montañas, sería inaccesible. Además, tampoco a nadie se le ocurriría ir a buscarlos porque todo el mundo estaría la mar de contento de haberse librado de ellos. ¿Acaso no oían a sus padres quejarse el día entero?: «¡Qué caro está todo! La ropa, la comida, el colegio… Y luego, darles una dote a las chicas y buscarles empleo a los chicos. ¡Cuántas preocupaciones! Mejor así, cuanto más lejos mejor»… Partíamos al amanecer, o mejor en plena noche, en completa

oscuridad. Mientras todos dormían, los niños abandonaban sus casas, descalzos para no hacer ruido, cada uno con su linterna sorda oculta bajo el abrigo. Caminábamos durante mucho tiempo: semanas, meses incluso… Acampábamos en los bosques o a orillas de un río, y por fin llegábamos a la tierra prometida. Había animales salvajes para practicar la caza y enemigos para jugar a la guerra, y un suelo árido que trabajar y cultivar con esfuerzo. *El juego* poco a poco iba complicándose más y más hasta convertirse en una auténtica epopeya, con emboscadas, asedios, capitulaciones, pactos, traiciones, derrotas, victorias… Porque de la idea inicial cada tarde brotaban nuevas historias, como retoñan las ramas en el tronco de un viejo árbol. Yo me sentía exhausta… Desde entonces no he dejado de entregarme a los placeres de la imaginación. Admito que al principio me divertía haceros desfilar por el escenario de mis novelas, aunque fuera por motivos espurios. Pero ahora todas esas miserias vuestras me aburren. Vuelvo a estar rodeada de madres que lloran por sus hijos ausentes o muertos, de madres que no tienen qué dar de comer a sus críos, de madres que pasan las noches en vela minadas por la angustia. Y yo formo parte de ellas. Por eso toda tu vida me asquea, ma… má…

Y con estas páginas te mando mi acusación.

No me arrepiento de mis libros, pero por primera vez escribiré de otros judíos: de los que fueron víctimas de la historia.

Desde niña supe que existían dos peligros de los que el resto de la humanidad estaba exento, pero que amenazaban especialmente a los habitantes de Kiev. Se hablaba de ellos bajando el tono de voz, negando con la cabeza, suspirando y alzando los ojos al cielo. Cuando se tenía noticia de algún acontecimiento feliz o desgraciado —la paz, la guerra, una victoria, una derrota, el nacimiento de un heredero imperial largamente esperado, un atentado, un proceso—, las mismas voces ansiosas susurraban: «Ocurrirá este año, el mes que viene, mañana, esta tarde…». Y después, al poco, solo se oía hablar de desórdenes, matanzas, comercios saqueados, mujeres violadas… Una noche, ya a punto de acostarme, oí un extraño

murmullo sordo procedente de las calles habitualmente muy tranquilas en febrero, el mes de las grandes nevadas y los vientos huracanados. Me acerqué a la ventana y, tras echar el aliento en el cristal para derretir la escarcha, divisé una compacta masa de gente que iba vociferando por las calles y de vez en cuando soplaba unos silbatos. Durante varios días, la agitación se redujo a esos tumultos que empezaban poco antes del anochecer, crecían en forma de gritos, insultos y amenazas, y luego se apaciguaban. Hasta que de pronto, una noche, aquella algarabía que ya no me inquietaba se convirtió en un clamor salvaje. La multitud bramaba como un animal furioso y a ratos, sobre el confuso fragor de voces, restallaba un crujido de cristales —farolas y escaparates destrozados por piedras y adoquines lanzados contra ellos con furia— o el estruendo de las persianas de hierro de las tiendas y tabernas bajadas precipitadamente. A la mañana siguiente no reconocí ni mi propia calle. Parecía otra: extraña y amenazante. Los edificios de tres o cuatro pisos apenas habían sufrido daños —solo tenían algún vidrio roto—, pero las numerosas casitas del barrio pobre, las casetas y kioscos, las carnicerías y comercios, los talleres artesanos… Todo parecía haber sido arrancado del suelo y amontonado caóticamente, como al paso de un tornado o tras una inundación; otras casas, sin puertas ni ventanas, ennegrecidas por el humo y destripadas, parecían ciegas y despavoridas. El suelo estaba cubierto de un extraordinario revoltijo de chatarra, cristales, trozos de hierro colado, vigas, ladrillos y otros restos amorfos, entre los que a veces se distinguía una bota o un zapato de mujer con el tacón torcido, las patas de una silla, tiestos o vasijas, cacerolas y cazos, cascos de botellas con el cuello roto, una espumadera con el mango doblado, el pitorro de una tetera… Todas las tiendas estaban vacías, con las lunas rotas y los mostradores y estantes carbonizados. En el aire flotaban plumas blancas y grises: salían de los edredones desgarrados y caían lentamente desde lo alto de las casas.

Sí, ocurrirá este año, el mes que viene, mañana, esta noche…, me digo, al igual que susurraban las mujeres de Kiev ante el pogromo,

presas de un miedo atroz aunque impreciso y que es el mal de nuestra época: *el terror*.

A menudo siento que alguien me oprime el corazón con fuerza y suavidad a la vez, como cuando apresamos un pajarillo y lo apretamos para que no se escape, aflojando la presión unos segundos porque no queremos hacerle daño. Así ante una realidad demasiado amarga y lacerante. Cuando descubrimos la irremediable verdad, cuando todo se ve con esa lucidez que proporciona el insomnio o la fiebre, ya no puede negarse ni ignorarse. Cerrar los ojos, olvidar… es imposible. Pero tampoco es posible aceptarla, porque la mente humana solo admite cierto grado de tragedia y horror. Y el corazón se defiende de tan terrible verdad segregando sueños porque en ellos saltamos sobre ríos de aguas turbulentas y escalamos las más altas y escarpadas montañas con una maravillosa ligereza, como si nos llevasen las alas del viento.

Ojalá algún día pueda dormir con un sueño sin sueños, dulce y profundo.

IRÈNE

MARGUERITE

Ayer soñé que me adentraba en una casa donde había una veranda que daba a unos jardines interiores, profundos y sombríos. Sonaba la melodía de Carlos d'Alessio, el vals de *L'Eden Cinéma*, y me dije: «Mira, Carlos está ahí, está tocando». Lo llamé. No contestó nadie. Luego desperté y ya no pude volver a dormirme. Me había sucedido otras veces, de madrugada, y siempre era así, un semidespertar, cuando se piensa y siente como a través de un cristal. Entonces me pareció oír el rumor de unos pasos lentos y pesados… Al poco, en el umbral del salón desde donde venía la música, apareciste tú. Ya tenías el semblante de la muerte, afiladas las facciones, amarillenta la piel del rostro. Esbozaste una sonrisa al decirme: «La que tocaba era yo». Te pregunté: «Pero ¿cómo es posible, si estás muerta?». Contestaste: «Lo simulaba para que escribieras todo esto».

Así que me dispongo a obedecerte. Como cuando era niña y quería colmar tu orgullo de maestra trabajando con tesón para obtener las calificaciones excepcionales que me convirtieron en el número uno de toda la Cochinchina, causando verdadero asombro entre los inspectores de Saigón, que se preguntaban: «¿De dónde sale esta niña?». Era una cría delgaducha y salvaje a la que señalaban con envidia las señoras burguesas de la ciudad, aunque eso no les impedía ponerla de ejemplo a sus hijos, una panda de holgazanes malcriados. Era una niña que trabajaba en medio del infierno para merecer el amor de una madre cuyo aspecto la avergonzaba, con aquellos vestidos indescriptibles que lucía y que más bien semejaban un batín dentro del cual flotaba un cuerpo escuálido y sin gracia, con las viejas medias de algodón gris llenas de zurcidos y el cabello recogido en una trenza atada con una gruesa goma negra.

Voy a obedecerte y escribiré de nuevo nuestra historia, la que hemos vivido juntas, aquella que sigue ahí, sin acabar de morir. Aún

no sé cómo hacerlo. A decir verdad, no creo que sea nuestra historia la que cuenta. Tanto tiempo después, ya no puede ser la que fue. Tampoco lo es ahora. Y más adelante seguirá siendo distinta, sin duda. Pero cuando esté en un libro, entonces será cuando ya no haga sufrir, cuando ya no sea nada. Quedará todo borrado.

Escribir también es eso: borrar, suprimir, cambiar, mentir…

En realidad, llevo una vida entera contando nuestra historia, pues tú eres una presencia constante en mis libros: una obsesión, una pesadilla. Como también lo fuiste a lo largo de mi vida. Tú: la madre autoritaria, áspera, ciega, exigente, dura, orgullosa, exaltada, atrevida, valiente, enferma, desesperada, loca… Tú: la mujer sola, abandonada, engañada, arruinada, rencorosa, agria, vengativa… Tú: la viuda, la campesina, la maestra… Tú: *Marie Obscure*, *Madame Dieu*. Yo: Marguerite Germaine, tu niñita desdichada, la última de tus hijos, doblemente huérfana, sin caricias ni besos, sin maravillosos cuentos tiernos y dulces que me consolaran, sin sueños… Yo: una niña sola en el abismo mudo y sordo de la infancia. Una niña aterrada por la visión de una mendiga loca. Una niña temblorosa, insomne, borracha de gritos y golpes, aturdida, muerta de miedo… No era el miedo a la noche, ni el temor a Dios, ni el terror a los muertos, que son argucias y engaños para asustar a los niños desobedientes. Era la ausencia de amor, una sombra por todas partes, sobre el mar y sobre la tierra. En los ojos, un velo espeso, la venda de una herida. Por eso empecé a escribir a los doce años: para huir del espanto, para burlar la soledad. Cómo fue posible no lo sé. Cuando te pones a escribir parece que entra en juego una especie de instinto. El escrito ya está en la noche, fuera de sí mismo, en una confusión de tiempos. Sabes y a la vez ignoras *lo que es*. Y hay que descifrar lo que ya ha sido concebido por uno en el sueño de su vida. Todo empezó en el liceo después de un cuarto curso desastroso, con casi todas las asignaturas suspendidas. De repente, en quinto, la revelación: mis redacciones se leían en todas las aulas del centro y mis profesores se negaban a puntuarlas de tan buenas como eran, aunque yo no tenía ni idea de literatura

francesa. Conocía a Delly, eso sí, cuyos textos se aprendían de memoria y se recitaban en los recreos. Recuerdo que aquel año, cuando viniste a buscarme al empezar las vacaciones y te enseñé las notas, te echaste a llorar allí en medio del patio. Incluso se te ocurrió, por una vez, darme un beso.

Se empieza a escribir y después se sigue y luego ya está. No lo hacemos por orgullo ni vanidad, como quizá suceda con el primer libro. Pero eso no vuelve a repetirse, salvo en el caso de algunos espíritus muy simples. Después lo hacemos por una especie de brillo fulgurante que ilumina nuestra sombra interior y recrea el sonido del alma. Y así pasamos la vida instalados en una nebulosa. Incluso aunque no se escriba. O lo hagamos solo con el pensamiento, guardián y celador de la locura. Además, ahora, mientras escribo, siento que te recupero, que vuelven los momentos en que aún no sabía lo que pasaba, ni lo que sucedería, ni quién eras, ni qué sería de nosotras.

Volveré a *L'Eden Cinéma* y, puesto que me lo pides, contaré la película de nuestra vida. Aunque estoy segura de que esta versión tampoco te gustará: siempre fuiste incapaz de apreciar mis libros. Jamás me alentaste a seguir mi vocación, que no considerabas ni seria ni digna. Hubieras preferido que fuera secretaria o contable, incluso campesina, o tal vez maestra como tú. ¡Pero escritora!… ¿Qué oficio es ese? Te parecía obsceno. Los trapos sucios se lavan en casa, protestabas. ¿Qué es eso de hacer público algo estrictamente privado? ¿Qué pretendes al airear los secretos de la familia, nuestras relaciones íntimas? ¡Ilusa! ¿Qué querías que hiciera, mamá? ¿Acaso podría contar otra cosa la joven que había vivido en el ojo del huracán, zarandeada por las tormentas y tempestades que una y otra vez descargaban sobre nuestro hogar?

¡Ah, *La impudicia*! Era una mala novela, lo admito, llena de tópicos y desaciertos, como suele ocurrir con las obras primerizas. Durante largo tiempo la repudié, sin permitir su reedición, pero al menos me esforcé en ella por maquillar algunas cosas, cambiando el lugar y el tiempo para que la historia no pudiera confundirse con nuestra vida

real, con el espanto de mi infancia atroz. He aquí el resumen: una madre inteligente aunque depresiva; un hermano mayor que es un verdadero truhan que roba y traiciona continuamente a todos cuantos lo rodean; otro, el pequeño, indefenso y silencioso; y la cría, que pese a su indignación no logra salir de ese círculo vicioso y opresivo. De modo que tenía ahí una buena materia prima, los ingredientes esenciales con que amasar la historia: la madre enamorada del primogénito perverso y cruel, al que por hartazgo le consiente todo permitiendo que triunfe la injusticia como única ley familiar; el hermano pequeño martirizado por el mayor; la angustia estremecida de la niña, y el dinero que lo pudre todo. El ambiente, la mezcla de amor y de odio a la vez repugnante y protector que rodea a esa extraña familia, es el tema de un libro en el que vosotros, por fuerza, os tuvisteis que reconocer. Como yo aún hoy me reconozco en la pobre Maud, una muchacha víctima de la mediocridad familiar que se desvestía a oscuras, deprisa y sin ruido, para que nadie se acordara de su existencia, tan insignificante como los restos de un naufragio flotando en alta mar. Poseída de una especie de rabia ciega, la cría solo ansiaba que llegase la noche y que cesara todo. Entonces se tiraba encima de la cama, abrazada a la almohada, y daba rienda suelta al llanto.

Aquella inmersión en el mundo familiar fue como caer en una trampa de la cual me costaría salir, pero el tiempo que estuve allí presa jugó a mi favor. Mi siguiente novela, *La vida tranquila*, es ya una obra menos tosca, purgada del aluvión de impresiones baratas y sentimientos pueriles que en la anterior había soltado a bocajarro, en bruto y sin elaborar. Es una novela más medida y meditada, sin los defectos que tenía la otra, y que en verdad debería haberte gustado, pues a fin de cuentas allí tú apareces como una mujer piadosa que cuida de su hermano Jérôme, un viejo enfermo. Y aunque este la insulte, ella reacciona con dulzura. Y de tus cabellos siempre emanaba un delicioso olor a canela. Yo —Françou— era solo una muchacha avarienta de su cuerpo y de su vida, incapaz de reconocerse una noche que se miró en la luna del armario y tuvo la

impresión de que el espejo siempre contenía en su azogue no sé qué personaje, a la vez fraternal y odioso, que cuestionaba en silencio mi identidad. ¿Quién era yo, por quién me había tomado hasta ese momento? Pero la madre no se daba cuenta. Siempre parecía fatigada y andaba distraída. A veces, para simular que te interesabas por algo, soltabas frases banales, como en una cantinela: «¿Y tú, Françou? ¿Qué será de ti? Tienes que ser precavida, virtuosa, sensata, razonable, ¡pura!…», me decías. De pronto recordabas que yo aún no me había casado, y te ponías impaciente, nerviosa y crispada, pues esa era entonces tu gran preocupación, una obsesión insoportable. Un día pusiste tus manos en las mías y enseguida olvidaste lo que ibas a pedir. Sentía tus dedos duros y nudosos como raíces. Te acaricié las manos y así poco a poco te fuiste tranquilizando. Esa noche, enfundada en el traje de tafetán negro, me pareció que habías adelgazado mucho. Envejecías. Por eso Françou aceptará casarse con Tiène. Y cuando la hija te comunica la noticia, aunque hacía tiempo que en tu mirada ya solo había vacío, exclamaste feliz: «¡Se casa, se casan!».

Por eso te dediqué la novela, con la que te entregaba esa hija ideal que te hubiera hecho tan feliz. Lo que no puedes pedirme ni reprocharme es que no ocultase el verdadero ambiente de la casa porque yo, al igual que Françou, me sentía agotada e impotente braceando en aquel torbellino, que era como morir un poco cada día. «Desorden, aburrimiento, desorden»…, escribí. Y bruscamente me di cuenta de mi cólera y de que el desorden también me habitaba. Surgía de pronto en mi cuerpo. Pensé en mi edad, en la de cuantos dormían en esa casa, y oí el tiempo mordiéndonos a todos como un ejército de ratas. Hacía veinticuatro años que *nos dejábamos vivir* sin hacer nada. Y ahora el desorden se instalaba en el alma y hasta en la sangre. Ya no podríamos sanar, ya *no lo queríamos*. Ya no sabíamos ser libres ni podíamos soñar con la felicidad, las alas recortadas por nuestra pobreza y por nuestra indolencia. Lo único que perduraba era un orgullo insano, pues en el fondo nos gustábamos así, tal cual éramos, sin desear otra cosa salvo seguir

creyendo que estábamos hechos para esa vida imposible.

Ya ves si había madurado que aprendí a manejar con soltura la ironía.

¡Una vida imposible la tuya! ¡Un amor imposible el nuestro! Un amor peor que el de las historias que muchos años después inventé para la revista *Constellation*, dirigida por la señora Lecoutre, una amante de Stalin que daba trabajo y de este modo protegía a los intelectuales parisinos afectos al comunismo, los *compañeros de viaje*. Eran historias para modistillas y *grisettes* sobre el amor femenino y otros asuntos. «La mentira mata el amor», se titulaba el primero de aquellos textos. Otros hablaban de la esposa abandonada, del egoísmo de los maridos o del drama de las madres ante las vacaciones escolares. No fueron muchos los cuentos que inventé: solo unos pocos durante unos meses de 1958, pero gané bastante dinero con ellos. Te habrían gustado, estoy convencida. Eran muy de tu estilo y por eso los firmé con seudónimo: Marie-Josèphe Legrand, tu nombre de soltera. Además, tampoco era concebible que aquellas almibaradas historias de *Constellation* saliesen de la misma pluma de la prestigiosa periodista que colaboraba en *France Observateur*, y que al fin se había convertido en una novelista de éxito, la autora de *Un dique contra el Pacífico* y *Moderato cantabile.* De modo que de ninguna manera podía arriesgarme a empañar mi incipiente buena reputación literaria. Por otra parte, esas historias y ficciones te sentaban mejor a ti que a mí. ¿No viviste siempre en una nebulosa? ¿No emprendiste aventuras imposibles en busca de dinero? ¿Qué otra cosa fue si no la gesta de Vĩnh Long?

Fue allí donde empezó mi verdadera infancia, a los diez años. Tú estabas en los diques y en los arrozales casi todo el tiempo, y nosotros vivíamos al aire libre, en plena naturaleza, jugando con chiquillos anamitas, hablando su lengua, pareciéndonos cada vez más a ellos, incluso físicamente. ¡Qué desesperación la tuya al ver que nuestra piel adquiría un tono amarillento y los ojos eran más bien rasgados! ¡Qué empeño en atiborrarnos con alimentos de

Occidente que frenasen tamaña metamorfosis! ¡Qué absurdo pagar a precio de oro las manzanas reineta importadas de Francia, que escupíamos nada más morderlas porque no eran jugosas y sabían a algodón! ¿Para qué semejante derroche si bastaba con salir del bungaló, trepar a un árbol y robar mangos verdes, azucarados, sabrosísimos? Y el mismo empeño tenías con la carne, que nos daba náuseas y nos hacía vomitar. Preferíamos los cangrejos y los peces de agua dulce hervidos con *nuoc-mâm* las quisquillas de los arrozales, las ancas de rana y los grandes caracoles negros. O las humildes sopas que humeaban en las ollas de barro cocinadas a fuego lento en cualquier esquina, caldos y sopas de los que emanaba un fuerte olor a salmuera, preparados con hierbas silvestres y algas y otras plantas acuáticas de las marismas. A cualquier hora íbamos a pescar y a bañarnos en los *rach.* No puedo pensar en mi infancia sin pensar en el agua. Mi país natal es una patria de agua: la del mar, la de los lagos y torrentes que descendían por la montaña, la de los arrozales, el agua terrosa de los ríos de la llanura donde nos refugiábamos durante las tormentas. Allí la naturaleza y el clima parecían hechos para los niños. Adoraba jugar y chapotear en el agua del río con los otros niños, flotando sobre la espuma gris. La Suzanne de la novela —yo— no nadaba tan bien como ellos. De vez en cuando salía del agua, se sentaba en la orilla y miraba el camino que por un lado conducía a Ram y por otro a Kam; y más allá, a la capital, a unos ochocientos kilómetros de distancia. Llegaría el día en que un coche se detendría frente al bungaló. Tal vez de él saliera un hombre que divisara a la niña desde el puente. Podría suceder que ella le gustase y él le propusiera llevarla a la ciudad. ¿Por qué no?

Mas nunca sucedió.

No allí.

Allí, entre Sadec y Vĩnh Long, solo apareció una mendiga loca.

Como un huevo enorme y pestilente cubierto de piojos y sarna, surgió de las entrañas de la noche. Parecía mitad hombre y mitad mujer, casi un animal, allí, a orillas del río, donde duermen las carpas

que ella atrapa con los garfios de sus manos. Luego se las come crudas. Arrastrando su pie herido, la pordiosera recorre las calles de la ciudad prohibida, los barrios de los blancos, dando alaridos y escupiendo profecías apocalípticas. Todos bajan la mirada a su paso. Todos huyen de ella, que los sigue como un perro. Entonces es cuando me ve a mí y se detiene un instante. Aún siento sus pupilas taladrándome. Después empieza a perseguirme. Lleva algo en brazos. Está delante del portal. Lo abre, no retira la mano derecha del picaporte, y se gira a mirar inquieta el bulto que aferra con la otra mano. Parece vacilar, como si sopesara los pros y los contras. Al fin se decide y entra a descargar el paquete, a abandonar a su hija.

La loca llegó a nuestra casa con una niña de dos años que solo aparentaba tener unos seis meses. Estaba infestada de las lombrices que transmiten los perros callejeros. Yo la adopté. Tú me obligaste a hacerlo, aunque desde el primer día supiste que la criatura no iba a vivir mucho tiempo. Estaba condenada, como los cientos de niños que morían cada año en la llanura. Morían por el cólera que causan los mangos demasiado verdes, pero ¿cómo impedir que los chiquillos trepen a los árboles? Muchos se ahogaban en las marismas mientras jugaban o pescaban. Otros se contagiaban con las lombrices de los perros vagabundos —perros flacos, patilargos, que a diario recorrían kilómetros y kilómetros buscando entre los desperdicios algo que comer—, y morían asfixiados como la niñita de la mendiga. Tú lo sabías y, aun así, encargaste que le hicieran una cuna y le confeccionaste unos vestidos preciosos. Pero no pudimos salvarla. Se asfixió. Para mí, aquel fue un día de injusticia y de cólera.

Y desde entonces la mendiga y su hija viven en mis libros. Porque durante toda mi vida he tenido miedo de volverme loca. Y para salvarme del terror que tal posibilidad me inspiraba —a fin de cuentas, tú misma fuiste una perturbada, mamá—, decidí conjurar el espanto y convertir la locura en mi única compañera. Por eso nunca he dejado de narrar aquella vieja historia.

Es la que la niña le cuenta a su amante de la China durante una de esas confidencias que siguen al amor, distendida ella, ansioso de

fantasías voluptuosas él. Se inventa una historia de las gentes que vienen de Annam, de las islas de la bahía de Hạ Long o de otras costas, e incluso de un centro penitenciario donde yo nunca había puesto el pie. Hay también chiflados y locos, y muchas mujeres expulsadas de los pueblos. En los monasterios, los bonzos les dan arroz caliente y té, pero otras veces matan un perro vagabundo y lo asan en la playa. De todos esos tipos errantes, son las mujeres las que más miedo me dan. Porque ellas ríen mientras lloran. Ya han perdido la razón, están locas de atar por haber pasado tanto miedo, por sus hijos muertos de hambre, por el sol, por la selva, por las plagas de mosquitos, por los perros rabiosos y también por los tigres. El amante dice que hay una de esas mendigas entre Vĩnh Long y Sadec, una que grita por las noches y espanta a todo el mundo con sus cantos. La niña le dice que la conoce, que la pordiosera viene de Laos, pero que no debe temerla porque son nanas dulces y lánguidas lo que la madre canta…

Creo que mi obsesión con la mendiga se debe también al terror que durante unos minutos que parecían eternos me produjo aquella tarde: el mismo que sentí tras la muerte de mi primer hijo. El embarazo en sí ya fue muy duro: un gran cansancio físico, una angustia creciente, temblores y palpitaciones, náuseas, y un cuerpo que en sus transformaciones me resultaba irreconocible. Al fin llegó el parto: lento y doloroso, dilatado a lo largo de veinte horas, hasta muy avanzada la noche. De pronto, ya expulsada la criatura, noto que la piel del vientre se pega a la espalda, de tan vacía y seca como me había quedado. Parecía una bayeta gastada, un pingajo, un paño mortuorio, una losa, una nada el vientre. Fue lo único que sentí. Porque no oí el llanto del bebé. Nació muerto. Había llevado en una hinchazón adorable aquella semilla fértil, el fruto subacuático que no había vivido más que en el calor viscoso y oscuro de mi carne y que la luz del día había matado. Yo estaba sobrecogida de espanto. ¿Lo había matado al separarme de él? ¿Fue herido mortalmente al arrojarlo al exterior y dejarlo solo? ¡Qué absurdo todo! Aquellas monjas ineptas revoloteando alrededor, acusándome de no saber empujar, de no poder *dar vida*. Hube de permanecer en

la clínica varios días. Yacía bocarriba, tenía el corazón muy fatigado, no me movía. No podía leer. Por la ventana abierta, miraba el follaje de las acacias que crecían en los terraplenes del ferrocarril de circunvalación. Por la tarde vino a verme otra de esas *hermanas* que, en nombre del buen Dios, me cubrían de reproches: «Esta no quiere comulgar y se queja porque su hijo ha muerto». Solo una de ellas intentó consolarme: «Ahora es un ángel. Deber sentirse contenta. Dios lo ha llamado a su lado y eso está bien», decía. Pero no pude verlo. «No merece la pena, créame», aseguraba. No insistí, pero le pregunté: «¿Cómo era?». «Rubio, algo pelirrojo, tiene las cejas altas como usted, se le parece», contestó. «¿Está ahí todavía?», quise saber. «Sí, estará ahí hasta mañana», respondió. Después, a Robert le dejaron ir al cuartito donde lo tenían y le permitieron sostenerlo unos segundos en sus brazos. «¿Estaba frío?», le pregunté. «¿Lo tocaste?, ¿se parece a mí?, ¿y la boca?, ¿los ojos?, ¿tiene pelo?». «Sí, Marguerite, es igual que tú», me contestaba dulcemente Antelme cuando mi hijo ya era solo humo, pues en aquella clínica incineraban a los recién nacidos muertos. «¿Lo hacen rápido?», quise saber. «No lo sé», respondió.

Desde entonces, nada volvió a ser igual entre nosotros, y poco a poco también nos fuimos separando Robert y yo, aunque él siguió siendo muy atento y solícito conmigo, y extremadamente cariñoso en los dramáticos días que se sucedieron. La gente decía: «La muerte de un hijo no es tan terrible cuando sucede nada más nacer. Es mejor así que perderlos a los seis meses». Yo no les contestaba. Creía que sí era terrible porque no me quedaba nada salvo un vacío inmenso. No había vivido ni siquiera una hora. Durante meses no pude pegar ojo, tratando de imaginarlo: ¿era guapo?, ¿tenía los ojos azules?, ¿sonreía?, ¿lloraba? Después seguí sin dormir, intentando comprender. Culpaba a la medicina, a las monjas, a la guerra… *Estábamos* en la primavera de 1942, pero en realidad *era* invierno. Todo moría y se pudría. Solo mucho tiempo después, vencido ya el desconsuelo y la tristeza, tras el feliz alumbramiento de mi hijo Jean, pude por fin regresar a *aquello*, y trasladar mi dolor de entonces a

Elizabeth Alione, la mujer que en *Destruir, dice* se arrastra por un hotel con su melancolía a cuestas, y cuando le preguntan por qué está así responde: «Estoy aquí por culpa de un parto que salió mal… El niño murió al nacer… Tomo píldoras para dormir… Me paso todo el tiempo durmiendo»…

En aquel estado de delirio, a veces creía oír la nana que la mendiga le cantaba a su niña. Nunca la olvidaré. Tampoco la que tú me tarareabas. Cuando apareció la loca, el terror fue tal que ni siquiera pude gritar. Aún oigo su risa como un aullido, sus gritos, sus carcajadas burlándose de mí, un recuerdo que todavía me espanta. Decir que ese miedo supera mi razón y mis fuerzas es poco decir. Por eso me dejaste dormir en tu cama todas las noches, cuando la oscuridad caía de golpe sin el lento anuncio del atardecer, abatiéndolo todo.

Y por eso entonces te adoré como nunca.

Y por eso después escribí *Un dique contra el Pacífico*: para reconciliarme contigo.

El 30 de junio de 1947 nació Jean, «Outa». Yo me sentía exultante y pletórica por haber logrado *dar vida*. ¿Qué es una mujer si no es madre? Nada, solo una sombra depresiva que lame su melancolía dejando que el tiempo se evapore. La plenitud de una mujer se alcanza en la gestación y alumbramiento de un nuevo ser. Aún recuerdo el momento en que lo sentí moverse por primera vez. Fue una noche en que, cansada de intentar dormirme, di media vuelta en la cama para ponerme bocarriba. Entonces él empezó a rebullir justo un poco por encima del pubis y puse las manos planas sobre esa parte de mi vientre para sentirlo y tratar de adivinar sus formas, aunque solo alcancé a palpar un bultito. Estaba en lo profundo de mí, casi contra mi espalda, y en ese cálido hueco retozaba a placer, habitándome y revolviéndome, creciendo y fortaleciéndose día a día, bebiéndose un poco de mi sangre, hasta el momento en que se inmovilizaría en una solemne gravedad para franquear el tramo que lo separaba de la luz. «En ese momento ya no se removerá, y su corazón latirá más deprisa por el esfuerzo», pensaba. Después era

tal mi asombro al ver a Outa crecer alegre y sano que a veces me parecía irreal y creía que me lo había inventado. Si bostezaba, me acercaba a *respirar su boca*, el aliento que exhalaba. Si reía, alzaba la capota de su carricoche y hundía allí la cabeza para que su risa no se la llevara el viento. No era una madre chiflada. Nada de eso. Tenía miedo. Así de simple. Sabía cuál era el precio de un hijo. Y el de su pérdida. «Si muere, siempre guardaré esta risa», me decía, para consuelo y sosiego. Luego, conforme iba pasando el tiempo sin mayores sobresaltos, me fui apaciguando. Y tras esos primeros meses entregada exclusivamente a mi hijo, descubriéndome a mí misma como madre —posesiva, insaciable, ansiosa, febril…, pero también alegre y juguetona, risueña, cariñosa…—, empecé a escribir *Un dique contra el Pacífico*, el libro que narraba tu gesta. Te convertí en una auténtica heroína: la Reina de los Arrozales.

Tuve que empezarlo varias veces y a punto estuve de tirar la toalla y abandonar la idea, pero al fin encontré el modo de atraparte en él. Entonces lo escribí de un tirón hasta concluirlo, poco antes de las Navidades de 1949. Cuando apareció, yo misma te lo llevé en persona a tu mansión de Onzain antes de proseguir viaje a Cap Ferret, donde aquel verano había alquilado una casa. Pasé la noche en vela en el salón de la planta baja de aquel falso castillo estilo Luis XIV donde te amurallaste al regresar a Francia, aguardando ansiosa el veredicto mientras tú, arriba en tus aposentos, leías la novela también de una tacada. Sigo sin entender la razón de la lluvia de improperios e insultos con que me obsequiaste, las acusaciones de embustera y traidora que vertiste sobre mí, la desaprobación absoluta, el rechazo irreversible. Había escrito mi mejor libro hasta la fecha y tú me habías inspirado aquel gran personaje de una madre dispuesta a todo en nombre de sus hijos. Una heroína trágica que lucha contra la Administración, contra la corrupción, contra el vampirismo colonial y hasta contra las olas del Pacífico. Querías construir grandes diques contra las mareas que asolaban las cosechas. No solo para ti sino para toda la llanura: querías ver extenderse a lo lejos las tierras cultivables y que se multiplicaran las

aldeas. Pero el mar iba y venía a su libre antojo. ¡Hasta los cangrejos iban a la contra! Ni siquiera pudimos dominar aquellos tan pequeños y negros que, sin embargo, acabaron devorando y pudriéndolo todo sin dejar más que agua sobre barro salado.

Sigo viéndote allí, desolada y abatida, la primera vez que las mareas de julio invadieron el llano y arrasaron la cosecha. Y aunque las gentes del lugar intentaron disuadirte del empeño, al año siguiente volviste a empezar de cero, pues creías que había sido mala pata, que el desastre solo obedecía a un fenómeno extraordinario: la anómala llegada de una marea gigantesca. Debo reconocer que la idea era hermosa e *inmensa*: ¡comprar el mar! A nadie se le había ocurrido antes. Tenía que funcionar. En unos pocos años, millonarios. Hiciste construir una casa, luego esperamos a que brotara la cosecha, después llegó la marea y entonces todo se fue al cuerno. Hasta que por fin te rendiste a la evidencia: la concesión que habías obtenido era incultivable, el mar anegaría aquellas tierras año tras año sin remisión. Sigo viéndote allí, plantando cañas rojas en el talud que bordeaba el terraplén, tozuda, indesmayable, pese a saber perfectamente que la sequía acabaría por abrasarlas como había sucedido tantas otras veces. Sigo viéndote allí, enloquecida con el sueño de construir los diques para arrebatarle al mar centenares de hectáreas de arrozales y así cambiar la vida del llano y de aquellos miserables campesinos que creyeron ciegamente en ti, en una mujer vieja y sola y sin recursos que ni siquiera había consultado su plan con un experto para saber si era viable. Sigo viéndote allí, engañada por muchos; fracasada y arruinada también por tu increíble inocencia y por tu obcecación: los ahorros de diez años dilapidados en las olas del Pacífico. Sigo viéndote allí, atormentada y violenta, gritándome y pegándome más a menudo que nunca tras el hundimiento de los diques, hasta el día que comprendiste que en adelante sería inútil golpearme y frenaste en seco el movimiento de tu mano contra mi cara cuando apenas lo habías iniciado.

Muchos años después, en una pieza teatral, volví a la malhadada

historia de los diques, acentuando la denuncia de las instituciones coloniales, que en *Un dique contra el Pacífico* era quizá demasiado tibia. A diferencia de la novela, donde el hijo mayor era el que increpaba a los corruptos, en el nuevo texto eras tú quien, en un vibrante monólogo que duraba un cuarto de hora, los acusaba. Nada más escribirlo, me asusté por su extrema violencia, e incluso dudé de mantener la incitación al asesinato puesta en labios de la madre. Finalmente decidí dejarla. Porque gracias al odio pudiste resistir. Además, tampoco quería faltar a la verdad por respeto a la memoria. Aun por inverosímil que resultara una reacción tan feroz, me parecía más grave silenciarla y mutilar así el retrato de la figura de la madre. Aquella violencia existió y acunó nuestra infancia: una y otra vez nos decías cómo se debería haber exterminado —¡aniquilado!— a los blancos que habían robado la esperanza de tu vida y también la esperanza de los campesinos de la llanura de Prey Nob.

¿Qué te disgustó en *Un dique contra el Pacífico*? ¿El final? Te imaginé enferma y a punto de morir, con el rostro y los brazos cubiertos de moratones, ahogándote, ya sin palabras, solo siendo capaz de emitir unos gritos sordos, una especie de ladridos de cólera y de odio contra todo y contra ti misma. Hasta que dejaste de moverte, aunque aún respirabas. Tu rostro era cada vez más extraño, partido entre una expresión de extraordinaria indiferencia, casi inhumana, y otra expresión de un regocijo no menos extraordinario e inhumano. Después esas muecas desaparecieron y tu rostro dejó de reflejar su propia soledad para dirigirse al mundo. Un destello de ironía relampagueó en tus ojos. «Los he atrapado a todos: desde la gente del catastro de Kam hasta esa que me mira y es mi hija», parecían querer decir unos labios fruncidos en un rictus que no ocultaba el asco. Tal vez fuera eso, repugnancia o náusea por todo aquello en lo que habías creído. Y más aún, por la solemnidad que habías puesto al emprender cada una de tus locuras.

Un dique contra el Pacífico es también la novela de la vida soñada, a ratos fantasmal e irreal, el mundo que habitan unas criaturas erráticas. Pero es ante todo una epopeya: la narración de la ira y de

la dignidad de una madre. ¿No lo comprendes? ¿Fuiste incapaz de ver, más allá de la derrota, toda la elevación que había en aquella heroína trágica, la Reina de los Arrozales? ¿Qué fue lo que te molestó tanto? ¿Que se conociera la verdadera historia de madame Donnadieu, ahora que por fin había regresado a Francia acompañada de su fiel sirvienta Dô y de un buen capital, amasado con la venta de las propiedades que habías ido adquiriendo y con el tráfico de piastras que practicaban todos los blancos de la colonia? ¿Qué es peor: tu hipocresía o mi desfachatez? No tenía otra opción, mamá. No era un asunto de índole sentimental sino moral. Ahora ya no me importa que te molestara tanto el libro: ya no tengo nada que perder. Ni siquiera la decencia. Ahora estás muerta y tengo la sensación de haber ganado la batalla: logré hacerte desaparecer detrás de ti misma, logré superar tu increíble carácter, y logré matarte para luego hacerte renacer de las cenizas. No tenía más alternativa.

Lo hice para evitar que hubieras vivido inútilmente.

Es mi libro favorito, ¿sabes? *Un dique*, la infancia.

Lo escribí por amor. Entonces aún te amaba. Luego ya no. Después de tu muerte dejé de quererte. Lo había intentado todo para complacerte. Y pese a lo sucedido aquella noche, cuando te llevé el ejemplar de *Un dique contra el Pacífico* y tras leerlo reaccionaste de manera tan cruel, seguí visitándote en tu casa de Onzain, siempre al acecho de algún gesto amable, siempre a la espera de una palabra cariñosa. Llegué a hacer el viaje de ida y vuelta desde París en un solo día para prepararte un bistec porque en una ocasión reconociste que solo yo sabía encontrarle el punto y freírlo como a ti te gusta, según me habías enseñado. Confiaba en que al haber dejado atrás las penurias y amarguras, al volver enriquecida y triunfante y satisfecha, te abrieras, no al placer y la alegría, impensables en tu mundo, pero sí al sosiego, a cierto bienestar. Pero no. No hubo tregua ni descanso. Y enseguida volviste a las andadas, emprendiendo nuevas aventuras y repitiendo los viejos errores. Transformaste la finca en un pequeño pensionado donde educar a

unos cuantos niños chinos y vietnamitas, hijos de acaudaladas familias que habían emprendido el camino del exilio. Hasta caer en la cuenta de que ni la vieja criada Dô ni tú teníais ya la fuerza o el afán necesarios para acometer tal empresa. Entonces decidiste dedicarte a la cría de pollos y el otrora selecto pensionado se convirtió en una granja. Sin el más mínimo conocimiento del asunto, sin siquiera tener unas nociones elementales de electricidad, adquiriste un sofisticado sistema de calefacción que un avispado comerciante te vendió a precio de oro. ¿Y cuál fue el resultado de tamaña locura? Los polluelos que lograron sobrevivir nacieron con el pico torcido y al intentar caminar parecían borrachos, tambaleándose y girando como aspas de molino. Entonces tuviste la ocurrencia de comprar corderos, no para sacrificarlos y vender su carne, sino con la idea de esquilarlos y sacar provecho de la lana. ¡Y era de admirar la armonía que reinaba entonces en tu dulce hogar, conviviendo los corderos y las dos viejas en las estancias y aposentos de la gran mansión para escándalo y comidilla de la vecindad! Admito que a mi pequeño Outa le divertían. Tú parecías seguir untada con el repelente personal que te mantenía a salvo de los niños, lejos del menor contacto físico, ni siquiera de un simple roce, incapaz de arrullarlos o sostenerlos en el regazo, mucho menos de abrazarlos o besarlos, pero a mi hijo le encantaba ir allí, aunque jamás te acercaste a él. Como siempre. Era imposible *ir hacia ti*. Había que esperar a que vinieras a buscarnos, que quisieras *estar.* Seguías siendo la figura seca y hierática de mi niñez, con el sempiterno vestido negro y la severidad del moño tensado sobre la nuca. Autoritaria, tajante, malhumorada, insatisfecha, seguías instalada en tu pasado dolor sin aprovechar la distancia del recuerdo, sin gozar de su lejanía balsámica. Siempre te faltó algo para *estar*. Y esa carencia creció en mí como un vacío, como una enfermedad infecciosa que me pudría. A Van Gogh lo condujo a la locura. Con él y con muchos otros comparto la infatigable exploración —¡de una profundidad abismal!— que operamos sobre nuestras respectivas madres. ¡Me gustaría tanto meter a Van Gogh y a los demás en esta

historia de mi infancia! Salvo algunos años de relativo descanso y de los que saqué fuerzas para el resto de mis días, fue la época de mi vida que me resulta más árida. Nada de ensueños, ni fantasías, ni cuentos hermosos. Solo tu realidad, fruto de una quimera: aquella pasión de los diques que viviste con una violencia atroz.

Por eso me espantó que al regresar a Francia, ya dueña de una considerable fortuna, siguieras siendo tan avara y mezquina. A las cremas y a las sopas solo les añadías una pizca de mantequilla para darles algo de consistencia. Y si salíamos a tomar un café, antes de abandonar el establecimiento te metías en el bolsillo unos cuantos terrones de azúcar. Eras egoísta, y me negaste el pequeño préstamo que te pedí para comprar una casa de campo cerca de París adonde retirarme a escribir y disfrutar de la vida tranquila con Outa. No soportaba París y en Trouville estaba el mar. De noche y de día. Incluso aunque no se vea, *la idea del mar* está allí. No negaré que las gaviotas hacen menos ruido en la ciudad que sobrevolando el agua y las playas. Un mal menor en cualquier caso. Porque el mar nos protege de la asfixia y del sepultamiento en la ciudad. En París solo nos conectan con él los días de viento y tormenta. Pero ni siquiera respondiste a la carta donde te explicaba lo importante que era para mí ese plan. ¿Por qué? ¿Porque no tenías liquidez después de haberle comprado a tu primogénito una plantación donde cultivar champiñones? ¿O porque seguías adorando el dinero, tu único dios, tu gran amor? El dinero era lo que te excitaba de verdad y lo que sin duda compensó tu abstinencia sexual. Jamás gozaste de los placeres de la carne, al contrario que yo, que nunca renuncié a ellos, con una voracidad insaciable. Pero tú no conociste otra forma de deseo más que la codicia. Cuando notas que el dinero afluye, que no para de aumentar, que se van llenando las arcas, que los beneficios crecen y crecen, ¡oh, qué orgasmo!… Entonces ya nada te aburre ni te ofende.

«Basta con seguir amasándolo», te oí babear un día.

Así hasta el final de tus días.

¿Sabes lo que sentí al verte en el ataúd?

Nada. Ni siquiera desprecio. Mucho menos, dolor. Quizás porque estaba demasiado borracha. El telegrama había llegado con retraso. Lo habían mandado a París, y luego reenviado a Saint-Tropez. El entierro sería al día siguiente. Salimos por la tarde y condujimos hasta bien entrada la noche. A mi acompañante lo conocía desde principios de año y vivía abrasada por su fuego. Paramos en un hotel de Aurillac, aunque apenas dormimos. Hicimos el amor. Luego otra vez. También al despertar, muy temprano. Reemprendimos el viaje. Para desayunar yo ya no bebía café sino directamente *whisky* o vino. A menudo vomitaba, pero volvía de inmediato a beber. Hacía tiempo que vivía instalada en el infierno del alcohol. No me sentía culpable. Tampoco esa noche. Al fin y al cabo, desde pequeña, me iniciaste en ese hábito. «En mi casa, en el norte de Francia, a las niñas flacuchas como tú se les da cerveza para que engorden y críen sangre», contabas. Así que, para complacerte, empecé a tomar cerveza. Por fortuna no engordé. Pero poco a poco el alcohol se convirtió en una necesidad. Y cada vez bebía más y más. Ya no cerveza, sino vino. Después coñac, ginebra, ron, aguardiente, *whisky* de garrafa… Lo que se terciara, lo que hubiera a mano. A fin de cuentas, el alcohol fue creado para soportar el vacío del universo, la muda indiferencia del mundo ante nuestro dolor. De modo que aquella noche, en realidad, no estaba allí sino en otro lugar donde no existía el vacío ni reinaba la demencia de la razón. Al llegar al *château* estaban los de la funeraria, los guardeses, tu criada y mi hermano mayor. Aún no te habían metido en el ataúd. Me acerqué a besarte. En los labios, el frío de la muerte. Fue lo único que sentí. Nada más. No me apenó aquella mujer ni el niñato que lloriqueaba junto a ella, su adorado hijo. Me contaron que tus últimas palabras fueron para él. Solo lo llamaste a él. Su presencia fue lo único que deseaste en la hora de la muerte. Hoy estarás feliz, yaciendo junto al amado con quien descansas para toda la eternidad en una misma tumba, la que compartes con *tu Pierre*.

Entonces decidí vengarme, cuando al fin empezabas a avanzar hacia el olvido.

De repente lo vi todo. Veía a la vez la luz y la oscuridad que te envolvía. Tenía la impresión de acercarme a un vasto espacio: la mentira. Y supe que allí descubriría todo lo que ignoraba de ti y de mí. También hallaría allí el fracaso definitivo de nuestra historia: ese continuo ir y venir de un extremo a otro del tiempo.

Venga, hagamos la prueba. Volvamos al principio. Volvamos al sueño de *L'Eden Cinéma* para contar la historia que me pedías, que será la más verdadera y la más triste de nuestra vida. Porque hay dos niñas en mí: la de *Un dique* y la de *El amante*. Porque mi vida es una película doblada, mal montada, mal interpretada, mal ajustada. Un error, en definitiva. Pero siempre es tarde cuando aprendemos ciertas lecciones de lo que hemos vivido. Tuve que escribir la historia del amante porque necesitaba acordarme de lo que había sufrido. Para que nada se perdiera ni olvidara. Sí, que quedase algo muy concreto y preciso, incluidos los nombres de las gentes, las calles, el liceo, y también los cantos de los *boys* por la noche en Lyautey… Sí, *Madame Obscure*, ahora volveré a los años de miseria y desesperación, los peores que recuerdo. Regresará la vida de entonces, su crudeza: todo lo que se fue apilando en el armario azul de la memoria. Solo de pensarlo, se me agarrota el cuerpo y me arde y se inflama el corazón.

¡Aún no había cumplido los quince años, mamá!

Fue en el transbordador entre Sadec y Saigón donde conocí a Léo. Regresaba a la pensión de la señorita C., una pérfida solterona coqueta que durante un tiempo me convirtió en su rehén sexual. Los domingos por la tarde, después de merendar unas galletas y un plátano, cuando los demás huéspedes habían salido, me esperaba en su dormitorio medio desnuda. Jamás se había mostrado así a nadie, únicamente a mí. Demasiado tarde: con setenta y cinco años cumplidos, puro pellejo. Yo tenía que contemplarla todo el rato que se le antojara. «¡Cómo me gusta esto!», babeaba. Con fingida lascivia, pues en realidad solo sentía un asco inmenso, miraba a la vieja solterona que se chiflaba por su cuerpo hasta reventar de placer. Es la Barbet de mi cuento «La boa». Acabado el espectáculo,

cuando salía del dormitorio de la señorita C., me plantaba en el balcón de mi cuarto y canturreaba para llamar la atención de los soldados del ejército colonial que deambulaban por las calles de Saigón, dispensándoles largas miradas lánguidas.

Por consiguiente, cuando apareció Léo, ya estaba bien adiestrada y envidiablemente lubricada. Era un joven anamita, pero vestía a la francesa y hablaba perfectamente nuestro idioma, pues acababa de regresar de París. Me pareció muy elegante. Lucía un traje de tusor de seda crudo y llevaba en el dedo un magnífico anillo con un diamante muy gordo que valía más que todas las salobres tierras de la llanura juntas. Yo únicamente había visto pedruscos semejantes en personas que, hasta entonces, no habían reparado en mí. Me dijo que era muy guapa y me sonrojé. Era evidente que estaba cortejándome y mi asombro fue mayúsculo. Aparte de carecer de todo atractivo físico, por entonces vestía de una manera tan ridícula como indiscreta y extravagante, siguiendo tus dictados, claro está. Aquel día iba embutida en un vestido estampado que representaba una rama de cerezo donde se posaba, a la altura de la cintura, un enorme pájaro exótico a punto de emprender el vuelo. Y a modo de complemento, un sombrero de fieltro rosa palo. Como sabes, era bajita y bastante desgarbada, con montones de pecas, peinaba dos larguísimas trenzas pelirrojas que no me favorecían en absoluto, y mi tez estaba abrasada por el sol, pues en la plantación nos pasábamos la vida prácticamente al aire libre. Sin embargo, por entonces, lo que seguía estando de moda en la ciudad era la palidez romántica. Además, la expresión hosca y taciturna de mi rostro, y aquella mirada malévola que tú calificabas de venenosa, tampoco ayudaban demasiado.

«Ya te puedes ir espabilando para colocarla», te aconsejaba tu hijo favorito. «De lo contrario, habrá cumplido los treinta y aún tendrás que seguir cargando con ella», amenazaba. Tú, por puro orgullo, le replicabas que, de proponértelo, me casabas al día siguiente y además con quien te diese la real gana, aunque todos sabíamos que era mentira, que te sería muy difícil encontrar un buen partido para

mí. Cierto que de vez en cuando y como a escondidas, pues semejante acontecimiento solo tenía lugar cuando nos encontrábamos a solas, me decías que *podría* ser guapa; que, esforzándome, *lo lograría.* Y por eso no dejaba de asombrarme la adoración que Léo me profesaba. Menos aún tras averiguar que era inmensamente rico. Tan emocionada y trastornada estaba que ni siquiera le respondí cuando, al dejarme delante de la pensión, aseguró que volveríamos a vernos.

Al día siguiente, a la hora de la siesta, oigo un prolongado bocinazo. Era Léo. Treinta y cinco veces seguidas pasó con su coche. Al llegar junto a la casa reducía la velocidad, pero no se atrevía a detenerse. Yo observaba la escena desde el balcón. Me vestí lo mejor que pude y a las dos en punto salí camino del liceo. Enseguida lo vi. Me estaba esperando algo más adelante, apoyado en la puerta del automóvil y vestido con su elegante traje. Aquel coche ejercía sobre mí una auténtica fascinación. La primera vez que monté en él, le pregunté por la marca y cuánto le había costado. Era un Morris Léon Bollée que valía nueve mil piastras. Pensé en nuestro modesto Citroën, que habías pagado a plazos, un viejo B12 que había que conducir con un faro de acetileno en la parte delantera porque ya no tenía batería. De lo que sí disponía era de un tubo de escape ingobernable que enloquecía a todos los perros de la llanura. Allí, acurrucados en el Morris, Léo parecía muy contento de que la conversación fluyera con tanta facilidad entre nosotros. Pasó después a recogerme, y volvió al día siguiente, y al otro, y al otro, y… Yo estaba muy orgullosa de aquella limusina negra, de tamaño tan impresionante y de un gusto tan regio. Y del chófer, con su uniforme de botones dorados. Pensaba entonces que así podría alternar con las hijas de los altos funcionarios indochinos, y procuraba permanecer el mayor tiempo posible en el interior del vehículo para no pasar inadvertida y que mis compañeras del liceo se fijaran bien y tomasen la debida nota. Durante varias semanas seguí viendo a Léo y me las ingenié para hacerle hablar de su fortuna. Tenía unos cincuenta millones en edificios repartidos por

toda Cochinchina, era hijo único y disponía de una cantidad de dinero considerable. Las cifras que manejaba al calcular su riqueza me mareaban y aturdían. De día trastornaban mis pensamientos y de noche alimentaban mis sueños.

Así que por una vez estábamos de acuerdo tú y yo. ¡Al fin podría resarcirme de las humillaciones que me infligía mi hermano mayor! ¡Al fin podría sacarte a ti de apuros! En aquella época apenas ganabas unos veintidós mil francos anuales: una verdadera miseria, de la cual una cuarta parte iba a parar al bolsillo de la señorita C. y un tercio era para los *chettys*, para amortizar los préstamos que les habías pedido cuando solicitaste la concesión de los arrozales. Así que, después de descontado todo eso, apenas quedaba dinero para vivir, por lo que pensaba: «¡Al fin mi madre estará orgullosa de mí por poder sacar a la familia de la miseria!».

Hubo el sueño del dique y ahora había el sueño de la fortuna del amante: un anamita feo y contrahecho, enclenque, con la cara picada de viruelas, casi repulsivo. Pero a diferencia de la señorita C., él sí me toqueteaba. Y además, calculada y metódicamente. Al principio, cuando me esperaba a la salida del liceo, me besaba las manos y entrelazaba las suyas con las mías. Ese juego me gustaba: así conseguía que las otras chicas se fijasen en mí, en el fantástico coche que me esperaba a la salida de clase. Rodábamos por las calles sin saber muy bien qué hacer, hasta que Léo comenzó a tantear otras posibilidades, como siguiendo un plan. Empezó acariciándome el cabello, luego me rodeaba la cintura, ascendía hasta los pechos, que manoseaba y estrujaba, y después buscaba desesperado la boca. La repulsión que me embargaba es indescriptible. El primer día que me besó a la fuerza lo rechacé empujándolo violentamente. Sentí que me violaba. Escupí. Quise saltar del coche. Léo no sabía qué hacer. Yo estaba más tensa que la cuerda de un arco y no paraba de repetir: «Se acabó, esto se acabó». Escupía sin parar. Escupí toda la noche y al día siguiente. Escupía de asco. Escupí al sentir la repugnancia que me causaba su fealdad. Escupía por haber descubierto una verdad clamorosa:

¿cómo iba a fijarse en mí ese ricachón de no ser porque él mismo era un desecho abominable? Pero nada de eso os importó cuando os lo presenté en Sadec al empezar las vacaciones. Entonces solo visteis el refinado y exquisito gusto de sus ropas carísimas y el pedazo de diamante que anillaba su dedo anular. Solo visteis la riqueza. Y sus posibilidades. «Lástima que sea un nativo. Si pudieras no casarte con él, mejor —me decías—, pero no lo sueltes. Puedes hacer de todo menos acostarte con el indígena. Y no lo desanimes. Tú disimula. Haz que siga ilusionado. Deja que el dinero corra y que la mentira dure el mayor tiempo posible».

Se estaba preparando la tormenta perfecta.

Enseguida pusisteis en marcha la máquina de fabricar sueños y tramasteis planes que fueron objeto de un meticuloso cálculo por tu parte. Después decidisteis por unanimidad que Léo pagaría a los *chettys*, que financiaría diversos proyectos —un taller de decoración para mi hermano mayor, un aserradero para el pequeño— y que, ¡encima!, a cada miembro de la familia le proporcionaría un coche para su exclusivo uso personal. Yo era la encargada de transmitirle esos planes y de *sondearlo* a tales efectos.

Sí, tú también procedías metódicamente. Hasta que la avaricia rompió el saco y lo fastidiaste todo. A fin de cuentas, yo *no valía* tanto como calculabas. Pero día a día ibas subiendo el precio por el que vendías a tu hija, en proporción al avance de Léo por mi cuerpo. Mas ya no sentía asco. Me había acostumbrado. Además, aunque era feo, no carecía de elegancia y distinción. Tampoco pasaba vergüenza porque jamás le permití caminar a mi lado más de tres o cuatro pasos y, hundidos en el coche o en la oscuridad de los cines, nadie nos veía. Habría podido resistir mejor la sordidez de esa historia si no os hubieseis mudado a Saigón para obligar a mi amante a que también cubriera vuestros caprichos: restaurantes, bailes, cine, ropas… Porque a partir de entonces volvió el infierno de los gritos y de los golpes y de las palizas. Mi hermano mayor no dejaba de llamarme *puta, puta asquerosa*. Luego amplió el repertorio de insultos a *basura* y *perra* y *mierda de cría* y otras lindezas. Aparte, la

violencia física. Cuando tú te cansabas de pegarme, él tomaba el relevo. ¿Por qué me azotabas tan a menudo, mamá? ¿Porque era niña? ¿Porque era la más pequeña y podías dominarme gracias a la ayuda del bastón? Aún te veo allí, congestionada de rabia, con la sangre subida a la cabeza, amenazando con morirte. Entonces, cuando gritabas así, el miedo a perderte siempre podía más que mi instinto de rebelarme ante tamaña injusticia, pues era incapaz de comprender mi culpa. Pero la sentía en lo más profundo de mi ser. Vivía en un permanente estado de culpabilidad y llegué a creer que *merecía* las salvajes palizas que me propinabais. Os turnabais para pegarme. Cuando no me zurrabas como *él* quería, mi hermano mayor te ordenaba: «¡Espera!». Entonces tomaba las riendas, aunque enseguida lamentabas haberle cedido el mando, porque por momentos parecía que iba a matarme. Y aunque lanzabas unos alaridos espantosos, ya era muy difícil detenerlo. Un día cambió de táctica y me arrojó contra el piano. Me golpeé en la sien con uno de los cantos. Aturdida, apenas pude levantarme. Esa vez te asustaste de verdad. La fuerza hercúlea de Pierre, que para colmo de mis males padecía una hipertrofia muscular de los bíceps, te infundía respeto y a la vez, paradójicamente, aumentaba todavía más tus ganas de pegarme. ¡Parecía que estuvieseis disputando un campeonato! Llegué a estar aterrada de verdad y a temer por mi vida. A veces llegaba un momento en que ya no sentía ira ni rabia sino terror, pensando que mi cabeza iba a separarse del cuerpo y a salir rodando por el suelo. Creí que iba a volverme loca.

La diferencia entre vuestras respectivas palizas estribaba en que las de mi hermano me hacían mucho más daño, físico y mental. Yo no las admitía porque eran injustas.

En cambio, las tuyas…

Todavía hoy me pregunto cómo pudiste llegar a ese extremo, cómo pudiste llegar al punto de vender a tu hija. Aunque, para serte sincera, debo admitir que en medio de aquel infierno por primera vez en mi vida tuve la sensación de que *existía* para vosotros… ¡cuando os llevaba el dinero! Tú aguardabas ansiosa a que me

despidiese de Léo y luego te lanzabas a preguntarme: «¿Y hoy cuánto?, ¿cuánto?». Yo no respondía de inmediato por el placer de torturarte. Entonces me seguías por toda la casa y la niña… ¡al fin podía tener a la madre a su merced! La niña que tanto había sufrido por la falta de amor de su madre ahora la domina y la somete como a un rehén. La humilla, la rebaja, la hace jadear de codicia. La niña sabe que, una vez haya entregado el dinero, le pegarán. Por eso retrasa al máximo ese momento. Y también para gozar olisqueando el tufo de la ansiedad. «Dámelo ahora mismo», gritabas, amenazando con descargar el puño sobre mi cabeza. Y cuando ya estabas a punto de hacerlo, justo en el ultimísimo instante, te entregaba los billetes. A la velocidad del rayo, guardabas el dinero en el bolso.

Fin de la historia.

O no.

El verdadero final no fue tan emocionante.

Un día Léo te comunicó que su padre le ha prohibido casarse con Marguerite. ¡Qué catástrofe! Tras el estupor inicial, reaccionaste rauda y veloz. Y pediste una reparación, pues ya empezábamos a estar mal considerados entre la gente con esa historia del amante de la niña. Y además querías regresar a Francia. Así que les exigiste una compensación. ¡Dos millones llegaste a pedirles! Al final te conformaste con una cantidad en metálico que cubriese el importe de los pasajes.

Y ahora te contaré otra historia, aunque escribir no es contar historias. Escribir es lo contrario de contar historias. Es contarlo todo a la vez. Es contar una historia y la ausencia de esa historia. La que te voy a contar ahora es algo más bonita que la que en realidad vivimos, aunque naturalmente también contiene unas cuantas mentiras, si bien solo las justas y necesarias para mitigar el dolor que me produjeron aquellos años. Pero no te alarmes. A ti y a tus hijos prácticamente no os retoqué. Os dejé tal cual erais, más o menos. Bueno, a ti te salvé el culo, haciendo ver que ignorabas el comercio que se trajinaba la hija con su amante. A este, a Léo, sí lo

transformé. Ahora tiene la piel blanca de los chinos del norte. Es muy elegante. Lleva el traje de seda crudo y los zapatos ingleses de color caoba característicos de los jóvenes banqueros de Saigón. A su alrededor, el perfume de *eau de cologne* mezclado con el del opio y el reflejo del ámbar de la seda en su piel. En cambio yo… sigo siendo bajita, delgada, atrevida, menos guapa de lo que aparento, pobre, enamorada de los hombres débiles, loca por leer, insolente, libre… Como ves, un autorretrato sin apenas retoques. Solo los justos para estar a la altura del amante. Ya comprenderás que lo hice por orgullo. No podía rebajarme tanto.

El caso es que ese libro, donde transformé la sórdida y verdadera realidad en una fabulosa historia de amor cargada de erotismo, ha resultado ser un formidable éxito, un auténtico *best seller* mundial. Ya desde un principio se vendió muy bien, pero después de una entrevista con Bernard Pivot en su célebre programa televisivo *Apostrophes*, mi libro arrasó. Y a Trouville venían gentes de todas partes, sobre todo de Alemania. Venían solo por verme. Llamaban a mi puerta y decían: «Quisiéramos ver a madame Duras». Los más afortunados se cruzaban conmigo por las calles. Era fácil *verme*, aunque fuera de lejos. Desde hace unos quince años llevo un uniforme que al parecer ha dado pie al llamado *look* Duras: chaleco negro, falda recta, jersey de cuello alto y botines en invierno. *Tener* un uniforme equivale a una correspondencia entre fondo y forma, entre lo que creemos parecer y lo que quisiéramos parecer, entre lo que creemos ser y lo que deseamos mostrar de manera alusiva en la ropa que llevamos. Una vez la encontramos, es definitiva. Acaba identificándonos.

Total, que durante un tiempo *he nadado en oro*, mamá. Rica rica rica. Y si quisiera, podría ser yo quien se comprase un amante.

¿Qué te parece?

Cuando me desperté del sueño, en el que me adentraba en una casa donde había una veranda que daba a unos jardines interiores profundos y sombríos, te llamé, pero ya no me contestaste. ¡Cuánto lo lamento! Aún no he acabado de ajustar cuentas contigo y querría

volver a verte. Todavía quedan muchas preguntas sin respuesta. Así somos los escritores. Nos distinguimos por el afán de hacer preguntas. Para no conseguir nada. Y ahora ya no hay tiempo. Mi boca está exhausta. Se ha quedado sin palabras. Me he pasado la vida escribiendo como una imbécil: eso es lo que he hecho. Tampoco es malo ser así. Escribir no te salva de nada, pero te enseña a vivir. Podría volver a empezar de cero. En cualquier momento. Eso se me da bien. Requetebién. Pero creo que mi vida está llegando a su fin. No es más que una hebra. Enflaquecida. Depauperada. Perdida. Me falta el aliento. ¿Y qué fui yo sino un ir y venir en pos del aire? Siento un inmenso cansancio. Tengo que dejar de hablar. Ya solo resta esperar. Mas el miedo… Morir es duro. Ves llegar la nada. Y da pavor. Poco a poco me iré acercando a ti. Quizá entonces, al llegar, *pueda*. Fuiste para mí una extensa llanura por la que caminé largo tiempo sin jamás averiguar tu asombroso misterio, ese enigma que durante muchos años fue mi alegría y mi dolor, un laberinto en el que siempre te reencontraba y del que a menudo huía para después volver. Es una caminata que aún no ha terminado. No lo puedo evitar. Te sigo amando, mamá.

Me voy donde las algas.

MARGUERITE

Barcelona y Asturias, 2021-2025

Referencias

La literatura es un paraíso inagotable. Si me atreví a entrar en él como escritora fue por haberlo descubierto y recorrido en múltiples lecturas desde que tengo memoria. Además del interés personal por el tema que anuda todas estas historias, también me movió a escribirlas el deseo de volver a sumergirme —con dedicación casi exclusiva— en la obra de Hölderlin, Baudelaire, Van Gogh, Rimbaud, Virginia Woolf, Marina Tsvietáieva, Irène Némirovsky y Marguerite Duras. Inicialmente, la nómina de posibles protagonistas era bastante más amplia. Preferí la intensidad antes que la amplitud. La selección definitiva obedeció en principio al gusto personal. Después, ya en la fase de escritura, al ir descubriendo las afinidades electivas entre algunos de estos personajes y las sutiles hebras que hilvanaban anécdotas y experiencias, supe que quizás no había ido tan desencaminada en la elección.

En esta gozosa e incierta travesía, en la que he querido imaginar y contar una parte de esas vidas y delinear algunas sombras, me han acompañado, como no podía ser de otro modo, la poesía, novelas, cuentos, diarios, apuntes autobiográficos, cartas, artículos y ensayos de los protagonistas. Ojalá que sus voces resuenen en mis páginas. Nada desearía más.

La gratitud se extiende también a los traductores que vertieron esas obras a nuestra lengua. Asimismo, a quienes escribieron biografías ejemplares e iluminadoras sobre ellos.

Haciendo uso de lo que llamamos licencia poética, he querido cerrar la historia de Rimbaud con unos versos de «Birds in the night», de Luis Cernuda.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Ofelia Grande, que ha vuelto a confiar en mis fantasías y ensueños, incorporando *La oscura historia de mi madre* al admirable catálogo de Ediciones Siruela que ella dirige. A María Casas y a Natalia Zarco, que estuvieron al cuidado de la edición, cuyas certeras correcciones y atinadas sugerencias han beneficiado sin duda la lectura de mi libro. A Elena Palacios, responsable del departamento de Prensa y Comunicación, que con Marina Marroquín se ocupa de dar a conocer mis libros. Y a todo el equipo de Siruela.

Gracias también a Miguel Dalmau y Pep Catasús, que leyeron un par de capítulos en días de zozobra.